

¿A cambio de qué nos sacaron de allá?

Transformaciones identitarias en una comunidad de recicladores de Bogotá

Jenny Marisol Ávila Martínez



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL
Educadora de educadores

Colección Subjetividades y Formación

¿A cambio de qué nos sacaron de allá?

Transformaciones identitarias en una
comunidad de recicladores de Bogotá

¿A cambio de qué nos sacaron de allá?

Transformaciones identitarias en una
comunidad de recicladores de Bogotá

Jenny Marisol Ávila Martínez



UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

A Magaly, por su compañía y nuestros aprendizajes

Ávila Martínez, Jenny Marisol

¿A cambio de qué nos sacaron de allá? Transformaciones identitarias en una comunidad de recicladores de Bogotá / Jenny Marisol Ávila Martínez. – Primera edición. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2021
246 páginas. Fotografías.

Incluye: Referencias bibliográficas

ISBN impreso: 978-958-5138-79-7

ISBN PDF: 978-958-5138-80-3

ISBN Epub: 978-958-5138-81-0

1. Antropología Cultural. 2. Espacio Urbano – Aspectos Sociales. 3. Política Ambiental – Bogotá. 4. Ciudades y Pueblos – Aspectos Sociales – Bogotá. 5. Sociología Urbana. 6. Gestión Ambiental. I. Tít.

307.76098 Cd. 21 ed.

Todos los derechos reservados
© Universidad Pedagógica Nacional
© Jenny Marisol Ávila Martínez

ISBN impreso: 978-958-5138-79-7

ISBN PDF: 978-958-5138-80-3

ISBN ePub: 978-958-5138-81-0

doi: <https://doi.org/10.17227/sf.2021.8803>

Primera edición, 2021

Leonardo Fabio Martínez Pérez
RECTOR

María Isabel González Terreros
VICERRECTORA DE GESTIÓN UNIVERSITARIA

John Harold Córdoba Aldana
VICERRECTOR ACADÉMICO

Fernando Méndez Díaz
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO Y FINANCIERO

Gina Paola Zambrano Ramírez
SECRETARIA GENERAL

PREPARACIÓN EDITORIAL

Grupo Interno de Trabajo Editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Carrera 16A n.º 79-08

editorial.pedagogica.edu.co

Teléfono: (57 1) 347 1190 - (57 1) 594 1894

Bogotá, Colombia

Alba Lucía Bernal Cerquera
COORDINACIÓN

Maritza Ramírez Ramos
EDICIÓN

Martha Janneth Méndez Peña
CORRECCIÓN DE ESTILO

Claudia Patricia Rodríguez Ávila
DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO DE CUBIERTA

Johny Adrián Díaz Espitia
FINALIZACIÓN DE ARTES

Alejandro Ortiz
South Montains, Suba, Bogotá, Colombia.
Tomada de: <https://unsplash.com/photos/u6kIBi1Kmc>
FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S./Kimpres
Bogotá, D.C., 2021
IMPRESIÓN

Fecha de evaluación: 11-12-2019/13-12-2019

Fecha de aprobación: 27-02-2020

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y el decreto reglamentario 460 de 1995.
Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito de la universidad.



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de Educadores

Contenido

Agradecimientos	15
Prólogo	17
Introducción	21
Páginas para comprender e interpretar el texto comunero	21
Los primeros protagonistas de la escena	21
Incidentes y aciertos en el trabajo de campo	24
El método como principio organizador del trabajo de campo	28
La etnografía con los marginados	34
La pertinencia de la ciudad y el suelo urbano en el trabajo etnográfico	37
Una vuelta necesaria por la comunidad	38
Otros abordajes sobre lo comunitario	40
El trabajo de campo hecho texto	49
Capítulo 1. Qué difícil es llegar a donde nadie nos ha invitado: acerca de las estrategias alternativas para construir ciudad	53
Los de Casitas: Comuneros que estudiaban en el Herberth	53
Ignorancia e inocencia metodológica. ¿El camino para entrar a las “Casitas” de Comuneros?	60
Las abuelas y su experiencia de migrantes	69
Comuneros no fue un grupo de migrantes como los demás	77
Abriendo caminos y levantando techos en la ciudad	78
Rechazados por la legalidad y acogidos por la informalidad	82
Tomar prestados los servicios legales	87

Capítulo 2. Las añoranzas del pasado en la Cuarenta: prácticas identitarias de una comunidad	95
También para Comuneros todo tiempo pasado fue mejor	95
La informalidad garante, haciendo hábitat desde el margen	97
Construcción y particularidad de la comunidad comunera	101
El trabajo como eje constitutivo del gueto comunitario	107
Puente Aranda como una solución habitacional y laboral	111
Estrategias de sobrevivencia en el reciclaje	115
Las relaciones de habitabilidad dentro y fuera de los ranchos	125
Los procesos organizativos en defensa de la invasión	138
Capítulo 3. Nuevos tiempos de lucha por el acceso a la vivienda. Qué difícil es irnos del lugar que más queremos	147
La calcomanía roja	147
Comuneros: esta vez tampoco van a “Formar Ciudad”	151
Reubicación sí, unión comunitaria no	158
Punto de giro: cómo la reubicación fue un gran engaño	168
Amargo recibimiento: por la población de Suba habla el crimen	172
Capítulo 4. Estas no son las “casitas” de Comuneros: nuevas estrategias para construir identidad	185
Un nombre para mantener vivo el pasado	187
Las transformaciones y las luchas por la permanencia	190
Guerra de carretas: estrategias para la búsqueda del sustento	191
Hijos solos, hijos delincuentes	199
Criminalización en la escuela	208
Otra generación, nuevas expectativas y oportunidades	216
Diferentes búsquedas de comunidad: últimas noticias sobre Comuneros	220
Conclusiones	227

Y finalmente, ¿quién vive en esas casitas con techos de zinc?	227
Efectivamente, Comuneros no es como todas las comunidades	227
Construyendo identidad desde el margen	229
Una vivienda no es solo de concreto	231
Qué pasó con los estudiantes del Herberth	232
Un aporte al análisis de la comunidad	236
Espacios vacíos para reconstruir	237
Referencias	239
Sobre la autora	245

Índice de fotografías

Fotografía 1. El interior de los salones en una jornada de clase.	92
Fotografía 2. Vista interior del Instituto Herberth Spencer.	92
Fotografía 3. Único espacio de recreación en el colegio: la cancha central durante un campeonato.	93
Fotografía 4. Casi no recuerdo el barrio con tiempo lluvioso.	93
Fotografía 5. Es muy temprano y es fin de semana, la gente aún no empieza a salir de sus casas.	93
Fotografía 6. La carreta de Lola frente a su vivienda en Casitas, en Suba. No parece, pero es liviana y puede soportar hasta toneladas.	146
Fotografía 7. Lola frente a su casa, acompañada de su vecino. A ella no le gustan las fotos, en especial cuando no está bien arreglada, así que simulaba organizar la ropa para no darme la cara.	146
Fotografía 8. Hilera de ranchos a la orilla de la carrilera en la carrera Cuarenta.	146
Fotografía 9. Material para el trabajo. Muchos transeúntes de la Zona Industrial desconocían la actividad de sobrevivencia de los Comuneros, por lo que les parecía inconcebible la alta presencia de basura acumulada a lo largo de los ranchos.	146
Fotografía 10. Una escena de la vida cotidiana, el cargue de residuos al camión que lleva la carga al centro de acopio.	146
Fotografía 11. El reciclador y su respectiva zorra frente a una fábrica, quizá esperando el tiempo para recoger los residuos.	146
Fotografía 12. Fachada de la casa de uno de los hermanos de Lola; se caracteriza por ser una de las mejor arregladas, tanto así que los demás hermanos han tratado de copiarla para sus viviendas.	183
Fotografía 13. A las madres de familia comuneras les da nostalgia ver estas fotos. Muchos de estos niños disfrazados han cambiado, ya son adultos con hijos, se han divorciado y han regresado.	183

Fotografía 14. El espectáculo de mariachi fue la sorpresa del evento; mediante una recolecta organizada con la Junta, lograron contratar al grupo que homenajeó la presencia del alcalde.	183
Fotografía 15. Uno de los líderes de la comunidad conversando con el Alcalde. Pregunté de qué estarían hablando en ese momento, pero nadie me dio razón. Si era hora del desayuno, entonces no era sobre la reubicación.	183
Fotografía 16. El camión frente a los ranchos, esperando con el trasteo para emprender su viaje a la nueva vivienda en Suba. Este fue el momento que ningún Comunero quería que llegara.	183
Fotografía 17. A este lugar del barrio le denominan <i>el hueco</i> porque ahí se reúnen los muchachos a consumir droga. Desde la ventana trasera del Salón Comunal veo el mural, veo la gente que sube y baja, veo a los muchachos y a ellos no les gusta verme ahí.	224
Fotografía 18. El nombre innombrable.	225
Fotografía 19. Tiempo de testimonios. José Luis también quiere contar.	225
Fotografía 20. Pliegue de archidrón con basura acumulada. En algunas viviendas, la acumulación de basuras ha carcomido el metal, lo que provoca filtraciones de agua dentro de las casas que afectan la salud de los niños.	225
Fotografía 21. Frente al Salón Comunal. A la izquierda está Isaías, el mejor jugador de fútbol del barrio; a la derecha, Kike pequeño, el segundo mejor jugador de fútbol del barrio.	225
Fotografía 22. Nueva ronda de juegos. De izquierda a derecha: Nelcy, Darío y Kike grande.	225
Fotografía 23. Constantemente los vecinos del barrio deben enviar solicitudes a la empresa de aseo de Bogotá para podar el pasto, ya que cuando está demasiado largo, hay proliferación de plagas y enfermedades.	226
Fotografía 24. La humedad producida por la mala estructuración de las tuberías y el alcantarillado en el proceso de construcción de la urbanización es otro de los puntos centrales en las discusiones del barrio.	226
Fotografía 25. Así se ve Comuneros desde afuera.	226

Agradecimientos

Estos agradecimientos son especialmente para los habitantes de Comuneros; todos ellos me prestaron su pasado y me abrieron las puertas de su casa. Son personas que se suman a esos rostros conocidos, queridos e inolvidables. Agradezco especialmente a Nelcy Ramos, cuya vocación de servicio hacia Comuneros admiro; ella es una mujer líder que se educa y trabaja por los derechos de su gente. Agradezco así mismo la espontaneidad y la gratitud de Lola y sus hijos, junto a quienes encontré un espacio de confianza para conocer la dimensión más íntima del mundo comunero.

Este recorrido ha estado acompañado por muchos maestros; sin duda los primeros y más importantes son mis padres, Carmen y José. Otro maestro que contribuyó de manera constante, exigente y crítica en la elaboración de este libro fue Madisson Carmona, compañero de universidad, trabajo y vida. Finalmente, Pablo Nieto, quien siempre apoyó mi apuesta por hacer un trabajo de carácter etnográfico; gracias a sus aportes con rigurosidad y lucidez logré acercarme a los rudimentos de la investigación antropológica.

Prólogo

Acepté gustosamente la invitación a escribir este prólogo porque comparto con la autora, Jenny Marisol Ávila Martínez, la pasión por la investigación sobre la historia social de los descartes humanos en ciudades como Bogotá y, por supuesto, el rastreo de las huellas que dejan nuestros restos, por cuanto nos permiten pensar desde orillas no convencionales temas vitales como la desigualdad espacial, el ambiente urbano, la economía o el urbanismo.

Hace un año largo compartí con Jenny Marisol un espacio académico que discutía el derecho a la ciudad; ambos coincidimos en interrogar este tema desde la perspectiva de los estudios sociales del desecho. Ella comentó aspectos sobre la Comunidad Comuneros, una agrupación urbana asentada en la populosa y desigual localidad de Suba, que por sus memorias y por sus prácticas urbanas está conectada con la historia de Bogotá y específicamente con el primer Comuneros, un asentamiento urbano formado en la segunda mitad del siglo xx en la localidad de Puente Aranda y dedicado por cuatro décadas, mayoritariamente, a la recuperación de materiales reciclables de uno de los primeros corredores industriales de la capital.

La exposición de Jenny Marisol activó mis memorias y recordé que ya había tenido encuentros previos con el “asunto” Comuneros. La lectura del libro me confirmó que hoy es posible hablar de la diáspora urbana de la primera Comunidad Comuneros, desplazada por el urbanismo neoliberal, pero que mantiene vínculos con su lugar de origen. Años atrás, realizando un trabajo sobre derechos humanos en la localidad de Bosa, encontré archivos de prensa y testimonios de habitantes de esa localidad que hablaban de

una protesta social, un levantamiento popular por allá en 1996, en rechazo al traslado de habitantes de calle y recicladores de la zona El Cartucho que la Alcaldía quería trasladar inconsultamente a la localidad.

Según la prensa de la época, el alcalde Mockus se quejaba de la falta de humanidad de los pobladores de Bosa con sus congéneres; era imposible que los “pobres rechazaran a los pobres en lugar de acogerlos”. La prensa documentó que no se trataba de habitantes de El Cartucho, sino gente de la Asociación Comuneros, dedicados al trabajo del reciclaje. Desde el punto de vista de los pobladores que bloquearon el acceso a Bosa, la Alcaldía en ningún momento buscó un diálogo previo con las comunidades y, según el testimonio de una señora que dijo haber participado en los disturbios, varios camiones del Distrito llevaron decenas de personas, hombres mujeres y niños, y las dejaron en un lote de Bosa, sin alimento, vivienda, ni mayor consideración. Este primer episodio, más allá de la moralización mediática y de la cultura ciudadana mockusiana deja ver una idea de ciudad segregada donde los espacios ocupados por los sectores subalternos son los que más fácilmente se convierten en “zonas de sacrificio”, áreas urbanas que, al ser receptoras de infraestructuras contaminantes, o de poblaciones aún más precarizadas, tienen impactos desestabilizadores, reales o percibidos (Holifield y Day, 2017). Jamás pasó por la cabeza de los urbanistas y del alcalde Mockus llevar a los habitantes de Comuneros a barrios de clases altas y medias. Las narrativas de la modernización urbanista están plagadas de relatos que pretenden confirmar que al fin y al cabo los pobres deben soportarse la pobreza y que los pobres son “naturalmente” crueles con sus iguales.

Mi segundo encuentro con Comuneros fue a lo largo del trabajo de investigación doctoral, específicamente cuando abordé aspectos de la historia del relleno sanitario Gibraltar, convertido en botadero, construido en 1979 y que operó por diez años en el espacio limítrofe de las localidades de Bosa y Kennedy. Encontré que a mediados de la década de 1980 un primer grupo de desalojados del sector de Comuneros en la zona industrial de Puente Aranda fue desplazado a las inmediaciones del botadero Gibraltar

en donde, según se les dijo, podían seguir trabajando dentro del botadero en la recuperación de materiales. Las familias decidieron bautizar el nuevo barrio como Villa los Comuneros.

Ahora, con la lectura del libro *¿A cambio de qué nos sacaron de allá?*, resultado de la investigación de Jenny Marisol, tengo una visión más completa de la diáspora de la comunidad de Comuneros. Se trata de un trabajo que combina el rastreo histórico, las memorias, la etnografía y la cartografía social para producir una historia de desposesión espacial urbana que, no obstante, no exotiza ni victimiza a los actores subalternos, sino que documenta las estrategias de resistencia, permanencia y las prácticas de trabajo que muchas comunidades de recicladores han construido en sus trayectorias urbanas.

Resulta de alto interés para la comprensión de las luchas urbanas y la historia social de los desechos la trayectoria de la Comunidad de Comuneros. El libro informa, mediante las memorias de los habitantes del barrio Comuneros de Suba, la historia de la primera comunidad, que habitó por cuatro décadas de los predios públicos atravesados por los rieles del ferrocarril a la altura de la naciente zona industrial de Puente Aranda. Aprovechando la cercanía a las industrias, familias desplazadas por la guerra y las políticas de desdoblamiento rural de mitad del siglo pasado construyeron una *economía moral* (Thompson, 1979) de las basuras, que posibilitó trabajar y construir viviendas con las sobras de la modernización fabril. Esta población hizo parte activa de un tiempo de la ciudad en la que se gestó un activo mercado de desechos, lo cual posibilitó que durante casi cuatro décadas varias generaciones construyeran una comunidad en el centro del desarrollo urbano, pero por fuera del orden político de la ciudad, que toleró y aprovechó el trabajo como pieza fundamental de la industria.

Jenny Marisol indaga en las memorias de los habitantes de Comuneros (Suba) el proceso de expropiación que la ciudad neoliberal de la década de 1990 hizo sobre el trabajo, la vida, el territorio y la comunidad construida. A los ojos de la renovación urbana y sus agentes, el sector de Comuneros

era no solamente ilegal, sino un obstáculo a los planes de progreso. La batalla jurídica contra los pobres urbanos fue brutal, en algunos casos violenta. La respuesta dependió de las experiencias organizativas y de las alianzas políticas generadas; en el caso de Comuneros, sus integrantes pudieron negociar los términos de la desposesión. La comunidad fue fragmentada, unas familias reubicadas en Ciudad Bolívar y otras en Suba. El caso de Suba resulta paradigmático.

La autora informa sobre las lógicas de construcción de la ciudad desde la racionalidad de urbanistas y políticos de la modernización. Estos pretenden actuar asépticamente, pero alteran las trayectorias de centenares de personas ya que suponen que los subalternos y los más pobres que habitan la ciudad no construyen territorios, comunidades, economías populares y, por ende, son obstáculos al progreso y pueden ser movidos a cualquier zona de sacrificio.

La trama compleja de trayectorias, memorias, resistencias y luchas por el derecho a la ciudad es el relato que encontramos en este nuevo libro.

Frank Molano Camargo

Docente titular

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Referencias

- Holifield, R. y Day, M. (2017). A framework for a critical physical geography of “sacrifice zones”: Physical landscapes and discursive spaces of frac sand mining in western Wisconsin. *Geoforum*, 85, 269-279.
- Thompson, E. P. (1979). La economía moral de la multitud. En *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Editorial Crítica.

Introducción

Páginas para comprender e interpretar el texto comunero

Los primeros protagonistas de la escena

Involucré a Magaly, mi hermana menor, en este proceso de investigación cuando comencé a realizar el trabajo de campo en el barrio Comuneros en la localidad de Suba hace dos años. En ese momento Nelcy Ramos, la líder del barrio, me propuso como condición para ingresar a realizar mis observaciones el diseño de una serie de actividades recreativas que sirvieran como retribución a la colaboración que tanto ella como todos los habitantes del barrio estuvieron dispuestos a ofrecerme. Si realmente estaba interesada en una investigación que me permitiera comprender la historia y las transformaciones identitarias de la comunidad Comunera, tenía que corresponder a esa petición. Para ello, necesité de Magaly, una persona diestra en la cuestión.

En lo último que pensé cuando inicié mi trabajo de campo fue en diseñar actividades recreativas para la población infantil y de tercera edad del barrio; yo no sé de bailes ni de juegos tradicionales. Mi formación es en ciencias sociales. En este proceso formativo comprendí que, a veces, mientras analizamos científicamente el mundo, terminamos por enajenarnos de las cosas más sensibles y cotidianas del ser humano, como el mismo juego y el ocio. Yo no aprendí de eso, no lo concebí como un componente

fundamental en las relaciones sociales, no tenía idea al respecto, en cambio mi hermana Magaly sí; ella va a la universidad a verle el sentido científico y pedagógico a eso de saber recrearse en el tiempo libre.

Como ella sí sabe de juegos, sabe integrarse y hablar con la gente, sabe establecer fácilmente vínculos mediante una conversación y, además de todo, se ríe a cada rato. Aproveché sus cualidades y acudí a ella como nunca antes lo había hecho. Tuve que integrarla en el contexto social que rodea a las personas que habitan el barrio Comuneros de Suba.

Magaly, Comuneros es un barrio que queda cerca al barrio Rincón, donde vive mi abuelita. El barrio queda a la orilla de la loma, estoy segura de que usted ha pasado muchas veces cerca de él, pero no se ha percatado de su presencia porque es muy pequeño, solo son tres manzanas. Allá viven unas familias conocidas con el mismo nombre del barrio, es decir que también se hacen llamar Comuneros. Espero que no se vaya a confundir con lo que le estoy diciendo, el barrio se conoce con dos nombres: “Comuneros” o “Casitas” y allí viven los recicladores Comuneros.

Los recicladores Comuneros son una comunidad de más de cien familias que vivió durante treinta años en un lote de la localidad de Puente Aranda. En la década de los cincuenta llegaron desplazados por la violencia bipartidista desde distintos departamentos del país. Como no encontraron empleo, tampoco pudieron pagar un alojamiento estable para sus familias, entonces para dar solución a sus problemas decidieron invadir la vía del ferrocarril de la carrera Cuarenta. ¿Usted conoce esa zona? —Queda entre las calles sexta y trece, por ahí, cerca de donde trabajaba mi papá.

Durante tres décadas muchas familias en la misma condición de pobreza y dificultades materiales iban llegando para establecerse en la invasión, construían sus casas con materiales provisionales, como cartón, madera y latas viejas de zinc. Para subsistir, aprovecharon la cercanía con la Zona Industrial para encargarse de recoger los desechos que provenían de la actividad de las fábricas. En la zona se producían toneladas de basura que fueron progresivamente organizadas por la comunidad de la invasión, ellos mismos construyeron sus carretas para recolectar los desechos y llegaron a acuerdos

con los empleados de las fábricas para determinar horario de cargue de material. Así se convirtieron en la comunidad de recicladores Comuneros. ¿De dónde sacaron ese nombre? Después me lo contarán ellos, supongo.

En la década de los noventa llegó la Alcaldía de Antanas Mockus, usted no se alcanza a acordar de la *cultura ciudadana* pero yo sí. Ese era el plan bandera de su administración, en su discurso decía que la cultura ciudadana se alcanzaba mediante la recuperación de los espacios públicos, por lo tanto, solicitó el desalojo de comunidades invasoras de espacios públicos como la carrilera donde vivían Comuneros, a quienes después de negociaciones mediadas por el caos social, jurídico y administrativo, reubicó allá en Suba, en unas casas muy pequeñas en donde viven desde hace diecinueve años. El asunto no es tan sencillo como se lo he contado, sobre lo complejo iremos hablando en el camino, si me quiere hacer el favor de acompañarme.

Después de la explicación, Magaly decidió ir conmigo. Llegó desde su primer día con rutinas de ejercicios preparadas para las abuelitas que asistían a los talleres de actividad física; esas fueron las primeras acciones que organizamos en el barrio. En un cuaderno grande llevaba las figuras de las instrucciones para cada ejercicio. Contrario a lo que yo pensaba, ella realizó un trabajo disciplinado, suficiente para que construyéramos poco a poco una credibilidad ante la comunidad que vio cómo de un momento a otro aparecieron dos personas físicamente idénticas —“las profes—, que bailan en el Salón Comunal con las abuelitas. Claro, entre las dos hubo una que hizo poco ejercicio, que se quedó viendo por la ventana, que no hizo las actividades sino que se la pasó en el portón del salón, hablando con todos los que pasaban, tratando de darse cuenta de lo que iba sucediendo en el barrio y frente a ella.

Incidentes y aciertos en el trabajo de campo

Cuatro meses después de estar cada semana en el barrio Comuneros, las personas nos reconocían; como nadie se interesó mucho saber nuestros verdaderos nombres, se refirieron a nosotras como “las profes”. Cuando íbamos caminando por las cuadras angostas del barrio, nos saludaban desde las ventanas; si en la tarde hacía sol nos invitaban a jugar yermis y si hacía frío nos invitaban a tomar tinto. No establecimos conversaciones con la totalidad de los habitantes del barrio porque a muchos les molesta salir de su casa y lo hacen cuando es estrictamente necesario, pero curiosamente cuando nos encontramos con alguien a quien no hemos visto, nos saludamos, como si ellos reconocieran que pasamos largo tiempo en el lugar, compartiendo juntos el mismo espacio.

En los fines de semana o en los tiempos de vacaciones, las calles están llenas de gente de todas las edades, los niños juegan a ser cantantes, futbolistas, ladrones y policías; los adolescentes en la entrada de las casas oyen rap, se hacen peinados y se lanzan miradas con afectiva complicidad, y los adultos mientras tanto hacen arreglos a sus casas o discuten con los vecinos sobre los problemas del barrio. En cada vivienda suena música de cualquier género a alto volumen, el niño que está jugando intercala sus actividades con los mandados que debe hacer a la tienda, suben y bajan con huevos, leche y pan. Al oscurecer, los más jóvenes se ponen sus mejores prendas, esperan en la esquina a sus amigos y se van a la discoteca. Algunos continúan la fiesta en el barrio, sigue la música, llegan la cerveza y el ron, a veces las peleas y con éstas la policía.

En el mes de diciembre, cuando más se presentaron estas tardes de diversa convivencia, algunos niños se nos acercaron para preguntarnos si teníamos alguna actividad especial para las novenas de aguinaldos; a decir verdad, no sabíamos que la integración que amablemente nos estaban permitiendo dentro de la comunidad implicaba la participación en esas fechas.

Sin pensarlo, tomé la palabra y viendo una oportunidad de mayor interacción con los vecinos les propuse que organizáramos un día de novena con procesión por todo el barrio, como las que se hacen en la Semana Santa.

La idea se propagó entre los vecinos, que desde la ventana preguntaban cómo iba a ser la novena, y si íbamos a dar refrigerios o si habría regalos. Las personas esperaban pasar un buen momento y a la vez recibir algún presente material. Por fortuna, la familia Rubiano, una de las más numerosas del barrio, se encargó de preparar sánduches y gaseosa para los asistentes, Kike grande¹ se comprometió a conseguir un bafle con micrófono, la señora Nelcy,² junto con Lola,³ armaron un árbol de Navidad en el Salón Comunal, tomando como materia prima vasos plásticos reutilizables y libros viejos de la biblioteca del mismo salón. Las profesoras, por nuestra parte, nos comprometimos a diseñar el orden de las estaciones y a elaborar una piñata para romper al final de la novena.

-
- 1 Kike grande tiene quince años. Su tía es propietaria de uno de los predios de reubicación en la localidad de Suba. Él siempre está en casa de ella porque su mamá no quiso hacerse cargo de su educación; por eso, desde el 2015 está desescolarizado, esperando en su casa qué oficio puede realizar.
 - 2 Nelcy Ramos es la presidenta de la Junta de Acción Comunal, tiene 50 años y es oriunda de Turmequé, Boyacá. Ella me contó que llegó a Bogotá cuando tenía 18 años, salió de su pueblo para poder terminar el bachillerato, pues si permanecía en Turmequé solo tendría como opción de vida el matrimonio. Huyendo de esos designios, terminó su secundaria en la jornada nocturna, mientras en la mañana trabajaba con comunidades desfavorecidas de Ciudad Bolívar. Estando en el colegio conoció a su esposo, Humberto R., hijo de un reciclador Comunero, con quien seis años después de haberlo conocido se casó, vinculándose de esa forma con Comuneros, hasta tomar una responsabilidad política frente a la comunidad y encargarse desde hace más de diez años de encabezar las reivindicaciones del colectivo.
 - 3 Lola es la tía de Kike; al igual que el esposo de Nelcy, ella también nació en Comuneros y se dedica al reciclaje desde su infancia. Tiene 48 años y actualmente es la propietaria de uno de los predios de reubicación en Suba. Allí vive con sus seis hijos y un nieto que acaba de nacer. En la comunidad se ha caracterizado por sus habilidades deportivas y artísticas. En las fechas importantes se encarga de la decoración de la calles y del Salón Comunal. Cuando las muchachas requieren de entrenamiento para campeonatos de fútbol, es ella quien se encarga de su preparación.

Los organizadores estaban expectantes, Nelcy estaba contenta porque desde hace mucho tiempo no había alguien ajeno a la comunidad comprometido con las actividades. El voz a voz de una novena con piñata atrajo a todos los niños esa noche del evento; los que tienen mayor iniciativa llegaron disfrazados de María y José, hasta una joven que recién dio a luz nos prestó a su bebé para que fuera el Niño Dios. Ya eran las seis de la tarde, no asistió mucho público adulto, pero los niños sí estuvieron puntuales en la esquina de la manzana central del barrio. Partimos con el grupo recorriendo las tres manzanas, leyendo los gozos y tocando la pandereta. Kike grande y Kike pequeño⁴ se apoderaron del micrófono, encabezando los padrenuestros y las avemarías.

Llegamos al Salón Comunal. El señor Rubiano,⁵ más conocido como Pecoso, ya había dejado lista la piñata. Cuando los niños entraron, saltaban por encima de las sillas del salón, se colgaban en el muro que da hacia las escaleras, yo intentaba controlarlos pero ellos solo querían la piñata. Ante la indisciplina que ninguno de los adultos supo apaciguar, Magaly tomó el micrófono y con una rima que ellos debían contestar, por fin logró ubicarlos alrededor de la piñata en silencio. “¿Quién quiere pasar primero?”. Todos se abalanzaron, como queriendo alcanzar la piñata; uno de los asistentes se separó del grupo y empezó a improvisar una rima de rap, ante su habilidad

4 Kike pequeño es hijo de Lola, tiene trece años. Aunque ya es un adolescente, su baja estatura y sus rasgos faciales tan infantiles suelen hacerle pensar a la gente que es mucho menor. Le gusta cantar rap, es un excelente jugador de fútbol, no le va tan mal en el colegio. Pasa gran parte del tiempo con su primo Kike grande, entre ambos hacen los mandados domésticos que requieran sus familias.

5 El señor Rubiano es hermano de Lola. A decir verdad, esta es una de las familias más grandes de la comunidad. Tíos, sobrinos, hermanos, comparten el apellido Rubiano. Todos ellos vienen de la invasión de la carrera Cuarenta; en su caso, llegó allá siendo un recién nacido. Aunque el señor Rubiano ya no se dedica al reciclaje porque ahora trabaja en construcción, su esposa sí lo hace. Son de los pocos núcleos familiares que aún cuentan con una fuente de sustento basada en el reciclaje. Tienen tres hijos, que en estos momentos están intentando acceder a la educación superior.

para llamar la atención, se le concedió el honor de intentar romper la piñata. Después de tres golpes, el niño cantante no logró romper lo que parecía ser un fortín de dulces.

Pasaron cuatro niños y la piñata seguía intacta, cuando pasó el quinto todos le gritaban que le pegara con fuerza. Nelcy le cubrió los ojos al nuevo participante, le dio doce vueltas para marearlo y empezaron los golpes: uno, dos, el tercero lo envió con tanta fuerza que el palo de escoba con el que intentaban golpear la piñata llegó con todo el impulso contra la frente de uno de los pequeños que estaba debajo de la piñata. La gritería se disipó instantáneamente, el silencio por un segundo, antes de que el niño soltara un chillido tenue y un hilito de sangre bajara de su frente hacia la punta de su nariz.

Tan pronto como sonó el golpe contra la cabeza de la víctima, todas las miradas de los niños fueron hacia mí; Nelcy me miraba con gesto de desprecio y comprensible ira. Pensé de inmediato que esa era la última noche en Comuneros. En mi idea de la piñata no tenía programado un accidente, solo quise hacerla de un material muy resistente para que soportara el peso de los dulces, no pensé que el cartón plastificado resistiera tantos golpes. Me acerqué a Nelcy tratando de explicarle la lógica de los accidentes, mientras los papás del niño descalabrado intentaban curar la herida con un poquito de alcohol.

Pocas veces he sentido tanta vergüenza como ese día, la cabeza del niño no paraba de sangrar y en mi egoísmo no hacía más que pensar en el destino de la investigación. Para que el silencio incómodo no continuara, el señor Rubiano junto con Magaly abrieron la piñata con unas tijeras, la algarabía de los niños volvió en el momento de ver caer los dulces y confetis. Al descalabrado le ofrecieron un puñado de juguetes miniatura, gaseosa y sánduche, pero tenía tanta rabia que no quiso recibir nada. Cuando se acercó el papá del pequeño, le ofrecí disculpas que por fortuna recibió con amabilidad respondiéndome: “Fresca profe, el pelado es una nena y está acostumbrado a berrear por nada, usted sabe que la sangre es escandalosa”.

Los niños tuvieron sus dulces y sus onces, los adultos se fueron comentando con tono de burla el incidente del descalabrado. Al final, los organizadores quedaron contentos, tomaron el percance con naturalidad, Nelcy se reía de mi cara de preocupación y el pobre descalabrado, por supuesto, continuaba enojado. Al siguiente día estábamos en el barrio otra vez, como si nada hubiera sucedido, con la ganancia de tener una experiencia que compartir con Comuneros, a costa del niño accidentado.

El método como principio organizador del trabajo de campo

He de admitir que mi trabajo de campo no se caracterizó por la rigurosidad en la toma de notas de campo, horarios de permanencia en el barrio o sistematización de experiencias. Empero, también reconozco que siempre estuve con la gente, tratando de interpretarlos, pero también interpretándome a mí estando allí.

En los inicios del trabajo de campo asistía únicamente los sábados antes de mediodía. A esas horas siempre vi lo mismo, vi las mismas personas y escuchaba casi siempre relatos muy parecidos. A pesar de la repetición de hechos, esta continuidad me permitió establecer un vínculo de mayor confianza con personas que frecuentaban el Salón Comunal —el lugar donde pasé la mayor parte del tiempo—. Dichos vínculos trasladaron la relación lejana que suele existir entre el investigador y la población investigada hacia otros escenarios donde las conversaciones iniciadas en la mañana del sábado tenían que terminarse con el compromiso de ir cualquier día de la semana, bien fuera a terminar de hablar o a seguir oyendo. De este modo, mi presencia en Casitas en la localidad de Suba, lugar donde se reubicaron los habitantes de Comuneros de la Calle 40, fue por más de dos años parte de esos recorridos diarios que se hacen por la ciudad, y sus habitantes pasaron a ser personas especialmente importantes en mi cotidianidad.

La progresión de estos campos de interacción me llevaron a adoptar como método de investigación el trabajo etnográfico, una metodología en la que es posible desobedecer a los cánones de investigación sin que ello ponga en riesgo el conocimiento de datos precisos sobre las personas con quienes empiezo a compartir mi cotidianidad (Bourgois, 2010, p. 47). Las lecturas hechas sobre las reflexiones etnográficas de James Clifford (2001) y de Clifford Geertz (1973b) me permitieron comprender que el trabajo de campo que estaba desarrollando junto a Comuneros podría llegar a constituir experiencias de investigación de las cuales yo lograra hacer interpretaciones sobre la vida comunera, la que se les quedó en la carrera Cuarenta y la que están construyendo en Suba.

Dichas experiencias de investigación se manifestaban en la reflexibilidad que producen los testimonios Comuneros alrededor de sus relaciones con la institucionalidad estatal, con los ciudadanos y con ellos mismos. En cada ejercicio narrativo se expresaba multiplicidad de subjetividades que ante este foco analítico se convirtieron en formas de construcción política, no porque yo las quiera asumir de tal manera, sino porque realmente sus acciones han significado históricamente una constante pugna por ganarle al establecimiento su derecho legítimo a tener un espacio participativo en la ciudad.

En el trabajo de campo busqué comprender los fenómenos políticos y urbanos de la ciudad a partir de la perspectiva de los actores pertenecientes a la comunidad Comunera, tomando como punto de partida algunas reflexiones de Rosana Guber (2013). Me pregunté entonces: ¿Cómo se sentía la ciudad sin tener un techo propio? ¿Cómo se construye una vida cotidiana en la informalidad urbana? ¿Qué significa vivir al margen de la formalidad y la legalidad? Todas estas cuestiones fueron emergiendo a medida que los tiempos de interacción se prolongaban. Yo, mientras tanto, escuché e intenté hacer una representación coherente de lo que yo suponía que pensaba y sentía una comunidad frente a lo que ellos realmente piensan, sienten y dicen acerca de lo que significa estar presentes pero invisibles y aislados durante muchas décadas en la ciudad (Chartier, 1992).

La ignorancia metodológica con la que debí acercarme a una realidad para conocerla me permitió, según lo expuesto por Rosana Guber, detectar con mayor facilidad aquellos incidentes reveladores con los que puedo conocer e identificar los rasgos más sobresalientes de la comunidad (2014). En esta medida, lo más recomendable para mí fue no llevar un libretto totalmente preparado para acercarme a ellos. Por el contrario, me aproximé a su realidad de acuerdo a los parámetros que ellos impusieran con el fin de manifestar mi compromiso y respeto ante lo que ellos tuvieran por compartir, recordando que, como lo indica Guber, “la investigación no se hace sobre la población sino con y a partir de ella” (2013, p. 186). De mi capacidad de comunicación con ellos dependía la habilidad con que fuera posible franquear las barreras de desconfianza para desarrollar verdaderos ejercicios narrativos.

Ante la avalancha de dudas que vienen implícitas en mis espacios de interacción con Comuneros, se manifiesta la necesidad de condensar todas las cuestiones en la pregunta por la identidad, por saber quiénes son Comuneros y qué atributos los han definido ante la sociedad y entre ellos mismos como la comunidad urbana compleja que hoy se mantiene en lucha contra los entes administrativos de la ciudad. En búsqueda de otorgarle sentido y orden a este proceso investigativo, dirijo mis objetivos a un conocimiento de la comunidad desde sus reivindicaciones y sus procesos organizativos.

Una vez organicé una estructura general sobre mi conocimiento en torno a la comunidad, me propuse analizar e interpretar las transformaciones identitarias de los recicladores Comuneros a partir de su organización comunitaria y su disputa por el derecho a la vivienda. Aspectos como las políticas urbanas son insoslayables en la investigación, pues son éstas las que de alguna forma han determinado el destino de las acciones de Comuneros tanto en la invasión en la Cuarenta como en el momento de reubicación en Casitas en la localidad de Suba. Es por esto que consideré

la importancia de identificar las políticas sociales y urbanas que propiciaron el desarrollo de la invasión Comunera en la Zona Industrial de Puente Aranda.

Durante el proceso de asentamiento en la Zona Industrial, la organización de la comunidad en torno a distintas funciones de carácter laboral, familiar y vecinal hace de esta población un colectivo con amplias capacidades estratégicas y organizativas que deben ser comprendidas a través de la interpretación de las prácticas comunitarias que fortalecieron su invasión por treinta años. Siguiendo la línea histórica de las transformaciones en la organización Comunera, me propongo identificar las transformaciones identitarias de la comunidad tras su proceso de reubicación en Suba, reconociendo a la vez, qué aspectos en las estrategias de los agentes Comunereros han generado otras formas de comunidad como consecuencia de su salida de la invasión en la Zona Industrial.

El alcance de cada uno de estos objetivos está atravesado por la investigación etnográfica, asumida como “una ciencia interpretativa en busca de significaciones para analizar la cultura” de la comunidad con la que me integré para realizar mi trabajo de campo (Geertz, 1972a, p. 23). La etnografía en Comunereros no debe quedarse en las limitadas y rígidas labores de selección de informantes, transcripción de textos de entrevistas, trazado de mapas del área de trabajo o la minuciosa tarea de llevar un diario de campo. Más allá de ello, con la etnografía traté de comprender el lenguaje de cada habitante del barrio y de los objetos materiales y simbólicos que ellos han elegido para organizar sus espacios; la sonoridad del ambiente, la jerarquización dentro de la comunidad, lo visible y lo invisible, todo ello en búsqueda de la interpretación de lo que significa ser Comunero.

A partir del análisis etnográfico definido por Clifford Geertz (1973a), reconocí que a lo largo de este proceso requerí de la capacidad de saber cómo tener acceso a las propias interpretaciones que han hecho Comunereros sobre su realidad. Para ello, fue necesario aprender a percibir en los hechos cotidianos de la vida Comunera el significado de las conductas y de

los gestos por medio de los cuales la comunidad interactúa. Hacer de cada acción vista en el diario vivir del barrio un texto legible e inteligible que me permitiera conocer y relacionar las interpretaciones que hacen sobre sí mismos, así como la teoría interpretativa que pude construir sobre ellos.

Aludiendo a otras perspectivas teóricas sobre la etnografía, reconozco la relación inherente que establece James Clifford en *Los dilemas de la cultura* (2001) entre la etnografía y las redes de escritura que simultáneas al trabajo voy produciendo. Sin embargo, busqué traspasar ese ejercicio de traducción mínimamente detallado de las experiencias de mis interlocutores que tanto caracteriza a este método de investigación para llegar finalmente a una elaboración más compleja de lo que significa la labor de observar y traducir, me refiero a la posibilidad de elaborar una descripción densa en torno al universo Comunero.

Para Clifford Geertz, la etnografía es descripción densa y esta a su vez significa

[...] lo que en realidad encara al etnógrafo en una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas y a las cuáles el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para caparlas primero y explicarlas después. (1973a, p. 24)

La legibilidad en torno a las formas de vida en el barrio Comuneros se dio en la medida en que supe reconocer que la descripción densa me permitía percibir e interpretar cuáles son los fenómenos sociales presentes en las prácticas cotidianas de la comunidad. ¿Qué hay detrás de esa recuperación de las actividades recreativas y colectivas de la comunidad? ¿Cuál es la genealogía de los diversos conflictos por la vivienda? ¿Cuál es la importancia de identificar las transformaciones identitarias de una comunidad que ha construido su hábitat a partir de una serie de prácticas al margen de lo establecido por los gobiernos locales?

Estas cuestiones emergentes se fueron alimentando de las experiencias obtenidas a lo largo del trabajo de campo. Las prácticas cotidianas que logré percibir en actividades como la celebración de la novena de aguinaldos, algún partido de fútbol en la tarde o una discusión entre jóvenes vecinos me dieron la posibilidad no solo de construir la descripción densa que requiero para dar respuesta a mis cuestionamientos, sino también la potestad para hablar de lo que James Clifford denomina la *Autoridad etnográfica* (2001), el conocimiento sobre las conductas, los gestos y los lenguajes de la comunidad que me da el hecho de haber estado presente en el barrio en diferentes momentos, con diferente gente, hablando sobre ellos y sobre mí, desarrollando mi trabajo de campo.

Para lograr los alcances efectivos en el desarrollo de mi *autoridad etnográfica*, uno de los compromisos adquiridos con Comuneros fue el de estar presente en el barrio, no como la observadora que se posa en el prurito de la sabiduría académica, sino como el agente que participa, propone y colabora en las distintas actividades organizadas dentro del barrio, aun cuando estas resulten accidentadas por falta o exceso de voluntad colaborativa.

Fue justamente esa regla de participación constante la que me permitió establecer una experiencia investigativa basada en el diálogo, en la interpretación y en la polifonía que componían cada testimonio acerca de las vicisitudes que ha pasado Comuneros para habitar como comunidad en la ciudad (Geertz, 1973a). Los vínculos creados entre ellos y yo abrieron paso al ejercicio dialógico de analizar y reflexionar en torno a cada pensamiento propio y externo. En las conversaciones sostenidas durante el desarrollo del trabajo de campo, son las voces comuneras las que hablan de sus conflictos colectivos y los convierten en experiencias personales, susceptibles de ser problematizadas, discutidas, reflexionadas y finalmente escritas con sus palabras y con las mías.

La historia de Comuneros en Bogotá constituye un texto extenso lleno de enmendaduras hechas por sus mismos protagonistas, quienes deben hacer una revisión de su pasado para reconocerse en su presente y no

olvidar lo que significa formar parte de ese colectivo. El texto comunero está lleno de personajes, puntos de giro, tiempos de esperanza e incertidumbre que caracterizan las narraciones que cada día algún habitante del barrio comparte conmigo para que desde mi experiencia reconstruya una nueva interpretación de sus realidades.

La etnografía con los marginados

Las referencias sobre la reflexión etnográfica no surgen de las horas de estar sentada en los andenes del barrio, tampoco surgen espontáneamente de las lecturas sobre el método etnográfico. Las formas y categorías analíticas expuestas a lo largo de esta investigación son producto de la revisión, discusión y reflexión en torno a los trabajos de Philippe Bourgois (2010) y de Loic Wacquant (2006). Sus análisis en torno a la pobreza urbana y la exclusión, la estructura narrativa y la interacción desarrollada entre las interpretaciones científicas y los testimonios se convierten en una forma efectiva de aterrizar distintos elementos teóricos que los mismos autores toman de la propuesta teórica de Bourdieu (2009) y que yo tomo para comprender lo que me enseñan los textos y lo que comprendo observando distintas realidades en Comuneros.

Aunque el trabajo de campo desarrollado por Bourgois y por Wacquant se ubica en espacios altamente industrializados, a saber, las ciudades de Nueva York y Chicago respectivamente, no dejan de ser ejemplos ilustrativos tanto por el desarrollo de una observación participante realmente sensible con las condiciones de pobreza urbana y exclusión de las comunidades con las que compartieron, como por los aportes analíticos y reflexivos acerca de la pobreza urbana, la informalidad y la criminalidad.

En primera medida, la perspectiva antropológica asumida por Philippe Bourgois en el texto *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem* (2010) se sitúa en uno de los barrios más decadentes de la ciudad de Nueva York, el East Harlem, territorio históricamente segregado y estigmatizado por ser

uno de los mayores contingentes de población puertorriqueña en Estados Unidos. En su propuesta investigativa, Bourgois propone un análisis sobre lo que él denomina “la cultura callejera de la ‘*inner city*’”, el cual logra realizar mediante la inmersión total en el barrio.

Aprender a vivir con la población puertorriqueña excluida de Nueva York y conocer la performatividad de su lenguaje le permite a Bourgois comprender la lucha diaria que libran los habitantes de East Harlem por integrarse a la ciudad mediante la puesta en marcha de métodos alternativos para la generación de ingresos como la delincuencia organizada, la prostitución, el tráfico de drogas, entre otras actividades extralegales. Más allá de crear un discurso sensacionalista a partir de las situaciones extremas de la pobreza de los migrantes, esta investigación es también una postura política en la que se hace un llamado urgente a las instituciones estatales para que evalúen y pongan en cuestión la verdadera eficiencia de las políticas públicas de atención a los más pobres y de inclusión de migrantes.

Con testimonios de gran extensión y contenido, Bourgois ofrece mediante la “descripción densa” (Geertz, 1973a) elementos reflexivos sobre instituciones que, en el caso de Comuneros, son definitivos en la comprensión de sus transformaciones identitarias. Instituciones como la familia, la escuela y el mismo Estado son debatibles al momento de encontrar la génesis del problema estructural de la pobreza.

A partir de esta investigación se comprende la importancia del trabajo de campo riguroso y la constante presencia y relación con los actores del proceso investigativo en donde se resalta la interacción con individuos que han sido históricamente marginados por las sociedades hostiles que los circundan (Bourgois, 2010). Asimismo, el autor invita a reflexionar acerca de la construcción del texto etnográfico en el que muchas veces la injerencia personal en las comunidades puede llegar a ser tan alta que se suelen omitir los aspectos negativos a fin de mantener los lazos de empatía con las personas que permiten la presencia del investigador en sus espacios. Este es un

problema al que yo me veo constantemente expuesta en mi investigación con Comuneros y que, por tanto, complejiza el desarrollo de interpretaciones de las realidades que observé y percibí mientras estuve en el barrio.

Desde un ángulo sociológico se encuentra Loic Wacquant, quien a partir de su trabajo *“Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador”* (2006) presenta una radiografía de la pobreza y la marginalidad urbana paralela a la de East Harlem, esta vez desde un gueto negro en la ciudad de Chicago. Involucrándose como aprendiz en una sala de boxeo, Wacquant emprende un proceso de aprendizaje en la carrera pugilística mientras comprende las normas internas de este universo deportivo. Respecto al ámbito investigativo, el autor se propone recabar datos etnográficos precisos y detallados adquiridos mediante la observación directa y participante. Adjunto a la labor de la descripción densa que elabora el autor emergen reflexiones sobre la regulación de la violencia, el control del cuerpo y la seguridad en los guetos estadounidenses, donde la cuestión racial acentúa la segregación y el cierre de oportunidades para la juventud económicamente más vulnerable (Wacquant, 2006).

Mediante el texto etnográfico de Wacquant se hacen evidentes el sentido teórico del trabajo de campo, en la medida en que éste consiste en ampliar y profundizar el contenido de las teorías bourdeanas hacia el campo de la realidad social. El autor explora las categorías de habitus, práctica y campo en el universo pugilístico al que asisten los jóvenes del gueto en busca de una actividad que los mantenga al margen del crimen y la adicción a las drogas. Las lecciones aprendidas giran alrededor de la habilidad de sacar grandes conclusiones partiendo de los hechos pequeños sucedidos en la cotidianidad de la comunidad con la que se comparte el trabajo de campo.

La problematización sobre la marginación urbana no debe limitarse a las barreras geográficas y culturales que expongan los resultados de otros trabajos de investigación. Por el contrario, uno de los retos impuestos a lo largo de mi proceso reflexivo etnográfico consiste en identificar los elementos planteados por trabajos como los reseñados en el plano latinoamericano,

reconociendo los límites económicos, políticos y culturales que modifican las condiciones materiales y simbólicas de cada comunidad que lucha por un espacio en este mundo de inequidades.

La pertinencia de la ciudad y el suelo urbano en el trabajo etnográfico

Una de las características más sobresalientes en el proyecto de investigación desarrollado con Comuneros es el reconocimiento de la ciudad como escenario físico y político de los conflictos que ha mantenido la comunidad frente a diferentes entes de la administración distrital y de la ciudadanía. Bogotá cobra especial sentido una vez se manifiesta el estrecho vínculo que existe entre la implementación de los distintos planes de desarrollo propuestos para la modernización de la ciudad y sus consecuencias en el cumplimiento de los derechos civiles de Comuneros en cuanto a participación, habitabilidad y trabajo se refiere.

Teniendo en cuenta que Bogotá, al igual que otras metrópolis latinoamericanas, debe su expansión en gran parte a los movimientos populares que a partir de la década de los cincuenta promovieron la autoconstrucción de barrios desde la informalidad urbana, es necesario prestar atención no sólo a los procesos de desarrollo propuestos desde los gobiernos, sino a las iniciativas creadas por la gente. En razón a ello, las investigaciones de Alfonso Torres Carrillo (2013a), Samuel Jaramillo (2012) y Carlos Alberto Torres (2009) contribuyen a la conformación de un análisis panorámico acerca de los procesos de invasión, autoconstrucción y legalización de barrios contruidos por las familias que migraban de los campos como producto del caos político y social en el que se mantiene el país.

Las experiencias de lucha por la adquisición de suelo urbano en los barrios populares de la ciudad marcan el punto de partida de la invasión Comunera sobre la avenida del Ferrocarril en la Zona Industrial.

Identificando la pluralidad de condiciones que atraen gran número de migrantes con intensas necesidades que los llevan a organizar de propio cuño toda una revolución habitacional desde abajo. El reconocimiento de estos procesos me permite comparar las diferencias y semejanzas entre las invasiones estudiadas por los autores enunciados y el proceso específico de Comuneros, al tiempo que me es posible mostrar las características que distancian el proceso de lucha de la comunidad de otros casos ampliamente documentados, como el del Barrio Policarpa o Nuevo Chile.

A la perspectiva histórica asumida en dichas investigaciones es necesario sumar el debate sobre la ciudad, más exactamente sobre el suelo con algunas aproximaciones sobre la teoría de la renta del suelo urbano, abordada desde los trabajos de Samuel Jaramillo (2009) y David Harvey (2007). Como se verá en el desarrollo del texto, uno de los aspectos que definen el traslado de Comuneros de su lugar en la vía férrea hasta la reubicación en la actual localidad de Suba fue la valorización del suelo correspondiente a la carrilera una vez se proyectó en dicho terreno la construcción de la primera línea de Metrobús. El suelo que otrora fuera invisibilizado por la misma presencia de sus invasores se convirtió en una mercancía apetecida por los urbanizadores apoyados por los grandes inversionistas de capital que sobre los derechos de la ciudadanía desposeída promovieron el desarrollo económico de los agentes especuladores del suelo.

Una vuelta necesaria por la comunidad

En las transformaciones identitarias que ha experimentado Comuneros, los procesos de organización comunitaria han emergido como la matriz articuladora de su historia. Cuando empecé a evidenciar una constante alusión al concepto de comunidad en los testimonios de varias personas, reconocí que la alusión no corresponde a una forma mecanicista de nombrar al colectivo sino que, efectivamente, gran parte de las pequeñas conquistas

sobre el suelo urbano que lograron en el pasado fueron fruto de prácticas organizadas con las que dieron una respuesta contundente a la crisis habitacional y en contra de las políticas del establecimiento.

Dada la trivialización a la que ha sido expuesto el concepto, es necesario retomar la reflexión sobre del sentido de lo comunitario hoy, cuando se designa así a cualquier unión de individuos, lo que despoja al término de la carga ética y política que aún vive en movimientos urbanos populares, indígenas y campesinos. Partiendo de esta emergencia, Alfonso Torres (2013b) se pregunta si es pertinente decir algo nuevo sobre la comunidad.

Respecto a la cuestión planteada por el autor, respondo acudiendo a su propia afirmación: “ante la necesidad de reconocernos desde la compleja, plural y contradictoria realidad latinoamericana, en la que el capitalismo dominante coexiste en tensión con otras formas de organización económica y social” (Torres, 2013b, p. 196), es necesario volver a la revisión de las acciones contestatarias de colectivos como Comuneros, que hace casi cincuenta años, al verse despojados de cualquier bien material decidieron hacer frente a la miseria construyendo su propio vecindario, consiguiendo su fuente de subsistencia desde las actividades informales y al margen de las políticas segregadoras de las alcaldías.

Durante el desarrollo de cada capítulo del texto se enuncia a Comuneros como una comunidad porque el lugar que mantuvieron invadido durante tres décadas en la Zona Industrial de Puente Aranda fue una realidad creciente y fortalecida gracias a la organización interna que desarrollaron rechazando y criticando cualquier muestra de clientelismo político que entorpeciera la permanencia e independencia de las familias en sus ranchos autoconstruidos.

Pensar una vez más en “comunidad” se hace pertinente porque aun cuando pareciera que el sistema capitalista acentúa las prácticas individualistas en función del enriquecimiento a costa del desposeído, a partir de pequeñas expresiones se manifiesta el intento de pequeños colectivos que

entre la incertidumbre han sabido poner el vilo las instituciones estatales por medio de la ocupación de terrenos, autogestión para el cubrimiento de los derechos que ha resultado mucho más eficiente que los paliativos que ofrecen las administraciones locales.

Pensar la comunidad desde Comuneros es pensar y reconocer las experiencias organizativas del pasado en las que la acción colectiva les permitió burlar las reglas en contra del uso informal del suelo, los requerimientos burocráticos para acceder a un trabajo y las normas para la construcción de sentidos de habitabilidad, aspectos definitivos en la configuración identitaria de Comuneros que irán emergiendo en cada uno de los capítulos siguientes.

No busco hacer una conceptualización sobre lo comunitario, he optado por ofrecer un ejemplo del agenciamiento desde la informalidad y los resultados que este dio por tantos años. Busco reflexionar sobre el nacimiento de vínculos, valores y sentimientos compartidos en la carrilera, pero también de su ocaso y su persistencia por no desaparecer (Torres, 2013b).

La organización comunitaria que se destaca en el pasado comunero también es susceptible a transformaciones que ofrecen otras entradas analíticas desde la antropología o la sociología para continuar con la problematización sobre las condiciones sociales, políticas y económicas que rodean a Comuneros. La exaltación del valor conceptual de la comunidad se expande hacia otros linderos desde los cuales lo comunitario puede llegar a debilitarse hasta la desaparición o total resignificación.

Otros abordajes sobre lo comunitario

Para aclarar cuáles son esas posibles transformaciones de la comunidad, retomo a Wacquant, con el texto *Los condenados de la ciudad* (2007). La referencia a esta segunda obra del autor es pertinente por cuanto ofrece otra dimensión de la comunidad aterrizada tanto a su capacidad organizativa como a las crisis desintegradoras.

En *Los condenados de la ciudad* se resaltan las categorías de *gueto comunitario* e *Hipergueto*. Según los postulados analíticos de Wacquant, el gueto comunitario es una forma institucional caracterizada por una conciencia colectiva unificada, una división social del trabajo prácticamente completa y con instrumentos de movilización y representación que gozaban de una amplia base social (2007).

Producto de las políticas del Estado de bienestar impuestas en Estados Unidos y Europa, el gueto comunitario goza de cierto acceso a los derechos civiles sin que esto signifique ruptura del control etnorracial llevado a cabo por las instituciones judiciales y policivas. Más que la suma de familias y de individuos pobres, el gueto comunitario constituye una concatenación particular anclada en un determinado espacio en el que son rodeados mediante mecanismos de clausura y control etnorracial (Wacquant, 2007).

Wacquant explica que si bien el gueto comunitario expresa la segregación urbana en contra de la población negra, también es el mecanismo espacial por el que personas comunes tratan de construir su vida y de mejorar su suerte aun en las circunstancias opresivas que les son impuestas (2007). Es así como el gueto comunitario se caracteriza por una seguridad laboral estable, una gestión étnica que sirve como vehículo para darle sentido a la existencia de la comunidad, previéndolos de orgullo racial y adhesión hacia la colectividad.

Desde otro extremo Wacquant señala que la caída del Estado de bienestar trae una transformación infalible en la cotidianidad del gueto comunitario, una vez se da la arremetida del neoliberalismo en contra de la población más débil masificándose de manera progresiva las condiciones de desprotección a la ciudadanía. Con la eliminación de proyectos y auxilios de bienestar social a la población del gueto, la comunidad se inserta en un proceso de degradación que el autor denomina como el hipergueto.

La hiperguetización aunada en la década de los noventa se caracteriza violencia ejercida desde arriba; la desproletarización, la relegación y la estigmatización son las nuevas condiciones que describen al gueto afroamericano. Con la caída del Estado de bienestar, la competencia por el acceso a los bienes colectivos se asevera expandiendo la precariedad y la privación de los bienes materiales de primera necesidad (Wacquant, 2007). La degradación se materializa en los barrios donde se ubican los guetos; estos espacios convertidos en barrios de desposeídos son vistos desde afuera como los barrios prohibidos o salvajes, focos de violencia y disolución social.

El resultado que va en contra de la población afroamericana es una estigmatización dañina que convierte el origen étnico y racial en una excusa de rechazo sujeta a la degradación de la población y la ausencia del Estado Social. Al cerrarse las antiguas puertas de subsistencia económica, las prácticas criminales son las nuevas fuentes, de tal suerte que el desempleo atrae la delincuencia, el fracaso escolar de los jóvenes que viven dentro de las economías ilegales y por ende reproducen las dislocaciones sociales. Todo esto, como si se tratara de un círculo concéntrico de miseria.

La apuesta investigativa que propone Wacquant en este texto consiste en hacer una invitación a científicos sociales para extrapolar este análisis de la marginación de las poblaciones urbanas vulnerables hacia otros espacios geográficos que no necesariamente se encuentran entre los rendimientos económicos de las naciones industrializadas, pero que, como en el caso de los guetos estadounidenses, han sido víctimas de las políticas de exclusión impulsadas por los mismos gobiernos representantes de la ciudadanía.

Partiendo de dicha invitación, he querido ajustar las categorías de gueto comunitario e hipergueto al caso de Comuneros reconociendo aquellas características que no es posible leer en nuestro contexto. Por ejemplo, es sabido que a Colombia no llegaron las políticas del Estado de bienestar que en Estados Unidos impulsaron la formación y la supervivencia del gueto comunitario. En Comuneros el Estado no está presente, no ofrece soluciones de adaptabilidad urbana al colectivo de migrantes invasores de

la vía férrea, quienes en este caso aprenden a autogestionar su vivienda, su estabilidad laboral y por defecto el fortalecimiento de lazos afectivos de orgullo por su actividad de recicladores. Por lo tanto, se podría decir que la organización popular y la autogestión vendrían a reemplazar las labores que debería desempeñar el Estado.

Si bien en Estados Unidos, la hiperguetización es una consecuencia de la caída del Estado de bienestar, para Comuneros esta transformación hacia la degradación se da con la intervención del Gobierno local para desintegrar la organización comunitaria y reubicarlos en una zona de la localidad de Suba, en la que la comunidad es expuesta a las condiciones críticas descritas por Wacquant en la transición del gueto hacia el hipergueto. La reubicación de comuneros implica igualmente el aumento de desempleo, la deserción escolar de los más jóvenes, el desarrollo de tendencias hacia la criminalidad y la vulnerabilidad hacia el señalamiento y la estigmatización, esta vez por sus particulares actividades de subsistencia.

En síntesis, lo que Wacquant propone para desentrañar otras dimensiones de lo comunitario requiere de una observación etnográfica para comprender las relaciones y significaciones que son constitutivas de la ciudadanía marginal en lo cotidiano. Después de todo, como él mismo lo aclara, el gueto no es una condición única de las sociedades industrializadas, sino la confirmación de que las estructuras políticas estatales son decisivas en la articulación de las desigualdades sin limitarse por el espacio geográfico o las prácticas culturales (2007).

Busco que las referencias teóricas y metodológicas que sustentan la investigación realizada con Comuneros estén presente en la investigación, de manera que formen una transversalidad que nos permita comprender la construcción identitaria como consecuencia de distintos fenómenos que vienen del medio circundante a la comunidad, pero que también se han tejido en su interior.

Esta investigación que toma elementos de la antropología, la historia y la sociología, soporta su peso en dos pilares: un método etnográfico que subyace en todos los debates sobre lo que pasa en el barrio y las lecturas interpretativas que hago sobre esos mínimos hechos que van apareciendo día a día, y un pilar teórico sustentado en los conceptos bourdeanos de *Habitus, práctica y estrategia*. Aunque es la primera alusión directa que hago a estos términos, es cierto que cada expresión, cada fenómeno y espacio de reflexividad dado junto a la comunidad de Comuneros ha sido entendido y manifestado a la luz de la teoría de Pierre Bourdieu (2009).

Aclaro y recalco la importancia de leer los fenómenos identitarios a partir de los planteamientos de Bourdieu porque desde su perspectiva ha sido posible comprender cuál es la importancia del espacio como forma de acceder al “capital” a lo largo de la historia de Comuneros. También se ha facilitado identificar el valor de la comunidad como agentes de acción política y social en la urbe, donde cuentan con un repertorio de iniciativas que los distinguen de otras comunidades.

Antes de hacer algunas apreciaciones y precisiones sobre el lugar teórico de la investigación, aclaro que los conceptos de *habitus, práctica y estrategia* constituyen en el desarrollo del texto la explicación etnográfica de los aspectos trascendentales en la construcción identitaria de Comuneros, tanto en sus años como comunidad invasora de la carrera Cuarenta como en su presente como barrio establecido en la localidad de Suba.

Pierre Bourdieu (2009) plantea que los sujetos no solo cambian por efecto de las fuerzas sociales; por el contrario, poseen márgenes de decisión y acción que los convierten en agentes actuantes. Es decir, históricamente Comuneros no ha sido una comunidad pasiva y victimizada a la espera de auxilios estatales. Oponiéndose a esta condición, Comuneros se constituye como agente de acción al gestionar desde su llegada a la ciudad métodos organizativos para autoproveer a sus familias de vivienda por medio de los ranchos y así mismo de trabajo e ingresos mediante la actividad del reciclaje. El agente comunero

supo mantener ciertos grados de autonomía creando e innovando formas de producir hábitat desde la informalidad. Bourdieu denomina “sentido práctico” a dichos márgenes de acción y decisión.

El sentido práctico, asumido como la posición que adoptó Comuneros en el contexto de la invasión de la carrera Cuarenta para hacerse a un lugar en la ciudad, fue alimentado por lo que Bourdieu denomina el *habitus*. Este no es una cosa tangible que se obtiene de manera espontánea, sino que subyace como una estructura determinante de prácticas que se manifiestan en las narraciones, las acciones de resistencia y reivindicación que creó Comuneros en el pasado y que ahora buscan plantear en el presente.

El *habitus* no es evidente como concepto a lo largo del texto, sin embargo su condición estructurante y estructurada es el cimiento de los diversos fenómenos sociales expresados en las acciones orquestadas por la comunidad a lo largo de sus disputas por la vivienda en Bogotá. El *habitus* constituye los principios generadores y organizadores de las prácticas (Bourdieu, 2009). Para el caso particular de Comuneros, éstas son adoptadas colectivamente produciendo acciones organizativas para mantener sus viviendas y sus modos de trabajo tal y como su autogestión lo fue determinando.

Como se verá más adelante, el pasado en los testimonios Comuneros es el principio organizador de la vida individual y colectiva. La vida tal y como transcurría en la Cuarenta, constituye gran parte de la identidad en el presente desde el que revaloran el sistema de prácticas que les permitía vivir en comunidad. El pasado que sobrevive en lo actual y que tiende a perpetuarse en el porvenir se actualiza en el sistema de prácticas establecidas en la comunidad.

¿Qué constituye dicho sistema de prácticas? El *habitus* engendrado desde el pasado tiene la capacidad infinita de producir pensamientos, expresiones, percepciones y acciones: “el *habitus* es la presencia actuante del

pasado del cual es el producto: por lo tanto, es lo que confiere a las prácticas su independencia relativa con referencia a las determinaciones exteriores del presente inmediato” (Bourdieu, 2009, p. 111).

El habitus se hace presente en las construcciones narrativas de Comuneros cada vez que justifican sus acciones como disposiciones inherentes a su ser colectivo, formas y normas establecidas para hacer frente a la segregación y al olvido. Mediante las prácticas colectivas y organizadas adoptadas en la carrilera, Comuneros reconoce sus orígenes comunes; vienen del campo, migran a la ciudad, no encuentran oportunidades de supervivencia, deben crear formas alternativas de producir hábitat urbano. A partir de estos denominadores, el habitus es una ley inmanentemente escrita en el cuerpo por las historias idénticas, “está formado por la experiencia de las personas que tienen una posición similar en un campo determinado, es decir, que viven bajo condiciones de existencia similares” (Ortega, 2016, p. 16).

Ahora bien, tales disposiciones que les han dado una forma duradera a los sentidos comunitarios de Comuneros también les otorgan la posibilidad a estos desposeídos del suelo urbano de adquirir un capital espacial que no necesariamente fue ganado por acciones ligadas a los establecimientos formales. La noción de capital en Bourdieu no alude únicamente a los términos económicos; hace referencia a la dimensión simbólica como una forma de aprovechar los conocimientos, las habilidades y las disposiciones para apropiarse de algo.

Siendo Comuneros parte de la gran masa de población desposeída que llegaba a ciudad, ¿qué otro medio habrían podido utilizar para apropiarse del suelo sino contaban con los medios materiales para hacerlo? Es en este punto donde la lucha por la apropiación del suelo empieza por los sentidos simbólicos que sirvieron para organizar la comunidad alrededor de una carencia, haciendo uso de sus habilidades y saberes campesinos para producir y distribuir ranchos para todos los destechados de la carrilera.

La conformación del capital es lo que permite la dominación o domesticación del espacio. Bourdieu expone de esta forma la relación entre capital y dominación:

El espacio social se traduce en el espacio físico, el poder sobre el espacio que le da posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura espacial de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes y servicios. La posición de un agente se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado. (2010, p. 122)

La relación que desarrollaron los Comuneros entre el habitus y el capital espacial materializado en la invasión de la avenida del ferrocarril para la autoconstrucción de sus ranchos dejó abierta la posibilidad de ingreso de nuevos conceptos estrechamente relacionados con la investigación. Eso que llamamos sentido práctico y que se manifiesta en las acciones promovidas por la comunidad en su área de invasión, Ángela Giglia (2012) lo denomina *el acto de habitar*.

El habitus Comunero posibilita la acción de habitar, entendida como [...] los gestos mediante los cuales nos hacemos presentes en el espacio, con los cuales lo ordenamos y con los que se constituyen un conjunto de prácticas reflexivas, más bien mecánicas o semi-automáticas que se definen como un habitus socio espacial, una habilidad de saber con el cuerpo. (Giglia, 2012, p. 16)

En varias ocasiones, Comuneros expresa en sus testimonios la utopía de querer volver a la carrilera, de habitarla por tiempos indeterminados. Estas afanosas afirmaciones las hacen porque durante el tiempo de vida allí aprendieron a reconocer y a establecer un habitus que les permitió habitar el espacio teniendo en cuenta que esta acción no significa estar bajo un techo. El habitar se relaciona más con el hecho de saberse allí y no en otro lado, con la capacidad de interpretar, reconocer y significar el espacio (Giglia, 2012).

La potencia y los alcances del habitus radican en que este posee una capacidad infinita de engendrar nuevos productos, pensamientos, percepciones y acciones con los que los agentes originan formas de percibir y posicionarse en el mundo social. Con el habitus, los agentes dominan la posibilidad de orientar objetivamente las prácticas hacia espacios donde sus expectativas y proyectos no sean restringidos (Wilkis, 2004). El habitus gestiona las estrategias de los agentes pues ellos se encuentran constantemente expuestos a experiencias nuevas en donde las disposiciones deben ser sometidas a una actualización que hace del habitus una disposición estratégica adaptable a las condiciones materiales de los agentes (Ortega, 2016; Wilkis, 2004).

La estrategia emerge como la habilidad que tienen los agentes para reacondicionar sus prácticas frente a los condicionamientos materiales y simbólicos del medio que los rodea. Este paradigma se caracteriza por la variabilidad, plasticidad e indeterminación que en nuestro caso de investigación hace que la comunidad se adapte a nuevas condiciones según el espacio que están habitando. “La estrategia significa la orientación de las prácticas y las coordenadas que ubican a los agentes en determinadas regiones del espacio social” (Wilkis, 2004, p. 127).

Las estrategias tienen la propiedad de irregularizar las normas establecidas que limitan y moldean el direccionamiento de las acciones. Está en manos de los agentes producir formas alternativas en informales con las cuales se pueda romper la estructura normativa y normalizante de los modos de hábitat urbano en los que se excluyen a las comunidades que no poseen capital económico para entrar a formar parte del mercado habitacional.

Lo que veremos a lo largo de la investigación, son las estrategias narradas y ejecutadas por Comuneros en dos momentos clave de su transformación identitaria. Por un lado, reconoceré como estrategias alternativas a la producción de hábitat y habitus urbanos, todas aquellas experiencias organizativas comunitarias que fueron iniciativa para la construcción de

expansión de los ranchos en la vía férrea, así como las estrategias de subsistencia soportadas en la labor del reciclaje y las implicaciones laborales y sociales con las que se fortaleció la identidad de la comunidad.

En un segundo escenario, el de la reubicación, las estrategias vuelven a dictar los caminos de reorientación de las prácticas hacia la adaptabilidad a un nuevo barrio, en el que entran nuevos elementos problematizadores de la transformación identitaria. Las estrategias de sobrevivencia propuestas en el campo de la reubicación en Suba suponen el retroceso de la organización comunitaria, al cambiar estas prácticas por otras ligadas a actividades ilegales que afectan en el presente el tejido social conformado en el pasado.

El trabajo de campo hecho texto

Más que exponer un abanico teórico sobre los conceptos aquí enunciados, propongo que sean los Comuneros quienes a partir de sus testimonios dejen al descubierto las experiencias pasadas y presentes que han constituido su identidad. Sin hacer una constante alusión a los autores que cimentan el proceso interpretativo y reflexivo, intento visibilizar las reivindicaciones de los jóvenes y adultos que reconocen en sus disputas por la vivienda un agenciamiento de sus acciones; loables en la medida en que gran parte de sus pequeñas conquistas las han hecho por sí solos, independientemente de que su condición actual los ponga en una situación desagradablemente dependiente de la institucionalidad distrital.

Vale la pena advertir los constantes saltos de tiempo que se encontrarán en el texto. Todos los testimonios aquí recopilados son tomados del presente, desde el barrio donde se efectuó la reubicación en la localidad de Suba. En contadas ocasiones se han tomado testimonios provenientes de fuentes de archivos de prensa. Aunque la propuesta consiste en darle el protagonismo al testimonio Comunero, es necesario según el nivel analítico hacer referencias directas y bastante mesuradas de los autores, puesto que se hace uso de términos o afirmaciones propias de los teóricos en otros textos.

Para mí es de gran importancia hablar de mis experiencias y sensaciones recurrentes en Comuneros. Considero el hallazgo de esta veta analítica como parte de mi historia personal porque el encuentro con Comuneros surge justamente de mi primera experiencia laboral. Es por eso que el primer capítulo habla en primera instancia de mi llegada al barrio, de los acuerdos hechos con ellos para permanecer allí, de las expectativas y los miedos que implica entrar a campos desconocidos.

Como este es el capítulo que relata las llegadas, también realicé una contextualización histórica acerca de las condiciones sociales y políticas que propiciaron la llegada de migrantes campesinos que como solución a la pobreza organizaron movimientos sociales urbanos por el derecho a la vivienda. Aludiendo a casos paradigmáticos ubico los rasgos comunes entre las invasiones originadas en otras zonas de la ciudad y la originada en la Zona Industrial con Comuneros.

Finalmente explico a partir de testimonios de Comuneros que nacieron y crecieron en la invasión, cómo fue el proceso de construcción de los ranchos, conexión de servicios públicos y organización de la comunidad. Esto me permite encontrar los rasgos que hacen de Comuneros un proceso organizativo ampliamente diferenciado de otros con origen paralelo.

El segundo capítulo es un constante llamado a la construcción del pasado. Con base en los testimonios de diferentes personas, busqué dar respuesta al segundo objetivo definiendo qué tipo de prácticas comunitarias les permitieron forjar sentidos de habitabilidad e identidad en los ranchos. En este capítulo explico por qué asumo y reconozco a Comuneros como una organización comunitaria y de qué manera las características del trabajo en el reciclaje, las relaciones solidarias entre los vecinos y la unidad familiar, me permiten analizarlos desde la perspectiva del gueto comunitario. En este capítulo es posible identificar gran parte de las raíces identitarias de la comunidad.

En el tercer capítulo se hace necesario volver a la revisión histórica del contexto político, social y económico de la ciudad a inicios de la década de los noventa, época en la que se hizo definitivo el desalojo y la reubicación de Comuneros en la localidad de Suba. En este aparte del texto se hace una revisión y análisis de las políticas públicas promovidas por la alcaldía de Antanas Mockus y cuáles fueron los efectos en el orden social urbano. Aludiendo a documentos de archivo de prensa, fallos de la Corte Constitucional y oficios enviados a instituciones del Estado, construyo un contexto amplio en el que se hacen explícitas las condiciones conflictivas en las que Comuneros debe dejar sus ranchos exponiéndose a problemáticas emergentes como el estigma social producto de la desinformación y las representaciones en torno al ser reciclador.

Por último, el cuarto capítulo expresa las inconformidades de la comunidad frente a la Administración distrital, el incumplimiento gubernamental que les ha costado la degradación de su comunidad. Una vez reconocidas las formas de vida comunitaria del pasado en la carrilera, propongo identificar cuáles fueron las transformaciones identitarias que hoy han debilitado la vida en el barrio, hasta llegar a lo que Wacquant define como el hipergueto. Los testimonios de la última generación hablan de las nuevas estrategias de adaptabilidad que han tenido que aplicar para domesticar el espacio de la reubicación. En ocasiones nos encontraremos con testimonios de desesperanza frente al porvenir de la comunidad, pero también con voces que por su juventud aspiran a una movilidad social pese al estigma espacial del que son víctimas desde hace diecisiete años.

Capítulo 1. Qué difícil es llegar a donde nadie nos ha invitado: acerca de las estrategias alternativas para construir ciudad

Como este es el capítulo de las llegadas y de los encuentros, tendré que hablar y contar sobre mi llegada al universo Comunero, las afortunadas circunstancias que me llevaron a interactuar con ellos y reconocer en sus testimonios las dificultades que implica ser un migrante que recién llega a la ciudad en búsqueda de un espacio para reproducir dignamente su existencia. En este capítulo busco hablar no solo de mis primeras experiencias de trabajo de campo, también de las circunstancias políticas y sociales que propiciaron la llegada de las familias campesinas a una ciudad en la que tuvieron que reconstruir su historia, sus familias, sus viviendas y sus comunidades. Vamos a hablar entonces de cómo se tejen lazos en el barrio y vecindarios alternativos en la ciudad.

Los de Casitas: Comuneros que estudiaban en el Herberth

Uno de los grandes inconvenientes que he tenido en la construcción del texto es reconocer cuál es el punto de partida de esta historia. La llamo así no con el ánimo de trivializar el trabajo realizado durante este tiempo, sino porque mi experiencia como investigadora social está marcada por personas

y personajes con nombres propios, lugares de la ciudad que recorren todos los puntos cardinales, situaciones en las que las palabras, los gestos y las emociones son las que permiten hacer visible y sensible la práctica investigativa de la que hoy busco dar cuenta. Intento encontrar la punta de la madeja que a veces se enreda en nudos ciegos que habrá que desbaratar con ayuda de los recuerdos y los olvidos, los relatos y sus narradores.

Una de las posibilidades que tengo para empezar a contar mi cuento puede encontrarse en mi primera experiencia laboral. Transcurría el 2013, año en el que me titulé y salí con afán en búsqueda de trabajo porque me daba pena que mis papás me vieran graduada y desempleada en casa. Como yo quería conseguir trabajo rápido no pensé en la importancia de revisar las condiciones laborales a las que podría estar dispuesta a someterme; factores como el salario, la trayectoria hasta el colegio, su ubicación, la población estudiantil o el tipo de contrato fueron aspectos que desprecié al momento de reconocer una buena oferta. No pensé que si uno no tiene experiencia, debe buscar la forma de que la primera no le vaya a jugar una mala pasada a sus expectativas arriesgando su buena fe profesional, lo que lo desmotivaría frente a lo que será gran parte de su vida laboral. Fue así, con todo y las malas decisiones producto del afán, como llegué al Instituto Herberth Spencer del barrio el Rincón de Suba.

El Herberth era un colegio por concesión.¹ Por fortuna ya no existe, porque durante ese mismo año uno de los proyectos de la alcaldía de Gustavo Petro en materia educativa consistió en erradicar los contratos hechos con

1 Con la promesa de ampliar la calidad y la oferta educativa para la población escolar de zonas marginales de la ciudad, la Alcaldía de Bogotá (1997-2000) propuso la instauración de los colegios por concesión, cuyo proyecto educativo consiste en ceder la administración de colegios construidos y dotados con recursos del distrito a agentes privados que demuestren experiencia en la gestión educativa.

El modelo de administración criticado por sectores políticos y organizaciones sindicales de docentes fue desmontado en un gran porcentaje de colegios de la ciudad con el fin de devolver autonomía y mayor financiamiento al sector público. Durante la alcaldía de Gustavo Petro (2012-2015), colegios como el Herberth Spencer fueron notificados de

este tipo de instituciones que, en muchos casos, no contaban con la mejor reputación; sus proyectos educativos y sus sistemas de contratación docente se mantenían en las líneas de la irregularidad. Desde las administraciones se hacían “ajustes” para favorecer sus ganancias económicas, los salarios de los docentes estaban cercanos al salario mínimo y los procesos de aprendizaje entre los estudiantes iban lamentablemente atrasados respecto a la media de Bogotá, o al menos así sucedía en el Herberth.

Desde el primer día de trabajo constaté que mi vida laboral había empezado con el pie izquierdo: mi relación con los estudiantes se tornó problemática desde cuando saludé, pues ellos indicaron que les molestaba mi presencia porque el otro profesor, a quien yo remplazaba, sí se la dejaba “montar”. A él sí lo querían porque era *noble*. La comunicación con los estudiantes fue nula, creo que los cuatro meses que estuve allí no logré dictar una sola clase. Pero eso sí, supe quiénes eran las personas a quienes denominaban Comuneros y viendo la experiencia en retrospectiva ya no me quejo de los tiempos de crisis en el Herberth.

Después de cuatro meses de sentirme mal por lo desagradable que era para mí asistir cinco días de la semana al colegio, llegué a tener información sobre las personas que de alguna forma moldearon mis horizontes y búsquedas académicas. En el Herberth estudiaba la última generación Comunera, una población de recicladores que fue desalojada hace diecisiete años de un predio invadido en la Zona Industrial de Puente Aranda y luego fue reubicada ahí, en Suba, muy cerca del colegio, en un barrio que llaman Casitas.

De acuerdo con lo que me contaron algunos muchachos, y que luego reafirmó la rectora y propietaria del colegio, el Herberth fue construido para satisfacer las necesidades de los niños que viven hacia los cerros de la parte oriental de Suba.

cierre (en el año 2013), por lo cual las administradoras de la institución dieron por terminada la razón social del Instituto Herberth Spencer y devolvieron la planta física al colegio Distrital Gerardo Paredes.

Estudiantes como los que vivían en Casitas, que por alguna razón no podían hacer parte del sistema educativo distrital, se matriculaban en el Herberth Spencer, un colegio privado pero accesible, no muy grande pero cercano al barrio de los niños. Este era un colegio con una historia corta, aunque particular. Luego de iniciar como colegio privado en una casa pequeña aledaña a los cerros, se trasladó a una sede más grande en el barrio el Rincón; allí se convirtió en un colegio por concesión.

En el Herberth había niños que pagaban su respectiva mensualidad y había otros cuyos gastos de matrícula y pensión eran financiados por el Distrito. A partir de mediodía sus instalaciones eran arrendadas a otro colegio público: el Gerardo Paredes (el primer colegio que se construyó para remediar las necesidades educativas de los habitantes del Rincón). Así las cosas, la jornada escolar empezaba a las seis de la mañana y terminaba al mediodía (a las doce), pero los profesores sí continuábamos hasta las dos de la tarde haciendo prácticamente nada.

La planta física del colegio era bastante precaria, sospecho que no era por falta de recursos sino por negligencia de sus propietarias, cinco hermanas que se repartían entre ellas la administración del colegio y la carga académica de algunas materias sin ser licenciadas en ellas. Recuerdo que tanto el primer como el segundo piso del colegio se encontraban en obra negra, del techo colgaban mallas de alambre y salían pedazos de varilla de las columnas, en algunas paredes colgaban pedazos de cartón; al intentar arrancar uno de esos trozos me di cuenta de que pertenecían a las envolturas en las que viene empacado el cemento.

Quizá las propietarias se preocupaban por ofrecer distintos ambientes en el colegio, porque también había biblioteca, pero los libros no se podían consultar porque estaban muy deteriorados y tenían hongos en el orillo de las hojas y si uno los tomaba, corría el riesgo de desbaratarlos y si sucedía tocaba pagar un libro feo, malo e inservible. Como la biblioteca nunca

estuvo en funcionamiento, después de mediodía servía como comedor para los profesores o como sala de aislamiento para los muchachos que llegaban a ser más indisciplinados de lo que ya era la mayoría de estudiantes.

En la recepción estaba Martha, una secretaria de cuerpo inmenso y pésimos modales; no la olvido porque es igualitica a *Divine*, el personaje que protagonizó esa película escandalosa de *Pink Flamingos*. Frente al escritorio de Martha se encontraba un sillón de cuero marrón con las esquinas roídas de las que colgaban pedazos de espuma, así como las varillas del techo. También sobresalían alambres del sillón, había manchas de cemento y elementos punzantes con los que se necesitaba tener precaución al sentarse. Al frente, una silla “mocha” de oficina, soportada en una pared que dividía la pequeña sala de profesores y las oficinas administrativas.

La sala de profesores constaba básicamente de una mesa de comedor redonda y cuatro sillas que debíamos disputar entre los quince profesores una vez se había terminado la jornada escolar. A quienes no alcanzaban les tocaba en el sofá, por los laditos y con cuidado de no irse a pinchar. Al fondo de la sala se ubicaban unos casilleros que realmente nunca usé porque así me lo recomendaron (por seguridad, decían las colegas). Al lado, había una pequeña camilla sucia, en la pared un botiquín con una caja de curas, algodón y alcohol, al lado un letrero que decía enfermería, pero eso sí, sin enfermera.

El Herberth no contaba con área verde, los muchachos pasaban su descanso en una cancha que podría llamar como un pseudoespacio polideportivo (véase la fotografía 3). En ese pequeño espacio se practicaba fútbol, baloncesto, vóleybol, rejo quemado, cogidas, peleas, entre otras tantas prácticas recreativas sin nombre.

Todo este cúmulo de malas condiciones me incomodaba, no porque para mí fueran desconocidas las circunstancias de precariedad a las que están expuestas muchas instituciones educativas del país o porque en mi vida nunca estuviera dispuesta a vivirlas, sino porque sentía que cada espacio

del colegio era relato de la forma de vida de los muchachos tanto en sus casas como en la calle. Así, el espacio escolar hablaba del contexto en que vivía esta población. Aunque nunca tuve un acercamiento amigable con ellos, a través de sus palabras, de sus excusas para no llevar las tareas podía entrever que la pobreza se proyectaba en todos sus campos de socialización.

El tiempo de clase no huía a ninguna de estas condiciones. En promedio cada curso estaba compuesto por cuarenta estudiantes, no estaban hacinados porque los salones eran muy amplios, pero daba la sensación de lo contrario por la cantidad de basura en el suelo, en los pupitres y en el aire porque jugaban a lanzársela, sin importar lo que fuera. No tuve la posibilidad de ver un salón en orden, no tuve la posibilidad de dictar una clase de Ciencias Sociales porque los estudiantes solo querían jugar a agredirse, a coquetearle a la joven profesora de informática cuando pasaba y a salirse por la ventana para ir a perseguirla. Estoy corriendo el riesgo de hacerme ver como una pésima docente, con falta de autoridad y control sobre sus estudiantes; creo que era así, es que me abrumaba todo el ambiente.

No intenté demostrar lo contrario. Eso les sirvió a los estudiantes para ser más hostiles en las clases y los descansos, pero qué más daba si ni a la rectora le hacían caso. A veces me entretenía escuchando las conversaciones de los muchachos sobre las fiestas de los viernes y sábados, sobre la pérdida de la virginidad de alguien en el baño de la casa donde se ofreció la *farra*, sobre las futuras conquistas y sobre su vida en el barrio.

Entre todo el mosaico de estudiantes que me hablaban o me ignoraban, había un grupo de niños de sexto y séptimo grado que siempre me pedían que los dejara salir diez minutos antes de que sonara el timbre del colegio porque argumentaban que venían de Casitas, un barrio cercano al que era mejor llegar temprano para no correr peligro, decían ellos. A propósito de esa petición, recordaba que a estos mismos estudiantes “se la montaban en la clase” por ser los más “ñeros” de todos, por venir de ese barrio de recicladores.

Yo a las Casitas no les ponía mucha atención, salvo cuando escuchaba comentarios ofensivos y recurrentes en contra de quienes decían vivir allí. Por esta razón empezó a nacer la curiosidad; pero no había modo de preguntar, me detestaban así como yo a ellos. Esta relación de rechazo tuvo fin en la semana de recuperaciones, un tiempo en el que cualquier vindictiva era válida para salvar el año escolar de aquellos estudiantes que habían hecho menos que todos los demás. Entre ellos estaba Julián Sanabria, un estudiante de décimo con quien no hablé antes porque en clase siempre estaba dormido. Su sueño profundo lo tuvo frente a mí recuperando Sociales. Como era de esperarse, no logró responder bien ni la mitad del examen; a la hora de la sustentación tampoco sabía nada. Al final, el momento tenso de la evaluación se convirtió en una amena conversación *sui generis* sobre su vida familiar.

A Julián lo molestaban por vivir en Casitas. Ese día llegó uno de sus amigos a recordarle que era el más “ñero” de todos por eso. Ante la recurrencia de la situación le pregunté dónde era ese tal barrio Casitas y por qué hablaban tanto de él. Julián me contó que ese era un barrio de recicladores que antes quedaba cerca del Sanandresito de Puente Aranda; allá vivían en casas de polisombra y cartón, pero por la gestión administrativa de Antanas Mockus habían sido trasladados a Casitas en Suba, un barrio construido a partir de planos con casas de ladrillo, con plancha de concreto y puerta de metal, no como los ranchos de Puente Aranda que sus papás y otras personas más habían construido años antes. Ese barrio Casitas estaba cerca, a unas cinco cuadras del Herberth.

Con esas cortas referencias la historia de Casitas se me hizo más sugerente de lo esperado. Pensé que en algún momento que cuando tuviera la oportunidad de hacer una investigación, sería provechoso hablar de ese barrio. Al cabo de unos días, cuando el año escolar se acabó y cuando el colegio cerró y terminé todos mis vínculos con él, el tema de Casitas se me olvidó, luego volvió un año más tarde en forma de pregunta de investigación.

Ignorancia e inocencia metodológica. ¿El camino para entrar a las “Casitas” de Comuneros?

Lo único que tenía seguro es que Julián vive en Casitas y que dicho barrio queda en Suba. El primer semestre de maestría dije que hablaría sobre la reubicación de una población de recicladores de la Localidad de Suba, pero lo único que tenía a la mano eran algunos archivos de prensa de *El Tiempo* y *El Espectador* en los que resaltaban titulares como “En Suba habría paro hoy por los Comuneros” (1996) o “A pesar del Caos, Suba quiere seguir la protesta” (1996). Gran parte de las noticias vienen con fecha del mes de febrero de 1996, año en el que si bien no se ejecutó propiamente lo que sería la reubicación de los recicladores Comuneros, sí se dio inicio a una fuerte pugna entre ellos, las autoridades distritales y los residentes de la zona de Suba donde tendría lugar la reubicación.

Las notas de prensa que iba encontrando me indicaron que por más de un mes hubo una fuerte polémica sobre quiénes iban a ser los nuevos residentes de la localidad de Suba; los medios impresos dedicaron parte de las noticias de Bogotá al seguimiento de este conflicto. Hablaban de tiendas saqueadas, de lotes incendiados, de cierre de vías, pero en muy pocas ocasiones dieron paso a información acerca de quiénes eran propiamente Comuneros, su pasado, su procedencia y las razones por las que serían reubicados.

A finales de febrero de 1996 la lluvia de noticias cesó, el rumor ya se había expandido por la ciudad, las pugnas por el espacio continuaban, pero eso a los periódicos ya no les importaba pues lo más escandaloso (los incendios, las peleas y los robos) ya había sucedido. La otra parte de la historia está en los recuerdos de los vecinos, en lo que ellos han querido narrar y en las experiencias del presente que viven hoy como residentes de la localidad de Suba.

Por un tiempo me conformé con los archivos de prensa y con algunos documentos que lograba encontrar en internet. Hasta el momento no había hecho la búsqueda digna que requiere un proyecto de investigación, la

razón es simple y llanamente la procrastinación y mi tendencia a postergar lo impostergable. Era el primer semestre del 2015. Ya era tiempo de que mi propuesta empezara a tener un rostro, y las circunstancias me obligaron a buscar dónde quedaba Casitas, a ir allí y a hablar con sus habitantes. *Qué miedo, yo por allá no conocía a nadie, qué tal que fuera cierto que por allá no se podía ir a mediodía y yo que no podía ir a otra hora porque me toca trabajar todo el día.*

Al igual que cualquier otra persona, temerosa por lo desconocido, los efectos de las representaciones y los rumores que existen alrededor de lo que no es familiar para nosotros generaron una profunda duda sobre cómo debía ingresar al territorio de Casitas. No tenía pleno conocimiento de la dirección del barrio, o más bien, nunca me fijé en que había pasado cerca de él más de una vez y en que desde el apartamento de mi hermana mayor, que vive en Suba, se alcanza a ver el barrio Casitas.

Para ir por primera vez al barrio tuve que acudir a la paciencia de Ligia, mi hermana mayor, quien me dijo que no comprendía mi necesidad de ir hasta ese barrio, que allá vivían unos desmovilizados del paramilitarismo y que ella siempre había escuchado que era muy peligroso. A su afirmación se sumó la de mi cuñado, que la corrigió diciendo que el barrio pertenece a puros negros desplazados por la violencia, que para qué quería por ir allá.

Otra pista cercana al barrio Casitas fue la diversidad de imaginarios que existen en torno a este. Aunque las versiones sobre sus habitantes diferían entre lo que decía mi hermana, mi cuñado y todo el que se enteraba sobre mis intenciones de ir allí, todo apuntaba a lo mismo: la creación de un escenario de peligro habitado por cualquier tipo de población asociada a la miseria o la violencia dentro de lo que cabían negros, exparamilitares, desmovilizados de la guerrillas, desplazados por la violencia y, finalmente, mi versión sobre los recicladores. Dichas representaciones asociadas a la inseguridad y el peligro mantienen a la población circundante de Casitas con etiquetas asociadas características degradantes, referentes que con una mirada más amplia podrían no ser la esencia real del barrio.

Estaba reuniendo pistas y para no hacer juego a la ola estigmatizadora tomé la decisión de ir a Casitas con mi hermana, que no quería ir, pero que pese a ser la mayor siempre me hace caso. Con la seguridad de tener su compañía salimos de Aures II, el barrio donde ella vive y que además queda muy cerca de Casitas. En nuestro recorrido atravesamos el barrio Rincón, que es donde quedaba el Herberth, estuvimos en la plaza del mercado que siempre huele a pescado y residuos de comida descompuesta y frente al Colegio Gerardo Paredes —que en mis tiempos en el Herberth lo conocían mejor como el “Gerardo Puñaladas”—, pasamos también por Costa Rica, por la Aldea y la Palma, barrios que para ese entonces no conocía.

Todos estos son barrios de autoconstrucción que corresponden a la primera oleada de urbanización informal ocurrida en la localidad de Suba durante la década de los setenta y cuyo epicentro estuvo en donde hoy se ubica el barrio Rincón (Beuf, 2012). Aquí, la organización popular fue fundamental, pues fruto del trabajo colectivo de la gente, es posible la construcción de espacios emblemáticos como el Colegio Gerardo Paredes, la iglesia de San Agustín y la plaza de mercado, tan popular entre quienes visitamos la zona.

Hacia la década de los ochenta fueron ocupados los terrenos que conformaron el último ciclo de urbanización popular en Bogotá (Ward, 2015). Ya en el ocaso de esta oleada de autoconstrucción el último anillo se formó hacia las márgenes de las haciendas del norte de Usaquén y hacia el noroccidente en la hacienda de la Palma-Afidro, terreno en el cual los propietarios de las viviendas autoconstruidas tuvieron que aceptar el proceso de urbanización de uno de los pocos lotes que aún estaban vacíos y que en la década de los noventa fue el espacio correspondiente a Casitas.

Continuando nuestro destino, llegamos a la carrera 91 con calle 129, cruzamos la calle, al lado derecho hay una panadería de esas que no solo venden pan, sino que a la vez proveen al comprador de cualquier otro elemento que no necesariamente pueda ser comida (elementos de aseo, papelería, etc.). Al lado izquierdo se encuentra un taller de mecánica automotriz donde también

venden café recién tostado y molido, según dice el aviso de promoción. Hacia el oriente hay casas de dos pisos y, al fondo, el colegio Ramón de Zubiría. Antes de llegar a la esquina del colegio ya se podían ver los techos que caracterizan a las viviendas de Casitas. De lejos se ven algo así como una serie de óvalos plateados perfectamente organizados y simétricos; ese día pensé que ese lugar más bien parecía un parqueadero de naves espaciales.

A medida que vamos subiendo por la calle 129, justamente en la esquina del colegio Ramón de Zubiría, se manifiesta una dimensión física del espacio completamente diferente. Ya no veo las típicas casas de autoconstrucción de la zona, ahora veía frente a mí algo que se asemejaba a un proyecto de vivienda de esos que crearon tras las últimas oleadas de urbanización popular para solventar la expansión de zonas de invasión después de la década de los noventa. Casitas es un barrio de gente humilde, pero no hecho por sus habitantes; quizá fue un proyecto de vivienda llevado a cabo por algún agente inmobiliario contratado por el Distrito (Jaramillo, 2012).

Nos recibió entonces el barrio Casitas con un paredón de ladrillo lleno de garabatos hechos con *spray* negro, un muro rodeado por bolsas de basura semiabiertas y exploradas por los perros callejeros de las zonas y las moscas que zumban sobre los desechos. A continuación, una calle sin pavimentar que limita con el colegio Ramón de Zubiría y que conecta a la vez una serie de casas idénticas, mismas dimensiones de ancho y alto, con aproximadamente 4,5 m de ancho, dos planchas y una puerta, dos ventanas en el segundo piso y dos en el primer piso. Los techos marcan sobre el segundo piso la mitad de una circunferencia hecha en teja de zinc; esas eran las naves espaciales que se veían desde lejos y que se extienden hasta donde alcanza la vista hacia el oriente de la localidad.

El barrio estaba silencioso, solas las calles a pesar del tiempo soleado que acompañaba la tarde. Entramos al barrio, no se parece a lo que decía la gente. No percibí peligro alguno, no había una pandilla en la esquina de la cuadra identificando el ingreso de las desconocidas, no había nadie amenazándonos con la mirada, únicamente un hombre ebrio que se acercó a mi

hermana a regalarle un perro a cambio de que ella le diera un beso. Eran las tres de la tarde y no había pasado nada, parecía un barrio como en el que crecí, donde uno sabe que hay peligros con los que es posible convivir y al mismo tiempo estar tranquilo afuera en el andén.

Dado el tamaño de las casas y la uniformidad de los predios en cuanto a dimensiones y decoración de la fachada dejo de pensar en el espacio hostil que venía prefigurando y pienso más bien en una pequeña aldea urbana de tres manzanas, una isla en medio del vecindario donde solo conviven Comuneros, inmunes al rechazo o al señalamiento de sus vecinos. Gran parte de los frentes de las casas están adornados con botellas que sirven de materas de plantas bien florecidas, los colores son vivos, hay fachadas azul cielo, rojo colonial, naranja (¿fresca?) y verde manzana y los techos de tejas de zinc tienen un brillo incandescente por los efectos de la luz del sol sobre ese tipo de superficie. Es un escenario pintoresco con bastantes contradicciones que intentaré develar de aquí en adelante.

El barrio se compone de tres manzanas. La del centro es la más colorida y amplia, hacia el fondo se atisban una serie de murales navideños de antaño ya borrosos, al lado de la puerta de algunas casas está ubicada la carreta de reciclaje, lo que me adelantaba a pensar cuáles son las fuentes de sustento y las formas de vida de esta comunidad. En las casas suenan a bajo volumen las canciones que están de moda: un vallenato de los Chiches sincronizado con una canción de Maluma, y más al fondo un reguetón de esos de Don Omar o de Daddy Yankee.

Mientras los minutos transcurrían, un hombre lavaba su moto, un par de niños jugaban con su perro pitbull y una mujer todavía con pijama lavaba el trapeador en el andén de su casa mientras una bebé de aproximadamente un año jugaba con el agua de la caneca. Me acerqué a ella y empecé a hablar.

No organicé una entrada, una forma de presentarme, porque no sabía tampoco ante quién iba a hablar. Entonces “Buen día, soy estudiante, fui docente de un colegio cercano, estoy interesada en trabajar con este barrio. Esta es la Palma, ¿verdad? Sí, muchos de mis antiguos estudiantes viven aquí.

Sí, esto es la Palma, pero es más conocido como Casitas (mira alrededor como explicando la naturaleza del nombre). Yo vivo aquí desde que era así (señala a su bebé), mi abuela y mi mamá no están y ellas son las que saben la historia. Si usted de verdad quiere saber cosas sobre el barrio la que sabe todo es doña Nelcy, ella es la líder, la presidenta de la junta. Ella sí le va a decir todo lo que usted quiere saber. Pero usted no ande sola por aquí, yo le mando a Nikol, ella sabe dónde vive.

Al fin, lo que decían los periódicos tomó cuerpo y rostro, ella hace parte de Comuneros, los recicladores que habitaron por cuarenta años la vía férrea de la Zona Industrial, de quienes he hablado en semestres anteriores cuando sustento trabajos finales de la maestría. Mary, así se llama la primera persona con quien hablé en el barrio, ella envió a Karol, su hija despelucada y sonriente de nueve años que me llevó a la casa de doña Nelcy.

Golpeamos el portón, pero la señora no estaba. La niña me dijo que lo más seguro era que ya estuviera en el salón comunal. Subimos entonces por la manzana del centro, la de los murales, ahí estaba el salón comunal con la misma forma de las demás casas, pero quizá con un metro más de ancho. Karol se fue enseguida a jugar con los niños del frente, nosotras nos quedamos en la puerta del salón tratando de escondernos del sol. Enseguida vi que desde la esquina occidental venía subiendo hacia el salón doña Nelcy. Lo supe de inmediato porque mi guía, Karol, me lo indicó para que hablara con ella. Yo me preparé, me sentía nerviosa e improvisé una nueva presentación: Buen día, soy estudiante, soy docente, fui docente del Herberth Spencer hace dos años, etc.

Doña Nelcy se veía como una mujer de unos 45 años, no muy alta, no muy bajita. Caminaba despacio y un poco encorvada mirando hacia el piso, luego se enderezaba mientras más se acercaba mirándonos con cara de rareza. Ella es morena, con labios muy delgados de ojos negros, rasgados y semimaquillados con un delineador que le enchina aún más los ojos; se nota que tiene el cabello ensortijado, pero lo lleva recogido. Es una mujer de espalda ancha y cadera angosta, tiene brazos y manos gruesas, lo que me hizo pensar que ha trabajado toda su vida en labores pesadas; todo su conjunto corporal habla de una mujer con carácter, muy posiblemente de origen campesino y de tratos formales, eso expresó desde nuestro saludo mutuo.

Me presenté de nuevo como antigua profesora del Herberth, luego como estudiante interesada en el barrio.

El Herberth ¿hace cuánto? Yo no la recuerdo, ese colegio fue muy cercano a la comunidad y yo sí que también estuve cerca, porque era la representante de los padres de familia, allí estuvimos muy pendientes porque los hijos nuestros estudiaban allá, nosotros construimos la canchita, bien modesta, pero al menos era un espacio de diversión para los muchachos, ese fue nuestro aporte, ahí quedamos vivos. Se hace lo que se puede. (Nelcy)

Con motivo del colegio, hubo un primer acercamiento grato, amable y de remembranza, los estudiantes, las difíciles condiciones de la institución y su posterior cierre en el año 2013. La pertinencia del tema llegó a su fin junto con la sonrisa de doña Nelcy tan pronto comenté que una de mis motivaciones para estar en el barrio era el desarrollo de mi proyecto de maestría. La pequeña atmósfera que hubo entre esta inexperta investigadora y su interlocutora se hizo densa. Doña Nelcy se ubicó en la sombra para cubrirse del sol picante del mediodía, yo la seguí en medio de un silencio de esos incómodos.

La Junta de Acción Comunal tiene hasta ahora un año, yo soy una de sus fundadoras. En estos momentos nos encontramos en una situación álgida, hay un conflicto de intereses que no nos permiten actuar como debemos y eso ha frenado el proceso de trabajo con la comunidad. Este barrio tiene todos los problemas jurídicos que usted se pueda imaginar, en todos he

sabido frentear porque me gusta trabajar por mi comunidad, desde hace doce años asumí la vocería, conozco cada casa del barrio, en total son 117, las conozco como la palma de mi mano, a sus dueños también y todos saben quién soy yo.

Yo me recorrí todas estas casas porque una vez vino la Nacional a hacer un proyecto de renovación urbana, vinieron, tomaron medidas, entramos a todas las casas para ver la condición de las tuberías y los servicios públicos, ellos se veían muy comprometidos, nosotros súper ilusionados. De un momento a otro no volvieron y todo esto siguió igualito, las calles destapadas, las tuberías con las mismas fallencias y ellos ni quiera volvieron para mostrarnos qué era lo que habían escrito.

Aquí han venido de todas las universidades: la Pedagógica, la Distrital, la Santo Tomás, hasta la Nacional con todo y su renombre. Han venido tantos estudiantes, todos así como usted con las mismas ideas, vienen a hacer su tesis, nosotros les prestamos nuestras memorias, les abrimos la puerta de la casa, ellos nos prometen un montón de proyectos. A la hora del té no se ve nada, ellos hacen su tesis, por aquí no regresan y el trabajo con la comunidad se vuelve una promesa. La junta tomó una medida drástica, fue la junta, no solo yo. Se decidió que no vamos a volver a permitir el ingreso de ningún otro estudiante, nadie más va a venir a sacarnos las historias.

Me da pena, lo cierto es que en esto de la investigación usted debió venir hace mucho tiempo a consultarnos si queríamos su presencia aquí, si nosotros somos el material de su investigación, pues debió empezar por aquí.

Todo el tiempo la estuve escuchando, solo asentía con cara de susto y vergüenza. Yo no llevaba algo para tomar registro ese día, pero las palabras de Nelcy fueron tan contundentes que no se me olvidaron y logré anotarlas de la forma más fiel posible. Claro, lo que estoy diciendo traerá una serie de observaciones acerca de la legitimidad del relato, la voz del otro y las formas de interpretación del investigador y todos esos debates sobre la verdad de lo narrado. Lo que puedo decir es que todo fue verdad, que yo no iba preparada para tanto, pero tampoco para poco; eso me dejó preocupada porque así, el proyecto que no había empezado, se daba por terminado.

No sé si mi gesto la conmovió o si a ella le gusta asustar a la gente diciéndole que no, el caso es que me dijo: “Vea, yo tengo un grupo de ancianitas aquí en el salón comunal haciendo ejercicios. Yo podría buscarle un espacio ahí, de pronto. Llámeme el martes por la tarde y miramos qué se puede hacer”.

Esperé de manera ansiosa el martes; ¿qué iba a hacer yo sin tesis? Ese día andaba con el celular en la mano, miraba el reloj hasta que fueron las cuatro de la tarde. La tarde empieza a las doce, pero se me hizo mejor llamar a las cuatro porque esa hora tiene más cara de tarde. Doña Nelcy contestó la llamada, me indicó que si realmente estaba interesada en ir al barrio, fuera el siguiente sábado en la mañana para ayudar a repartir los refrigerios de las abuelitas. Esa fue mi primera misión.

Desde que empecé a hablar con la señora Nelcy, siempre me insistió en el aporte que yo podía dejar al barrio. Ella es una líder comunal, ha estado al frente de los problemas del barrio por más de una década, nunca ha leído a Orlando Fals Borda o Alfonso Torres; tampoco conoce las teorías acerca de los movimientos sociales urbanos, a pesar de que en cierta forma ha protagonizado uno por varios años. Sobre procesos de legalización los barrios de autoconstrucción en Bogotá ha aprendido gracias a los talleres y charlas a las que el Distrito le ha invitado por ser líder comunal y lo que ella misma conoció durante sus primeros años cuando recién llegó a la ciudad.

Aquí no hay extensos fundamentos en teoría de los conflictos urbanos, pero hay una experiencia sobre la lucha por el suelo que no se queda tan solo en la memoria colectiva de Comuneros. Por el contrario, reclama estar vigente en la cotidianidad del barrio, allí donde no hay predios legalizados, donde muchos no cuentan con escritura pública, donde tres familias son dueñas de la misma casa y donde todo el mundo promete bienestar para la comunidad. ¿De qué manera llevaría a cabo esa integración entre los intereses de la comunidad y los objetivos que otrora propuse en un anteproyecto de investigación? Acercamiento a la comunidad, captación de las prácticas en la vida cotidiana, comunicación e interacción, sensibilidad y encuentro, por ahí iba a ser el camino.

Fue en este punto donde recalco la importancia de ciertos agentes familiares en este proceso. Para soportar mi idea de trabajo con las abuelas tuve que pedirle auxilio a Magaly, mi hermana menor, estudiante de Recreación y Turismo. Siendo ella conocedora de mis escasas habilidades motoras decidió ayudarme; estuvo en todo el proceso de la investigación, lo conoce y continúa con ellos.

A Nelcy la convenció la idea. Tras comentarle la propuesta, pude notarla menos desconfiada; su voz volvió a un tono más amable, nos abrió las puertas y nos ha esperado siempre que organizamos un encuentro. Claro, su hermetismo frente a las cuestiones del barrio se mantenía. Sin embargo, es de resaltar su transformación respecto a nuestra presencia durante este proceso que decidí aprender junto a las experiencias narradas por la gente de Casitas, con quienes he sabido comprender e interpretar sus realidades.

Las abuelas y su experiencia de migrantes

Los ejercicios con las abuelas se programaron para todos los sábados en la mañana, de tal forma que mis primeros acercamientos y contactos con los vecinos se limitaron por mucho tiempo a nuestro grupo de abuelas. Vale la pena indicar que no todas ellas vivían en Casitas, algunas venían de barrios aledaños como Costa Rica, La Manuela o Taberín, los dos últimos pertenecen al margen oriental de la localidad, sobre la montaña; son barrios de invasión ubicados sobre zona de ladera. Pese a esto, las conversaciones que empecé a entablar con ellas me permitieron organizar una ruta de conocimiento en torno al devenir del barrio, sus habitantes y sus relaciones vecinales. Así, mientras Magaly hacía ejercicios, yo miraba por la ventana, observaba rostros, intercambiaba palabras con las abuelas y también, a veces, hacía mis respectivos ejercicios: jornada de coplas y canto de rancheras.

Al final de la jornada de ejercicios las abuelas solían quedar muy agotadas, a veces, antes del refrigerio ya estaban tan cansadas que preferían tomar asiento. En ese momento de reposo se manifestaban los años de experiencia

que llevan encima y que empezaban a ser descubiertos por su misma voluntad de contar su pasado. Empezaba Ana hablando de su niñez laboriosa, luego Juanita la corregía y le complementaba, de pronto Matilde desmentía lo que sus compañeras dijeron y reconstruía una nueva versión. Su pasado, aunque sucede en tiempos y espacios distintos, se encuentran en el campo del trabajo agrícola, de los matrimonios forzados, del maltrato masculino, la de la fe católica y de la maternidad. En esta encrucijada de pasados también hablaban de su llegada a la ciudad, de los años de juventud sufrida, maltratada y marginada en una Bogotá de haciendas, edificios, vías en construcción, inquilinatos y un futuro hostil y huidizo para el recién llegado.

Eso mi vida yo la pinto como una novela. Yo soy de Santa María, Boyacá. En mi vida he tenido que pasar por muchos trabajos, desde que tenía unos tres años me ha tocado trabajar. Mi papá fue muy duro con nosotros y mi madre sabía quién sabe qué deuda tuvo que pagar pero a ella le tocaba no darnos de comer porque ahí mismo mi papá le pegaba qué muendas. Mi vida ha sido muy dura, pero mi diosito se ha acordado de mí en todos esos momentos. [...] Huyendo de mi papá fui a dar a muchas partes, primero a una hacienda en Santa María, allá no me pagaban, pero me daban de comer y hasta me permitieron hacer la primera comunión [...] Como mi papá volvió y me encontró allá, me fui para Guateque, ya tenía ocho años, me robé unas arepas y por el camino pedía sorbitos de guarapo, allá estuve trabajando y ganaba pa' pagar una pieza hasta que llegó el nueve de abril, ese pueblo quedó solo por la violencia. Yo agarré para Bogotá porque todo el mundo cogió pa'ca, me separé por completo de mi papá y mi mamá, no supe más de ellos porque un señor de un carro me ofreció trabajar cuidándole una bebecita. Yo acepté porque así no tenía que ir a pagar inquilinato que era lo que había en ese momento, me fui, allá trabajé buen tiempo hasta que conocí a mi esposo que en paz descansa. (Vitelbina)

El relato se repetía, pasaba de voz en voz, de calle a calle, de frontera a frontera, el cuento tiene su respectiva versión en cada experiencia de cualquier campesino latinoamericano que quiso colonizar un espacio para

habitar en la ciudad. Eso sí, cada uno le pone su esencia, cada uno habla de las condiciones particulares de sus espacios de vida, pero al final, todos los testimonios hablan de una lucha que para algunos aún es inconclusa.

A partir de la década de los cincuenta, ciudades latinoamericanas como Ciudad de México, Lima, Buenos Aires y Bogotá, sufrieron transformaciones urbanas similares y paralelas que sucedieron conforme a distintas variables propias de la situación interna de cada país. Si bien existe un común denominador en cuanto a tiempo en el que se dieron las migraciones masivas del campo a la ciudad, la construcción de asentamientos irregulares en los distintos países pudo ser producto del desarrollo de economías dependientes como en el caso de México y Argentina o como en el caso de Colombia, producto en gran parte de la violencia bipartidista.

Aunque las iniciativas de desarrollo industrial fueron experimentadas en las principales metrópolis latinoamericanas, es cierto que las condiciones históricas de desigualdad en la tenencia de la tierra, escasez en las fuentes de desarrollo agrario y el control del destino nacional en manos de unas cuantas élites minaron el progreso de esas proyecciones (Gilbert, 1997). En el caso colombiano, las políticas de desarrollo fueron permeadas por los efectos de la violencia bipartidista, un fenómeno que redireccionó no solo las condiciones de vida en el campo, sino también los procesos de expansión urbana en ciudades como Bogotá.

Las ingentes oleadas de migrantes campesinos a las ciudades latinoamericanas coinciden con la modernización que intentaron impulsar los gobiernos defensores de la industrialización sustitutiva.² La máquina ilusionista del

2 Hago referencia al modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) cuya formulación como medida de desarrollo económico para los países latinoamericanos fue adoptada tras el declive del modelo agroexportador. Para lidiar con la crisis productiva a la que se enfrentaban estos países, fue necesario estimular la industrialización mediante políticas proteccionistas de la producción local respecto a la producción exterior. Se trató, pues, de una acción económica en la que el Estado garantizara un desarrollo económico hacia dentro, el aumento del empleo en las grandes ciudades, distribución del ingreso equitativa y exaltación de la demanda de productos internos.

desarrollo proyectaba grandes rascacielos para las ciudades, avenidas equipadas con populosos centros comerciales y conjuntos de vivienda organizados. En ningún margen del plan se presupuestaron las condiciones propias de la pobreza latinoamericana, el campo que iba quedando tras el humo de la maquinaria del progreso y los campesinos que migraban siguiendo la promesa del desarrollo y de una vida mejor.

En Bogotá, proyectos de industrialización, el caos y la tragedia pública originada por la guerra bipartidista que se vivía con mayor fuerza en las zonas rurales colombianas provocaban la incontenible llegada de familias migrantes a la capital, lo que la convertía en un espacio de refugio, contenedor de posibilidades para continuar una vida lejana a los espacios rurales y obligada a persistir en una ciudad que no estaba preparada para la recepción de nuevos pobladores (Torres, 2013a).

En los relatos de las abuelas acerca de su llegada a Bogotá, se mantenía la constante de las dificultades de trabajo en el campo sin garantías y la violencia que aquejaba las haciendas donde servían. Como ellas, los migrantes recién llegados intentaban acomodarse en inquilinatos que, por lo general, no resultaban ser una solución beneficiosa pues por un lado las demoras en la consecución de un empleo les impedía pagar con cumplimiento sus arriendos y, por otro, el espacio con el que se contaba para familias de hasta cinco integrantes hacía imposible la convivencia como lo contaba doña Juanita, cuya hija vive en Casitas; ella en los últimos años solo va de visita.

Es necesario aclarar que el modelo sustitutivo no se evidenció con el mismo impacto en toda América Latina, pues en ciudades como Bogotá tales políticas proteccionistas eran menguadas con la crisis política particular de la Nación, tropiezos con los que las principales ciudades de Brasil, México y Argentina no tuvieron que sortear su desarrollo económico interno (Bulmer-Thomas, 2010).

En esos inquilinatos era insoportable, la plata solo alcanzaba para una pieza, ni cama, ni un baño, nada de eso tenía uno. Yo me acuerdo de la señora dueña del inquilinato donde vivía era tan brava con todos nosotros que porque jugábamos, que porque los niños lloraban y entre tanta pretura los olores. Por eso era que tocaba buscar a donde ir a vivir. (Juanita)

La expansión de la crisis habitacional no fue subsanada por el Estado de manera oportuna. De hecho, se desconocen las manifestaciones de interés por parte tanto del Gobierno nacional como del distrital por responder a las necesidades de vivienda que aquejaban a los nuevos pobladores. En lo que Alfonso Torres (2013a) denomina *la penuria por la vivienda* se empiezan a manifestar formas alternativas para la producción de esta, las cuales solucionarían el problema de hacinamiento en los inquilinatos. Ante la incapacidad administrativa del Gobierno, los migrantes acuden a iniciativas de ocupación del suelo, con las que darán paso a una nueva faceta en la organización del espacio urbano para los desposeídos.

Dicha búsqueda alternativa desencadenó la autoconstrucción de viviendas en zonas privadas o de propiedad del Estado, las cuales eran invadidas por bloques de familias organizadas que ante el reto de la supervivencia en la ciudad cimentan una serie de estructuras de baja calidad y altamente vulnerables a deslizamientos o inundaciones. Es bajo esta norma que se origina el asentamiento de Comuneros en la Zona Industrial de Puente Aranda, sobre la carrera 40, bajo los cables de alta tensión y al lado de la vía férrea.

En las conversaciones iniciales con los habitantes de Casitas, las alusiones a los asentamientos iniciales de Comuneros eran escasas y huidizas. Yo ya tenía un previo conocimiento sobre el tema pero seguía esperando el día en que ellos compartieran parte de esa historia conmigo. Casi siempre hablaban de su llegada a Suba, pero yo y mi afición por los antecedentes, por encontrar el inicio de las historias, me obligaban a buscar el lado del relato para que hablaran sobre el tema.

Un par de meses más tarde, cuando la confianza me permitía ciertas atribuciones preguntaba con más frecuencia sobre la llegada de Comuneros. Los relatos a veces son los mismos, otras veces se complementan. A mí me gustaba oír la versión de Humberto R porque vivió en la carrilera desde que era un bebé, pero el de Nelcy también porque cuando habla de ellos asume sus disposiciones de lideresa, un tono de voz fuerte, comprometido y dolorido con el pasado de la comunidad.

La historia de Comuneros se traslada hacia la época de finales de los cincuenta, en la época de la lucha bipartidista cuando comienza los campesinos a ser desterrados de sus tierras y comienzan a llegar a Bogotá. Entonces básicamente todo empieza con un señor de apellido Franco quien se le considera pues como el fundador de la invasión de la carrera Cuarenta sobre el espacio de la vía férrea. Con su familia llegaron desplazados por la violencia y comenzaron a ser los primeros que construyeron ranchos que básicamente eran de madera y en ese tiempo se utilizaba una tela impermeable que se llama paroy, básicamente de eso se hicieron los primeros ranchos. (Humberto R.)

Las primeras personas que llegaron a la Cuarenta fueron personas que venían desplazadas de diferentes regiones de Colombia por la época de la violencia. Entonces a raíz de eso pues hubo el desplazamiento. Muchos estaban viviendo aquí en Bogotá pero a falta de trabajo, la falta de situación económica, entonces... pues el arriendo, muchas cosas, llegaron a vivir... (Nelcy)

El sistema de prácticas construido en el pasado campesino de los migrantes es un aspecto fundamental en las formas como este grupo social decidió adaptar sus condiciones de existencia en la ciudad. El origen rural mayoritariamente cundiboyacense de estas familias expresa como necesidad básica la tenencia de un suelo para construir vivienda, que no solo significa la posibilidad de un resguardo, sino también la tranquilidad de hacerse a un patrimonio que materializa una vida de ahorro y trabajo en familia (Jaramillo, 2012).

Efraín Franco y su familia eran campesinos oriundos de Anolaima que, en un acto de astucia y racionalidad, marcaron la pauta para hacer frente a la precariedad por medio de la autoconstrucción de una vivienda sin mediación legal alguna ni un documento para soportar la legitimidad de su propiedad. Asimismo se organizaron en función del equipamiento provisional de sus viviendas, tal y como sucedió con otras zonas de autoconstrucción en la ciudad, frente a las que hay tanto convergencias como divergencias en los procesos organizativos para la tenencia de vivienda.

Los lotes vacíos que componían gran parte del suelo bogotano fueron colonizados por las familias campesinas que mantenían como expectativa el mejoramiento y dignificación de sus condiciones de vida mediante la adquisición de vivienda. Sin embargo, su llegada a Bogotá no aseguró la posibilidad de obtener un techo con la inmediatez que estas familias requerían. Por un lado, su condición temprana de desempleo no les permitía el acceso a ingresos suficientes para la adquisición de un lote para construir o para aspirar a uno de los créditos que otorgaban entidades estatales como el Instituto de Crédito Territorial (ICT) o la Caja de Vivienda Popular (Arango, 1981).

Por otro lado, los recién llegados no solían contar con familiares o conocidos que les arrendaran una habitación mientras conseguían un lugar propio. Como no se contaba con esta condición, los pocos ahorros o ingresos debían invertirse en el pago de la estadía en un inquilinato que, como ya contaba doña Juanita, no solventaba sus carencias; por el contrario, les traía mayores incomodidades.

El mercado habitacional subsidiado por el ICT³ o la CVP no constituyó una fuente de soluciones al problema de los migrantes, pues quienes realmente lograron tener acceso a ese tipo de préstamos fueron los asalariados

3 El ICT fue una entidad pública pionera en el desarrollo de proyectos de vivienda para las poblaciones de bajos ingresos. Desde su fundación en 1939 hasta 1947, su función consistió en otorgar créditos para la construcción de viviendas rurales en todo el país. Sin embargo, dada la oleada migratoria que experimentan las ciudades a partir de la

que recibían mayores y mejores ingresos, quienes a la vez eran poseedores de un empleo fijo. A esta limitación se suman los altísimos costos fiscales que implican este tipo de programas de vivienda subsidiada. Dados los costos de construcción y mano de obra destinada para estos proyectos, el Estado no logró cubrir la totalidad de gastos para las necesidades habitacionales de los pobres, que crecen de manera exponencial (Jaramillo, 1990).

Ante el horizonte de obstáculos que se interpuso no solo frente a Comuneros sino a toda la masa migratoria que recién poblaba Bogotá, la ocupación ilegal de espacios vacíos urbanos se convirtió en la salida, o más bien en la entrada, a una casa propia para los desposeídos que, violando cualquier regla urbanística e inmobiliaria, optan por hacerse a un espacio progresivamente digno en la ciudad (Jaramillo, 2012).

década de los cincuenta, el ICT redirecciona sus esfuerzos a la promoción de proyectos de vivienda para las masas, entre los que se destacan las urbanizaciones los Alcázares, Muzú, Centro Urbano Nariño, Ciudad Techo y Quiroga (Goossens y Gómez, 2015).

A partir de 1991 el ICT pasó a llamarse Instituto Nacional de Vivienda de Interés Social y Reforma Urbana (Inurbe), entidad que junto a la Caja de Vivienda Popular tuvo la responsabilidad de la financiación y construcción del barrio para Comuneros. Al respecto, se ampliará la información en el tercer capítulo.

Comuneros no fue un grupo de migrantes como los demás

Sobre el tema de producción de vivienda informal en Colombia y América Latina, investigadores como Peter Ward, Alicia Ziccardi, Ángela Giglia, Alfonso Torres o Alice Beuf han escrito una vasta bibliografía que me permitió comprender ampliamente el panorama de la construcción de vivienda “desde abajo”. En este proceso de lectura y aprendizaje trato de ubicar la cara de algún Comunero desorientado, buscando dónde asentarse, dónde ubicar su rancho, trato de asimilarlo con algún otro personaje de los barrios que han sido documentados, como el barrio Policarpa Salavarrieta, el Camilo Torres, el Santa Rosa o el Consuelo.

La historia sobre la construcción popular y la lucha por la vivienda en Colombia ha sido ampliamente investigada, por lo tanto, lo que a mí me compete en parte de este capítulo es comparar los mecanismos de superación de dicha penuria por la vivienda. Por ello, es preciso en este momento hablar y escribir sobre esas convergencias entre la ocupación de terreno llevada a cabo por Comuneros y la ocupación de otros barrios. Identificar similitudes es necesario e importante, pero captar y comprender las diferencias lo es aún más. En algún punto de esta historia de invasiones, Comuneros se disloca, su proceso de organización y autoconstrucción de vivienda asume otras características que no les permiten continuar hacia la legalización como sí se logró en otras zonas, lo que no es un hecho aleatorio, sino la suma de intereses, prácticas y modos de asumir la vida en la ciudad. Aspectos como la construcción de vivienda, las formas de organización y la conexión de servicios públicos constituyen una red de convergencias y divergencias que trataré de identificar a continuación.

Abriendo caminos y levantando techos en la ciudad

La primera similitud en el proceso radica en el origen campesino de los migrantes, el valor cultural que para ellos posee la casa y la idoneidad a la hora de autoproducir herramientas y elementos varios que les faciliten su vida y su trabajo. Si en el campo se acudía a prácticas como la elaboración de un corral para gallinas, un corral para conejos, la elaboración de estacas para el ganado y el arreglo de herramientas como el azadón y la pica, esa misma destreza se aplicaría a la cimentación de los nuevos espacios de vivienda precarios, con estructuras básicas, similares a las imágenes mentales que tenemos sobre el campo tradicional de mediados de siglo. Esta parte del proceso puede denominarse, en palabras de Samuel Jaramillo, *la ruralización de la ciudad* porque la forma como producen la vivienda urbana se basa en patrones de construcción y socialización provenientes de la vida campesina.

Gran parte de las zonas invadidas se encontraron en los estribos de la cordillera oriental y hacia el sur de la ciudad. Por lo general, estas zonas son propiedad privada destinada a producción agrícola o proyectos institucionales en los que se busca hacia el futuro la construcción de hospitales, el trazado de vías o centros de negocios. En los distintos casos revisados, hay una familia que toma la iniciativa de ocupar el terreno, luego sus prácticas solidarias los llevan a compartir el área con otra o más familias que tengan la necesidad de un techo provisional para vivir.

Los primeros colonos cedieron sus espacios a otras personas porque reconocieron la misma necesidad y el derecho de tener un espacio mínimo vital que les permita asentarse para cumplir con otras tareas de la vida cotidiana, como el trabajo, el descanso, la alimentación y el aseo personal.

Se podría decir que la invasión de terrenos es un ejercicio comunicativo y solidario en el que los interesados en colonizar suelo urbano acceden a la información respecto a terrenos vacíos mediante un voz a voz secuencial. En el caso de Comuneros, este es iniciado por la familia Franco y expandido hacia sus conocidos y allegados.

Contrario a otras invasiones, la zona ocupada por Comuneros no constituía un escenario estratégico de interés inmobiliario en la década de los sesenta, pues la porción de tierras ocupadas por la comunidad constituían un pequeño resquicio rodeado por la intensa actividad naciente del Sanandresito de la 38 y la Zona Industrial de Puente Aranda.

La vía férrea de la carrera Cuarenta se convirtió en el punto de llegada de una población de bajos ingresos (considero que para ese momento eran más bien nulos), sin acceso a espacios laborales, compuesto por familias nucleares de aproximadamente cinco integrantes que, a partir del trabajo colectivo, procedieron a la construcción y el diseño de sus viviendas, tal y como se replicó en las zonas del sur, el norte y el oriente de Bogotá.

El paso del campo a la ciudad hizo que las prácticas que se venían manteniendo en la ruralidad fueran transformadas conforme las condiciones del medio lo fueron demandando. Sin embargo, prácticas como el sentido de compadrazgo y cooperación entre coterráneos se sostuvo, sobre todo cuando varias familias se estabilizaron y convocaron a otros que estuvieran pasando por la cruel penuria de no tener techo. La invasión de la 42 avanzó con la llegada de sus colonos.

[...] la gente llega por lo que le digo, por diferentes situaciones: unos por cuestiones económicas, porque no tenían formas de pagar arriendo, ¿sí? La violencia que desplazó la gente de los departamentos hizo que empezaran a hacer la invasión. Pero la invasión se forma por amigos, o sea, no llegaron allá cualquier persona directamente, ¿no? Había una persona que decía: vea, yo tengo tal gente y le puedo dar una pieza, entonces llegaban por una recomendación de los mismos que vivían ahí. Entonces no llegaban porque tuvieran un trasteo y ya se ubicaron. Sí, todo era con relación de conocidos o de recomendados del amigo de mi amigo, entonces decían sí... fulano de tal está mal, entonces venga le hago una pieza, venga le arriendo o había un sistema de subarriendo... o le dejaban un pedazo de lote ahí... entre todos

construían y ya. Eso era por beneficio de la amistad, entonces estaba mal y le dejaban ahí construir. Habían [sic] familias que llegaban con cuatro cinco pelados, entonces el amigo le decía venga se viene a vivir acá mano. (Nelcy)

Tal y como sucede en barrios como Vitelma o San Blas, invasiones de la zona oriental, la autoconstrucción se inició con materiales improvisados con una resistencia de poca duración y vulnerabilidad ante las condiciones climáticas que ofrecía la ciudad. El mejoramiento de estas viviendas pudo darse cuando los integrantes de las familias lograron ubicarse temporalmente en un empleo que les permitió ganar ingresos para la mejora progresiva de las viviendas. Luego, cuando el desempleo regresó, la fuerza de trabajo propia era invertida en el equipamiento de las casas.

Sin embargo, algunas familias no lograron reunir los recursos monetarios suficientes para iniciar su proceso de autoconstrucción, razón por la que debían acudir a la modalidad de arriendo, una práctica adoptada por los propietarios de los ranchos, quienes conforme los iban mejorando, podían ofrecer parte de su terreno a cambio de un ingreso conveniente para la economía familiar. De tal suerte que la casa no solo genera *valor de uso* (Harvey, 2007), ni tan solo garantiza el derecho de habitar, sino que también significa una fuente fija de ingresos para cubrir gastos que no se pueden solventar durante los tiempos de desempleo.

En Comuneros, cuando una familia accedía a un espacio en la vía férrea, no solo se apropiaba del perímetro destinado estrictamente para la vivienda. Cada familia que llegaba tenía derecho a un espacio para hacer su casa y una especie de campo libre para arrendar a alguien que llegara recomendado por otra persona conocida o por una persona que ya estuviera habitando la carrilera. El cobro por el uso del terreno era opcional y dependía de la necesidad de ingresos que tuvieran los arrendatarios. En algunos casos, por efectos de una amistad histórica, no se le cobraba arriendo al recién llegado.

Con el tiempo iba llegando pues más gente desplazada entonces la comunidad se formó porque siempre llegaba alguien referenciado, familiar o alguien que ya pertenecía la comunidad, era la única forma de pertenecer a la comunidad si usted tenía un amigo, conocido o un familiar. En el caso específico de mi padre fue con un amigo que llegó a la comunidad primero luego lo recomendó... pues la verdad yo tengo recuerdos muy vagos porque yo llegué muy niño allá.

Recuerdo que eran unos pastizales grandes, la carrilera conservaba su gravilla, pasaba el tren y llegamos una tarde como a las cinco seis de la tarde y llegamos a dormir en un rancho del señor Vanegas que era el amigo de mi papá. Ya con el tiempo nos arrendaron un pedazo de tierra y ahí construimos nuestro propio rancho, entonces con tablas, tejas, cada uno la diseñaba como quisiera con patio interior o patio hacia la calle, su baño. Claro que inicialmente era un pozo séptico que era comunitario (Humberto R.).

Sucedía en otros casos que la familia “propietaria de terreno” decidía ceder su espacio libre a la familia que llegaba a arrendar. De acuerdo a los testimonios recogidos cada familia estaba en plena libertad de ceder bajo palabra el terreno inicialmente arrendado o de venderlo mediante el ofrecimiento de una cifra “simbólica” pues dadas las características del terreno no se tenía establecido un estándar acerca del precio de los lotes que la misma comunidad iba parcelando conforme llegaban más familias.

El predio no tenía un valor comercial, era como simbólico. Era como... la persona veía la oportunidad de tomar algo de dinero por dar el permiso ¿sí? pero nunca que digamos valió tres, cuatro millones. Incluso había gente que simplemente por hacer el favor a otra familia, por ejemplo en el caso de mi papá, a mi papá le asignaron un buen terreno, entonces había una familia de apellido Ochoa, el señor era vigilante de una obra cercana, ¿sí? que antiguamente las obras lo que acostumbraban era a no pagar servicios de vigilancia sino contrataban una familia y dormían y cuidaban la obra un tiempo. Entonces el señor se enfermó y los desalojaron, entonces el señor con sus ocho hijos, creo que tenía una esposa era por allá de Boyacá, estaban

recién llegados, desplazados sin plata, sin nada entonces a lo que se enfermó el señor lo desalojaron de la obra con la familia, entonces mi papá los acogió en el rancho de nosotros. Nosotros convivimos con ellos mucho tiempo, comíamos, cocinábamos éramos casi como una familia. (Humberto R.)

La invasión de terrenos privados como común denominador en la construcción de barrios populares en Bogotá toma un caris distinto al revisar el caso de comuneros. Uno de los rasgos más frecuentes de las zonas de invasión consiste en su precariedad, no solo por los materiales de los que están hechas las viviendas, también por las características de los terrenos que suelen ser zonas de ladera proclives a derrumbes o zonas inundables que constituyen un escenario de inestabilidad e inseguridad para los pobladores. Pese a ello, los autoconstructores diseñan una serie de dispositivos para hacer de un espacio determinado, un hábitat adaptado y resistente a las condiciones del medio. Empero, si repasamos el asentamiento comunero observamos que hay claras diferencias en las formas de producir y ocupar el suelo, basta solo con recordar que dicho asentamiento se encontraba justo al lado- muy cerca del paso férreo, al mismo tiempo bajo los cables de alta tensión que iban sobre la carrera Cuarenta. Las condiciones climáticas de la ciudad y de suelo fueron una cuestión solventada para los ocupantes de dichas zonas, pero ¿cómo resolver la coexistencia con el paso diario de los trenes a escasos metros de los ranchos comuneros? ¿Cómo proyectar a largo plazo el desarrollo de un vecindario amparado por los cables de alta tensión y cercado por las fábricas de la Zona Industrial?

Rechazados por la legalidad y acogidos por la informalidad

Los procesos organizativos de las comunidades ocupantes de las invasiones se materializaron en las juntas de acción comunal,⁴ organizaciones vecinales legalmente reconocidas por el Estado que les permitieron a los más

4 Las juntas de acción comunal (JAC) surgen como un mecanismo de organización cívica social y comunitaria para los habitantes de los barrios jóvenes que recién surgían en la ciudad de Bogotá durante los años cincuenta. Para mitigar la emergencia

pobres realizar esfuerzos colectivos por legalizar los barrios que previamente habían construido. Estos pobladores llegaron en un momento en el que la maquinaria del sueño modernizador los ignoraba; sin embargo, lograron crear condiciones de adaptabilidad tan eficientes que finalmente estas tuvieron que ser reconocidas política y administrativamente por el Gobierno.

Luego de litigios y tutelas entre otros oficios jurídicos la regla general se basó en un reconocimiento de los barrios autoconstruidos. El paso a seguir tras esta legitimación consistió recibir la autorización para la ejecución de obras públicas, conexión de servicios y entrega de títulos de propiedad por parte de las entidades competentes a los propietarios de las viviendas.

En Comuneros, su asentamiento en la vía férrea fue altamente problemático pues si bien existía una franja de terreno que iba desde la calle sexta o avenida de los Comuneros hasta la calle 13, el uso de suelo programado para esta zona no era de vocación residencial sino industrial, de acuerdo al decreto actualizado sobre ordenamiento territorial que determina el uso del suelo para la localidad de puente Aranda.⁵ Pese a esta condición, Comuneros no frenó la expansión de su asentamiento; por el contrario, como cualquier otro barrio, consolidó formas de organización en las que inicialmente las familias con mayor antigüedad en el terreno eran las que determinaban la ocupación del suelo. Rodeados por las fábricas, sin la

de organizaciones populares que acentuaban el caos político que se vivía en el país, el Gobierno de Gustavo Rojas Pinilla institucionalizó las JAC con miras a construir un puente de comunicación efectivo entre los barrios y la Administración distrital, responsable de proveer de servicios públicos y equipamientos a los asentamientos urbanos que crecían en el perímetro metropolitano. Las JAC son reglamentadas por la Ley 743 del 2002; hasta hoy han promovido las posibilidades organizativas en espacios locales que necesitan del apoyo distrital para solventar los problemas propios de las comunidades populares (Peña, 2010; Torres, 2013a).

5 Decreto 062 del 2007, “por el cual se reglamentan las Unidades de Planeamiento Zonal (UPZ) 108, Zona Industrial, y 111, Puente Aranda, ubicadas en la localidad de Puente Aranda (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2004).

influencia de otro barrio de carácter residencial, Comuneros creó su propia estructura social, a espaldas de otros procesos de invasión que avanzaban en la búsqueda por su derecho a la ciudad.

Inicialmente se formaron varios clanes, por ejemplo los Franco por su antigüedad podían asignar de su sector tierras y decir fulano aquí o aquí nadie se mete. Había otro grupo muy grande de apellido Vanegas que eran muy respetados porque eran muy agresivos, entonces con ellos nadie se metía ¿sí? Ellos también decían, ¿sí? o le vendían muy económico, dentro de la invasión se vendía ¿sí? pues no a un precio muy exagerado, pero sí decían cuánto me da; era muy informal, era de palabra, era como “tenga este pedazo de tierra y constrúyala”.

Y también habían [sic] unos Montenegro por lo que eran bastantes crearon como su propio clan. Entonces básicamente era así como se repartía la tierra. Estaba el espacio de todos pero de un momento a otro cada sector se sabía de quién era o quién tenía dominio sobre ese sector y esa persona era la que autorizaba a que otra familia ingresara.

Eso iba exactamente desde la calle 13 hasta la avenida sexta [sic] que se conoce hoy, o sea que sí era bastante terreno. aunque no estaba el ciento por ciento poblado sí hacia la trece había una señora que ella únicamente tenía unas casetas para vender almuerzos a los del sector y la vivienda de ella, no dejó radicar a nadie más ahí, ellos eran de apellido Catama ¿sí? entonces ella no dejó meter a nadie más ahí sino ella, entonces colocó fue unas casetas y un restaurante, ilegal pero era como una de esas casetas de las de Postobón y el resto lo acomodó ella en tablas y sillas para vender los almuerzos y como era barato muchísimos trabajadores llegaban ahí a comprarle su desayuno y los almuerzos.

Entre la calle doce había un grupo de afroamericanos que se llaman ahora afro descendientes que ellos sí no tenían familia sino tenían era como un espacio en los mismos carros de esferas donde cargaban el material ahí mismo dormían, ellos nunca prepararon rancho ni nada, pero todos sabían que callejón era de los negros que llamaban.

En la otra esquina eso viene siendo por la calle 12A también había un señor de nombre Luis, no me acuerdo del apellido, que también tenía su venta de almuerzos para los trabajadores del sector. También eran casetas de Coca-Cola o cualquier producto para vender refrescos y una ramada grande y sillas y mesas ahí era donde vendían los almuerzos.

Ahí ya llegaron varias familias, no recuerdo cuáles pero ahí ya se asentaron después varias familias y el pedazo más grande donde sí se concentraban unas 500 familias era más o menos de la décima a la calle sexta [sic] que eso sí estaba casi todo construido ciento por ciento sobre la línea de la carrilera del tren.

Todos se consideraban parte de la comunidad, incluso don Luis tiene propiedad acá o los hijos porque él ya murió. Eh... y los Catama también tienen familia aquí, por ejemplo la mamá de Hugo Catama entonces los hijos de él sí ya están aquí porque sacaron casa por desalojar el predio de allá porque ellos sí también salieron desalojados cuando se quitaron toda la comunidad de Comuneros de allá de la carrilera.

Como si se tratara de una fobia hacia las figuras institucionales del Estado, Comuneros avanzó en un proceso intrínseco de desarrollo de su vecindario y sus viviendas. Cuando el tema de conversación era acerca de la vida en la Cuarenta, mi interlocutor —quienquiera que fuera— defendía sin condición alguna las ventajas de mantener un asentamiento en la vía férrea porque era un lugar que para ellos era proveedor de todas las condiciones básicas de existencia por lo que no era necesario salir en busca de otro lugar para vivir.

Es que prácticamente uno no tenía a qué salir de ahí, salvo para trabajar, pero es que ni eso porque el trabajo estaba ahí al lado de nuestras casas [...]. La verdad a nosotros como que no nos llamaba la atención ir a otro barrio a convivir, uno ya sabía quién era quién, aquí a nadie le importaba qué hacíamos nosotros porque los únicos que venían aparte nuestra eran los que trabajan en las fábricas y ellos venían era a cumplir su jornada laboral.

Uno no tenía roces con las autoridades. Pues no porque antes algunos ranchos tenían restaurante, lo que nos hicimos fue amigos, porque la gente lo conocía a uno, ellos venían a comprar una empanada, una gaseosa, a calentar el almuerzo. Yo creo que éramos un favor para ellos porque aparte vigilábamos y trabajábamos para ellos. [...] Y lo de la policía... pues qué iban a venir si nosotros no estábamos haciendo nada malo. (Humberto R.)

Además de los ranchos que se iban prolongando a lo largo de la vía férrea, pequeñas tiendas se iban sumando a la estructura de esta pequeña sociedad. Restaurantes y casetas de bebidas complementaban las fuentes de ingresos de algunos Comuneros que vieron en esta zona no solo un espacio ideal de asentamiento, también de obtención de ingresos aprovechando el alto flujo de trabajadores que transitaban por el sector en busca de algo para consumir en sus respectivas horas de descanso.

Tener negocios o tiendas en los locales de las casas es una práctica muy habitual en los barrios populares. Solía pasar que quienes fueron propietarios de tiendas veredales, trasladaban su negocio a la ciudad, haciendo de su casa un lugar de cafetería, panadería o supermercado que abasteciera las necesidades de los vecinos del barrio y los ingresos de sus propietarios también. Bajo esta misma norma de subsistencia y producción social del espacio popular se desarrollaron las tiendas en Comuneros.

No se pedía permiso para tener una tienda, es que eran otros tiempos, no existían esas instituciones y allá no se ponía cuidado a eso, que estuviera limpio sí y limpio sí estaba. De por sí que estamos hablando de los años ochenta, noventa yo creo que se podían contar con la mano los negocios que estaban legalizados, porque cualquier persona montaba una tienda y no tenía ningún problema no tenía que tener que bomberos que el permiso de la secretaría de no sé dónde, en ese tiempo todo era muy informal. De por sí que Colombia ha sido un país de economía informal usted mira a la fecha de hoy que hay tanto control y hay demasiada informalidad, cualquier persona va y monta una tiendita en su casa. (Humberto R.)

Tomar prestados los servicios legales

Quienes lograron construir su vivienda, solucionaron por largo tiempo el problema de tener un asentamiento estable en la ciudad. La casa brinda la sensación de protección y seguridad, ofrece la oportunidad de tener un punto de partida y un punto de llegada a cualquier hora del día. Empero, esta gran garantía viene con una serie de requerimientos que obligan a sus propietarios a apelar una vez más a su idoneidad para hacer frente a necesidades básicas como la conexión de servicios públicos para sus hogares.

Como si emularan los asentamientos de las sociedades originarias de América, cerca del asentamiento invadido corría un río. Cumpliendo su labor fundamental este cuerpo hídrico proveyó de agua a los nuevos habitantes, agua para lavar la ropa, agua para lavar el cuerpo, agua para llevarse las manchas de su triste y complicado arribo a la ciudad.

Ríos como el Tunjuelito y el Arzobispo fueron las fuentes de agua de las familias. Mientras estas no crecían de una manera significativa, con pocas personas el problema de la limpieza era más sencillo de solventar. Sin embargo, esta práctica evidentemente campesina no sobrevivió a las obligaciones de la vida urbana en la que las sociedades parece que crecieran de manera exponencial, donde los recursos ya no alcanzaron para todos y la búsqueda de soluciones tenía que ser ineludiblemente otra más efectiva.

Como algunos barrios ya tenían servicio de acueducto y alcantarillado, las personas de los barrios que aún carecían de dicho servicio se trasladaban hasta aquellos lugares a comprar el agua por canecas, pero tenían que madrugar porque la afluencia de compradoras era alta y podía correrse el riesgo de no alcanzar a tener el agua correspondiente para las necesidades del día (Torres, 2013a).

Mientras se lograba dar solución a esta carencia del agua, el trabajo organizado de los vecinos permitía la construcción provisional de letrinas y pozos sépticos que trasladaban a lugares no muy lejanos el resultado de

las necesidades biológicas de los habitantes de los barrios, luego estas iban a parar a los mismos ríos donde se lavaba la ropa, pero que por la contaminación dejaron de ser el lugar de encuentro de las señoras lavanderas.

A propósito de este párrafo, recuerdo que en una ocasión la señora Matilde, una de las abuelitas, nos contaba que antes de llegar a Comuneros con el señor con quien se fue a vivir (nunca se refirió a él como su esposo porque él le pegaba mucho y ella no lo quería, según nos lo decía), intentaron levantar un rancho en Tunjuelito al sur de Bogotá porque oyeron que había lotes vacíos y que la gente estaba construyendo allá y las autoridades no les decían nada. Como eran tan pobres, no tuvieron dinero para comprar materiales aptos para la construcción y además como llegaron de últimas a la invasión improvisaron su asentamiento en el peor lugar de todos.

No teníamos re nada, nada. Entonces yo me acuerdo que con unas sábanas amarradas a cuatro palos hicimos como un cuartico que tocaba tener a cada rato para que el viento no se lo llevara. La gente nos colaboró en una ocasión con una teja y ya cuadramos el techo, pero como llegamos de último no alcanzamos a tener un lugar planito y amplio y nos tocó fue en la pendiente que da hacia el río y lo que no nos dimos cuenta fue que allá iban a dar todas las porquerías de las casas. Cuando yo sentía ese hedor fue que me di cuenta que preciso hicimos el rancho en medio de donde pasaba todo ese mierdero al río [...] Esos olores no me los aguanté y allá no pudimos estar [...] nos tocó irnos a buscar.

Matilde y su compañero llegaron a Comuneros huyendo de los malos olores del Tunjuelito ya contaminado. En su traslado a Comuneros encontraron un asentamiento igualmente ilegal que todavía, como otros barrios, no había dado solución a su problema de acueducto y alcantarillado, salvo por los pozos sépticos que se construían atrás de los ranchos y que tenían su destino hacia las aguas del río que lleva su mismo nombre y que corre paralelo a la avenida sexta que también se llama avenida de los Comuneros.

Siguiendo con el ejercicio comparativo, nuevamente la ventaja que tuvieron los demás asentamientos sobre Comuneros fue su progresiva legalización y reconocimiento estatal. Tal y como he enunciado con otros aspectos, la adquisición de escritura de los predios y la legalización del terreno invadido ofreció distintas garantías, entre ellas la posibilidad de exigir a la Alcaldía metropolitana la construcción de redes de luz eléctrica, acueducto y alcantarillado que complementarían el proceso de construcción de vivienda digna con acceso a los mismos servicios con los que contaban los barrios no construidos en la línea de la subnormalidad.

Mientras tanto, en Comuneros se prolongó el trabajo comunitario en función del diseño de soluciones alternativas al acceso de acueducto al margen de la autorización De La Alcaldía local. Buscar la conexión de servicios públicos como lo hicieron en otras zonas de Bogotá implicaba desalojar la vía férrea, un espacio en el que ya llevaban más de una década y ya habían consolidado en gran parte una comunidad estructurada y autosuficiente, como se precian algunos Comuneros cuando hablan de este proceso.

Uno de los argumentos en defensa de la viabilidad de su asentamiento suele girar en torno a la eficacia con la que lograron sostener la invasión al margen de normas de ocupación del suelo en la ciudad, pues se asume que si las autoridades no les llamaron la atención desde el principio de la invasión era porque podían vivir allí. Al fin de cuentas, un terreno al lado de la carrilera no era atractivo ni necesario en los planes de desarrollo urbano de la ciudad, o al menos eso se creía antes de que aparecieran las peticiones de desalojo de Ferrovías.

Es recurrente el agrado o la simpatía con la que cuentan lo fácil que era crear las condiciones de habitabilidad en la vía férrea, pues la ignorancia de las autoridades frente a este asentamiento específicamente y la poca atención que prestaba la población de empresarios y trabajadores que circulaban por el sector hizo que por muchos años sintieran que no necesitaban de nada más que de su mismo trabajo en conjunto para desarrollar una comunidad independiente allí, al lado de la Zona Industrial, cerca del centro de la

ciudad y rodeados por vías de alta circulación de flujos. ¿Para qué acudir a las instituciones del Distrito o del Estado si lo que necesitaban lo conseguían por cuenta propia? Al fin y al cabo, los servicios estaban ahí, nunca nadie les dijo que era inapropiado o ilegal tomarlos.

La luz y el agua... No pues completamente legal, por ejemplo al ver que se creció tanto la invasión y que ya los uno o dos pozos sépticos que habían [sic] en la región no eran suficientes, entonces mi papá y un grupo de amigos se reunieron y dijeron, bueno entonces nos toca mirar a ver cómo nos inventamos lo de los baños. Ya Había Gente Que Como Que Empezaba A Trabajar En Construcción Porque Pues Realmente Comuneros toda la vida... aunque en la Cuarenta el noventa por ciento de gente era recicladora, había gente que también trabajaba en construcción o tenían otros oficios, ¿sí? Entonces los que estaban en construcción sabían cómo era el asunto entonces toda la comunidad desde el niño hasta el anciano comenzaron a abrir las zanjas que en un tiempo estuvieron hechas barro cocido, gres que llaman y se extendió la red de acueducto y cada frente de cada casa se dejaba un [...] finalmente iba a un pozo de alcantarillado entonces era ilegal pero estaba conectado al alcantarillado de Bogotá, lo mismo el agua con la toma de uno de los tubos que iban para las empresas y ahí se pegó el agua y se hizo la red para todo el barrio. Y la luz, pues estaban los postes; no era pues sino el que supiera de electricidad pues vaya súbbase. Claro, nosotros la tomábamos de los postes de iluminación del sector porque esa luz que pasa por las torres eso es de alta tensión, entonces esa no sirve para uso doméstico.

Los cambios que uno quisiera hacer pues eso dependía más de la persona que la metiera en la casa porque por ejemplo algunos tenían su tasa reciclada la iban alzando e iban y la instalaban. Otros tenían un lavadero, ahí lavaban loza, lavaban ropa y no había lavamanos. Sí básicamente era la tasa del inodoro y un lavadero grande para lavar la loza, para lavar la ropa, para bañar los niños.

Aprovechando los tiempos donde no había tanta ley, definitivamente el gobierno no le ponía mucho cuidado pasara lo que pasara, ya tenía que ser algo muy grave como para que viniera la policía o algo, de resto era como una pequeña república independiente. (Humberto R.)

El tipo de suelo elegido para construir el asentamiento de las familias que llegaron a la ciudad es una decisión que marca de manera definitiva la diferencia entre el proceso de invasión de los barrios estudiados por los historiadores de la vivienda popular en Bogotá y el caso específico de Comuneros. Pensar en la viabilidad de un barrio como asentamiento, no solo para las familias recién llegadas sino para sus herederos era, y continúa siendo, una condición fundamental al buscar reiniciar una vida en otro lugar.

Las formas como Comuneros organizó la construcción de ranchos en la vía férrea correspondió a una manera de producir el espacio urbano desde la inexistencia legal, es decir a espaldas de la formalidad. Una dimensión que no implicó llevar a cabo gestiones administrativas para adquirir escrituras de predios, ni conectar servicios legales que deben ser cancelados mes a mes por su uso, o adquirir obligaciones tributarias. Ello que desde el espacio de la Cuarenta no era imperativo, por el contrario eximía a sus habitantes de gastos que en determinadas condiciones de pobreza son difíciles de solventar.

El asentamiento Comunero de la carrera Cuarenta constituyó una nueva oportunidad de vida en la ciudad para sus pobladores. La construcción de este asentamiento no solo solucionó un conflicto de carácter habitacional, también les brindó la posibilidad de insertarse a un mundo laboral que desde su llegada había sido discontinuo y no había ofrecido las garantías necesarias para sobrevivir a las formas de vida urbana.

Uno de los principales argumentos en defensa del pasado vivido en la Cuarenta se cimentó en el hecho de que únicamente la construcción de un asentamiento ilegal-informal podía ofrecer seguridad a todas las familias invasoras de dicho sector. Las polémicas zonas de invasión en la ciudad se convirtieron en una red de protección contra la pobreza que, como ya

indiqué, no fue resuelta oportunamente por el Estado. El silencio institucional permite la germinación de una expresión informal de la vivienda que termina por ser aceptada por los distintos agentes ciudadanos, lo que a largo plazo hace que prevalezcan, crezcan, en algunos casos se legalicen y en otros, como Comuneros persistan como una suerte de “insurgencia urbana” que lucha por el derecho a la vivienda.

Ya he hablado tangencialmente de las condiciones físicas del asentamiento comunero que pese a constituir un universo ideal para sus habitantes, se escapaba de los lineamientos básicos para su legalización, dada su extensión, y el paisaje que los rodeaba. La república independiente de Comuneros se enfrentaría a distintos debates debido a su forma de apropiarse del espacio urbano y las prácticas adoptadas para persistir como comunidad en el espacio de la ilegalidad urbana.



Fotografía 1. El interior de los salones en una jornada de clase.

Fuente: archivo de la profesora Diana Alfonso (2013).



Fotografía 2. Vista interior del Instituto Herberth Spencer.

Fuente: archivo de la profesora Diana Alfonso (2013).

Qué difícil es llegar a donde nadie nos ha invitado:
acerca de las estrategias alternativas para construir ciudad



Fotografía 3. Único espacio de recreación en el colegio: la cancha central durante un campeonato.

Fuente: archivo de la profesora Diana Alfonso (2013).



Fotografía 4. Casi no recuerdo el barrio con tiempo lluvioso.

Fuente: Archivo de la autora (2015).



Fotografía 5. Es muy temprano y es fin de semana, la gente aún no empieza a salir de sus casas.

Fuente: archivo de la autora (2015).

Capítulo 2. Las añoranzas del pasado en la Cuarenta: prácticas identitarias de una comunidad

Este es el capítulo del pasado Comunero, de los testimonios de quienes nacieron o crecieron y vivieron su niñez y adolescencia en los ranchos autoconstruidos a lo largo de la vía férrea de la carrera Cuarenta, en la Zona Industrial de Puente Aranda. La memoria colectiva que ha construido esta generación se basa en un pasado de añoranzas desde el cual intentan reconocer cuáles son los rasgos identitarios que los agrupan como Comuneros. Desde su presente en el barrio Casitas en la localidad de Suba, donde viven hoy en día, reflexionan en torno a la historia de su proceso organizativo, las prácticas que constituyeron la fortaleza de su comunidad para hacerle frente a la miseria, el repertorio estratégico con el cual aprendieron a darse un lugar desde la informalidad del reciclaje y la autogestión de soluciones a sus necesidades.

También para Comuneros todo tiempo pasado fue mejor

En las historias narradas por los vecinos, Comuneros persiste con agrado y cierta añoranza los recuerdos de la vida diaria de la Cuarenta en Puente Aranda. Extrañan con frecuencia las actividades organizadas por la comunidad, la facilidad con la que accedían al trabajo, a la comida, al dinero y a la

tranquilidad generada por la soledad de las noches en la carrilera. Este tipo de sensaciones se manifiestan sobre todo en los testimonios de las personas que tuvieron la oportunidad de nacer o crecer allí en los ranchos de la vía férrea.

Las casas de madera seca y cartón fueron durante cuarenta años su espacio social, el que les dio acceso a los primeros escenarios de socialización, al mundo laboral y a las buenas relaciones de compadrazgo entre vecinos; vínculos con décadas de antigüedad que se validaban por haber trabajado hombro a hombro en la construcción de vivienda para sus familias y en el auxilio que se prestaron entre sí para solventar sus dificultades. Para personas como Miguel o Pecos, quienes crecieron en la invasión: “El tiempo pasado que se vivió en Comuneros fue mejor, era más fácil organizar a la gente y se sentía que realmente se vivía en comunidad”. Así lo afirmaron en las pocas ocasiones que pudimos prestarnos el tiempo para conversar.

Las formas como me relacioné con los habitantes de Casitas me permitieron conocer y casi comprender el peso histórico de la carrera Cuarenta sobre la vida de cada Comunero. Las maneras como sus testimonios me iban siendo compartidos variaron conforme pasaba el tiempo del trabajo de campo, sin embargo otras prevalecen en mis momentos de interlocución con ellos. Una de las formas más recurrentes para fomentar los espacios de socialización de experiencias fue el puente de comunicación que Nelcy estableció entre sus vecinos más allegados y yo.

Por lo general cuando íbamos saliendo del salón comunal hacia la casa de Nelcy y pasaba alguien, ella saludaba y aprovechaba para presentarnos, a mí y a mi hermana. De mí siempre recordó que fui profesora del Herberth y que por lo tanto muy posiblemente conocía a muchos niños del barrio, de mi hermana resaltaba la cantidad de juegos y actividades que podría trabajar junto a la gente del vecindario. Acto seguido a la presentación, viene el comentario: “Él/ella también vivió en la Cuarenta, ¿cierto que allá sí que se vivía mejor?” y respondían siempre con una sonrisa y un

gesto de seguridad “¡Uh, claro!, ¿se acuerda de los partidos por la noche?”. El recuerdo cerraba con una sonrisa de complicidad y un compromiso de alargar otro día el testimonio.

Sucedió en distintas ocasiones que las conversaciones sobre la vida en la carrera Cuarenta se limitaban a una afirmación como la que me dio uno de los vecinos una tarde que bajaba por la calle del salón comunal atareado con un cajón desvencijado que llevaba sobre su espalda. Aunque iba con una carga pesada y casi no podía levantar el rostro colorado por el cansancio me dijo mientras iba tomando aire “Usted no ha pasado por mi casa y yo sí le cuento rapidito todo, qué quiere que le diga, que esto es una porquería y allá sí todo era bonito. Mire cómo me toca de duro aquí”. Al final no pasé por la casa del vecino, siempre nos encontramos y nos hacemos un gesto de saludo, otras veces nos reclamamos: “¿Qué hubo de la entrevista? a ver si la otra semana sí la hacemos”.

Rescato su afirmación porque no fue la única vez que la oí. Se repetía con diferentes rostros y voces, pero al final indicaba lo mismo: una añoranza por el pasado. ¿Qué había en ese tiempo? Dicen ellos que existía confianza, facilidades para sobrevivir. Yo le sumo que allí pudieron habitar en comunidad, con todo y los conflictos que alrededor de ello también se tejen.

La informalidad garante, haciendo hábitat desde el margen

Volver al recuerdo para pensar en los ranchos de la Cuarenta es un ejercicio que a menudo hacíamos quienes no vivimos allá. A veces les preguntaba a Camila, la hija de Miguel, o a Juan Carlos, el hijo de Pecosó,¹ acerca de las historias que les contaban sus papás sobre la Cuarenta. Ellos respondían

1 Una vez Nelcy me comentó que entre las personas que crecieron en la invasión de la carrera Cuarenta suelen llamarse por sus apodos, de tal forma que Pecosó es el señor Rubiano.

con un gesto de desavenencia, como si fuera un tema repetitivo “Sí, ellos hablan resto de eso y les fascina ponerse a contarle a uno vainas, pero la verdad uno no entiende cómo era que podían vivir por allá. Yo me siento orgulloso de ellos, pero vivir en esos ranchos sí, paila”.

No es posible comprender los acuerdos de construcción de un pasado ideal en Comuneros, si no partimos de que este se basa principalmente en las garantías económicas y sociales que ofrecía el hecho de habitar una vivienda informal en la carrera Cuarenta que, para su sostenimiento, no requiere mayores gastos ni responsabilidades tributarias. Para quienes han desarrollado su proceso de movilidad social desde la formalidad, estas formas alternativas de producir vivienda son insostenibles, inviables y posiblemente irreales.

Contrario a lo que podemos pensar quienes no pertenecemos a la comunidad o quienes sí pertenecen pero no alcanzaron a vivir en la carrilera, el habitar un rancho va más allá de condiciones materiales como la salubridad y la seguridad. En la vida del rancho se hallan otras dimensiones que están más cerca de los sentidos de apropiación simbólica sobre el terreno invadido y que se manifiestan en los testimonios sobre las prácticas de habitabilidad en sus espacios y formas de convivencia en la comunidad.

En las ocasiones en las que me sentaba en los escalones del andén del salón comunal mientras esperaba a que alguien llegara con las llaves para abrir sus puertas, lograba tener las conversaciones más fluidas, fructíferas y variadas con los habitantes del barrio. Por lo general pude relacionarme más con los niños, porque ellos son quienes más tiempo están en la calle; su naturaleza espontánea les permitía sentarse conmigo, hablar y al mismo tiempo relacionarme con sus papás.

Sin darme cuenta, conforme pasaba el tiempo, muchos vecinos con quienes no había cruzado palabra me saludaban desde sus puertas o desde la ventana. Muchos no tenían claro, o quizá desconocían, el motivo de mi presencia en el barrio; sin embargo, eso no era impedimento para que me

prestaran algo de su tiempo cuando iban a buscar a sus hijos que tardaban en volver mientras el alumbrado público empezaba a encenderse y el cielo a oscurecerse.

Con los niños hablaba de sus días en la escuela y en la casa, de las peleas con los compañeros y de una que otra infidencia sobre el barrio que solo ellos cuentan. Con sus papás algunas veces hablé de mi proyecto de investigación, otras veces no. El resultado —no sé exactamente cómo— siempre fue hablar de los recuerdos de la Cuarenta, de lo fácil que fue vivir allá, de las comodidades y la posterior desesperanza generada por el desalojo y la reubicación. Este tipo de encuentros son los que hoy me permiten develar la ilimitada influencia que tienen las formas como ellos logran apropiarse de un espacio en la ciudad y como asumen su presente en la reubicación y revisan su añorado pasado de invasión.

¿Qué hace usted por estos lares? ¿Preguntar si aquí hay ladrones o no, que si hay hartos o hay poquitos? [...] ¿Usted nos está haciendo seguimiento desde que vivíamos en la Cuarenta? o sea que empezó desde cuando estábamos como este chinche (sorprendido y algo risueño señala a Maritza) [...] Ah, pues qué le digo, que allá sí se vivía muy sabroso. Simplemente era una chimba, la plata, la seguridad [...] la plata rendía y no había este poco de maricas. (Vecino)

La producción de vivienda informal tal y como se dio en Comuneros es la puerta de salida de la crisis para los más pobres, los que se quedaron sin empleo. “La vida sabrosa” a la que suelen hacer referencia distintos vecinos se relaciona con los bajos costos que generaba el hecho de habitar un rancho que no producía gastos en cuanto a obligaciones tributarias. La inexistencia de facturas para el pago de los servicios públicos hacía que, en cierta forma, los ingresos que empezaron a ganar gracias a su trabajo fueran una entrada de dinero libre, una forma marginal para salir poco a poco de la miseria sin gastar en elementos ofrecidos por el mercado formal, que podían resultar mucho más costosos (Davis, 2012).

Los servicios, ante todo los servicios, allá uno no estaba esperando cada mes la factura pa' pagar. Usted no sabe cuánto gasta uno en eso, y si no los paga, cuánto alcanza a ahorrar y pues esos no son los únicos gastos que tiene uno. Que el agua, la luz, ahora que el gas, ahora es gasolina, que un lápiz, un cuaderno; nadie regala eso, eso cuesta.

Es que si usted se fija en la Cuarenta no se gastaba ni en comida, qué le digo yo... eh, por ejemplo... es que el asunto es que allá solo estábamos nosotros y nos medíamos a lo que fuera. Por ejemplo los de Alquería cuando uno iba en chaques [sic] de recoger los residuos, ellos a cambio de que uno lavara los galones regalaban bolsas de leche, otras fábricas le daban a uno que un galón de yogurt o los de la Campiña, también por ayudarles a lavar tanques regalaban helado y uno de chino era contento ¡con esas bolsotas para la casa! (Ángel)

Pero considero que sería un error de mi parte si solo percibo las ganancias de la informalidad desde una perspectiva económica, tomando en cuenta que las facilidades de vivir sobre la vía férrea no se limitaban específicamente a las ganancias monetarias recibidas; la disminución de los costos de vida y la evasión de las obligaciones tributarias de cualquier otro ciudadano. Adjunto a estas condiciones coexisten, por un lado, una dimensión política en la que las formas de producir vivienda urbana por parte de las poblaciones migrantes ponen en tela de juicio la eficiencia del Gobierno frente a la resolución de temas habitacionales y por otro, la victoria de los movimientos sociales de las décadas pasadas que tras sus proyectos organizativos lograron levantar barrios y viviendas para calmar la crisis por falta de un techo para vivir (Duhau, 2003).

Existe también una dimensión social de la informalidad que, a espaldas del Estado y la legislación, da paso a la configuración de formas alternativas de asumir las normas establecidas y da paso a la constitución de estrategias que sirven para reinventar las formas como se debe apropiarse el suelo urbano. En este proceso también pueden existir otras propuestas para regular la convivencia de una comunidad, que resultan ser tan eficientes en su

control y normatividad, que autoridades como la policía, los dueños de las fábricas y los mismos trabajadores terminan por secundarlas y reconocerlas como formas específicas para convivir en esa comunidad (Wilkie, 2004).

La informalidad materializada en los ranchos de la Cuarenta también se hace manifiesta en las prácticas que Comuneros instituyó para establecer las bases de sus acciones en la vida cotidiana. Lo más importante en este contexto consiste en lograr comprender de qué manera Comuneros ejecutó una serie de estrategias instituidas dentro de la colectividad y desde la informalidad que han permitido forjar una comunidad que se capacitó para desenvolverse en distintos espacios de acción, manteniendo sus objetivos y cuidando siempre la unidad de la comunidad comunera (Davis, 2012).

Construcción y particularidad de la comunidad comunera

Pueden existir muchas formas con las que podría referirme a Comuneros, sin embargo he decidido elegir la misma con la cual ellos se enuncian: *comunidad*. Aunque este es un concepto de uso reiterativo entre cualquier grupo social, en Comuneros logra cobrar legitimidad respecto de quienes utilizan la categoría más por costumbre que por convicción. En Comuneros, la comunidad suena redundante y parece que el nombre del colectivo se debiera a esa condición autodeterminada. No obstante, el nombre no hace referencia a la comunidad, según ellos tampoco al sitio de establecimiento, la respuesta se encuentra en los recuerdos y la materialización de estos en el testimonio.

En Comuneros se defiende la autodenominación de comunidad como una garantía de cohesión, un camino para mantener vivo el pasado y sentirse identificados como un colectivo organizado y unido por experiencias. La comunidad es la forma de nombrarse para sentirse dueños y parte de algo.

Comuneros... no sé por qué nos llamamos así, por la avenida no creo porque ese sería como un motivo muy bobo, ¿sí? Comuneros es porque somos una comunidad, somos el legado de nuestros padres que les costó tanto darnos una casa. Comuneros es haberla luchado juntos y tratar de mantenernos con la cabeza arriba. (Nelcy)

A veces, como si se tratara de un ejercicio mecánico, hablaba de Comuneros anteponiendo el término comunidad. Empero, solo soy consciente del peso que tiene el concepto cuando intento comprender e interpretar las acciones que históricamente han constituido este colectivo. Solo accediendo a posibles formas de leer la historia Comunera, puedo darme cuenta de que lo comunitario tiene un significado más allá de lo enunciativo. Si Comuneros se autodenomina como una comunidad no es precisamente porque compartan un mismo espacio —teniendo en cuenta que esta característica no es fundamental para la conformación de una comunidad—, sino porque desde su llegada a la ciudad de Bogotá comparte una serie de vínculos que los relaciona como agentes individuales y colectivos reunidos alrededor de un fin en común, una utopía en búsqueda de techo, un aspecto que resume el sustento de sus acciones (Torres, 2013b).

El primer rasgo por tener en cuenta en la conformación del sentido comunitario es el pasado campesino presente en el grueso de estas familias, que aprendieron a extrapolar las prácticas de cooperación agrícola para levantar los muros de cartón de sus respectivos ranchos en la vía férrea, parcelar los lotes de cada familia y establecer normas de pertenencia o consecución de los lotes de invasión. En segundo lugar, conforme se fue desarrollando el asentamiento sobre la vía, los habitantes fueron creando un compromiso mutuo en torno a la importancia de mantener la supervivencia de los ranchos al margen de la legalidad y la supervisión estatal, pues este garantizaba la posibilidad de vivir con pocos ingresos pero con la seguridad de un techo diario para la familia.

Es que era como vivir como en un lugar donde solo existíamos nosotros y donde solo entre nosotros nos echábamos la mano. Allá nadie estaba llorando por un plato de arroz, ni porque no lo tuviera ni porque le tocara compartirlo; simplemente se reconocía que todos estábamos como en la misma debilidad y que entre nosotros nos tocaba ayudarnos, como cuando uno vive en el pueblo ¿verdad? Que como todo es chiquito, pues todos saben de todos y así mismo es la ayuda. (Vecino)

Los procesos de trabajo colectivo que demanda la misma consecución del agua, la luz, el alimento y los materiales para las viviendas exigieron de apropiación espacial de cada uno de los integrantes de la comunidad; un ejercicio de poder que se manifiesta en la capacidad de dominar el espacio de la invasión, adueñándose e interiorizando prácticas colectivas durante décadas, por medio de la construcción de los ranchos y del avance de los mismos a lo largo de la carrera Cuarenta, estableciendo a la vez normas de convivencia en las que existiera un compromiso de defensa de la vivienda y de disputa por mantenerla tal y como ellos la habían diseñado, con todas sus falencias e irregularidades.

La producción de vivienda informal a la que acudieron estos Comuneros expone una serie de prácticas y de sentidos comunes situados en el espacio que habitaron. El hecho de compartir las carencias de trabajo, alimentación y vivienda hace que Comuneros progresivamente se agrupe primero en torno a un espacio físico (la carrilera) en el que se acogen de una forma tan efectiva que su pobreza en la vía les permite construir un espacio social dotado de sentidos de apropiación, que convocan a las familias a sentirse e identificadas unidas por sus condiciones materiales, por sus reivindicaciones y por sus aspiraciones acerca del futuro de sus ranchos y sus familias. En suma, una serie de sentidos de apropiación que aseguran la acumulación de una cadena de herramientas y estrategias para acceder y mantener un espacio social comunitario.

Lo bueno de allá era que usted nunca se quedaba con el estómago vacío, si a usted le faltaba algo podía golpear en la otra puerta y preguntar tenían algo, con decirle que si a veces, uno tenía un caldo o algo, usted le llevaba al otro. Lo que se trataba era de compartir porque era una familia, Comuneros era una familia, cuántas veces no compartimos que el lavadero, que el patio, las carretas, había pobreza, pero si entre todos se compartía pues a nadie le faltaba. (Lola)

La búsqueda colectiva de un suelo para vivir enmarca a la colectividad en la forma institucional (informal) de una comunidad basada en *vínculos materiales, simbólicos y afectivos* (Weber, 2012), manifestados en la expresión diaria del cooperar con la seguridad de los ranchos, del compartir alimento con quien no lo tiene o de llamar a la invasión a quien aún no cuenta con casa. Crear una solución inmediata a los conflictos pudo darles la sensación de no necesitar acudir a otras instancias gubernamentales, mantenerlas más bien al margen, pues el sentido de lo colectivo les brindaba lo necesario para sentirse autosuficientes, un impulso que los llevó finalmente a construir lo que ellos mismos denominaban como retando a la ley, “su propia república independiente comunera”, el lugar donde no se necesitaba de nadie más que de ellos mismos.

Tanto en el pasado como en el presente, la comunidad de Comuneros insiste en la importancia de reconocer cuáles fueron esos aspectos sociales, económicos y hasta políticos que los llevaron al mismo escenario de la penuria por la vivienda, cuáles fueron esos rasgos que los llamaron al mismo escenario de la invasión y que les sirvieron para crear un horizonte compartido frente a la vivienda en el que descubrieron formas propias de subsistir, de encontrar sustento y de hacer familia (Torres, 2013b). En síntesis cuáles fueron las condiciones que les permitieron crear estrategias de cooperación comunitaria.

El sentido comunitario es uno de los mayores objetos de añoranza por parte de Comuneros. Suelen recordar con entusiasmo la forma como organizaban actividades de recreación para los más jóvenes. La emotividad de

estos testimonios reside en que quienes los narran son los adultos de 40 o 50 años que en su pasado fueron los jóvenes protagonistas de los campeonatos de fútbol en las calles de la Zona Industrial, de los bailes y las novenas de Navidad, que veían en sus rituales comunitarios la persecución de una expectativa que persiste todavía: la construcción de una comunidad que tenga vivienda digna y reconocida para vivir juntos.

El grupo juvenil éramos los viejos que organizamos todo por aquí, todos los que en ese tiempo éramos chinos, montábamos campeonatos de banquitas, de fútbol, de yermis... todo eso era espacio de los ranchos. Lo chévere de la Cuarenta es que allá vivíamos solos, como eso eran puras fábricas por la noche ya no quedaba nadie, la calle sola para nosotros, entonces las aceras servían de tribunas, todos emocionados porque eso era con el trofeo y todo, poníamos las canchas y dele al juego. Y eso era muy bonito porque era organizado todo por la propia gente joven, conseguíamos nuestras camisetas, los premios. Yo pienso que eso es la comunidad, como esa oportunidad de reunirnos todos sin peleas, tranquilos y contentos en una fiesta. (Miguel)

Aunque Comuneros logra recordarse y autodenominarse como comunidad, el contexto en el cual se da su organización supera los límites que definen este concepto y logran llegar a una estancia superior en la que es posible hablar del *gueto comunitario*, un concepto al que se suman otras categorías que alimentan la posibilidad de problematizar a la comunidad frente a sus disputas contra el Estado (Wacquant, 2007).

Si bien el gueto comunitario es una forma de organización caracterizada por una conciencia colectiva y unificada, vinculada entre sí por prácticas de apropiación que les permiten reconocerse comunes por su condición de migrantes campesinos, desposeídos, sin vivienda, sin trabajo, que dadas sus carencias deben combatir la desigualdad con la invasión de terrenos públicos y con la búsqueda de fuentes alternativas de trabajo para dar cara a la rudeza de la vida urbana. El gueto comunitario también agrupa a aquellos individuos que sufren la segregación como consecuencia de la desigualdad

social y el olvido por parte de las instituciones estatales; este promueve la solidaridad en la miseria y la movilización colectiva hacia la mejora de sus condiciones (Wacquant, 2007).

El gueto comunitario que se desarrolla en Bogotá se expresa en la movilización de innumerables grupos de familias denominados Comuneros, quienes adecuaron como hábitat un espacio físico propiedad de agentes estatales que, por omisión o complicidad con la crisis habitacional, optan por aceptar temporalmente la ocupación ilegal de sus predios, lo que le permitió al colectivo de desposeídos rediseñar las normas de ocupación del suelo y convivencia en la ciudad en función de la permanencia y el buen desarrollo de la comunidad en tres aspectos a analizar: 1) lo laboral, teniendo en cuenta las características del reciclaje y las condiciones de favorabilidad que ofreció la Zona Industrial para su desarrollo; 2) las relaciones vecinales en referencia a las formas de socialización dentro y fuera de la casa; y 3) lo organizacional, es decir, Junta de Acción Comunal, acción política y defensa de sus ranchos.

Producto de sus condiciones sociales y de existencia, Comuneros interiorizó a lo largo del desarrollo de su invasión acciones en favor de la organización comunitaria, aunque todas ellas se encontraban enmarcadas en el plano de la informalidad porque no seguían el orden social aceptado en cuanto a normas para la construcción de vivienda se refiere. Establecieron su propia normatividad “interna”, en la cual prevalecía ante todo el diseño o la configuración de estrategias que les servían para sustentar su presencia en la carrilera, su trabajo como fuente de sustento diario y su sentido de cooperación para fortalecer sus relaciones vecinales.

El gueto comunitario establecido en Comuneros es un lugar físico, social y simbólico donde un colectivo de familias desposeídas de todo medio de producción creó un espacio propio, en el que se identifican y reconocen comunes y unidos en sus disputas diarias en la ciudad. La construcción del gueto puede hacerse evidente en los testimonios acerca de las primeras formas de organización para hacer frente a los indicios de desalojo hacia la

década de los noventa. En ese tiempo, la invasión se había extendido y contaba con aproximadamente mil familias, compuestas por núcleos de hasta ocho integrantes, todos ellos agrupados alrededor de la recolección, clasificación y recuperación de elementos reutilizables; una forma de subsistencia que no solo fue proveedora de ingresos, sino de unidad y reconocimiento como colectivo frente a los demás habitantes de la ciudad.

El trabajo como eje constitutivo del gueto comunitario

Por lo general, la noción de gueto se asocia a cuestiones étnicas y raciales situadas en las grandes metrópolis norteamericanas y europeas. Empero, el gueto puede manifestarse en otros espacios metropolitanos, no necesariamente correspondientes a las economías más desarrolladas, sino a otras ciudades en donde las lógicas de marginación y la misma pobreza extrema son condiciones constantes que generan colectividades apartadas, señaladas y estereotipadas, como las que han emergido en la ciudad de Bogotá, donde aparecen formas de agrupación que recogen algunas características del gueto.

En este caso, el común denominador a partir del cual Comuneros construye sus formas de organización y acción no se valida por características como la raza, sino por otras reivindicaciones, como el derecho a la vivienda y al trabajo. Se trata de un grupo de campesinos a quienes se les niegan posibilidades de adaptación urbana y, por lo tanto, deben dirigir su acción hacia la lucha del derecho a un techo, en el que implícitamente se encuentran el derecho a la ciudad, al trabajo y la educación, entre otros servicios indispensables para mantener una vida urbana digna.

Teniendo en cuenta la posibilidad que encuentro de caracterizar a estos Comuneros que vivieron en la carrera Cuarenta como un gueto comunitario, tomo en primera instancia el trabajo del reciclaje como elemento articulador de las estrategias comunitarias que instauraron para cubrir sus necesidades básicas y así construir una identidad definida.

Paradójicamente, la violencia institucional con la que fueron recibidos los migrantes que llegaron a invadir la zona de la carrera Cuarenta le brindó a este grupo social la posibilidad de sentir la obligación de organizarse en función de solucionar no solo las cuestiones habitacionales, sino también los problemas del desempleo masivo que hacían que cada día fueran más severas las privaciones materiales como la falta de comida, de vestido y de servicios de salud. Todas ellas expandieron la precariedad, que podía solucionarse con un techo para vivir y un trabajo fijo para devengar un sueldo con el cual cubrir sus gastos.

Nuevamente el ingenio heredado de las formas de vida agraria les presentó a los Comuneros una fuente de trabajo que, al igual que su forma de construcción de vivienda, no se enmarca en la normatividad legal. Su fuente de trabajo se halla desligada de la legislación laboral porque esta no recibía respaldo alguno de la empresa pública ni la empresa privada. Durante la segunda mitad del siglo XX no existía un reglamento general que regulara las actividades de recoger, seleccionar, recuperar, transformar y reutilizar los desechos provenientes de la Zona Industrial.² Solo en la actualidad, y sobre todo en esta última década, podría decirse que se está pensando en la reglamentación y formalización del oficio del reciclador, el manejo y control de las ganancias producidas de la manipulación de desechos y la responsabilidad ambiental de estos actores en la recuperación de materiales reutilizables.

Aunque las formas de vinculación laboral derivadas del reciclaje se han venido modificando, quienes realizan esta actividad como medio de subsistencia no están ligados a las garantías laborales que existen para otros trabajadores de clase popular; de hecho, las personas que se vinculan a este proceso se ubican en el umbral de la pobreza y la pobreza extrema

2 En el artículo 2 de la Ley 1466 del 30 de junio del 2011 se expresa la importancia de que las autoridades estatales, distritales y municipales organicen la actividad del reciclaje incentivando entre la población la cultura de separación, protección y recuperación de desechos. Asimismo, se exige la vinculación a la formalidad de quienes se dedican al reciclaje, con el fin de que su actividad sea organizada, limpia y responsable frente a las políticas de sostenibilidad ambiental (Parra, 2015).

(IRR, 2015). Históricamente, gran parte de las familias recicladoras han sido víctimas del desplazamiento por la violencia, o provienen de migraciones del campo a la ciudad suscitadas por las olas de industrialización en sus regiones de origen, las cuales suelen precarizar las condiciones de vida para los más vulnerables, quienes deben movilizarse hacia otros campos de subsistencia y reiniciar nuevos espacios de adaptación (Parra, 2015). Al respecto, las personas que crecieron en la Cuarenta suelen contar las difíciles condiciones con las que sus padres, colonizadores de la carrilera, tuvieron que adaptarse hasta llegar a la labor del reciclaje.

Primero que todo mi mamá vivía con mi padrastro, un señor. Él nos ayudó con el estudio y mi mamá trabajaba, al principio ¿no? trabajaba en un restaurante y ahí empezó así y ya empezó poco a poco a motivar a la misma gente como que sí, que el reciclaje era como una fuente de salir adelante como así que diera como ese... cómo le dijiera [sic] yo, como esa vía para salir adelante, era reciclando. Mi mamá también recicló veinticinco años. Mi hermano, ¿no le digo que mi hermano mayor murió en su labor del reciclaje? Y ahí la gente se reunía y no había problema de nada, pero hoy en día hay mucho problema por uno reciclar también.

[...] Nosotros somos de Cachipay, Cundinamarca. Yo creo que ella llegó sola, ya empezó a llegar gente, más gente, como armando esa basecita de personas, como creciendo el núcleo, la familia, porque eso fue una familia, todo eso es solamente una familia [...] todos nos conocemos tal y como somos [...] todos los que allá éramos chinos, crecimos reciclando. (Lola)

En el reciclaje, el reciclador no cuenta con un salario fijo otorgado por un patrono, tampoco tiene acceso a pagos parafiscales ni mucho menos a la cotización de servicios como la salud y la pensión. Su trabajo es de carácter “independiente”, en la medida que el pago recibido corresponde a la acumulación de pequeñas ganancias recibidas de los clientes a quienes les venden el reciclaje, sus horarios laborales se ajustan al momento de mayor

acumulación de basuras de la Zona Industrial y al paso del carro recolector de basuras del sector. Sus ganancias diarias se convierten en un salario neto para cubrir algunas de las necesidades más apremiantes (Parra, 2015).

La labor del reciclaje facilita la consecución de ingresos económicos a aquellas familias que, enfrentadas a condiciones de pobreza extrema, desprotección y desamparo legal, no tienen acceso ni al sistema de servicios de salud ni a vivienda formales, pues en el orden social y político nacional, el alcance de los servicios está determinado ante todo por la capacidad de pago de quienes los requieren. Ante esta condición, los Comuneros tuvieron que inventar otras formas de acceso para obtener sus ingresos.

Junto a las obligaciones que acosaban a cada familia comunera, emergió la solución a un problema de manejo y control de residuos ubicado en la misma zona: la invasión. Así, el complejo industrial de Puente Aranda no solo fue el espacio indicado para construir hábitat, sino también para reforzar el dominio sobre el espacio invadido, pues además de sus ranchos contaban con una fuente de trabajo sustentada en la gran cantidad de residuos emitidos por la actividad industrial, que en manos de los invasores Comuneros sirve para reciclar, para obtener ganancias y subsistir. Mediante la invasión y la práctica del reciclaje, Comuneros domesticó su espacio de hábitat, lo convirtió en su espacio vital.

Yo creo que ninguna de nuestras familias, que papá y mamá hubieran estado en el reciclaje antes, porque ellos eran del campo. Lo que aquí pasó fue que a lo que no apareció trabajo por ninguna parte, pues la gente de las fábricas empezaba a ofrecer que me lleve estas basuras a tal bodega o que si usted organiza estos desechos le pago tanto. Entonces el reciclaje fue como la salida, como la forma de trabajar por cuenta propia, creando nuestros propios ingresos, como siendo trabajadores independientes que controlábamos nuestros horarios, que podíamos terminar el trabajo desde la casa, que aprendimos como a conocer la ciudad de tanto andar, o sea, la salida de la recuperación de basuras fue toda. (Pecoso)

Puente Aranda como una solución habitacional y laboral

Históricamente, la Localidad de Puente Aranda se ha caracterizado por ser una de las zonas de mayor polución en toda la ciudad (Alcaldía local de Puente Aranda, 2012). En los informes ambientales por localidad, Puente Aranda presenta cifras alarmantes en niveles de contaminación audiovisual y de partículas contaminantes en suspensión, caos vehicular, altos índices de morbilidad por enfermedades respiratorias entre otros conflictos asociados a la actividad económica desarrollada en el sector. Sumadas a estos delicados problemas ambientales, se encuentran las constantes zonas de invasión que durante décadas han construido diferentes grupos sociales que no cuentan con un espacio fijo para vivir y que desde la Administración distrital son percibidos como agentes promotores de acumulación de basuras en los bordes de los caños o las zonas verdes de la localidad.

Entre 1951 y 1963, en Bogotá se puso en marcha el Plan Piloto de Renovación Urbana propuesto por Le Corbusier, en el que se determina que Puente Aranda se convierta en el epicentro industrial de la capital (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2004). Dicha disposición terminó por instituirse en 1968, cuando se declaró la localidad como el principal corredor industrial de la ciudad.³ De esta manera, Puente Aranda configura una red de industrias, comercio formal representado en la amplia zona de locales de Sanandresito de la carrera 38 y comercio informal distribuido alrededor de la avenida Primero de Mayo y la avenida de las Américas, actividades derivadas del servicio automotriz tales como talleres de reparación, servitecas y venta de repuestos (Alcaldía local de Puente Aranda, 1993).

3 A partir de las iniciativas de desarrollo urbano promovidas en 1951 en el plan piloto del arquitecto Le Corbusier y los planes de zonificación del Departamento Administrativo de Planeación Distrital, se define la Localidad de Puente Aranda como el epicentro industrial de la ciudad, disposición que fue formalizada en 1968 mediante el Decreto 159 de 1974 (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2004).

Aparte de estas actividades que persisten en el presente, hasta hace unos años se encontraba el Matadero Distrital y, alrededor de él, una prolongación de la plaza de mercado de Paloquemao⁴ que, para ese entonces, no contaba con los permisos sanitarios y de registro mercantil para su funcionamiento. Como es de imaginar, este cúmulo de actividades convirtió a Puente Aranda en una de las zonas de mayor producción de desechos tóxicos de la ciudad. Al final de cada día, de cada jornada laboral, las calles de la Zona Industrial y comercial de la localidad quedan abarrotadas de las basuras que hace cincuenta años se convirtieron en sustento de las familias Comuneras y hoy son otra de las tantas actividades rentables para el comercio.

Pese a que la localidad cuenta con zonas de uso residencial, varios inmuebles destinados para vivienda han sido y son utilizados como bodegas con fines industriales y de almacenamiento de basuras. Dado que la vivienda familiar viene decreciendo por las dificultades de salud y seguridad que genera vivir en una Zona Industrial, gran parte de la población que interactúa a lo largo del día en la localidad es de carácter flotante, y corresponde al extenso flujo de trabajadores que se moviliza hacia la zona para cumplir con sus obligaciones laborales. Las condiciones de salubridad, calidad del aire y fuentes hídricas han hecho que la población residente se desplace hacia otras zonas de la ciudad.

El paso de las viviendas a bodegas industriales hace de Puente Aranda una localidad de lotes “abandonados o vacíos” con un amplio corredor férreo en decadencia, confluencia de caños con bajo control de las autoridades ambientales y espacios a los que aún no se les ha determinado un uso. La falta de control sobre estos terrenos me permite formular la hipótesis de que uno de

4 Actualmente ubicada en la avenida 19 con carrera 25. Perteneció al circuito de plazas de mercado distritales. Aparte de constituir un centro de comercio de alimentos perecederos, también constituye un atractivo turístico por su historia, que se remonta a la década de los cuarenta y se vincula con otras instituciones importantes, como la estación de ferrocarriles nacionales y el mismo Matadero Distrital.

los aspectos que facilitó el asentamiento de Comuneros en la vía férrea fue la existencia de amplias “zonas vacías” dentro de la localidad. La falta de administración territorial dio paso a la administración de lo informal.

Con “zonas vacías” me refiero nuevamente a lugares en los que no existe el establecimiento fijo de una población residente que se interese por habitar, vigilar y controlar de manera permanente la localidad. Una zona copada de industrias, con uso de suelo residencial mínimo y extensas zonas de lotes públicos y privados vacíos y sin vigilancia, se convirtieron en espacios ideales para la reproducción de asentamientos a los que no solo Comuneros tuvo acceso, sino otros grupos sociales que, como ellos, no tenían la capacidad adquisitiva para convertirse en propietarios legales de un terreno y, por lo tanto, debieron ocupar aquellos que se encontraban al margen del control administrativo urbano.

Con todo y los residuos emitidos por la actividad económica desarrollada en la localidad, la clasificación, organización y reutilización de estos no eran actividades a las que se les reconociera como un oficio formal dentro de una empresa. Para la década de los sesenta, el manejo de basuras no era uno de los asuntos importantes ni de responsabilidad social de los empresarios, por lo tanto, la atención a este aspecto se daba más por necesidad de despejar los espacios llenos de basuras y cumplir con los mínimos requerimientos de salubridad que por preocupaciones ambientales o por generación de ganancias económicas, contrario a lo que sucede hoy en día.

Ante tal necesidad de recolección de los residuos, los agentes cabeza de familia de Comuneros empezaron a ofrecer sus servicios como trabajadores en cualquier área a lo largo de todas las fábricas del sector, su capacidad de adaptación les permitía desempeñarse en tareas de vigilancia, construcción y reciclaje, ocupaciones que en algunas familias de Casitas persisten como la principal fuente de ingresos. La llegada del reciclaje como una solución laboral es constantemente citada durante mis conversaciones con ellos

La primera influencia fue la falta de trabajo, la segunda, la cercanía al Sanandresito... es que yo pienso... y sí, claro, se prestaba mucho por la Zona Industrial. En ese entonces lo que sobraba de la Zona Industrial era cantidad, montones de material buenísimo que facilitaba mucho la labor de reciclaje, todas las fábricas dejaban mucho reciclaje y en las bodegas pagaban porque se lo llevaran. No era como es como ahora, que es cada vez más difícil el tema del reciclaje, antes no, antes las bodegas pagaban: venga sáqueme este cartón, yo le doy cualquier peso, cualquier cosa y llévese el cartón, llévese el reciclaje.

Vuelvo y pienso en eso, yo no trabajé en el reciclaje, pero la familia de mi esposo sí y lo hicieron por trabajo, la falta de trabajo. En Colombia siempre ha habido un gran problema económico y falta de oportunidades de creación de empresas, quienes tienen ganas de crear o realizar empresa, tienen una cantidad de problemáticas, impuestos, una cantidad de... entonces, si usted se da cuenta en los últimos cuarenta, treinta años, son muy poquitas las empresas que se crean, por la situación del Gobierno, del Estado que no da oportunidad. Entonces no hay esa facilidad que la gente entre a trabajar, porque no dan la oportunidad de creación de empresa. La gente se dedica a cualquier cosa, a reciclar, a trabajar independiente porque hay una manera de sobrevivir que se tiene que hacer.

El problema es que con el reciclaje se pudo haber hecho una empresa, pero no, eso en ese tiempo era una mala idea, ahora que sí importa el medio ambiente ya le pudieron ver el lado de la riqueza a la basura, entonces ya no se la dan a cualquiera, solo los que ya tienen empresa pueden hacerse a otra.

Pero además del reciclaje sí se dedicaron otras cosas, que de alguna forma se relacionaban con el reciclaje, pero... allá había gente que trabajaba en las empresas, gente que cuidaba las bodegas de al pie de la carrilera, entonces había la Zona Industrial, se necesitaba gente que cuidara las bodegas. De ahí había gente que cuidaba las bodegas, vivían en las bodegas, les pagaban por la vigilancia. (Nelcy)

Vivir del reciclaje proveniente de la Zona Industrial no solo constituyó una forma de reafirmar el dominio que tenían sobre su espacio de invasión. Reciclar y vivir en la Zona Industrial durante cuatro décadas marcó pautas de comportamiento individuales y colectivas lo suficientemente arraigadas para ser duraderas y, por lo mismo, representativas de la comunidad. Ser reciclador Comunero e invasor habitante de la carrera Cuarenta implicó la interiorización de disposiciones estratégicas para ganarse la vida, Asimismo, el desarrollo de pensamientos, percepciones, expresiones y acciones comunes que los llevaron a agruparse en una estructura comunitaria dedicada al reciclaje, asentada en una zona de invasión, conviviendo con el paso del tren sobre la vía férrea y los cables de alta tensión sobre los techos de las viviendas.

Estrategias de sobrevivencia en el reciclaje

La actividad del reciclaje no solo identificaba al comunero que se movía por la ciudad recogiendo desechos; también hacía del espacio de la vía férrea de la Cuarenta, un lugar significativo tanto para quienes lo habitaban como para quienes pasaban frente a él. En la carrera Cuarenta había ranchos, carretas y caballos aguardando la llegada de sus dueños, basuras acumuladas frente a las viviendas a la espera de ser clasificadas, mientras alrededor niños, jóvenes y adultos las manipulaban haciendo de esta actividad su forma de convivir, su trabajo, organización y existencia en comunidad.

La Cuarenta no había quién no supiera de ella, a la gente le parecía fea y se imaginaba que allá no vivía gente bien, pero eso es cháchara porque allá habíamos [sic] personas comunes y corrientes que se encargaban de hacer la parte fea del trabajo, ¿ve? Eso sí nadie lo ve. ¿Cómo no iba a estar con basura el lugar donde vivíamos si se subsistía con eso? Pero las cosas cambian, allá ya no hay nada y aquí en Suba los recicladores somos muy pocos, póngale cuidado cómo han cambiado las cosas. (Pecoso)

En Casitas, la fiel muestra de lo poco que queda del reciclaje se manifiesta en el frente de siete casas del barrio. En el andén se ubican las carretas: una especie de carruaje rudimentario hecho con tablas que forman un cajón

de madera, con un par de asas también de madera, de las cuales se sujeta la persona para arrastrar el vehículo, que a su vez es impulsado por un par de ruedas similares a las de un automóvil. Es un vehículo sencillo en su estructura, cada reciclador se encarga de diseñarlo, ensamblarlo y arreglarlo cuantas veces sea necesario. Estando frente a una carreta, su propietaria me la enseña y me cuenta su proceso de construcción:

Vea profe, eso es sencillo. Se compran los palos [señala el frente de la carreta], se arma como si fuera una cajita, se compran digamos los tornillos, las tuercas y se abren huecos y se encierra, o sea, se empieza a armar con llantas de carro. Se manda arreglar, se manda cortar y se manda a colocar bases a los lados para que... como... eso trae un rin, entonces para que no coja todo el rin, sino que solo coja una parte, la otra parte queda añadida por unos tubos. Pero por ejemplo, la parte de los ejes y de las llantas ¿sí? Eso sí toca mandarlo a un taller o a un lugar para soldar lo que uno necesita que esté de soldadura, pero lo demás uno mismo lo hace.

[Sujeta las asas de la carreta como para echarla a andar] ¿Ve? Intente y verá que no pesa, ni vacía pesa, ni cuando usted la coge ni nada, un día de estos hacemos el ejercicio. En serio, ya para qué le voy a decir mentiras si yo, esa carreta me he ido con ella hasta Cafam. ¿Sí ha visto las etapas de allá de Cafam? [señala hacia el occidente del barrio.] (Lola)

La presencia de la carreta en los andenes de algunas casas es lo que nos permite deducir que en una determinada familia aún se dedican a reciclar. Es el caso de Lola, quien vive al frente del salón comunal. Su casa es algo así como un hito dentro del barrio por la misma cercanía con el salón. Aparentemente, es una de las más precarias en el barrio, pues ella no ha logrado hacer mayores modificaciones al predio, como sí lo han hecho algunos de sus hermanos que también viven en el barrio. La fachada conserva el ladrillo expuesto, en los últimos meses, recuerdo que optó por darle una mano de pintura amarilla que, efectivamente, le dio un mejor aspecto a su casa.

Los marcos de las tres ventanas del frente se encuentran deteriorados; entre el óxido que los recubre se ve que son de color blanco y azul, el por-tón de la casa es de color verde pino, algo oxidado también, con manchas de vinilo, lodo y grasa, este mantiene abierto de par en par gran parte del día. En su casa viven ella, sus dos hijos, sus cuatro hijas, su nieto recién nacido y su yerno. A veces, por varias horas al día, también están los ami-gos de sus hijos.

Como ella y dos de sus seis hijos se dedican al reciclaje, la carreta siem-pre se encuentra en el andén, abarrotada de botellas plásticas, enormes cajas de cartón desarmadas, colchones, galones y canecas plásticas y una lona semitransparente y áspera que la cubre parcialmente. Al lado hay un sofá deteriorado, casi siempre húmedo por la exposición a la lluvia, apoyado sobre este, una bicicleta que les sirve a sus hijos para trasladarse al colegio o a la escuela de fútbol los fines de semana.

Como Casitas se ubica en el pie de la montaña de Suba, a medida que nos vamos internando más en el barrio, va cambiando la acera lisa por escaleras para subir hasta el final de la urbanización. A partir del salón comunal y de la casa de Lola empiezan las escaleras, pero el salón se encuentra un poco más alto que la casa, desde la entrada del salón ya se pueden ver parte de los simétricos techos de Casitas. De esta forma, si me ubico en la puerta del salón, casi quedo frente a las ventanas del segundo piso de la casa de Lola. Como las calles son angostas, las conversaciones ventana frente a ventana son fáciles de establecer; en mi caso, solía establecer conversaciones con Lola de puerta a ventana. Cuando ella no estaba trabajando y sus hijos estaban en el colegio, el tiempo libre le permitió hablarme de sus inicios en el reciclaje y la forma como este prácticamente ha marcado no solo su vida sino la de gran parte de Comuneros, quienes al hablar de su trabajo se encontraban abiertos al diálogo para narrar sus experiencias de vida con la carreta.

He vivido del reciclaje toda la vida, con eso empezamos mi mamá y mis hermanos. Éramos diez, inclusive mi hermano murió reciclando, vivió y murió reciclando, con eso le digo. Mi hermano manejaba un carro esferado

y a él lo cogió un carro cuando estaba con unas bolsas. Estaba sacando una basura de unas bolsas de reciclaje y el carro echó hacia atrás, o sea no se fijó y ahí... y ahí murió mi hermano mayor.

[...] A ver, desde cuándo... uh... yo me iba como ende los diez años, iba con mi mamá, iba con mis hermanos, mis sobrinos, mi cuñada embarazada, todos sobre la carreta. Y de la Cuarenta al Siete de Agosto era a pie. Yo empecé con mis hermanos, o sea, mi mamá no iba a veces, ellos me montaban en la carreta, pues pequeña, obvio la caminata me daba sueño, cansancio. A veces yo amanecía reciclando, pero siempre allá era un trayecto, porque imagínese de allá de la 41 con 12 al Siete de Agosto eso es un proceso, íbamos casi hasta el Campín.

Aunque la actividad laboral del reciclaje no se encontraba reglamentada o regulada por algún ente institucional, dentro del gueto comunero sí se formularon algunas normas con las que aseguraban una convivencia tolerante dentro de la comunidad y un orden en la realización de sus actividades de recolección y clasificación de residuos. Pese a la no existencia de una normatividad general en torno al oficio, los acuerdos internos eran necesarios para el establecimiento de zonas de trabajo para cada familia recicladora; de esta forma, cada núcleo tenía la posibilidad de hacer contratos orales con los encargados de las fábricas para hacerse cargo de las basuras de un lugar específico al que todos los días asistiría para reciclar, si cada familia contaba con su propia zona, no había la posibilidad de entrar en riñas por el control de los espacios.

Así como había lugares en los que las basuras eran manejadas por una o máximo dos familias, habían otros espacios como Sanandresito en los que se acordó que todas las familia tenían la opción de ir a clasificar los residuos allí producidos, pues a diferencia de la basura proveniente las fábricas, la de los almacenes se encontraban dispersas a lo largo de las avenidas y bordes de los andenes, y era muy difícil determinar a qué local pertenecían.

La invención de normas internas de trabajo y convivencia facilitan la consecución de empleo, el reconocimiento de cada núcleo familiar y la delimitación de los campos de acción de cada uno.

Es que como eran otros tiempos, en la ciudad la cosa no era de tanto papeleo y los trabajos a diferencia de ahora eran más fáciles de encontrar. Uno podía acercarse a la fábrica, entonces uno decía “Que si de pronto no había alguna vacante para trabajar”. Entonces lo que le ofrecían a uno era pues que recolectara las basuras y en eso fue en lo que empezaron a conseguir oficio todos. Basura era lo que botaban en las fábricas, basura era lo que uno recolectaba.

Claro, pues uno trabajaba en lo que le ofrecieran pero yo diría que el noventa por ciento de Comuneros vivía del reciclaje, porque era fijo, era lo que mejor producía ganancia y como que se podía hacer con la familia, en Comuneros desde el más chiquito hasta el más grande reciclaba.

Cada quien organizaba su ruta de reciclaje, ya con la rutina, ya se sabía a qué hora tocaba estar en tal punto para recoger el reciclaje a tal hora en otro sitio, porque anteriormente cada uno tenía sus puntos fijos de reciclaje. Entonces decía por ejemplo la fábrica de la esquina uno sabe para quién era el reciclaje, entonces cada uno tiene su exclusividad y nadie se iba a meter allá a arrebatar el reciclaje, y como habían tantos cada quien tenía sus propios puntos. En Sanandresito sí era el que llegara primero, como allá no había un punto de reciclaje, entonces iban sacando el reciclaje a la calle, entonces el que estuviera listo, pasaba al recorrido y se podía hacer ahí su buen negocio del día, ahí no había de pronto peligro que dos se encontraran a peliar [sic] por las bolsas, o bueno, no faltaba el problemático, pero a nivel general se sabía cómo eran las cosas, de resto sí normal. Cada quien sabía lo que tenía para recoger. (Humberto R.)

Aunque el trabajo del reciclaje era la principal actividad, es decir que Comuneros era una comunidad de recicladores de oficio, era cierto que en este trabajo se hacía necesario otras labores de rebusque para mantener una cuota diaria de sustento; se buscaban otros empleos que estuvieran

estrechamente ligados al reciclaje. Aparte de sus jornadas de recolección de residuos, el reciclador era llamado provisionalmente a las fábricas para cumplir con tareas de elaboración inmediata o relevo de personal de aseo o vigilancia.

Digamos que había personas que se dedicaban a la vigilancia de las bodegas por la noche, pero también reciclaban ahí mismo. Habían [sic] señoras que trabajaban en el servicio doméstico, por épocas y otros pues que tenían como sus propias casetas de venta de productos pa' los mismos que trabajaban por la zona. (Humberto R.)

Yo trabajé escogiendo también material allá. Mis hermanos, mi hermano también hacía viajecitos así cuando le salían en Colpapel. Nosotros nos íbamos con mi hermano también y reciclábamos o muchas veces cogíamos y nos íbamos a Sanandresito, cuidábamos los carros de la gente que iba a comprar y así nos sosteníamos nosotros. Pero buscaba uno oportunidades que no es lo que hoy día hay, hoy si no es robaò no hay como. (Lola)

En el proceso de autogestión para la solución de los problemas cotidianos, la Zona Industrial no fue en todas las épocas un espacio propicio para generar ganancias, de tal suerte que algunas familias se aventuraron a recorrer otras zonas de la ciudad que no fueran aledañas al sector, de esta forma había mayores posibilidades de encontrar una diversa cantidad de residuos. Al hacer recorridos más largos, en los que, además de reciclaje se podía acceder a otros equipamientos, como muebles para la vivienda, electrodomésticos recuperables o indumentaria, se reafirmaban las ventajas de vivir en la informalidad, el reciclaje también les permitía ahorrar en los gastos cotidianos de una familia promedio.

Salir de la Zona Industrial pudo parecer riesgoso, pues se trataba de entrar a espacios sobre los cuales no había un previo dominio y donde se desconocían las formas de relacionarse entre vecinos y extraños. Sin embargo, estos pequeños inconvenientes eran subsanados por la rutina, por el ejercicio de recorrer diariamente las mismas calles, a la misma hora. El recorrido diario podía garantizar no solo unos cuantos pesos provenientes

de los desechos, sino también prendas de ropa en buen estado para continuar usando y una de las necesidades más apremiantes: la comida, que era ofrecida en los lugares en los que progresivamente iban ganando reconocimiento y cierto control por ser su área de trabajo.

Había mucha gente que se aislaba más lejitos y rebuscaba buenas cosas, era el rebusque de todo mundo, allá era que el que no reciclaba era porque le daba pena, equis ye, desconozco motivo, pero, la mayoría de gente fuimos todos criados ahí. Que hoy en día la gente se las da de más [...]. Por ejemplo, nosotros nos íbamos recogiendo todo el camino hasta el Siete de Agosto... en el Siete de Agosto, bajando por la trece, por ahí por Sanandresito, el Centro Nariño, todo eso por allá, hasta que llegaba uno al Campín.

Muestre me acuerdo, la ruta era la trece, las Américas, ya sube, llega casi a la avenida... se me olvidó, bueno, una que queda hacia el lado de allá [señala hacia el norte de la ciudad]), no me acuerdo bien y salía uno derecho [vuelve a señalar hacia el norte], ¡eso le tocaba empuje esa carreta! pero sí, nos íbamos lejos. ¡Uf! mucha gente salía de allá de reciclar y de una vez salía a pedir para darle de comer a los hijos, en las tiendas, los restaurantes ¿sí? mucha gente hacía eso. Los dueños de las casas y eso decía: vea esa sopa, vea esto... pues yo no, yo no es que diga que yo lo hice, pero yo veía la gente, obvio que yo no voy a dejar aguantar a mis chinos, yo prefiero hacer un acto bueno y no ir a quitarle a nadie. Entonces la gente, mis amigos, porque esos ya son amigos de uno, entonces ya ellos daban una solución: no qué les voy a dar, así sea un café les daban, pero les daban, así sea pan, entonces ya tenía uno cómo hacer pa' poder seguir el trajín.

La patoniada era larga, a veces se encontraba la comida, a veces no había, eso ya era que de buenas se encontró de latas, por decirlo así. Ya más adelante una señora le daba a usted unos cartonones, “¿le sirve?”. “Sí, claro, sí me sirve.” ¡Eso tenía precio! o sea, era plata, un centavo que alcanzaba, pero hoy en día ¡200 pesos un kilo de cartón! (Lola)

Yo me volví exigente para la ropa, en la basura uno se encuentra las cosas más asquerosas pero también cosas que a uno le pueden arreglar el día. La gente está acostumbrada a botar unas zapatillas que porque la punta de

adelante se despegó, eso pa' mí no es lío, pegantico y quedan elegantes. Que los jeans diesel, chaquetas bien bacanas, de billete, que otro no usó, botó y que yo no dejo desperdiciar. (Álvaro)

Podría decirse que ante las innumerables falencias y la amenaza constante de la pobreza que aquejaba el espacio social en el que se desarrolló la invasión de Comuneros, hubo siempre la creación de disposiciones estratégicas en función de *no dejarse morir de hambre*, como ellos mismos lo indicaban como respuesta dada a sus condiciones de pobreza. La Zona Industrial terminó siendo una prolongación de su hábitat, pues allí no solo pasaban la mayor parte del día, sino que también podían cumplir con la supervisión de sus hogares. Para quienes trabajaban cerca, estar en la casa era una garantía de tener a sus hijos bajo estricto cuidado; para quienes iban lejos, la carreta servía también para llevar a su familia, mantenerla unida e igualmente vigilada.

Dado el principio de vecindad existente entre las fábricas y los ranchos de la carrera Cuarenta, los padres y madres de familia tenían la posibilidad de llevar sus carretas cargadas hasta el hogar para hacer la respectiva clasificación en el mismo patio de la casa. Estando allí, la labor se compartía con los hijos, los nietos o cualquier otro integrante de la familia con el que se compartiera techo. El reciclaje se convertía en una forma de acceder a ingresos económicos asegurando la disciplina y la colaboración de la familia. Este aspecto está muy presente sobre todo para quienes vivieron su infancia en la invasión, pues una de las obligaciones domésticas consistía en colaborar en la clasificación de los desechos.

Este trabajo es muy elegante, le permite a uno vivir a lo bien y aunque la gente no lo crea es muy digno. Yo reciclo desde chiquito y nunca en mi vida he tenido que estarle pidiendo vainas a nadie. Desde que me acuerdo reciclo, o sea que desde siempre me he acostumbrado al trabajo y a la plata.

[...] Yo llegué aquí cuando tenía nueve años y antes de eso ya reciclaba. En la casa los cuchitos llegaban con el trabajo y entre todos le hacíamos, lo bueno es que cada uno, según lo que hiciera iba y vendía. Yo por ejemplo me sabía ganar hasta 30 000 lucas ¿y sabe usted cuánto era eso hace veinte años? Uno con eso vivía rebien. (Álvaro)

La informalidad que recubre el ambiente laboral del reciclaje se mantiene gracias a la negligencia de los comerciantes y los supervisores de las industrias que no ofrecen un salario fijo a los recicladores que pasan día a día por su establecimiento para hacer mantenimiento, así como a los dueños de las bodegas de acopio a donde se llevan los residuos clasificados, que tampoco otorgan una ganancia estándar a su trabajador (Parra, 2007).

Aunque los comerciantes y los dueños de las bodegas de acopio se aprovechan de la falta de normatividad de la actividad del reciclaje y la necesidad de supervivencia de los recicladores, el Comunero que vive gracias a esta actividad se siente cómodo con la capacidad de diseñar horarios, rutinas y prácticas ajenas a las exigencias o requerimientos de otro trabajo en el que se requieren códigos de vestuario, horarios de salida y de entrada, etc. El evitar largos desplazamientos de la casa al trabajo garantiza mayor tiempo en el hogar, un tiempo que si bien no es de esparcimiento sino dedicado a la labor de la clasificación y organización de material para la venta, permite, como lo indiqué antes, mayor presencia en el espacio doméstico, que al mismo tiempo se traduce en mayor tiempo con los hijos, mayores espacios de convivencia vecinal en los que diseñaban actividades de recreación, interacción y vigilancia de sus ranchos y, claro, ahorros que lograban hacerse cuando las jornadas de recolección daban algo más que desechos.

Los niños iban a la escuela y los papás lógico que a trabajar, en la madrugada, en la tarde, eso dependía de dónde se recogiera la basura. Los chicos iban a la escuela y a veces iban a trabajar por días a ayudar al tema. Pero más que todo era el tema de ayudar al reciclaje. Pues era fácil ahí de estar todos trabajando. Los niños, la familia, todos se dedicaban al mismo tema

El diario se pasaba bueno, un día se levanta, eh... pues el desayuno, los niños para el colegio, ir a reciclar, ir a recoger el reciclaje de las bodegas. Llegar y escogerlo, recoger a los niños del colegio. Los niños del colegio empezaban también a ayudar a trabajar a los papás a hacer tareas, a organizar y esa era como una rutina.

Había mucha unión familiar, porque no había espacio de estar yéndose lejos, entonces era como estar toda la familia enraizada en torno al mismo reciclaje. Allá desde el más pequeñito hasta el más grande reciclaba. Entonces no teníamos la problemática social que tenemos hoy en día aquí en Suba que los pelados están por ahí en la calle sin hacer nada, porque realmente no hay qué ponerlos a hacer.

El día empezaba desde las ocho de la mañana, porque realmente ahí no había... o sea como estaba todo tan cerca no había que desplazarse tan lejos, pues realmente madrugar no era pues lo urgente, al colegio de pronto... en las noches se dedicaban mucho al deporte, hacían muchas jornadas de deporte de fútbol como actividades de integración porque estaban las calles de las bodegas alrededor, entonces había dónde. (Nelcy)

Quien se dedica al reciclaje es un agente invisible en la ciudad, pero no por ello deja de cumplir las labores comunes de cualquier ciudadano que debe trabajar para conseguir su sustento. El reciclador tiene que enfrentarse a la presión de no contar con un apoyo institucional que lo rescate de vivir en la inestabilidad diaria que pone en riesgo su integridad al dejarlo al margen de los equipamientos mínimos de la seguridad social. El reciclador es el vástago de la informalidad en la cadena de productiva del reciclaje, mientras que los bodegueros, la industria transformadora de desechos y los comerciantes, son los actores de la formalidad, los que poseen ingresos fijos y reciben las mayores ganancias (Parra, 2007).

Aunque el reciclaje es una labor que requiere de esfuerzos inclementes en los que se incluyen las largas caminatas del día, la posibilidad de que no se haga suficiente dinero al día para comprar alimentos o el riesgo de sufrir accidentes con su vehículo de trabajo fue —y sigue siendo— una labor que

desde la óptica comunera los cohesiona, los e identifica. Además, les permite desarrollar dentro del colectivo sentimientos de adhesión y orgullo en torno a una labor desprestigiada, que entre los señalamientos cumple la misión de brindarles la dignidad a las personas que al no tener ninguna propiedad cuentan con la seguridad de que su sustento lo ganan mediante un trabajo legal, que aunque no esté reglamentado, cumple una función social fundamental respecto al cuidado del medio ambiente urbano (Wacquant, 2007).

Las relaciones de habitabilidad dentro y fuera de los ranchos

Dentro de los ranchos. Saber cómo eran propiamente las casas de Comuneros en la carrera Cuarenta fue una cuestión que por un buen tiempo estuvo a cargo de mis representaciones mentales.⁵ El referente más cercano que tenía sobre estas viviendas se basaba en las fotografías de un libro que mi mamá me regaló cuando yo tenía quizá ocho años, *Los amigos del hombre*, de Celso Román. El autor cuenta la historia de un *viejito* muy, pero muy pobre cuya única compañía eran un gato tuerto, un gallo desplumado, un perro cojo y un caballo viejo. Los cinco viven en una casucha que aparecía fotografiada junto con otras casitas del mismo estilo en varias páginas del libro.

5 El desconocimiento que tuve acerca de la estructura de las viviendas Comuneras en la carrera Cuarenta constituía en mi mente una ausencia que iba siendo sustituida por las descripciones de las personas que recordaban el asentamiento, y por las mismas apreciaciones que algunos Comuneros daban sobre sus casas. Una de las formas más eficaces con las cuales pude llenar el espacio de dichas ausencias fue mediante las fotografías del libro *Los amigos del hombre*. Desde los postulados de Chartier (1992), las fotos del caserío con los animales protagonistas de la historia, me sirvieron para forjar una representación del vacío que tenía sobre las viviendas Comuneras, las fotos me permiten construir una imagen capaz de volver a mi memoria la invasión de la Cuarenta, señalando sus características e inventando rasgos para acercarme a lo que realmente eran esas casas, mientras la imagen real llega, la pregunta sería ahora si ¿las fotos entregadas por Nelcy constituyen representación o realidad?

Cuando iniciaba mis primeras búsquedas sobre Comuneros y su polémico asentamiento en plena carrilera, imaginaba que las casas eran como las del viejito pobre, porque así me las describían quienes vivieron allí, y quienes decían haberlas visto cuando iban en el bus hacia su trabajo todas las mañanas. Me contaban que se estremecían de miedo al ver en su camino *todas esos cambuches feítos, llenos de llantas, basura, como tan tristes y oscuros y ese reguero de chinitos por la calle.*⁶

Yo no puedo recordar la invasión, mis papás y mis hermanas mayores sí porque ellos vivieron en un barrio cercano hasta cuando yo cumplí el primer año de vida. Luego, a mis veintiséis años pude complementar lo que yo imaginaba con escasas fotos de archivo de los periódicos y del *Magazín Dominical*, que en dos ocasiones hizo informes sobre Comuneros.

Pero esas imágenes eran casi nada, yo quería las fotos de los álbumes de las familias comuneras: Cómo me costó convencerlos de que me dejaran ver una foto de esas.

Esas fotos son un tesoro y pues para nosotros son muy importantes y sentimentales, eso no puede andar por ahí como para que todo el mundo las esté viendo y diciendo que ay, que esos ranchos y las mismas críticas de siempre ¿sí me entiende? Además ya están viejitas y usted de pronto las daña... (Nelcy)

Tras casi un año de “rogadera”, logré convencer a Nelcy de que me prestara una de las numerosas carpetas del escritorio de su computador en donde ella ha recopilado las fotografías más significativas de los álbumes familiares Comuneros. La negociación se dio mediante un “cambalache”: Ella me prestaba las fotos de su escritorio y yo también le entregaba una

6 Esta afirmación hace parte de una conversación que sostenía con mi papá cuando intentaba explicarle por qué estaba trabajando con Comuneros en Suba. Mientras trataba de describirle el ambiente de la invasión, el recordó pasar todos los días frente al asentamiento cuando iba en el bus de camino. En ese entonces mis papás y mis hermanas vivían en el barrio Santander, hasta que en 1990 se pasaron a Lijacá y no vieron más el asentamiento Comunero.

carpeta de fotos muy bien nutrida sobre mi trabajo de campo en Casitas. Antes de este significativo canje y también tras una larga puja que me dejó un poco molesta —debo aceptarlo—⁷ me prestó un par de videos hechos por ellos mismos a pocos años de haber sido reubicados y unas revistas de publicación local donde hablaban sobre ellos.

El resultado de esta pugna por las imágenes fue fructífero en dos instancias: la primera, darme cuenta de que las fotos del libro *Los amigos del hombre*, efectivamente, correspondían a la Cuarenta; y la segunda —aún más importante—, al ver las fotografías fue hacer la pregunta retórica de ¿cómo es posible vivir ahí? ¿Por qué los Comuneros aun teniendo una casa de concreto, con muros y techos estables extrañan las casas de cartón?

Como ya es bien sabido, la cuestión habitacional en Comuneros, al igual que su actividad laboral, fueron marcadores representativos de su presencia en la Cuarenta, pues ellos no solo se situaban como los recicladores de la Zona Industrial, sino como habitantes invasores de la vía férrea que construyeron sus casas a partir de los mismos desechos que lograban clasificar y recuperar. Las casi cuatro décadas de invasión de esta zona sirvieron para que este tramo de la vía fuera reconocido como zona de dominio comunero, una zona que les pertenecía por falta de control de las autoridades locales, pero también por ejercicio de apropiación de una comunidad creadora de estrategias para hacer su propia adaptación y producción del suelo urbano.

Cuatro décadas no solo sirven para construir un complejo de vivienda informal, también para construir una noción estable sobre el habitar. Habitar un espacio incluye diferentes acciones por parte de la comunidad, la

7 En al menos tres ocasiones salí molesta de la casa de Nelcy. Junto a Magaly tratamos de cumplir siempre con las actividades que proponíamos para las abuelitas y para los niños y no entendíamos por qué aun cuando mostrábamos compromiso, ella seguía negándose a proporcionarnos material para la investigación a sabiendas de que al final nos entregaría lo solicitado. Creo que al final comprendí que así se tejía nuestra relación, ella insistía en ser la propietaria de un contenido secreto sobre el barrio y yo le insistía en haber aprendido muchas cosas sin necesidad de acceder siempre a ella.

primera de ellas: la acción de autoconstruir una casa en la que toda la familia se encuentre resguardada y en la que no haya necesidad de pagar arriendos o cuotas que por la precariedad eran difíciles de cancelar. El rancho, como los Comuneros lo denominan, se construye con el trabajo y la idoneidad de más de diez manos que buscan en el papel, el cartón, el zinc y la madera, los materiales óptimos para hacer habitable un espacio. Cada quien elegía cómo construía su casa, no hubo planos, licencias ni límites en la extensión de la vivienda.

El diseño era propio, había gente que tenía hasta ranchos de dos pisos. Entonces por ejemplo en el nuestro nosotros teníamos en el primer piso la cocina, el patio, el baño... [recuerda el plano de su casa, le acerco una hoja de cuaderno para que intente dibujar] Veamos a ver si me acuerdo bien, ha pasado tanto tiempo, pero bueno.

Pasaba aquí la carrilera ¿no? entonces aquí había como una entradita, aquí estaba el baño, aquí había como un local que así como mi papá compraba reciclaje inicialmente tuvo una tienda, entonces vendía huevos, pan, leche, salchichón, todo lo que debía tener una tienda, arroz, toda esa vaina, después se dedicó al reciclaje. Bueno era como una especie de local bodega. Aquí alrededor era un patio y aquí al fondo era como dos espacios... ah, aquí era la cocina y aquí como dos especies de alcobas y aquí internamente salía una escalera que sería como otra especie de alcoba [...] en el caso de los ranchos que tenían de a dos pisos la plancha era de madera, de tabla burra... ¿pues usted ha visto cómo se levanta una plancha? así mismo. eso sí, madera como estos [señala el techo], planchones grueso y encima tabla también gruesitas y así claro ahí se iba y se levantaban las paredes por los lados y el techo iba más alto, entonces el este, le servía de techo al primer piso y después iba la pintada que eso era puro cartón y papel de regalo, por ahí quedaban sobritas de papel de ese, entonces lo que sobraba era papel de regalo para las paredes, entonces cada vez que uno quería cambiar el tapiz ponía engrudo y más papel [se reía haciendo el movimiento de pintar y pues se veía hasta bonito. (Humberto R.)

La autoconstrucción de vivienda ofrece la posibilidad a su propietario de diseñar su casa conforme a sus necesidades específicas, su presupuesto y sus proyecciones frente a la vivienda y el número de habitantes en ella en el futuro. En el ejercicio reflexivo de quien diseña su rancho se acude a prácticas históricas, como sus saberes campesinos, o a otras recientemente desarrolladas para dar un orden y un sentido a su espacio de hábitat. Los materiales, la disposición de los elementos y el mismo ejercicio de la rudimentaria decoración dan cuenta de los vínculos afectivos y simbólicos de cada propietario hacia su rancho.

La organización comunitaria en pos del mejoramiento progresivo de los ranchos hace de estos un espacio significativo para el fortalecimiento del colectivo. El rancho brinda amparo no solo porque sirva para escamparse de la lluvia, también porque cuenta la historia de su lucha por los derechos y de las penurias de la comunidad. El amparo de la vivienda no solo está dado por lo material sino por lo que se logre simbolizar a través de la historia. En varias oportunidades, ellos relataban algunas condiciones incómodas que tuvieron que soportar mientras vivían en los ranchos, siempre haciendo hincapié en que tales falencias, jamás (así lo indicaban) superarían la satisfacción de sentirse propios en su espacio, de sentirse unidos y cobijados por el nombre de su comunidad, las construcciones de cemento no han logrado remplazar las condiciones afectivas de habitabilidad que solo la incomodidad del rancho le ha ofrecido a la comunidad.

Mi casa, pues llovía más adentro que afuera, la verdad, y gracias al papá de ellas [sus dos hijas mayores], él me ayudó mucho y también hicimos segundo piso, o sea, armamos... yo vivía en el segundo piso súper, cuando yo quedé en embarazo de mi hija, pero él me ayudó mucho. Yo vivía relajada porque la casa quedó súper linda, eso que era mucho más más pequeña que esta, como la mitad de esto [señala la sala]. Había solamente un cuartico allá [señala frente a ella] y una cama, aquí unas escaleritas [indica el portón de su casa] para el segundo piso. Las escaleras se hacían en madera,

las puertas o se hacían o se conseguían también en lo que uno andara. Y el piso, mi hermano metió unas vigas así y llenaron el tablado de tablas y uno así normal, la cocina al pie de la cama, tocaba. (Lola)

Yo no sé, yo me imagino una cosa incoherente porque eso nunca va a pasar, si llegaran a la puerta y me dijeran: ay Lola, hay la posibilidad que se devuelva pa'la Cuarenta, yo sin pensarlo dos veces me voy, agarro mis cosas y me hago donde estaba, porque si ahorita fuéramos allá, yo puedo decirle perfectamente desde dónde hasta dónde quedaba mi rancho, lo tengo grabado el punto exacto donde quedaba, sin duda me devuelvo.

Pues tener casa, casa [golpea la pared] tiene sus ventajas, pero uno de todas formas desea y quiere el rancho, el problema es que el ser humano se adecúa al medio ambiente y como la mayoría llegamos tan niños allá, era nuestro hábitat. No había nada. Si había ratones pues uno los espantaba, conseguía un gato, eran cosas menores y eran parte del mismo medio ambiente, pero pues como uno se queda así, pues me imagino que no había nada a lo que yo dijera no algo que casi no me gustaba...pues de pronto en los inicios, o más bien cuando yo llegué, que fue como en los setenta, que no habían servicios en Comuneros, entonces el tema del baño y de bañarse eso era un problema, nos tocaba ir hasta la avenida sexta [sic] que allá había me imagino que un tubo roto y siempre había agua, pero entonces para uno era un castigo a las seis de la mañana bañándose a totumadas allá en ese potrero, pero son cosas pensando en las bondades de vivir allá.. Cosas insignificantes, pero no, en general no, aparte que es una experiencia vivida, le forma a uno carácter, le forma a uno conciencia de que en la vida si quiere algo lo tiene que trabajar y luchar por ello.

Y sí, allá no se vivía en el paraíso sí, pero uno se acomoda y aprende cómo tener todo a la mano, por ejemplo, el tema de la salud pues en ese tiempo no era como ahora que hay Sisbén, simplemente si alguien se enfermaba pues se llevaba a un hospital y pues habían hospitales públicos que se encargaban de atender a la gente, en un tiempo lo tendían a uno, si uno llegaba

a la Misericordia o sino al Materno Infantil, todos los que eran del Distrito y uno tenía acceso a la salud y lo otro es que éramos casi muy alentados, yo creo que con tanta plaga los niños antes se fortalecían.

Incluso yo tengo una anécdota, resulta que una vez mi sobrino mayor tendría por ahí qué seis meses tal vez menos, el niño apenas gateaba y pues estaba en medio de una pieza grande del primer piso y el niño estaba solo. Mi hermana estaba en la cocina y todos en la casa, pero el niño estaba en ese momento solo en el cuarto y cuando yo entro el niño estaba jugando con una rata, el niño le hacía así [oprime la mesa con el dedo índice] y la rata se acercaba como a olerlo [hace gestos con la nariz], la rata como que le causaba curiosidad y la rata como que a olerlo y a hacer contacto. Uno que sabía que podían transmitir enfermedades yo por ejemplo cogí unas tijeras que estaban ahí sobre la cama y se las lancé contra el piso yo no sé cómo lo hice pero lo hice. Uno tenía conciencia y las combatía, les traía gatos, les colocaba veneno. Sin embargo había en abundancia porque el terreno se prestaba. Pero las curas siempre las habían [sic] y como le digo, esas cosas a uno lo hacen más fuerte, lo hacen querer más lo suyo.

Afuera de los ranchos, con los vecinos. Aunque el ámbito laboral marca en gran medida la forma como se organizan, se autorreconocen y se dan a conocer, también existen otros campos de acción social en los que el gueto comunitario se expresa a partir de otras estrategias de sobrevivencia en la vía férrea. Ser reciclador es llevar la carreta a cuestras durante varias horas al día, llevar a los más pequeños sobre los montones de basura clasificada y luego ir a venderla para llevar alimento al hogar. Pero también ser reciclador en la Cuarenta acarrea otras prácticas de cohesión que no se validan únicamente por sus ocupaciones sino por las formas de cooperación ante los problemas de la cotidianidad.

Nuevamente el recuerdo materializado en el testimonio es el insumo de mayor importancia al momento de exponer las prácticas de vida en la Cuarenta. Entonces no solo entran a jugar los recuerdos gratos de los campeonatos deportivos, también entran las tragedias que dan como resultado la pérdida de familiares, momentos que nos hacen reflexionar acerca de la

vulnerabilidad a la que las condiciones de pobreza suelen dejar expuestos a quienes de las maneras más crueles la padecen y que, ante la ignorancia y falta de gestión gubernamental, deben subsanar a partir de la acción colectiva, del trabajo en comunidad.

En este apartado me gustaría pensar en las tardes en las que pude ir a Casitas después de salir de mi trabajo, cuando el barrio estaba solo y una tarde de café se posibilitaba aprovechando la tranquilidad que era ausente en los fines de semana. En cada evocación del pasado se expresan los momentos en los que algún vecino se acercaba para llenar los estómagos vacíos con alimento, quizá con una colaboración económica o sencillamente con el apoyo afectivo que sentían las personas que crecieron allá al tener la certeza de pertenecer a una invasión que era reconocida por sus formas alternativas de hacer suelo donde no se les había autorizado.

Una noche de diciembre, un mes en el que la temporada de vacaciones me permitió estar en el barrio todos los días de la semana, me quedé por primera vez hasta altas horas de la noche, algo que no había hecho en meses anteriores por distintas circunstancias. Me quedé porque conocí a Adriana, una muchacha de 28 años, con cabello crespo, ojos y dientes muy grandes que pasó su infancia en la carrilera. Con la reubicación, su familia se desvinculó del reciclaje y optó por otras labores como la construcción; en el caso de ella, estudia en la universidad en jornada nocturna y durante el día es asistente en una oficina; vive de las labores burocráticas y así mismo se profesionaliza para entenderlas mejor. Su reacción al saber de mi interés por recoger testimonios sobre la Cuarenta se tradujo en una sonrisa y una exclamación que la llevó a contarme uno de sus recuerdos más gratos en la invasión: su primera comunión.

Eran casi las diez de la noche. Para llegar a la estación de Transmilenio de la transversal 91, debo caminar desde Casitas veinte minutos hacia el norte, por una avenida poco alumbrada y con muchos establecimientos ya cerrados. Esa noche no fui con Magaly y mi preocupación ya no giraba en torno a la evolución trabajo de campo, sino a la forma como podría

regresar a mi casa sin ser víctima de algún atraco; la opción del taxi no era viable, pues suele suceder que por la fama del barrio en la noche no pasan taxis después de cierta hora. Mientras pensaba en una posible ruta segura, Adriana iniciaba su relato; a los pocos segundos volví mi atención a ella, este es el registro.

Ay no, yo recuerdo cosas súper bonitas de ese tiempo, uno podía jugar toda la noche, me pasaba las avenidas como loca porque a esa hora ya que carros, nosotros hacíamos de todo allá, yo de lo que más me acuerdo es de mi primera comunión. Me acuerdo que mis papás me compraron un vestido (con sus manos me indicaba la silueta del vestido, como señalando algo similar a las colas de los vestidos de novia) de esos que tienen los hombros bombachos y la bolsita para la plata, ese día habíamos [sic] hartos niños. La organización de esas fiestas era un asunto súper serio para la comunidad porque el salón lo decoraban con serpentinas blancas, con palomitas, bombas doradas y todo (mientras hablaba me daba la espalda como indicando la posición de los niños frente al altar del salón comunal).

Es que tú no crees pero allá había de todo, el salón era mucho más grande que el que hay aquí, pues también era en latas y palos, pero se podían hacer muchas cosas, lo que a los más pequeños nos gustaba más era eso, las fiestas porque uno se veía muy bonito. La comida era organizada por toda la gente y se llamaba al curita de la iglesia del barrio la Primavera y él iba hasta allá. Era como una obra de caridad que se hacía con nosotros y era pues también muy significativo que todo lo hiciéramos allá, no salir del barrio porque era también como responsabilizarnos entre todos de la decoración.

Narraciones sobre los momentos en los que la comunidad se comprometía con la organización de una tarea fueron fáciles de encontrar, máxime cuando dichas comitivas no solo se organizaron con motivos festivos sino también ante las constantes tragedias que podían suceder viviendo en casas hechas de cartón, un material sensible ante las llamas de fuego que en numerosas ocasiones provocaron tragedias. Los incendios eran una amenaza latente en las viviendas comuneras. Tras la recurrencia de estos

accidentes, los Comuneros aprendieron tácticas de reacción y acción inmediata para limitar el avance del fuego, proteger a las víctimas y en el peor de los casos ofrecer colaboraciones para los gastos de un entierro.

Allá yo perdí gente, mi hermanito... el mayor, él murió reciclando... allá yo perdí también, una cuñada y dos sobrinos... quemados... uyy no, eso es una historia larga... porque ella vivía con mi hermano y él le tocó trabajar esa vez, eso fue un 31 de diciembre que es más duro todavía y ella... la estufa quedaba acá al pie [señalaba el sofá que se encuentra a la entrada de su casa], o sea esta era la cama [toca el sofá], la estufa quedaba acá [indica el frente), una estufita y ella pues puso a hacer una agua de panela y se acostó a dormir (se recuesta en el sofá y hace la mímica de quedarse dormida) —tengo entendido que fue así— y ellos murieron quemados, ella estaba embarazada y el bebé, el niño tenía como ocho meses, si le digo más. O sea que ella se quedó dormida, la aguadepanela se regó y como eso era gasolina, eso no era gas, era gasolina, eso cogió fuerza, saque el cartón y la madera secas, eso es una mechita de fósforo, prendió y ahí quedó. Ni modo de que alguien se hubiera avisado porque ella solo estaba con mi sobrinito.

Yo estaba embarazada de ella [señala con la boca la alcoba donde duerme Patricia, su hija mayor], yo corría a mirar a ver qué había pasado y ¡puf! casi se me viene ella [(Patricia), eso fue un susto grave, eso fue un 31 y ellos murieron un cinco de enero. El muchacho que la sacó a ella, él se la echó acá [pone su mano en la espalda] y toda la piel de ella le quedó a él en el cuerpo [se toca lentamente y con un gesto de desagrado un lado del cuello y su brazo derecho]... la piel... imagínese eso es en vivo y en directo que uno vio eso, por ejemplo yo lo vi y Dios mío yo ya no hallaba qué hacer, mejor dicho me dolía, me dolían las piernas, ya me dolía la barriga, ya me dolía la cabeza, ya no hallaba ni pa'onde agarrar. (Lola)

Frente a infortunios de esta índole, cuando no había forma de frenar el fuego en el rancho de origen se procedía a impedir que se propagara a lo largo de las demás viviendas.

Pues generalmente ya de tantos incendios que había ya uno tenía hasta la práctica y generalmente se tenía el apoyo de los bomberos de Bogotá que eso sí se llamaban y llegaban, pero como era tan inflamable avanzaba muy rápido, entonces una de las tácticas era dejar avanzar dos o tres ranchos y tumbar un rancho a forma de corta fuego, se arrasaba con un rancho completamente y pues ahí tenía que parar la conflagración y ya en cuestión de qué se yo, quince o veinte minutos llegaban los bomberos que eran los que realmente se encargaban de extinguir el fuego, aunque si se alcanzaba a detectar a tiempo el fuego nosotros lo controlábamos, se destruía el rancho y se le botaba agua porque como teníamos acceso a agua pues a canecadas, baldados, como se pudiera. (Humberto R.)

La continuidad de los accidentes exigía no solo la reacción oportuna cuando ocurrían los incendios, también requería en algunos casos de la alerta de los vecinos, pues como es natural en cualquier sociedad organizada, hay quienes actúan en contra de la tranquilidad y la seguridad del vecindario; en este caso, la vigilancia de los predios entre vecinos permitía el desarrollo de otras posibles tragedias. La cercanía entre las casas y la tendencia a buscar la forma de saber del otro constituía otra forma de protección.

Habían [sic] múltiples causas, la más común es los cortos circuitos. Como el sistema era ilegal los cables iban colgados a las tablas, no iban por dentro de tubos sino colgados de un lado a otro y si usted necesitaba una instalación halaba el cable y de ahí sacaba para la cocina, pero eran los cables expuestos, pero claro, como eran los cables expuestos cualquier chispa, cualquier contacto producía el incendio.

Otros por borrachos que llegaban por ahí, por ejemplo había un muchacho, él estuvo en el ejército y comenzó a tener problemas como mentales pues dicen que por una masacre que no sé qué, entonces él comenzó a quedar como rayado y él en un tiempo tuvo la obsesión de matar a la mamá, entonces iba y se emborrachaba o se drogaba y llegaba y de una vez le rociaba

gasolina y fósforos al rancho de la mamá y si no estaba uno alerta cogía de parejo, entonces se presentó un par de veces así, pero realmente era más por veladoras o cortos circuitos. (Humberto R.)

El resultado no era otra cosa que la manifestación de la cooperación comunitaria, un tipo de práctica que suele mantenerse en las poblaciones campesinas en donde se acostumbra a colaborar con la organización de colectas que sirvieran para colaborar con los tratamientos de salud de los enfermos, su hospitalización, la reconstrucción de los ranchos, entre otras labores de solidaridad. En las formas de vida urbana, esta práctica se disuelve en el distanciamiento que promueve el sistema productivo de la urbe, donde el desarrollo individual invisibiliza las dificultades del otro, asunto que no sucede en sociedades pequeñas con estrechos vínculos afectivos.

Esas cosas difíciles, yo creo que eso fue lo que más fortaleció a la comunidad como tal porque pues un día cotidiano, generalmente cada quien tenía su vida, tampoco era pues que estuviéramos a toda hora en la vida comunitaria ni mucho menos, pero en el momento de un problema sí estaba absolutamente toda la comunidad, entonces que se murió fulano, todo mundo reunía para el entierro para darle apoyo a la familia, que un incendio pues salía el que tuviera fuerzas para mandarse a mitigar el incendio antes de que acabara con todos los ranchos que como estaban hechos de materiales inflamables. Ahí en el salón se hacían las velaciones, si la familia no tenía plata se recogía lo que cada uno pudiera dar y pues era como un gesto de solidaridad, ante la pérdida de tantas cosas, lo que más duele: un familiar. (Miguel)

Pero la colaboración dentro del gueto comunitario constituido por Comuneros no solo se expresa en las situaciones desafortunadas. La autogestión que llevaban a cabo para solucionar gran parte de sus dificultades también estaba presente cuando se trataba de buscar espacios de recreación entre los vecinos. Las personas que pertenecen a la generación que creció dentro de la invasión, como Humberto R., Pecosó o Lola, suelen manifestar

con la lógica nostalgia del tiempo pasado cómo los espacios de recreación reafirmaban las condiciones de habitabilidad aptas para fortalecer la unidad comunitaria, los afectos entre los fundadores y sus respectivos hijos y sobre todo el reconocimiento deportivo frente a otras comunidades que también pasaron por procesos de invasión y autoconstrucción pero que posteriormente se habían legalizado. Con ese tipo de encuentros, Comuneros expresaba la posibilidad de organizar la comunidad desde el margen de la legalidad, a espaldas de las lógicas de la ciudad en donde por aceptación propia también era posible hacer parte de los encuentros con otras comunidades urbanas.

Allá todo el mundo compartía, allá venía y usted tocaba: ¡tin tin! bueno... la gente que haiga [sic] si salen a jugar yermis? —la mayoría uno salía. Claro allá la vecina, listo arme su grupo... y allá jugaban ponchados, habían [sic] campeonatos de fútbol, habían [sic] muchas cosas para los niños.

Yo me distingo a todos estos chinos de pequeña, diez años, yo jugaba con ellos, yo no jugaba con niñas, no, yo me la pasaba jugando bolas, jugaba cinco huecos, tres huecos, todo, era mi deporte. Y jugaba mucho fútbol, yo jugué ocho años y me vinculaba mucha gente pa' que se animaran a ir a jugar y en el embarazo de ella [señala a Jackeline]) estuve en una competencia, tenía como tres meses ya, hasta que la terminé no me retiré

Había un equipo organizado, como se hacían campeonatos ahí en el barrio, entonces ahí se reconocía quienes eran los mejores, a nosotros nos llevaron a jugar a Patio Bonito a Bosa... a todos esos barrios del sur. Tengo a mis grandes jugadoras por ahí, sí porque todavía me veo con ellas. (Lola).

De la Cuarenta me gustaría que volviera como ese acercamiento de la comunidad, que se organizaba que el campeonato de banquitas, que las actividades culturales ¿sí? y todo el mundo participaba, usted iba a Comuneros y un día que fuera campeonato, salía todo el barrio, o un día que había presentaciones que uno cantaba, el otro hacía fonomímicas, era como un centro literario como el de la escuela pero era organizado por la gente del barrio y la gente mayor participaba, se disfrazaban, cantaban, echaban coplas, bailaban ¿sí?

entonces era un ambiente como festivo pero sin necesidad de licor, entonces se compartía ese tema muy cultural, había un ambiente bonito, en medio de la pobreza pero se sentía un ambiente agradable, una energía agradable.

Lo que más extraño de Comuneros... la solidaridad. De todas maneras si una persona caía en enfermedad los demás le arrimaban comida y procuraban que tuvieran asistencia médica, había preocupación por el otro, por bien o por mal, porque tuviera o no tuviera, por celebración o por calamidad. (Humberto R.)

Los procesos organizativos en defensa de la invasión

Uno de los tantos sábados que llegué muy temprano a Casitas me encontré con las calles llenas de personas golpeando en las puertas de las casas. No miento cuando digo que había entre tres y cinco personas frente a cada casa. La escena me sorprendió bastante porque a la hora en la que suelo llegar al barrio, mucha gente todavía está dormida, no hay niños en las calles todavía porque siguen en el sueño o porque madrugaron más que yo a entrenar fútbol, no hay muchachos en la esquina, hay un silencio poco común y lo único que suena a lo lejos es algún equipo de sonido a muy bajo volumen.

Ese día la cosa se veía completamente distinta porque, además, cuando la gente empieza a salir a las calles, más o menos a las diez de la mañana por su desayuno, lo hacen en pijama. Casi toda la gente viste ropa para dormir o para hacer los oficios domésticos, todas las muchachas van con su cabello recogido y con los niños en ropa interior, nadie está bien trajeado antes de mediodía. En cambio, ese día todas las personas que estaban en la calle vestían ropa de paño opaco, en el caso de las mujeres todas llevaban enaguas y gabardinas de colores oscuros, en el caso de los hombres y los niños, no había uno al que le hiciera falta la corbata, casi todos llevaban en una mano un portafolio y en la otra un Nuevo Testamento. Toda esa gente que invadía las calles de Casitas, de arriba hacia abajo no eran nadie más ni menos que los predicadores cristianos, llegaron muy temprano a predicar la palabra de Yahvé o Jehová, no tengo muy claro de quién querían hablar.

Me quedé mirando un par de minutos con la curiosidad de ver una imagen tan pintoresca, hasta que vi que despejaron la entrada de la casa de Nelcy. Golpeé, ella se asomó por un orillo de la ventana del primer piso, sonrió y levanto su mano como señal de saludo, de inmediato abrió la puerta y me hizo seguir. Claro, lo que hice después de saludar fue preguntar con un cierto tono de burla a qué se debía tanta gente en la calle, es cierto que las cuadras de Casitas siempre son concurridas, pero como ese día no.

Ella respondió con un tono igualmente burlón que se trataba de los cristianos, que a ella al igual que a mucha gente del barrio, le molesta su presencia y han llegado a una especie de acuerdo para no abrirles la puerta. “Pues como todo, aquí hay gente que sí va a los cultos esos, pero en Comuneros somos más bien alejados de la religión, de la política, todas esas instituciones de poder no la van con Comuneros”. Nelcy también me dijo que la razón por la que no abren las puertas es para enviar un mensaje de rechazo, que dice ella ha servido un poco porque “es raro el día en que se acerque semejante romería”.

Traigo a colación este mínimo apartado de mis días de trabajo en campo porque la relación de Comuneros con los predicadores cristianos se asemeja a la relación que han tenido con otros agentes institucionales, como los partidos políticos, de los que siempre se han expresado con gran desconfianza y a lo largo de su proceso organizativo han preferido mantenerse al margen, pues en plena campaña aprovechan el conocimiento que poseen respecto al pasado de la comunidad y sus problemas actuales para atraer votos mediante la promesa de legalización de predios, condonación de deudas hipotecarias, servicios educativos entre otros juramentos que solo tienen vigencia hasta cuando insertan el voto en la urna. Dicen que en el barrio ya conocen el libreto de los candidatos, por eso nadie es una opción de representatividad para ellos.

La intervención de partidos políticos en la lucha por el derecho a la vivienda en Comuneros tiene una historia efímera. En sus procesos organizativos en defensa del terreno correspondiente a su invasión, también

han preferido los procesos y el diseño de soluciones hechos desde adentro, los promovidos por los mismos agentes de la comunidad. La llegada de militantes del Partido Comunista o de líderes barriales a la invasión de la Cuarenta es apenas una parte minúscula y aleatoria de esta historia. Así intentaré expresarlo más adelante.

Durante los primeros veinte años de invasión, la comunidad Comunera no sintió la presión de las órdenes de desalojo. Durante este primer periodo la invasión se extendió hasta la avenida sexta, límite de la invasión hacia el sur que solo fue cortado por el paso de la avenida y el inicio de otra invasión que no correspondía al grupo Comunero. En esta época se consolida el asentamiento conformado por algo más de mil personas agrupadas en ranchos que contaban hasta con dos plantas, patios traseros o jardines en cada predio autoparcelado, salón comunal y estructuras improvisadas como los escenarios deportivos.

La precariedad y la asimetría en la estructura de los materiales utilizados para hacer los ranchos daban la impresión de ser bodegonos de basura producidos por la labor del reciclaje. El paisaje desorganizado no era agradable para los transeúntes. La molestia de los residentes por la presencia de un vecindario considerado por ellos como un foco de inseguridad e insalubridad fue a la larga obnubilada por la aceptación de los trabajadores de las fábricas, quienes reconocían los problemas ambientales producto de la invasión, pero también valoraban la ayuda y los servicios temporales de la comunidad en el cuidado y mantenimiento de la Zona Industrial.

Pues realmente roces con la gente nunca, no hubo porque la comunidad se estaba dedicando a trabajar, entonces si uno no le estaba robando a nadie no tenían por qué intervenir. Ya cuando en un tiempo que comenzó la inseguridad pues sí alcanzaron a haber roces con la policía pero pues básicamente no, como siempre pues los encuentros con la policía era ellos cumpliendo con su deber que no era realmente contra uno, ya la cosa cambió cuando nos salían órdenes de desalojo, pues eso ya era mandato del alcalde de Puente Aranda y de Ferrovías. (Pecoso)

La crítica silenciosa en torno a la presencia de Comuneros se quebró en la década de los ochenta. En Bogotá empezaron a fenecer los procesos populares de construcción de vivienda; por esta razón, se avvicinaban otros proyectos de renovación urbana en los que nuevamente la comunidad de recicladores no tenía cabida. Ante las tardías amenazas de desalojo, Comuneros tuvo que dar un paso adelante en sus procesos organizativos que ya no solo buscaban promover las actividades culturales para los niños y los jóvenes, ahora se les sumaba la responsabilidad de defender sus ranchos mediante una serie de acciones que, siguiendo su tradición, trataron de mantener sin el apoyo de agentes externos. Finalmente tuvieron que ceder paso a actores que hicieron el preámbulo de acciones definitivas y decisivas en la historia de la comunidad.

Dado que las alertas de desalojo que llegaron antes de los ochenta no representaban una amenaza certera en contra del asentamiento comunero, las medidas para hacerles frente tampoco fueron asumidas con acciones que requirieran mayores esfuerzos organizativos. Sin embargo, la coyuntura existente en torno a los procesos de la lucha por la vivienda en barrios como Colinas, Quindío y Santa Rosa hicieron que las iniciativas de defensa de los colectivos de destechados llegaran a oídos de Comuneros, quienes para ese momento se mantenían alejados de dichas experiencias, o, más bien, llevaban a cabo un proceso alternativo adaptado a las particularidades de su invasión.

La Junta de Acción Comunal organizada en la Cuarenta mantuvo como preocupación inmediata la supervivencia de las familias y la cohesión comunitaria a la partir de la promoción de espacios de encuentro, los cuales aún no contaban con un carácter de formación explícitamente política. La efímera relación de Comuneros se dio con algunos representantes de la Central Nacional Provivienda (Cenaprov),⁸ organización de gran experiencia en el

8 Esta organización, creada con el apoyo de la Confederación de Trabajadores de Colombia el 5 de mayo de 1961, constituyó uno de los pilares políticos de la lucha por la vivienda en el país. Nació en Cali y se expandió hacia Bogotá, apoyando el desarrollo de la vivienda popular de miles de familias campesinas que tras los procesos de migración se encontraban destechadas en los espacios urbanos. Mediante prácticas alternativas para la adquisición de vivienda, como la compra colectiva de tierras, Cenaprov

apoyo y asesoría a las invasiones que se venían originando a nivel nacional. En búsqueda de replicar nuevamente el paradigmático caso del barrio Policarpa, Cenaprov, encabezada por líderes del Partido Comunista, ingresó a la comunidad de Comuneros sin obtener grandes resultados.

La verdad no sabría el año exacto de cuando empezaron a llegar las órdenes de desalojo, eso no sabía decirle, pero ya me imagino que eso era como del setenta y cinco en adelante... porque yo me acuerdo que... nosotros llevábamos como qué ¿nueve, diez años? que empezaron con el cuento que llegaban a desalojarnos, que en seis meses todo mundo para fuera. Entonces sucedió que mi papá él mucho tiempo en su vida fue vendedor ambulante en el centro, vendía chicles, dulces, cigarrillos, entonces en el barrio Policarpa Salavarieta entonces ahí sí había mucho líder que sabía qué estaba pasando y sabían de sus derechos y del derecho a la vivienda y estaba de moda lo de las Juventudes Comunistas y el Partido Comunista Colombiano, entonces mi papá pues al ver que iban a sacar a toda la comunidad, él nos estaba cuidando a mis tres hermanas y a mí, pues entonces él se contactó con un man por allá y vinieron los del Partido Comunista del barrio allá del Policarpa, llegó a la comunidad a comenzar a asesorarnos: Que no... que ustedes tienen derecho a la vivienda, mientras no les solucionen eso, ustedes no tienen por qué desalojar y entonces así pasaron muchos años, entonces con amenazas de desalojo, pero afortunadamente no pasaba nada, al ver que la gente ya defendía sus derechos y que el gobierno no ofrecía ninguna solución pues tampoco nos podían sacar así, aunque pues sí se veía que no que

construyó para la década de los setenta más de 500 proyectos de vivienda popular sin la mediación de créditos bancarios, pero sí con el apoyo de una fuerte base de las organizaciones comunitarias (Naranjo, 2014).

Aunque contaban con una vasta experiencia en la lucha política por la vivienda para los desposeídos, sus vínculos con el Partido Comunista no les permitieron desarrollar relaciones de confianza con Comuneros, una comunidad demasiado arraigada a las creencias conservadoras sobre la obediencia a las políticas de gobierno, aun cuando sus formas de organización en la ciudad manifestaran lo contrario.

la otra semana desalojan, entonces se comenzaba a buscar alimentos a tratar de guardar agua por si la cortaban, sí hacer como una logística en caso de que realmente hubiera una agresión por parte de la policía. (Humberto R.).

Sí, generalmente, allí había un salón comunal que era un rancho grandote donde cabía toda la comunidad, lo mismo, cartón, tejas y tablas... entonces era la sede comunal, ahí generalmente de reunía la comunidad y al principio el Partido Comunista trató de enseñarle los derechos a la comunidad y eso tuvo una gran acogida porque hablaban desde lo que sabía uno, como que reconocían las batallas por las que uno pasaba y eso ganaba atención. (Pecoso)

Los semilleros comunistas que se engendraban en los barrios de invasión de Bogotá sirvieron para expandir una ola educativa en cuanto a la lucha por la vivienda. Lo que se buscaba mediante dichas intervenciones en los espacios de organización popular fue otorgarle un sentido político al proceso de producción de vivienda popular, en el cual no solo se requería la movilización en función del cubrimiento de necesidades básicas, sino también el enfrentamiento a las políticas habitacionales establecidas por los entes gubernamentales. La lucha por el derecho a la vivienda debía incluir la disputa por el derecho a la ciudadanía, a construir la ciudad desde abajo, un derecho que debía manifestarse en políticas públicas que tuvieran como prioridad a los ciudadanos que se encontraban en la informalidad, legalizando y equipando sus asentamientos, llevando inclusión urbana para las poblaciones vulnerables (Borja, 2013). Aunque estas reflexiones son tomadas como punto de partida importante para los primeros pasos organizativos de Comuneros en su futura confrontación con las políticas de desarrollo habitacional desigual, hubo antes desacuerdos y pugnas con los representantes de Cenaprov por sus posturas políticas.

Es que mire, lo que ha pasado con la comunidad de Comuneros es que nunca ha confiado en el sistema político colombiano. Comuneros y la política nunca, nunca, nunca han pegado. Pues inicialmente sí claro, hablábamos con el PCC y la Central Nacional y claro la gente pues al ver que les estaban enseñando que tenían derecho a unos ingresos, que tenía derecho a

una vivienda digna, que tenía derecho a un trabajo digno, entonces la gente como que se agrupaba alrededor del tema porque a nosotros no nos habían dicho que teníamos derecho a todas esas cosas, la gente se las rebuscaba sí porque eran necesarias para vivir, pero de aquí a que eso tuviera algo como que fuera legal o se pudiera pelear pues eso no se sabía o como que uno no pensaba en eso. Llegaban los avisos y la gente se asustaba porque claro, estamos invadiendo pero ahí estábamos gente sana.

[...] ya lo que le digo, las vainas se dañan porque por ahí se empezó a decir que los del Partido Comunista tenían su gente en el monte y eso no gustó, obvio. Cuando vieron que habían nexos con la guerrilla, que había robos, que había violencia, que había desplazamientos, que había masacres entonces la gente perdió el interés.

Entonces el servicio que prestó el Partido Comunista a la gente fue enseñarle que tiene unos derechos, básicamente eso. Ya después se empezaron como a distanciar, como vieron que ahí no había voticos pues se distanciaron y eso pasa con todos los políticos que llegan a Comuneros, eso llegan y buscan los votos y como la gente no tiene una cultura de sufragar, aquí la misma experiencia de la vida nos ha enseñado que eso no nos ayuda entonces siempre se pierde el encanto ya, como que los partidos políticos deberían ver que aquí en Comuneros no son bienvenidos, pero ellos donde hay pobreza caen... (Pecoso)

La llegada del Partido Comunista a Comuneros coincidió con el ocaso de la época dorada de las invasiones apoyadas por Cenaprov. La persecución estatal a sus principales dirigentes provocó la ruptura parcial del movimiento que pese a la crisis intentó continuar promoviendo sus proyectos de educación política para las comunidades destechadas. No obstante, su acogida en los barrios y en la misma invasión de Comuneros empezó a caer en conflictos debido al temor que generaba entre las comunidades el hecho de vincularse con organizaciones que iban contracorriente al sistema político de gobierno. Debido a la vocación campesina conservadora que todavía reinaba en los colonizadores informales, una declaratoria de oposición al gobierno no era considerada como una acción correcta en Comuneros.

Ya a la gente le dio piedra porque cuando ganaron como un lugar en la comunidad trataron de adoctrinarlos con temas de guerrilla y de no respetar el Estado y de todas maneras la mayoría de la gente era campesina, no estaba buscando irrespetar al gobierno porque así no son las enseñanzas, usted sabe que en el campo le enseñan a uno a respetar la autoridad y ante todo la policía y el Estado tenían cierto respeto. Creo que ese fue el error del PCC en Comuneros, no supieron con qué personas estaban hablando y eso que hasta allá llegó Mario Upegui.

[...] Uno no dice que ellos fueron a nada, hay que aceptar que si el PCC no brinda esa asesoría pues la historia hubiera sido otra. Yo recuerdo que a personas como Mario Upegui se le debe haberle enseñado a gente como mi papá y a la comunidad en general cómo tocaba hacer las guardias y enfrentar los desalojos.

Con base en lo que ya se había aprendido con el Partido Comunista se empezaron a formalizar mejor las primeras Juntas de Acción Comunal del barrio Comuneros. Entonces la junta comienza a aclarar que el grupo juvenil se encargaba de la parte de deportes y de la orientación de la comunidad, estaba la junta en sí que se encargaba de los asuntos de básicamente de convivencia y de estar pendientes de qué iba a pasar con la comunidad si realmente iba a ver un desalojo qué se iba a hacer. (Humberto R.)

No echar en saco roto las enseñanzas del proyecto de educación política de Cenaprov y el PCC preparó de alguna manera a los líderes de la Junta de Acción Comunal, que con la intervención de representantes de estos movimientos en favor de la vivienda popular hicieron las primeras manifestaciones de protesta de la comunidad. Con estas no solo se buscó responder a la presión del Gobierno local y estatal, también se dio otro escenario de oportunidad para reafirmar medios de acción política dentro de lo que he denominado como su gueto. Allí lograron sostener por largo tiempo la cohesión de las familias comuneras; primero en función de levantar sus techos y reivindicar su labor; y luego en la defensa de su lugar en la ciudad

como agentes organizados que cumplían una función determinante en la Zona Industrial, pero también como ciudadanos con acceso a los derechos fundamentales de cualquier otro habitante de Bogotá.



Fotografía 6. La carreta de Lola frente a su vivienda en Casitas, en Suba. No parece, pero es liviana y puede soportar hasta toneladas.

Fuente: archivo de la autora (2015).



Fotografía 7. Lola frente a su casa, acompañada de su vecino. A ella no le gustan las fotos, en especial cuando no está bien arreglada, así que simulaba organizar la ropa para no darme la cara.

Fuente: archivo de la autora (2015).



Fotografía 8. Hilera de ranchos a la orilla de la carrilera en la carrera Cuarenta.

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (s. f.).



Fotografía 9. Material para el trabajo. Muchos transeúntes de la Zona Industrial desconocían la actividad de sobrevivencia de los Comuneros, por lo que les parecía inconcebible la alta presencia de basura acumulada a lo largo de los ranchos.

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (s. f.)



Fotografía 10. Una escena de la vida cotidiana, el cargue de residuos al camión que lleva la carga al centro de acopio

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (s. f.).



Fotografía 11. El reciclador y su respectiva zorra frente a una fábrica, quizá esperando el tiempo para recoger los residuos

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (s. f.).

Capítulo 3. Nuevos tiempos de lucha por el acceso a la vivienda. Qué difícil es irnos del lugar que más queremos

Como si la historia se repitiera con nuevos actores y elementos, luego de treinta años de asentamiento comunero en la Zona Industrial, esta comunidad de recicladores debe enfrentarse a los proyectos urbanos de modernización en los que como en la década de los cincuenta tampoco tuvieron cabida, pues el derecho a la vivienda fue de acceso para quien pudiera comprarla. En este capítulo hablan los Comuneros sobre el tiempo de transición entre las solicitudes de desalojo y el día definitivo en el que tienen que desocupar sus ranchos para trasladarse a Suba. En esta parte de la historia, hablan los Comuneros que ya no están, hablan los reporteros y las autoridades, hablo yo también queriendo comprender el origen y el destino de las eternas luchas que tiene que librar esta comunidad.

La calcomanía roja

La uniformidad en la estructura de las casas de Comuneros siempre me ha hecho sentir en una aldea urbana donde todo está unido por la similitud; las calles angostas, la pequeña extensión de los lotes, la poca altura de cada piso, el paso corto que se debe llevar para subir por las escaleras, las ventanas angostas y la música a todo volumen. ¿Qué música? Cualquiera que esté de moda. Casitas en el nuevo lugar de reubicación en Suba es un barrio chiquito dentro de un barrio más grande, así como cuando Comuneros estaba en la Cuarenta, donde fueron algo así como una pequeña isla dentro de una

gran ciudad. Al nuevo lugar de Comuneros, al de la reubicación, llegaron para ajustarse a un espacio socialmente más amplio que les exigió mayor relación con otro vecindario y al mismo tiempo mayor dependencia y vigilancia por parte de las instituciones encargadas del control en la ciudad.

Durante el desarrollo de mi trabajo de campo y de las cuentas que tuve que rendir alrededor de este, insistí en hablar del origen de cada aspecto que iba descubriendo en torno a la vida de Comuneros, pues su pasado se revela en distintas prácticas y estructuras del espacio físico presente. Cada manifestación es narrada por su gente, que a cualquier hora del día está esperando en la puerta para aportar mediante su testimonio otra pieza del rompecabezas que hemos venido armando con la certeza de no poder terminarlo porque este cuento tiene muchas vueltas hacia atrás, muchos saltos hacia delante y muchos espacios vacíos por las fichas que van quedando olvidadas en la memoria de quienes han de compartirlo conmigo.

Con Comuneros todo tiene un por qué y cada uno está estrechamente vinculado con las experiencias del pasado, con esa misma disputa por la vivienda que iniciaron hace cuarenta años, ante la cual todavía se niegan a dar su brazo a torcer. Esas pequeñas marcas vindicativas de su historia se encuentran camufladas en las fachadas de las viviendas, en las carretas parqueadas en los andenes y en los acuerdos internos que en un principio hicieron los vecinos más allegados al salón para no contarme nada que no tuviera que ver estrictamente con los ejercicios diseñados para las abuelas.

Los límites interpuestos por parte de los vecinos hicieron que tardara en darme cuenta de otros tipos de lenguajes y testimonios presentes en elementos que también me contaban de manera efectiva algunos apartes de esa vida de añoranza que más adelante logró ser expresada al detalle —o al menos de eso me convencieron ellos a mí—.

Un testimonio altamente verídico se encuentra en los portones de gran parte de las casas comuneras. En mi búsqueda por captar los detalles mínimos del barrio fijé por varios fines de semana mi atención en una calcomanía pequeña de color rojo que está pegada en la parte derecha superior de dichos portones, en la que se advierte: “Esta casa tiene abogado”.

Pese a su tamaño, no es posible que la calcomanía pase desapercibida, no sólo por el contraste de color de fondo rojo con letras blancas, sino porque le indica al recién llegado que muchos de esos predios mantienen una puja legal, y mi experiencia en estos casos me ha enseñado que donde hay abogados muy posiblemente hay problemas con la institucionalidad. Los abogados rondan cualquier conflicto, así lo he visto en las noticias, ellos siempre están, bien sea para mitigar los problemas o para agravarlos. Lo cierto hasta el momento es que las casas comuneras tienen defensa preparada ante sus contrapartes: ¿de qué o de quiénes se defienden? ¿Qué sucede en ese paso definitivo de la invasión de la vía férrea al nuevo asentamiento en la localidad de Suba?

Hace unos años, debido a la problemática que tenemos con la legalización de la escritura de estos predios decidimos entre la comunidad contratar un abogado, eso se dio gracias a que algunos jóvenes de aquí que han llegado a la universidad nos han conseguido contactos que nos llevaron a un abogado, él no pertenece a un colectivo social ni nada, es independiente, no nos ha cobrado tanto por el proceso porque él conoce nuestras falencias, pero ha estado pendiente de los documentos de los que se le hace entrega. (Nelcy)

La advertencia sobre el abogado corresponde efectivamente a lo que podría ser la nueva versión de la disputa por el suelo urbano que ha mantenido Comuneros contra la Administración distrital. Como si fuera un gran riesgo el que tomé, me atreví un día a preguntarle a Nelcy sobre la calcomanía; para ese momento ya no me daba pena preguntar cosas, ahora preguntaba todo y así mismo me lo respondían. No es que cada casa tenga su abogado porque eso saldría muy caro; como no se cuenta con suficiente dinero, todos los vecinos se han reunido para conseguir una defensa. Es decir

que finalmente estas casas tienen abogado, uno solo, el mismo para todas, porque todos sus propietarios sufren la angustia de vivir en un espacio que después de diecisiete años todavía no es propio.

Las calcomanías rojas informan a los invitados al barrio sobre uno de los mayores problemas de la comunidad: la propiedad de las viviendas. En la actualidad la mitad de los predios no cuenta con escrituras, la otra mitad la tiene, pero todavía nadie puede disfrutar del derecho de propiedad porque nadie ha pagado la hipoteca de su casa. No pagan porque, como lo mostraré, la Alcaldía no cumplió con la entrega de hábitats integrales para la comunidad, tampoco pagan porque es un mecanismo de protesta continua en contra del incumplimiento de cada Alcaldía que los invisibiliza y los pretende apaciguar con pequeños proyectos sociales como jornadas de vacunación, talleres de asesoría de tareas para los pequeños o mercados básicos en fechas especiales.

La presencia de las calcomanías en los portones de las casas comuneras sintetiza de alguna forma cuáles han sido las transformaciones de la comunidad desde los primeros avisos de desalojo, pasando por la ejecución final de este y la siguiente reubicación en la localidad de Suba. Tener un abogado significa para Comuneros la obligación de continuar trabajando por mantener algo de lo mucho que han perdido, de encontrar parte de lo que se les ha negado y aprovechar lo poco que han ganado. El abogado simboliza la garantía que ellos necesitan ante cualquier nueva amenaza de desalojo, pues en el barrio la incertidumbre se mantiene, no tener propiedad sobre ningún predio es vivir bajo la tensión constante de tener que pelear por un techo.

La salida de Comuneros hacia Suba no fue un hecho espontáneo, tuvo que pasar casi una década para que este evento se consumara, pasando sobre la integridad comunitaria de los recicladores, las protestas urbanas en contra de su vinculación a nuevos espacios de la ciudad y los intereses económicos que ven en el suelo urbano una gran opción de mercado. Ante un pasado tan convulsionado es necesario comprender este escenario de transición entre los ranchos de la vía férrea y las casas de Suba, conociendo

los matices que entre los reportes periodísticos de la época y testimonios de la comunidad dilucidan una nueva versión de la lucha por la vivienda alimentada por nuevos elementos articuladores y modificadores de la unidad comunitaria.

Comuneros: esta vez tampoco van a “Formar Ciudad”

Aunque las amenazas de desalojo durante la década de los ochenta fueron una presión latente entre los líderes de la comunidad, esto no impidió que la invasión se extendiera y se equipara con nuevas instalaciones mostrando cada vez más los resultados positivos de la autogestión, pues para esta década Comuneros no solo había mejorado en la construcción de sus casas, también en la estructura del salón comunal, restaurante comunitario para los menores y diseño de nuevas actividades de recreación llevadas a cabo por el grupo juvenil.

Como un motivo de presunción, personas como Miguel o la misma Nelcy cuentan cómo las noches se convertían en tiempos de recreación y convivencia mediante los campeonatos de yermis y banquitas organizados en las cuadras aledañas a la invasión. Al llegar la noche las calles quedaban vacías, no había peligro que el paso de algún vehículo irrumpiera el desarrollo de las actividades; “La calle era nuestra”, recuerda Miguel. Asimismo, en el día se organizaban actividades para los más pequeños, se cerraban las vías con canecas o con canchas de microfútbol y se empezaban las competencias “olímpicas”, que duraron tantos años que ya estaban institucionalizadas en la comunidad, eran un componente más del habitus del invasor comunero con el cual era posible la manifestación de una estructura organizada en la comunidad.

El paso desapercibido de Comuneros sobre la vía férrea empezó a extinguirse con la simultánea asonada de órdenes de desalojo emitidas por la Alcaldía de Puente Aranda, que en búsqueda de soluciones rápidas a la crisis ambiental que históricamente ha sufrido la localidad, señalaba como

grandes responsables del desastre a los invasores de la avenida del ferrocarril, a quienes culpaba del mal tratamiento de los desechos provenientes de la actividad comercial e industrial de la zona.

Sobre la grave situación ambiental, un boletín informativo acerca de la localidad de Puente Aranda indica lo siguiente:¹

La invasión de los Comuneros ubicada en la avenida del ferrocarril entre calles sexta y trece (180 familias actualmente) presenta un problema ambiental como es la existencia de un botadero de basura a lo largo de la invasión. Desde hace cuatro años se les están adjudicando lotes en otras zonas de la ciudad por medio de la Caja de Vivienda Popular, pero muchas familias no los han aceptado y el número de invasores ha aumentado, agudizando la problemática ambiental.

Los desechos acumulados a lo largo de la invasión generaban una tergiversación en torno al oficio de recuperación de materiales que llevaban a cabo los Comuneros, pues ellos se encargaban de la recolección de desechos y la posterior clasificación que era ejecutada en la propia entrada de sus casas. Es decir, la presencia de basuras en la carrilera correspondía a una fase del trabajo de clasificación de residuos y no a la aparente tendencia de la comunidad a convivir en medio de los desechos.

El oficio del reciclador, aunque deslegitimado por gran parte de la población, también es reconocido y exaltado por organizaciones no gubernamentales entre las que se destaca la labor de la ONG Dignificando,² que

1 Esta nota fue tomada del *Boletín Informativo sobre Desarrollo Ambiental* de la localidad de Puente Aranda (1993).

2 La fundación Dignificando tuvo una participación protagónica en el debate sobre el desalojo de Comuneros, pues fue una de las ONG que con mayor ahínco defendió el derecho de los recicladores a un espacio de vivienda digno. Para Dignificando, Comuneros representaba un recurso laboral necesario para la Zona Industrial, por lo que solicitaron al Inurbe la adecuación de un predio cercano a la zona que respetara las tradiciones y los valores simbólicos de la comunidad. El proyecto de reubicación planteado por la fundación incluyó el acompañamiento del proceso con programas de educación ambiental,

no tardó en entrar al debate acerca de la necesidad de reconocer el gran aporte de los Comuneros al encargarse de las toneladas de desechos producidas no solo por la Zona Industrial, sino, al fin y al cabo, también en distintas zonas de la ciudad.

La labor silenciosa de los Comuneros y el importante aporte a las políticas de sostenibilidad que, sin estar asociados a ninguna institución estatal, estaban impulsando hacía tres décadas empezó a ser reconocida al inicio de los noventa, cuando algunas ONG promovieron su reconocimiento como pioneros del manejo de residuos en la ciudad. Aunque Comuneros se ha mantenido alejada de la colaboración de este tipo de organizaciones, la ONG Dignificando fue una de las organizaciones que, convencida de la significativa labor de la comunidad, impidió de manera incisiva el desalojo de los recicladores por parte de la Alcaldía Menor de Puente Aranda.

Ya con el transcurrir de los años, también comenzaron a llegar organizaciones a conocer la problemática de Comuneros. Entonces durante el proceso llegó una señora de nombre Raquel de Jaimes que era judía que decía que tenía una fundación, la fundación Dignificando. Entonces comenzó a traer... Inicialmente llegó trayendo ropa, botas zapatos, cosas para la comunidad y llegó un momento cuando se comenzó a hablar de desalojo ella dijo que pues sí un desalojo pero que tenían que darnos unas viviendas adecuadas, entonces comenzó como la negociación. (Humberto R.)

Esta pugna por una fracción del suelo de la Zona Industrial pronto sobrepasó las dimensiones locales, por una parte gracias a la ayuda que Dignificando estaba otorgando en función del reconocimiento de la comunidad como agentes de preservación ambiental en la ciudad. Por otra parte, podemos ubicar una condición de mayores proporciones y evidentemente

reciclaje escolar y reciclaje comunitario, iniciativas en las que los comuneros con su vasta experiencia habrían podido ser gestores de nuevas alternativas ambientales (Coca, 1998).

definitiva en la decisión de erradicar la presencia Comunera de la carrera Cuarenta: el Plan de Desarrollo de 1995 propuesto por el alcalde de Bogotá, Antanas Mockus.

Leo el plan de desarrollo denominado Formar Ciudad³ y encuentro que la prioridad de dicha administración distrital consistía en “promover la gestión colectiva para preservar el patrimonio para el bienestar común, en especial el de los más débiles” (DAPD, 1995). De acuerdo al texto que lo soporta, los aspectos más importantes para formar ciudad se vinculaban con el mejoramiento de la salud, la educación y la protección social, la cual buscaba gestionarse a partir de la cultura ciudadana, la preservación del medio ambiente, el espacio público, el progreso social y la productividad urbana (DAPD, 1995). Como es natural en toda esfera social, no todas las decisiones favorecen a la totalidad de la población, en este caso, hubo agentes que recuperaron el espacio por décadas invadido y hubo otros que nuevamente, producto de las políticas segregadoras de gobierno, quedaron al margen del bienestar, desposeídos de las óptimas condiciones de habitabilidad.

Para el alcalde Antanas Mockus, el desarrollo de la ciudad no estaba dado exclusivamente por la construcción de grandes obras arquitectónicas; para lograr un desarrollo urbano también era necesario priorizar el fomento de la cultura ciudadana, el medio ambiente y el progreso social, proyectos para los que no se requería una gran inversión de capital, pero sí una fuerte campaña pedagógica en torno al saber convivir en la ciudad. Aunque su plan de desarrollo se caracterizó principalmente por la promoción de los valores ciudadanos, es cierto que parte de este discurso pierde credibilidad cuando la productividad urbana a la que también hace alusión el plan, pone en riesgo la integridad física y social de los más débiles, aquellos ciudadanos que no han tenido participación en el diseño de planes de desarrollo para la ciudad.

3 Formar Ciudad: Plan de Desarrollo Económico, Social y de Obras Públicas para Santafé de Bogotá, D. C. 1995-1998. Aprobado mediante el Decreto 295, de junio 1.º de 1995.

Para la alcaldía de Antanas Mockus, proponente de dicho Plan de Desarrollo, el fomento de la cultura ciudadana mediante la recuperación de espacio público debía realizarse desde distintos flancos, por ello fue necesaria la relocalización de poblaciones ubicadas en espacios públicos o en zonas de alto riesgo. De acuerdo a lo expuesto en el plan, se propuso como meta la ampliación de la oferta de vivienda nueva de interés social accesible para aquellos ocupantes del suelo público y privado que se estaba buscando recuperar.

Tal y como sucedía hace cuarenta años, cuando Comuneros apenas construía su asentamiento, la Administración Distrital volvió a promover planes de vivienda en los que no se incluía a las poblaciones cuyos escasos bienes materiales no alcanzan para acceder a los créditos otorgados para las entidades promotoras de vivienda de interés social. Nuevamente se estaba formando ciudad solo para quienes tuvieran capacidad adquisitiva para la compra de suelo, ¿dónde quedaba la posibilidad de que un comunero accediera a estos planes de vivienda? ¿De qué manera este plan de desarrollo garantizaría el respeto de los derechos ciudadanos de esta comunidad?

Ningún agente de gobierno vino a negociar la reubicación nuestra, los documentos que ellos nos enviaban hablaban explícitamente de desalojo ¿sí? Nosotros sabíamos perfectamente que lo que hacíamos era invasión al espacio público ¿pero quién necesitó antes de ese pedazo de terreno? Eso era un separador y durante años nadie nos quitó de ahí, cuando se les hizo que esa parte de la ciudad valía la pena entonces sí existimos. Pero la solución fue querernos sacar, yo me pregunto dónde estaba entonces el tal apoyo a la vivienda de los pobres. (Humberto R.)

En el plan de reubicación de familias invasoras del espacio público estaban las familias comuneras; de un momento a otro, la invisibilidad institucional que los mantuvo tantos años en su república independiente se fue para dar paso a un nuevo interés por la zona que ocupaban. La vía del ferrocarril sobre la que se asentaban los Comuneros fue un foco de interés durante la alcaldía Mockus no solo porque ellos constituían una de las invasiones más antiguas y

ciertamente problemáticas en el espacio local de Puente Aranda, sino porque además supieron apropiarse de un predio que para 1994 empezaba a adquirir un valor bastante alto en el mercado inmobiliario.

¿Cuál era el interés inmobiliario sobre el terreno invadido por Comuneros? En la Alcaldía de Antanas Mockus la diversificación de los sistemas de transporte requería de la recuperación de la totalidad de la carrilera que en distintos tramos se convirtió en un espacio habitable para los destechados (Suárez, 2007). Así, el desalojo de Comuneros de la carrera cuarenta parecía inminente ante la posibilidad de otras ofertas de vivienda dadas con el apoyo institucional y la productividad urbana expresada en la modernización de los sistemas de transporte.

El megaproyecto de redensificación del transporte público en Bogotá expuso los estudios a largo plazo con fines a evaluar la viabilidad del metro para la ciudad capital. En función de tales estudios de factibilidad, se volvió la atención hacia la vía férrea que, para el año de 1994, llevaba once años sin el tránsito del tren. El nuevo plan vial de la ciudad proyectó en los viejos rieles el paso de un Metrobús desde la calle 22 en el centro de Bogotá pasando por la avenida Terrenos de Bosa, con prolongación hasta el municipio de Soacha. Lo que se presupuestaba según los agentes visionarios de la Alcaldía era un proyecto con visión metropolitana concertado no solo con la Alcaldía Distrital, también con el Gobierno nacional e instancias de financiación supranacional como el Banco Mundial (Suárez, 2007).

En una ciudad cuyos proyectos de renovación y modernización urbana están apoyados en la proyección de significativas inversiones de capital, el suelo anteriormente subvalorado de la avenida del ferrocarril tomó gran relevancia, pues al ser el epicentro del Metrobús requería de una serie de cambios, mejoras y adaptaciones que ante la lógica capitalista contemporánea se tradujeron en mercancías rentables en el futuro con un valor de cambio potencialmente amplio, mediado por la importancia que tiene el transporte para una metrópoli de estas dimensiones (Harvey, 2007).

Aunque la activación del suelo como mercancía prometía a los inversores un gran aumento en su valor de cambio, las ambiciosas proyecciones no pasaron por encima de la organización comunera. Tan pronto como se proyectó el Metrobús sobre la vía férrea, los Comuneros, alzaron su voz para hacer oír su derecho a la vivienda, lo que entorpeció y retrasó las aspiraciones de quienes desde otra orilla promovían el desarrollo urbano aprobado desde las lógicas del mercado. Las voces de los que nuevamente se veían *ad portas* de ser destechados presionaron a la visionaria administración para que el Metrobús no se construyera a costa de los derechos de la comunidad.

En 1994, los funcionarios del Distrito hablaron de los proyectos viales que el abanderado de la cultura ciudadana ejecutaba con ayuda de la idónea ingeniería japonesa y la inversión de \$150 000 millones por parte de la banca internacional (Suárez, 2007). Mientras tanto, junto a las aireadas noticias emergían en pequeñas notas algunas referencias sobre la comunidad de recicladores que dilataba el proceso de entrega de la vía férrea para los estudios del proyecto. Los avances informativos se fueron transformando hacia la desesperanza. En 1995 los titulares de prensa⁴ hablaban del vencimiento del plazo para iniciar la construcción de la primera línea de Metrobús, y la banca internacional retiró su financiación por falta de garantías.⁵ Los reportajes de fin de año hablaron nuevamente de la frustración del megaproyecto, pero también de los olvidados Comuneros de la Cuarenta.

4 Plan estratégico pide no dejar morir el Metrobús. (9 de mayo de 1996). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-292396>.

El proyecto de Metrobús está agonizando. (26 de abril de 1996). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-280790>.

5 Los ejecutores del Plan Formar Ciudad en función del cumplimiento del proyecto de redensificación del transporte propusieron la creación de la empresa de Sistema del Tiempo y el Espacio Público (STEP) en 1997. Para Antanas Mockus, la recuperación del espacio público debía estar acompañada de una optimización del tiempo gastado por cada ciudadano en sus trayectos de la casa al trabajo, por lo que defendía la idea de crear un sistema para favorecer el factor temporal y espacial en la ciudad.

Reubicación sí, unión comunitaria no

El desalojo, que se mantuvo como un mecanismo de presión huido para las autoridades locales de Puente Aranda, tomó fuerza con la implantación del Plan Formar Ciudad. De acuerdo con el proyecto del Metrobús, Ferrovías solicitó a la Localidad 16 el inmediato desalojo de las familias comuneras con el fin de entregar el predio a la Alcaldía (Sentencia de la Corte Constitucional, T- 617, 1995). Un segundo capítulo de la lucha por el derecho a la vivienda se estaba gestando esta vez asumiendo la integración de actores institucionales que cuarenta años atrás no participaron de las oleadas ocupación alternativa del suelo.

Esta vez no solo era el poder administrativo, también las ONG llegaron para hacer contrapeso a la solicitud de Ferrovías, poniendo en tela de juicio el interés de la alcaldía por garantizarles a las poblaciones más vulnerables condiciones dignas de habitabilidad que garantizaran la no ruptura del tejido social. La cuestión acerca del interés reciente por la recuperación de la vía férrea fue el mecanismo de defensa inmediato para que los comuneros hicieran frente al desalojo definitivo.

El asesoramiento del Partido Comunista y los líderes populares del barrio Policarpa con el que contaron los Comuneros en años anteriores junto al apoyo de la Organización Dignificando permitieron que el proceso organizativo de la comunidad evolucionara hacia instancias en las que

Con la creación de STEP se buscaba hacer del tránsito y el transporte una empresa industrial y comercial para el Distrito, en la que el espacio público también constituyera un elemento del transporte. De tal suerte que el espacio público adquiriría un valor abiertamente comercial en el mercado del suelo urbano. La propuesta fue coordinada por el PNUD y financiada con recursos de la Administración Distrital y el Banco Mundial. Esta unión institucional propuso el autofinanciamiento mediante la explotación comercial del suelo, la sobretasa a la gasolina y el impuesto a la valorización. Cuando el proyecto llegó a manos del Concejo de Bogotá, este lo rechazó, lo que generó desconfianza en los organismos supranacionales y terminó por dilatar el proyecto que terminó en manos del IDU, institución que no contó con el capital para llevar a cabo la construcción del Metrobús (Suárez, 2007).

se hacía imperativo el contacto con la institucionalidad. Ante la demanda del terreno invadido por parte de Ferrovías, Comuneros interpuso cuatro tutelas ante la Corte Constitucional en contra del Estado,⁶ solicitando el cambio de las iniciativas de desalojo por un proyecto de reubicación que les garantizara no solo la unidad de la comunidad, sino también la ubicación de viviendas cercanas a las áreas de reciclaje con el fin de mantener las fuentes de subsistencia que hasta el momento les permitían el sostenimiento económico de sus hogares. En la sentencia T-617/95, que recoge las demandas hechas por Comuneros, se expone el conflicto entre la comunidad, la Alcaldía mayor y Ferrovías:

Los poderdantes ocupan un sector de Puente Aranda, en las orillas de la carrilera del ferrocarril, desde hace más de 30 años y conforman un grupo de COMUNEROS dedicados a la recolección y recuperación de papel, chatarra, plástico y otros elementos reciclables, de lo cual derivan su sustento; y ocurre que la Administración Municipal ha ordenado el desalojo según se dice para cederle el terreno al Metrobús, es decir, a una forma de transporte colectivo. (Corte Constitucional, 1995)

Para los magistrados ponentes de la tutela, los invasores Comuneros eran personas que vivían mayoritariamente del reciclaje, una actividad que no generaba los ingresos suficientes para acceder a equipamientos de vivienda y que, por el contrario, sumergía a la comunidad en el padecimiento de la miseria. A partir de este tipo de apreciaciones en 1995 la Corte

6 “Sentencia T-617/95 Ref.: Expedientes Nos. T-78710, 78659, 76332, 77330 (acumulados)

Peticionarios: Laura María Torres y otros Procedencia: Consejo de Estado Temas:

La confianza legítima, en las relaciones entre la administración y los administrados.

La cohabitación de los principios de la prevalencia del interés general, de la buena fé y la igualdad.

Magistrado Ponente:

Dr. ALEJANDRO MARTÍNEZ CABALLERO

Santafé de Bogotá D. C., diciembre trece (13) de mil novecientos noventa y cinco (1995)

Abogado LIVINGSTON AREVALO GALINDO. (Corte Constitucional, 1995)”

Constitucional falló a favor de Comuneros, suspendió las órdenes de desalojo y las querellas policivas haciendo énfasis en la responsabilidad de la Administración Distrital en la proliferación de asentamientos informales como el de Comuneros.

Si estas personas vienen ocupando, por más de dos décadas el bien público mencionado lo han hecho por la tolerancia de la autoridad que de esta manera ha incumplido sus deberes legales y constitucionales; y no puede ser —luego de tanto tiempo— la medida de represión policiva la salida adecuada; no se puede pretender la suspensión en un solo instante de situaciones que se han venido generando con el tiempo, permitiendo el asentamiento de comunidades en cuyo seno han nacido niños y envejecido padres y que, por precarias que sean, les permite, al menos en niveles infrahumanos la conservación de la vida y la formación de una familia. Es cierto que es deber de la autoridad distrital proteger la integridad del espacio público, pero este deber debe cumplirse “*ab initio*” y no cuando, por incuria, se genere su ocupación. La respuesta policiva no puede ser la medida aplicable a este caso por las consecuencias imprevisibles y funestas que ella conllevaría para el orden social y la vida humana de los ocupantes. (Corte Constitucional, 1995)

Como resultado de esta pugna legal, la Corte constitucional ordenó a la Alcaldía Mayor de Bogotá, a la Caja de Vivienda Popular, al Inurbe y a Ferrovías adoptar dentro del plazo de dos meses un programa de reubicación para la población comunera, en el que se garanticen todos los derechos tutelados, a saber: el trabajo, la vivienda y la familia.

Esta primera victoria para los recicladores mantiene un sabor agrídulce en la historia Comunera, pues el cumplimiento del fallo no se dio para la totalidad de los habitantes de la invasión y solo algunas familias tuvieron acceso a los lotes ofrecidos inicialmente por la CVP y el Inurbe. Con la reubicación se ganó la posibilidad de exigirle a la Alcaldía de la ciudad responsabilidad por los derechos ciudadanos, pero también se perdió la garantía de mantener cohesionada la comunidad.

La reubicación no fue un proceso total, su implementación fue ejecutada por una serie de etapas con las que se inició un lastimoso proceso de fragmentación del tejido comunitario, en el cual las condiciones de vivienda ofrecidas para las familias no fue dada de la misma manera ni cumpliendo con las mismas garantías de habitabilidad, pues lo primero que determinaron la CVP y el Inurbe fue el envío de las familias a lotes de reubicación alejados de la Zona Industrial, una disposición que contrariaba el fallo de la Corte. Con una reubicación distante del área de reciclaje se ponía en riesgo el derecho al trabajo de estos recicladores; de ahí en adelante, muchos más atentados a sus derechos se harían evidentes.

La primera etapa de la reubicación en la que participaron la CVP y el Inurbe consistió en el ofrecimiento de un servicio de vivienda por autoconstrucción en la zona de Arborizadora Alta al suroriente de Bogotá, en la Localidad de Ciudad Bolívar. Los beneficiarios fueron 44 familias que tuvieron la posibilidad de autoconstruir sus nuevas viviendas bajo una lógica que hoy los Comuneros reubicados en la Localidad de Suba envidian, por varios aspectos a los que ellos no tuvieron acceso.

La primera notificación de desalojo seria fue en 1994, ahí hay algo diferente y es que después de Comuneros se habla del concepto de reubicación no de desalojo porque Comuneros se organizó y pedíamos que nos dieran entonces un sitio de vivienda porque allá estábamos cerca de nuestra fuente de trabajo y si no era así, entonces ¿cómo íbamos a vivir? Inició el todo el proceso de la junta directiva dentro de comuneros, se establecen diálogos con el Gobierno y se acordó que la Caja de Vivienda Popular otorgara la vivienda para la reubicación. Los primeros lotes fueron en Ciudad Bolívar, Arborizadora Alta y Candelaria, casi que los últimos reubicados fuimos nosotros, los de la Palma Afidro. Pero el proceso de los barrios del sur fue distinto, a mí me parece que allá las cosas se hicieron mejor [...]. O sea, la Caja de Vivienda Popular dio los lotes, pero no les dijo a las familias dónde iban a vivir exactamente, es decir que cada quien hacía una casa sin necesidad de que esa fuera la suya, la propiedad se sacaba por sorteo. Entonces todos se esforzaron por hacer sus casas bonitas porque si usted hacía una

fea pues de pronto esa le tocaba a usted. Todos se esforzaron porque no se sabía de quién iba a ser la casa que usted estaba construyendo, lo otro bonito fue el trabajo entre vecinos, que se ayudaron a levantar las planchas y eso fortaleció las relaciones entre todos. Usted sabe que cuando a uno le cuestan las cosas, uno las quiere más, a ellos les costó, por eso tienen un mayor sentido de apropiación. (Nelcy)

A mí me gustó esa táctica porque por ejemplo, usted hacía la casa bien bonita, que mejor dicho no le faltara nada, que los cimientos quedaran bien estables, la plancha bien montada y los acabados bien hechecitos, pero eso que a usted le había costado tanto esfuerzo no iba a ser lo suyo. Cuando todas las casas las terminaron, los de la CVP hicieron un sorteo y a uno le podía salir la casa que había hecho o la casa de otro. Pero ahí estaba la gracia, como usted no sabía que casa le tocaba, todos se esforzaron en hacer algo bueno, para que así mismo les tocara también vivir en algo bueno. (Rubiela)

Respecto a esta primera fase de reubicación existen distintas versiones o lecturas sobre la experiencia de las familias trasladadas al barrio Arbozadora Alta. Hay voces que expresan la conveniencia del servicio de autoconstrucción para esta primera fase, sin embargo también hablan del malestar que produjo el estar ubicados en una zona periférica demasiado distanciada de su radio de acción laboral. Por otro lado estaban los medios de comunicación denunciando las medidas que tomaron los Comuneros para mantener su fuente de subsistencia y al mismo tiempo aprovechar económicamente el nuevo predio del que eran propietarios.

La tutela que falló a nuestro favor decía que la reubicación tenía que ser cerca a la Zona Industrial porque allá era de donde sacábamos la mayor parte de las ganancias económicas, pero no, los lotes, muy bien el programa, pero eran muy lejos. Cómo se les iba a ocurrir que la gente se moviera desde Ciudad Bolívar hasta Puente Aranda, estaban obligando a la gente a cambiar de trabajo y de eso no se trataba el asunto. Ante esa situación yo entiendo a los compañeros, yo entiendo por qué se devolvieron a la carrilera y dejaron los lotes por allá. (Rubiela)

La estrategia adoptada por los Comuneros ya reubicados sacrificó el proceso inmediato de la segunda fase de reubicación, al mismo tiempo que distorsionó las reivindicaciones de la comunidad en torno a la importancia de mantenerlos cerca de su zona laboral. Para no abandonar la labor de reciclaje, los propietarios de los predios de Ciudad Bolívar optaron por regresar a la zona de invasión, volver a ocupar sus ranchos y tomar un beneficio económico extra arrendando las casas de Ciudad Bolívar recibidas en cumplimiento del fallo de la Corte.

La insistencia de los Comuneros en mantener sus fuentes de subsistencia hizo que se justificara el regreso a la carrilera, sin olvidar que una de las solicitudes urgentes en las tutelas giraba en torno a la garantía de un proceso de reubicación cercano a sus zonas de desempeño laboral. Sin embargo, desde la perspectiva de la comunidad este punto no se cumplió porque la distancia entre Ciudad Bolívar y la Zona Industrial acarrea nuevos gastos que en la invasión no eran necesarios y que para ese entonces podían desestabilizar las economías domésticas.

Las casas eran buenas, pero allá ¿dónde se iba a reciclar? la cuestión era de ubicar zonas de vivienda en las que no se les sumaran cosas como el gasto de transportes, del parqueo de las carretas, esas son cosas que prácticamente se llevan las ganancias de lo que se hace el diario. Entonces lo que la gente hizo fue regresar a sus casas no porque no necesitaran las otras sino porque el trabajo tocaba cuidarlo [...] las otras casas no se podían dejar como quien dice a la deriva, entonces se arrendaban también para mantener la propiedad. (Nelcy)

Otra lectura sobre destino de los lotes otorgados a Comuneros estaría relacionada con un análisis sobre los beneficios de vivir en la informalidad, pues esta condición no siempre implica obstáculos para la vida diaria; por el contrario, como se ha visto, en este caso particular la informalidad ofrece ciertas comodidades, por ejemplo, unos costos de vida significativamente menores y unas mayores posibilidades de extraer alguna ganancia. Si bien es cierto que las condiciones de vida desarrolladas en la carrilera fueron

en cierta forma impuestas por el desorden político décadas atrás, esta vez, las condiciones de informalidad fueron asumidas y aceptadas desde abajo, toda vez que la permanencia en la invasión promovía ciertas ventajas que en la reubicación no se podían ejercer: No pago de impuestos ni de transportes, costos de escolaridad de los hijos y en muchos casos la alimentación.

En realidad, la solicitud de la reubicación se dio ante la inmanencia del desalojo, mas no porque la comunidad hubiera requerido salir con celeridad de los ranchos de cartón, lo que explica que los bajos costos de la informalidad no lograran ser reemplazados por la estabilidad de los predios cimentados en bloque y concreto. La incertidumbre generada por la presión de las notificaciones de desalojo puede ser la mayor promotora de una memoria melancólica y romántica en torno al pasado vivido en la Cuarenta, como si el abandono involuntario de los ranchos fuera un duelo colectivo inacabado.

Grandes afectaciones trajo la tolerancia a la informalidad consentida por el silencio de todas las administraciones distritales que pasaron durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. Los acuerdos tácitos de convivencia desencadenaron en los noventa la estigmatización de las prácticas comuneras, que ya no eran vistas como una ardua labor de autogestión sostenida y creciente dentro del colectivo, sino como un conjunto de acciones encaminadas a sacar provecho económico de la invasión y de los lotes otorgados gracias al fallo de la corte. A partir del polémico manejo que Comuneros les dio a los lotes de Arborizadora Alta, sus necesidades de subsistencia y la resistencia histórica por sus derechos quedaron en entredicho.

Aunque fue cierto que la ley no garantizó adecuadamente la continuidad de las actividades cotidianas de Comuneros tal y como ellos lo solicitaban, la desviación de la norma hizo que los argumentos sobre la premura de mantener sus fuentes de trabajo fuera puesta en tela de juicio. Entre las respuestas utilizadas por la contraparte para condenar las prácticas Comuneras, encontré que según los informes Administración Distrital el reciclaje no es la fuente principal de sustento diario de la comunidad, pues

en el censo hecho en 1994, los resultados indicaban que solo el 21 % de las comunidad se dedicaba por completo a él; asimismo, se indicaba que también existían otras actividades, como la vigilancia, el mantenimiento, la construcción y la costura, de tal forma que los Comuneros no necesitaban ser ubicados cerca de la Zona Industrial porque de cualquier forma estaban capacitados para desempeñarse en otras labores (Coca, 1998).

El aspecto que no se tuvo en cuenta cuando se cuestionaron los mecanismos de trabajo comunero fue que, como se indicaba, el reciclaje como actividad de subsistencia no era el único medio constructor de cohesión e identidad colectiva en la comunidad, pues existieron otros aspectos, como el origen socioeconómico, y, más importante aún, la necesidad de solucionar las carencias de los equipamientos fundamentales para sobrevivir, entre los que se resaltan la vivienda y la alimentación. Además de ello, las actividades alternas a las que acudía la comunidad eran directamente derivadas del mismo oficio del reciclaje.

Uno de chino cuando crecía como que quería buscar otra cosa, entonces uno por ratitos conseguía trabajo de vendedor ahí en el Sanandresito, o había otros pelados que hacían turnos de vigilancia, o los que tenían tienda y vendían así que onces para los trabajadores. Los de las fábricas le daban trabajo a uno, porque éramos reconocidos, ah que sí, que su papá o su mamá lleva el reciclaje de aquí y así, a uno lo veían siempre con el tema de la basura entonces por eso confiaban en uno. (Kike)

Producto del incumplimiento de las familias comuneras reubicadas en Ciudad Bolívar se intentó detener el proceso de ejecución de las siguientes fases. Empero, la comunidad encabezada por una junta de acción comunal decidió fortalecer su estrategia organizativa mediante la legalización y obtención de la personería jurídica del colectivo de recicladores. Haciendo uso de los pocos conocimientos obtenidos para mantenerse en su lucha por la vivienda, fundaron en 1994 la Asociación de Manos Trabajadoras

Amantra, con la que justificaron la concentración de sus labores no solo en el reciclaje sino en otras salidas provisionales con las cuales también era posible obtener ingresos.

Una de las muestras más fuertes de nuestra organización fue la creación de Amantra, Asociación de Manos Trabajadoras. ¿Qué quería decir eso? Que en Comuneros por nuestras falencias estábamos preparados para asumir distintos tipos de labores, que en todas nos desempeñábamos muy bien y que justamente esas labores de manos trabajadoras nos habían permitido tener el reconocimiento de la zona. Nosotros nos presentamos ante la ley, nos presentamos como una colectividad que vive del reciclaje y le presta un servicio a la ciudad y así nos ganamos la personería jurídica. Listo, no somos solo recicladores, somos trabajadores de distintos ramos que prestamos servicios a las personas de la ciudad. (Nelcy)

La creación de Amantra como sustento legítimo de la organización comunera dio vía para que en voz de los líderes encargados de la junta se discutieran nuevamente las exigencias iniciales sobre el proceso de reubicación. La más importante de ellas fue la consecución del predio cercano a la Zona Industrial. Al respecto muchas familias tomaron la decisión de negarse a un traslado si no se cumplían los parámetros solicitados; bajo esta disposición las familias insistieron en no moverse de sus ranchos y mantenerlos bajo vigilancia ante posibles arremetidas de las autoridades policiales.

Las exigencias de los Comuneros resguardados en su personería jurídica retrasaron el proceso de reubicación adelantado en Ciudad Bolívar donde finalmente un grupo de familias optaron finalmente por establecerse allí. Mientras tanto, las familias que aún no contaban con la garantía de la reubicación se apersonaron del proceso de búsqueda de lotes e intentaron generar encuentros con constructoras y propietarios de terrenos en distintas zonas aledañas a la Zona Industrial. Este aporte fue infructuoso tanto para la comunidad como para los funcionarios del distrito: nadie quería vender sus predios a una comunidad con las características comuneras.

El estancamiento del proceso no duró mucho. Por un lado, persistía la presión de la Corte Constitucional sobre la alcaldía de Antanas Mockus; por otro, la organización de los recicladores inscritos en Amantra les permitió acceder a distintos medios e instituciones para exponer argumentos que reforzaban la legitimidad de las razones que ellos tuvieron para apropiarse de terrenos públicos y que además obligaban, sin derecho a apelación alguna, a la Alcaldía a responsabilizarse de las falencias históricas de los funcionarios públicos por no ofrecer soluciones habitacionales para los desfavorecidos.

Es claro que la administración permitió la ocupación de unas tierras que constituían Espacio Público y no hizo nada para impedirlo, estableciendo con su permisividad la confianza por parte de los administrados de crear unas expectativas en torno a una solución de vivienda. Lo anterior supone, en consecuencia, que cuando una autoridad local se proponga recuperar el espacio público ocupado por los administrados que ocuparon tal Espacio Público, deberá diseñar y ejecutar un adecuado y razonable plan de reubicación de dichas personas de manera que se concilien en la práctica los intereses en pugna. La conducta de la administración, vulneró el principio de confianza que debe preceder toda relación entre el administrado y el administrador. (Corte Constitucional, 1995)

Como resultado del álgido ambiente engendrado entre la Alcaldía y los Comuneros eficientemente organizados, el fallo estaba cumpliéndose a favor de los destechados de nuevo. La CVP expone la segunda fase del proyecto de reubicación, caracterizada por una mayor participación de los recicladores en la definición de su traslado hacia las viviendas legales, lo que no significaba necesariamente que ellos tuvieran conocimiento del lugar exacto para su posterior arribo.

En la historia comunera se plasma un punto aparte para irrumpir el sosiego habitual de la vida casi insular que llevaron durante cuarenta años en la Cuarenta y dar paso al comienzo de la historia que reinicia con el anuncio de que la segunda fase de reubicación sería en la localidad de Suba,

en la urbanización La Palma-Afidro en el filo occidental de la montaña que separa a Suba de Usaquén. A esta parte del cuento le denominan los mismos Comuneros como “el gran engaño”.

Punto de giro: cómo la reubicación fue un gran engaño

La segunda fase de reubicación de Comuneros anunciada en 1996 marcó la salida definitiva de la comunidad que durante cuarenta años habitó a la vera de la vía del ferrocarril. Con la presentación del nuevo plan de financiación de predios para los recicladores Comuneros, se daba fin a la pugna entre Ferrovías y los líderes del asentamiento, quienes a partir de ese momento se veían abocados a hacer entrega de los predios para dar paso a un proyecto que prometía cambiar la imagen de la zona. Se proyectaba entonces el paso de un espacio contaminado por las basuras y abandonado por la administración local a un espacio representante de los esfuerzos mancomunados de la Alcaldía Mockus y los inversionistas de capital por darle un empuje a la siempre problemática movilidad de la ciudad.

Como la corte ya estaba encima, los funcionarios comenzaron a buscar lotes en toda Bogotá para ver dónde nos podían ubicar, quién iba a asumir el costo de la construcción y bueno toda la negociación y pues después de muchas opciones pues... ¡Ah! después de un engaño por parte de la alcaldía. (Humberto R.)

La construcción de los predios estaría financiada por la CVP aportando a la constructora encargada un capital inicial de \$550 millones, de los cuales, a partir de la entrega de las casas, cada propietario debía responsabilizarse por el pago del 50 % con cuotas de \$13 000 mensuales.

Sobre las fuentes de financiación... bueno, ahí habían varios componentes porque inicialmente se supone que el lote como tal era en canje por el terreno que estábamos ocupando en la carrera cuarenta. En teoría el lote

no lo iban a cobrar, nos iban a cobrar era los ladrillos y hacer la casa ¿Cómo se iba a pagar esa casa? con subsidios de la CVP o Inurbe que llamaban en ese tiempo que era la que daba los subsidios en ese tiempo y la otra parte la teníamos que pagar nosotros como crediusuarios. (Humberto R.)

Desde el inicio del asentamiento en la década de los cincuenta, el terreno de la vía férrea no constituía un espacio en el que fuera posible la proyección de un barrio reconocido legalmente. El uso de suelo de la zona, la extensión del terreno, los limitantes de la abandonada estructura ferroviaria y la misma comodidad arraigada de no pagar impuestos hacían de la invasión Comunera un asentamiento inviable.

La duración de la invasión no correspondió tanto a la posibilidad de crear un barrio formal allí, sino a la necesidad de organización de sus habitantes para autogestionar las soluciones a sus carencias, a un problema que requería solución urgente y que solo que podía arreglar allí, a lo largo de una carrilera carente de control local. Otro aspecto que contribuyó fue la indudable negligencia de las alcaldías anteriores por no ofrecer soluciones inmediatas en las que no primaran los intereses financieros de la coyuntura sobre la necesidad de ofrecer asentamientos habitables, dignos y legales a las poblaciones más vulnerables.

Mientras la presión de la Corte y la incertidumbre de Comuneros aumentaban, el capital destinado para la construcción de la urbanización en la Palma disminuía de manera exponencial. La Corte Constitucional exigía la reubicación de Comuneros en un plazo inferior a un año; sin embargo, el tiempo no fue clemente con el corto presupuesto y para el año de 1997 la construcción no estaba terminada. De hecho, la inversión en la adecuación del terreno ascendía a \$872 millones, un dinero con el que tan solo se había logrado instalar las tuberías del acueducto y se había adecuado el terreno de ladera para que en el futuro no se generaran deslizamientos. De tal manera que el dinero inicial no alcanzó ni siquiera para la cimentación total de las 117 viviendas; el sobre costo trajo como consecuencia la suspensión de la obra durante un año (Coca, 1998).

Sí, lo que pasa es que como todo lo que no se hace honestamente y bien planeado pues va a presentar fallas en el camino. Entonces todo comenzó con sobrecostos en la cimentación, entonces como hubo sobrecostos en la cimentación, ya no hubo plata para terminar las casas. Entonces a nosotros nos prometieron en el contrato dice llave en mano, con eso usted ya abre su casa y está con pisos terminados, pintura, todo, absolutamente todo terminado y cuando nos entregaron las casas absolutamente todas en obra gris sin pañetes, pisos en concreto, todo era con bloque a la vista, los baños sin enchapes, no, completamente en obra gris. (Humberto R.)

Los cambios en la fecha de entrega de los predios fueron un indicio de las irregularidades bajo las cuales se estaba llevando a cabo la construcción de las nuevas viviendas. Al parecer, el máximo interés de la Alcaldía por consumir esta búsqueda se ajustaba más a cumplir de forma improvisada con la determinación de la Corte Constitucional, otorgando casas sin revisar las condiciones sociales y materiales del terreno donde iban a asentar a Comuneros, que en ofrecer verdaderamente un nuevo hábitat con el que se garantizara la integridad de las familias, su seguridad, servicios públicos, entre otros aspectos a los que viviendo en los ranchos de alguna forma habían tenido acceso.

Aunque la consecución de un terreno era obligación explícita de la Alcaldía, los líderes de la invasión intentaron ubicar lotes a lo largo de la ciudad en los que su reubicación fuera un hecho posible. Durante el proceso se búsqueda del predio y la construcción de las viviendas la Junta de Acción Comunal, encabezada por Blanca Rodríguez, tuvo un protagonismo decisivo, no por el simple hecho de la demanda, sino también por la apropiación y el seguimiento que hicieron al cumplimiento del fallo.

Pues lo que pasa es que había una fecha para cumplir la acción de tutela. Ya se habían buscado muchos lotes y que ninguno y que ninguno. una noche citaron a los representantes de la Junta de Acción Comunal les dijeron que pues aceptaran este lote provisional como pues para cumplir la tutela y que después conseguían un lote adecuado para la comunidad y después

de que firmaron ya dijeron no ese es el lote y ese es el lote. Eso tuvo otras consecuencias porque inicialmente el proyecto estaba diseñado para un sitio normal en condiciones normales y aquí se gastó más plata en cimentación para poder hacer el terrazo para las casas que lo que sí valieron las casas, entonces prácticamente las casas las entregaron en obra gris. (Humberto R.)

Los aportes que intentaron ofrecer los voceros de la Junta Directiva de la invasión fueron infructuosos, sus constantes reuniones con propietarios de lotes, con presidentes de otras Juntas de Acción Comunal y con representantes de otras localidades pusieron de manifiesto ante ellos otra disputa futura que tendrían que librar tan pronto fuera comunicado el asentamiento definitivo: “A medida que buscábamos, en todas partes nos cerraban las puertas porque éramos recicladores”. El conflicto que se avecinaba distaba de la cuestión presupuestal pues tocaba otras barreras más difíciles de romper: las representaciones alrededor del trabajo del reciclador, una dimensión álgida de este proceso a la que más adelante, espero darle mayor relevancia.

La junta directiva de ese momento empieza a reunirse con el Distrito para buscar un lote dónde hacer la construcción de las 117 casas. Cosa que no es fácil, pues en ninguna localidad querían recibir a la comunidad por... muchos por recibir mal la información y muchos porque generalmente el conocimiento sobre los recicladores es que no llevan buen aspecto a ninguna localidad. (Nelcy)

Este proceso de transición entre el desalojo y la reubicación es una madeja de conflictos y trabas que enredan a los Comuneros en un cúmulo de incertidumbres que comienzan por una búsqueda en la que no hay predios para la reubicación, porque físicamente no eran aptos y porque sus propietarios o administradores no se encontraban a gusto con la idea de recibir como vecinos a la comunidad de recicladores que tanto estaba dando de qué hablar durante los dos últimos años.

Entonces los directivos de la comunidad hacen un trabajo por todas la localidades, fue muy difícil porque se encontraban los lotes, pero la gente no... los que los tenían no los querían vender, otros no cumplían con el metraje,

o sea, se presentaron muchos inconvenientes, al final se encuentra el lote de acá, de como un afán de poder cumplir la tutela, pero pues el lote, realmente no era como con las condiciones que se esperaban. (Nelcy)

La desesperación y la presión gubernamental les juegan una mala pasada a Comuneros. Sin conocer el lote de reubicación y teniendo como única información la dirección de este, son llevados a aceptar la reubicación en la futura urbanización la Palma que, como bien dije antes, ya tenía serios problemas de sobrecostos. El acuerdo se cierra con la promesa de la Alcaldía de entregar el terreno de Suba como una solución provisional a la reubicación, mientras se encontraba un terreno mejor equipado en una zona estable.

Entonces como lo que no se escribe no se cumple, desafortunadamente el alcalde dijo que no, que el lote cogieran este porque tocaba cumplir con la tutela y que después al mes lo cambiaban, pues eso no quedó escrito en ninguna parte, simplemente se habló y hoy en día supuestamente no se iba a durar sino un mes, dos meses, mientras se cumplía el proceso judicial... y pues ya llevamos nosotros 17 años en Suba. (Nelcy)

Amargo recibimiento: por la población de Suba habla el crimen

Cuando los Comuneros todavía no eran Comuneros, cuando no tenían casa y cuando cada núcleo familiar buscaba en la ciudad un refugio para asegurar a sus hijos, Bogotá estaba convulsionada; esta era una ciudad que conservaba visos campesinos y se transformaba al calor de las edificaciones incendiadas, mientras los ciudadanos con machete y pistolas expresaban mediante la lucha bipartidista todas las inconformidades frente a la gestión gubernamental que históricamente ha sabido dejar insatisfecha a la población que gobierna.

Así, entre el caos rural y urbano y la furia colectiva, los Comuneros iniciaron su asentamiento. Otra vez, casi cuarenta años después el caos, el fuego y la protesta civil se apoderan de algunas zonas de la ciudad, esta vez no por cuestión de partidos, sino en contra de la reubicación de los Comuneros.

Nosotros no los queremos y no nos vamos a dejar convencer. A ver, por qué no se los llevan para el norte, allá donde tienen plata. Seguro que nadie va a aguantar que le coloquen bazuqueros al lado de su casa. (García, 22 de febrero de 1996)

Cerca de ocho horas permaneció bloqueada la autopista sur en Bogotá, luego que un grupo violento de habitantes de los sectores de Bosa, Ciudad Bolívar y de las cercanías de Soacha decidieran tomarse la vía principalmente a la altura del complejo industrial de Cazucá como forma de protesta por la supuesta reubicación de los recicladores de la carrilera, a quienes confunden con indigentes de la peligrosa Calle del Cartucho en el centro de la ciudad. (Rivera, 15 de febrero de 1996)

Ayer, a pesar de los destrozos de los que habían sido víctimas, muchos comerciantes aseguraban que estaban de acuerdo con los métodos de protesta de la comunidad, pues según ellos tienen demasiados problemas como para recibir a un grupo social que solo les va a traer desgracias, hurtos y malas influencias. (Rivera, 18 de febrero 1996)

Antes de que los periódicos más leídos en la ciudad comenzaran a documentar el caso de desalojo de los Comuneros, las personas del común tenían poca información sobre el destino de la comunidad. Inicialmente los medios de comunicación empezaron a acercarse a la carrilera buscando quizá una noticia sensiblera sobre otro rostro más de la pobreza en la ciudad; notas de prensa en las que se admiraba la capacidad organizativa de las personas de la invasión y sus formas de hacer frente a las difíciles condiciones de vida hicieron que la ciudadanía volviera su atención hacia ellos. Una vez que el caso se convirtió en un fenómeno noticioso, los avances en las negociaciones sobre los lotes posibles para reubicación fueron tema de dominio

cotidiano, tanto, que el exceso de información terminó en la acostumbrada manipulación de versiones y en la masiva desinformación del público que temía tener por vecinos a los recicladores de la carrilera.

Como la búsqueda de predios se hizo tan dispendiosa, los cambios en la información sobre el lugar elegido cambiaban a diario. Los primeros brotes de violencia en contra de la reubicación se dieron en la localidad de Bosa, una de las zonas en las que se mantuvieron negociaciones para la adquisición del lote. Aunque no se concretó la compra, el poder del rumor pudo más que la realidad de los hechos. Se afirmaba entre los propietarios de establecimientos comerciales que en su vecindario se reubicarían recicladores y habitantes de la calle provenientes de la Calle del Cartucho. El resultado fue la proliferación de manifestaciones extendidas hacia el centro y noroccidente de la ciudad.

En Bosa, la reubicación no fue más que un rumor. Sin embargo, en la localidad de Suba ya era un hecho oficializado por la Alcaldía. La reubicación de 117 familias de los recicladores Comuneros sería ejecutada en un lote aledaño al barrio la Palma-Afidro. La respuesta ante la disposición de Antanas Mockus fue una asonada violenta en la que los habitantes del sector expresaban el rechazo total hacia la llegada de los nuevos habitantes, con quienes no se había tenido contacto previo para conocer quiénes eran o qué clase de *atributos componían su identidad social* (Goffman, 2012).

Sin tener conocimiento alguno sobre Comuneros, los manifestantes rechazaron la reubicación desacreditando a la comunidad, atribuyéndoles rasgos negativos que los despojaban forzosamente de su identidad como recicladores, o lo que ellos como colectivo habían forjado históricamente para habitar tantos años en la Zona Industrial.

Frente a la grave problemática surgían cuestionamientos acerca del reprochable comportamiento de los habitantes de Suba: ¿acaso el proceso de urbanización de esta localidad no correspondía a los mismos movimientos de urbanización popular promovidos por personas que al igual

que Comuneros no contaban con recursos suficientes para tener un techo bajo el cual vivir? Una horda de ciudadanos rechazaba a los Comuneros, desconociendo en ellos un reflejo de la misma pobreza y las mismas carencias que ellos también padecían. Los hechos manifestaban una segregación socioespacial desde abajo (Beuf, 2012).

Para los habitantes de la localidad de Suba, la representación del Comunero como trabajador legal no existía, sobre ella pesaba el rumor de un grupo de indigentes de la calle del Cartucho que iban a cundir “con malas mañas” todo el sector y que, como lo indican los reportajes, solo iban a sumar problemas a otra población de clase baja con sus propias incertidumbres.

Cuando el miedo es el que direcciona la interpretación sobre la realidad de la reubicación, es el *habla del crimen* (Caldeira, 2007) la que se apodera de los modos de actuar de las personas que no quieren compartir el vecindario con los Comuneros. El habla del crimen produce interpretaciones estereotipadas del *otro*, en este caso del desconocido del cual se hacen una representación esencialista, que vincula al reciclador con malos hábitos de higiene porque recoge basura y su ropa suele estar sucia: lo relacionan con el robo, el consumo de drogas y la violencia intrafamiliar, tomando como referencia la apariencia de sus viviendas. *Si vive en un rancho de lata y de cartón es porque no sabe convivir con una persona normal, si vive del reciclaje es porque no tiene un salario fijo para comprar comida y acude entonces al consumo de drogas; si los jefes de hogar mantienen estas prácticas, lo más seguro es que los niños ya estén acostumbrados a este modo de vida.*

La expresión de quienes recibieron a los Comuneros en Suba consistió en preparar un escenario de guerra para rechazar dichas prácticas criminales que acechaban las “buenas formas de convivencia” de la localidad. Con el habla del crimen no solo se cosifica a la víctima estereotipada, también se promueve la acción violenta organizada por parte de la ciudadanía, que se agrupa en guardias civiles particulares o, lo más indeseable: grupos de limpieza social en función de eliminar las amenazas representadas en la comunidad en proyecto de reubicar.

Desde que mandaron a Comuneros para Suba la lucha fue y será contra el estigma, nadie se ocupó de saber quiénes éramos nosotros, a alguien se le ocurrió decir que venían los gamines del Cartucho y pues claro, uno hasta comprende que se hayan llenado de miedo. La forma como aquí en Suba tomaron la decisión, para nosotros fue traumática porque no hicieron más que decir que si llegaban Comuneros llegaba la maldad. (Nelcy)

El habla del crimen no se ocupa de problematizar ni comprender las tensiones sociales que produce la reubicación, desconocen las condiciones históricas que impulsan el accionar colectivo de Comuneros y simplifican el conflicto existente entre la comunidad y la Administración distrital. La ignorancia frente a las rugosidades del conflicto solo da lugar a descripciones poco detalladas, en las que los Comuneros simbolizan el mal y la delincuencia porque desde su conformación han mantenido formas de vida al margen de la normatividad urbana (Caldeira, 2007).

Yo siempre he pensado que en la Cuarenta habían resto de sitios pa' que los chinos metieran toda la yerba que les diera la gana. Tanto callejón chiquito ¿allá quién iba a molestar? ¿Quién iba a joder si nadie estaba viendo? Y si uno se fija ni así había quien consumiera nada, en la Cuarenta no habían ladrones, ni criminales y uno se acostumbró así, a no quitarle nada a nadie porque a mí desde chiquita estoy trabajando y a veces no tengo para un tinto pero espero y me consigo las cosas bien. (Lola)

En cuarenta años que duró la comunidad en la Cuarenta solo hubo dos muchachos drogadictos. Porque ya eran muchachos adolescentes, ya también empezaron a recorrer Bogotá, cogían pa'l centro, inicialmente pa'l Sanandresito de la 38 y de ahí comenzaron a ser conocidos y conocieron el mundo. Yo creo que eso lo hacían más que todo ellos, porque después de que se metieron en eso, ya prácticamente no venían a la comunidad, venían esporádicamente a ver la mamá y a ver cómo estaba la familia y volvían a coger la calle, que incluso uno de los muchachos fue asesinado en el centro por la droga. A ellos muchas veces les hablaron en el salón, que no

consumieran para que los otros no cogieran ejemplo, pero la verdad es que no pasó a mayores, la comunidad sabía quiénes eran, ellos se fueron y no volvieron, creo que el otro también falleció. (Humberto R.)

Las narrativas sobre la drogadicción y la delincuencia expresan las experiencias de la pobreza en los barrios periféricos de Suba, donde el mal estado de las vías, la inseguridad y la mala calidad de los servicios dejan una inconformidad colectiva susceptible de ser expresada mediante la protesta por la llegada de Comuneros. El rechazo a la reubicación sirvió para resignificar y reorganizar las formas como los habitantes de Suba manifestaron su descontento. No se trataba solo de la reubicación, también eran las pandillas, los problemas de movilidad, los impuestos existentes antes de la llegada de la comunidad de recicladores.

La emergencia de los actos de intolerancia en la localidad de Suba dejaron en evidencia los cortos alcances del proyecto de Cultura Ciudadana de Antanas Mockus, en una alcaldía que promovía el bien común y los valores que exaltarán la cultura cívica: los ciudadanos no estaban respetando ni siquiera sus propiedades. Viviendas incineradas, hombres y mujeres heridos, jóvenes menores de edad detenidos y pérdidas materiales eran el saldo inicial del proyecto de vivienda formulado por el Plan Formar Ciudad, cuyas iniciativas fueron catalogadas por los mismos ciudadanos como soluciones improvisadas que no permitieron un encuentro óptimo entre los Comuneros y los habitantes de Suba; por el contrario, ahondaron y expandieron aún más los efectos de la ola violenta hasta el interior de los ranchos de los recicladores.

Se nos metieron al barrio para ser completamente rechazados debido a la desinformación, a la gente se le dijo que iban a reubicar gente del Cartucho, entonces la comunidad de Suba se incendió, eso rompieron los comercios, incendiaron los carros, bloqueaban y cuando llegamos ya estábamos señalados partiendo de ahí yo creo que eso es algo que afecta a cualquier ser humano es el ser señalado, el ser estigmatizado por el desconocimiento. (Alcides)

En el convulsionado ambiente aparecieron cabezas visibles que intentaban dar una solución o al menos comprender el porqué de la incommensurable falta de tolerancia. La persona más notable en los tiempos de esta violencia local fue la líder comunera Blanca Rodríguez, presidenta de la Junta de Acción Comunal. Ella fue la voz de la comunidad ante los medios de comunicación, que tras su constante gestión como negociadora de los lotes con los alcaldes locales de Puente Aranda logró obtener la atención no solo de sus vecinos y del alcalde de la localidad, también de otros funcionarios del Gobierno distrital y nacional.

La voz encargada de visibilizar los problemas de la reubicación de Comuneros, encarnada en la líder Blanca, llegó a oídos del Concejo de Bogotá, donde denunció las amenazas que estaba sufriendo la comunidad por parte de grupos organizados apoyados por empresarios y funcionarios del Gobierno. De acuerdo a los informes de prensa y las entrevistas que, como vocera, Blanca siempre supo responder, la comunidad estaba siendo gravemente violentada: panfletos con amenazas de muerte en la entrada de los ranchos e incendios provocados a las bodegas de acopio de reciclaje fueron algunas de las prácticas coercitivas que los actores en contra de la reubicación utilizaban para defender sus intereses en el Plan de Desarrollo de Mockus.

A los ataques masivos en contra de Comuneros se sumaban los intensos señalamientos sobre las formas de trabajo de la comunidad, que, antes de ser reubicada ya estaba sintiendo el peso de un progresivo deterioro hacia su identidad como recicladores. Este malestar colectivo fue sintetizado en las contundentes declaraciones de Blanca Rodríguez ante la Alcaldía y los mismos medios de comunicación, que registraban sin mayor análisis del caso las expresiones de incertidumbre de la comunidad: ya no tenían que enfrentarse a la aventura de hacerse a una casa para resguardarse del hambre y el frío de la ciudad como hace cuarenta años, ahora tenían que reorganizar su conjunto estratégico para hacerle frente a la nueva guerra contra el estigma que se preparaba para recibirlos donde fueran a ser reubicados. Indignada, Blanca Rodríguez cuestionaba las acciones de los manifestantes.

¿Con qué derecho un ser humano dice que va a limpiar a otro ser humano, cuando el que así piensa es sucio desde el corazón del hogar? Conozco muchos hijos de ricos, abogados, arquitectos, a los que la droga o el destino o el abandono familiar han vuelto miserables. Nuestro sueño, el de 800 habitantes de Comuneros, es dormir tranquilos, sin zozobras, que nuestro hijos no sean rechazados ni avergonzados ante la labor tan limpia que hacen sus padres. (*Magazín Dominical*, 1996)

Una de sus intervenciones más certeras fue la realizada ante el Concejo de Bogotá. La potestad que le daba la experiencia del haber crecido en la invasión y haber acompañado todo el proceso de lucha por la vivienda de su comunidad desde la adolescencia, le permitió reconocer otras aristas del conflicto producido por la reubicación. Detrás de los ataques organizados en Suba se escondía la manipulación de algunos concejales con intereses sobre los predios negociados para posible compra y de propietarios de empresas de transportes que se negaban a la construcción del Metrobús por el riesgo que este constituía para el futuro de sus empresas. (García, 23 de febrero de 1996, p. 12E).

Las manifestaciones de violencia iban más allá de la organización espontánea de los ciudadanos. Sobre ellos, otros intereses por la entrega de los terrenos de la vía férrea y por la negociación del lote en Suba manipulaban el accionar de las multitudes. La denuncia que hizo Blanca le costó su permanencia en la comunidad, fue amenazada de muerte y debió tomar distancia de Comuneros por su seguridad.

Nunca pude hablar con Blanca Rodríguez; antes de poder hablar con los Comuneros en Suba intenté seguir las pistas que me daban los periódicos. Se hablaba de una mujer que lideró el proceso de reubicación de su comunidad, que sufrió constantes amenazas anónimas que la dejaron exhausta de su papel de líder. Supe que tras la tempestuosa reubicación se alejó de la comunidad, casi hasta el anonimato, tratando de cuidar su integridad y la de su familia. Todas las pistas apuntaron en ese entonces a que ella no quería dar más declaraciones sobre su trabajo, supongo ahora que me conformé

con ello y opté por quedarme con esta información. Antes de empezar a escribir este texto, supe que Blanca es la hermana mayor de Humberto R., que vive en Ciudad Bolívar y que efectivamente suele cerrar las puertas a cualquier preguntón que quiera saber sobre su historia con Comuneros.

Con la reubicación, la transformación y el ajuste de prácticas de vida en la carrilera fueron una cuestión imperativa. Era necesario proyectar otras formas de organización en las que las noches ya no eran tiempos de sueño, sino de temor ante la presencia de los hombres que cada día pasaban por el barrio recordándoles el posible costo de la reubicación. Con el ambiente de intolerancia, la estrategia por la que optaron los Comuneros se tornó lejana a la acción violenta y se acercó más a las expectativas de la Alcaldía, suficientemente desbordada por el caos público.

Pues para demostrarles que nosotros no éramos ningunos marihuaneros y bazuqueros pues dijimos: ¿a ver quién tiene más don de gente, ellos o nosotros? Y nos preparamos una fiesta bien bonita. Con comida en esos fondos grandes que usan las abuelas, con mariachis que contratamos reuniendo plata entre todos los vecinos, los niños presentaron unos bailes que con el grupo juvenil ya se habían ensayado porque ellos eran los encargados de esa parte y así se les mostraba que Comuneros también era cultura y organización y los incivilizados eran ellos que ni se daban el tiempo de saber al menos en qué se nos iban los días. (Aurora)

La respuesta a la asonada violenta en Bosa y Suba consistió en la organización del *festival de la ternura*, un evento cultural ideado por la comunidad como estrategia de acción contraria a las protestas violentas que por semanas se estaban llevando a cabo.

Con esta actividad, los Comuneros buscaban medios de manifestación alternativos que ofrecieran otra cara de su comunidad, ciudadanos organizados y sensibles que estaban en capacidad de ofrecer un evento pacífico para dialogar con las autoridades locales y distritales y se llegaran a comprender

las acciones históricas del colectivo que en esta ocasión mostró, por última vez, de qué formas intentaban diseñar salidas autónomas y justas para la comunidad.

Ese día, *el de la Ternura*, el Alcalde Mockus cumplió con su compromiso de atender las expresiones de los más débiles asistiendo al festival. Quizá como parte de su estrategia política para apaciguar las inconformidades, compartió con los niños bailarines, se sentó junto a ellos y se prestó para una foto. También oyó a los mariachis sorpresa y desayunó tamal con chocolate y cuentan que al final dio un pequeño discurso público en el que, como siempre, se resaltó la capacidad organizativa de Comuneros. Pese a la fiesta y a la celebración, al final del baile igual hubo reubicación con violencia: fue un hecho sin reversa, desesperado e involuntariamente aceptado por Comuneros.

Mientras en la vía férrea había un *festival de la Ternura*, en Suba parecía haber un culto a la anarquía. Las protestas duraron todo el mes de febrero, soportadas en la consigna de negarse a la reubicación de los recicladores. Pese a las acciones pacíficas de Comuneros o a los desmanes de los habitantes de Suba, la reubicación se sentó como plan de gobierno, un plan que se prolongó tres años más por las dificultades financieras ya mencionadas, pero que en 1999 se convirtieron en un hecho tangible.

Llegó el día del desalojo, hasta ese momento se lograron acuerdos comunes para dejar los ranchos. La convicción de que las cosas no serían igual hacía parte de otro pacto silencioso que rondaba en el ambiente de nostalgia por dejar los ranchos que habitaron por varias décadas. En las fotos que algunos vecinos compartían conmigo resalta la foto del camión; al llegar a esta imagen me dijeron: “Este era el día que no queríamos que llegara”. Fue el hecho definitivo que, desde cinco años atrás, les estaba deparando una gran transformación para este pequeño gueto comunitario de la Zona Industrial.

Bueno, ese día llegaron y a cada cabeza de familia le pidieron la cédula. La echaban en una bolsita y ahí era como un sorteo, la cédula que sacaban era la del jefe de familia que tenía que irse con su gente a la casa número tal... Ahí nos estaban esperando las volquetas donde se cargaba el trasteo que realmente no era mucho, qué... las camas y los trastes de cocina por mucho. Todos nos pusimos de acuerdo con que no íbamos a destrozarnos los ranchos, para nosotros era muy feo verlos caer al piso porque eran todo y sobre todo pa' los chinos que no entendían, entonces como que todo fue irnos y que ya ellos despedazaran todo, sin que ninguno viera. (Lola)

Si alguno de nosotros pasa por la carrera cuarenta en camino a hacer una posible compra al Sanandresito, vamos a observar el único rancho que queda, el que pertenece a doña Chava; según me han dicho sus familiares, ella vive con un hijo y nunca aceptó oferta de reubicación alguna. Ha sabido pasar por encima de las disposiciones de varios funcionarios del gobierno argumentando que tiene las escrituras de su lote, que se las compró al distrito y solo la sacará de allí la muerte: “Esa mujer fue la más avispada de todos, eso nos echa cuento de que tiene escrituras pero eso es mierda porque ninguno de nosotros la ha visto y no la deja ver”.

Nuevos tiempos de lucha por el acceso a la vivienda.
Qué difícil es irnos del lugar que más queremos



Fotografía 12. Fachada de la casa de uno de los hermanos de Lola; se caracteriza por ser una de las mejor arregladas, tanto así que los demás hermanos han tratado de copiarla para sus viviendas.

Fuente: archivos de la autora (2015).



Fotografía 13. A las madres de familia comuneras les da nostalgia ver estas fotos. Muchos de estos niños disfrazados han cambiado, ya son adultos con hijos, se han divorciado y han regresado.

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (1996).



Fotografía 14. El espectáculo de mariachi fue la sorpresa del evento; mediante una recolecta organizada con la Junta, lograron contratar al grupo que homenajeó la presencia del alcalde.

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (1996).



Fotografía 15. Uno de los líderes de la comunidad conversando con el alcalde. Pregunté de qué estarían hablando en ese momento, pero nadie me dio razón. Si era hora del desayuno, entonces no era sobre la reubicación

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (1996).



Fotografía 16. El camión frente a los ranchos, esperando con el trasteo para emprender su viaje a la nueva vivienda en Suba. Este fue el momento que ningún Comunero quería que llegara.

Fuente: Álbumes familiares de Comuneros (s. f.).

Capítulo 4. Estas no son las “casitas” de Comuneros: nuevas estrategias para construir identidad

Una vez parten los camiones de la carrilera con todas las pertenencias de Comuneros hacia Suba, la construcción histórica del colectivo asume otro rumbo en el que los cambios espaciales y habitacionales tienen efectos altamente significativos en la estructura identitaria de la comunidad. La reubicación muestra a las nuevas generaciones otras formas de habitar el barrio y la ciudad, de relacionarse con los vecinos y de sobrevivir en medio de la pobreza. Las formas de vivir en la comunidad Comunera cambian de acento y hacen de la convivencia un escenario hostil, individualizante, que viene con el reto de asumir nuevas estrategias para continuar en la lucha por sus derechos.

En este cuarto capítulo se manifiesta el presente Comunero, el de los mayores que no saben si resignarse al nuevo barrio o buscar otro lugar y el de los jóvenes que no conocieron los ranchos, que no los extrañan porque sus buenos recuerdos los guardan en las casas de concreto con archidrón. Aquí nos encontramos todos, en el mismo escenario del barrio que llaman Casitas, compartiendo el mismo presente, hablando de los tiempos pasados y de las expectativas.

Cuando la reubicación en el barrio la Palma fue un hecho real e inaplazable, fue Nelcy Ramos quien sin un previo traspaso de responsabilidades tomó el lugar que tuvo que abandonar Blanca Rodríguez, presionada por la violencia en contra de la comunidad. En este nuevo tiempo, que no es menos difícil que el del pasado, Nelcy asume la vocería del barrio encargándose

del proceso de legalización de las viviendas. Es ella quien tiene lista la documentación para el abogado, trae brigadas de salud al barrio, tiene los listados de escolarización de los menores, censos poblacionales, pliegos de petición, demandas, a la vez que recibe las respuestas a sus oficios, continúa las gestiones, hasta que a veces vuelve agotada, con ganas de abandonarlo todo, pero persiste porque hay mucho que hacer por Comuneros.

Ella, en su papel de lideresa, se ha esforzado siempre por insistir en las cualidades y potencialidades de los habitantes del barrio, cada conversación es un recuerdo de las anécdotas que pasan cuando se ha vivido tantos años con la misma gente. Los testimonios tienen variaciones emocionales que van desde la desilusión cuando vieron las casas que correspondían a su reubicación, hasta la esperanza por recuperar algo del capital simbólico invertido en los años de la invasión. Las palabras que describen la sensación del recién llegado a una nueva casa están mediadas por sensaciones como la incertidumbre y el miedo que tras los años, por efecto de la cotidianidad, se van transformando con nuevos significados y afectos.

Llegamos y decir que esto estaba en obra gris es decir mucho, a nosotros nos dijeron que la casa se entregaba completamente terminada y ¿qué tocó llegar a hacer? A resanar el pañete, a destapar las tuberías y a terminar lo que ellos no hicieron. Esto venía con las puertas, las ventanas, la cocina es este pedacito y el segundo piso era una sola alcoba. Esto fue un cambio total, lo más triste de todo es que ya nos había separado a muchos, ya desde ese tiempo como que no éramos los mismos. (Nancy)

Como era de esperarse, la llegada al barrio no fue un acontecimiento grato; el incumplimiento de la Alcaldía respecto a la forma como serían entregadas las viviendas constituye el preámbulo de una serie de conflictos con los que la Comunidad Comunera debe cargar para aprender a domesticar el espacio del nuevo barrio. Aunque sus condiciones de existencia los continuaban marcando como ciudadanos vulnerables a los márgenes más profundos de la pobreza, desde el inicio de la reubicación fue necesaria la creación de mecanismos de adaptación para tratar de mantener la cohesión

comunitaria, pero también el asumir la apropiación de otro espacio para su desarrollo social, tomando como punto de partida las transformaciones sociales y espaciales que implicaron la salida de sus ranchos en la Cuarenta.

Un nombre para mantener vivo el pasado

Esta fue la primera foto que tomé del barrio de reubicación. Lo hice de forma clandestina porque todavía no entablaba lazos de confianza con los vecinos y el hermetismo que mantuvieron por tanto tiempo me hizo una persona tímida en la exposición de mis dudas. Por varios meses las fotografías las tomé desde la ventana del salón comunal, dando la espalda a las abuelas mientras mi hermana preparaba junto a ellas las rutinas de ejercicio; yo sacaba de mi mochila el celular para hacer una captura rápida. Sobre esta primera foto tengo varias versiones: de noche, de día, con lluvia o con sol, con gente y sin gente. Al fondo hay un mural que dice “Comuneros territorio de paz”. El mensaje del mural me confundía porque no entendía si la comunidad era a la vez un territorio, o si el territorio se llamaba Casitas ¿por qué no estaba integrado al mural este nombre? ¿A qué se referían cuando se hablaba de Comuneros como la gente y a veces como el lugar?, ¿dónde quedaban entonces las Casitas? Muchas preguntas por hacer.

Legalmente, este barrio se denomina Urbanización La Palma, este es el nombre que aparece en los recibos de los servicios públicos e impuestos como el predial y el de valorización. Una de las abuelas, que no es Comunera, pero que asiste a los ejercicios de los sábados, me comentaba que hace sesenta años este lote, al igual de los barrios aledaños, pertenecían a la hacienda también denominada la Palma, cuyo propietario era don Rubén Rodríguez, quien en la década de los setenta vendió el predio a un padrecito que repartió las tierras para la gente pobre como ella que vivía en los Chircales.¹

1 El suelo arcilloso del pie de monte de la cordillera Oriental favoreció el desarrollo de la industria ladrillera en los departamentos de Boyacá y Cundinamarca. A estas zonas

Me contaba también que por muchos años el lote donde hoy es la reubicación estuvo vacío porque allí se proyectaba la construcción de un parque para los barrios aledaños (Taberín, la Palma I, Costa Rica y Rincón). Pero las condiciones del suelo no permitieron el desarrollo de ninguna obra pues su adecuación era altamente costosa. Esta condición se mantuvo por varios años, hasta que Mockus decidió la reubicación de Comuneros, allí donde ninguna constructora proyectaba una obra viable.

Pero Comuneros no se refiere al barrio como Urbanización la Palma; los vínculos afectivos y simbólicos que persisten con la invasión de la Cuarenta los han llevado a adaptar pequeños aspectos del pasado al espacio y el tiempo del presente. De tal suerte que para los Comuneros, el barrio se llama así, como ellos: Comuneros. Un nombre que posee un origen difuso, pues para ellos, aludía posiblemente a sus formas de acción y organización, una manera eficiente de explicar su comunidad. Sobre el origen del nombre no hay mayores explicaciones, es una práctica más el haber adoptado una denominación histórica para adaptarla también a su nuevo espacio de vida. En otras versiones más sencillas, algunos Comuneros presumen que el nombre se debe a la anterior ubicación de la comunidad, pues la invasión de los ranchos se extendía hasta la avenida también llamada Comuneros.

de producción de tejas, tablones y ladrillos se les denomina *chircales*. La palabra *chircal* proviene del nombre del árbol (Chirca) de donde se extrae la leña para hornear el barro y obtener distintos elementos cerámicos (Molina, 2010). En el contexto bogotano, producto del mismo desplazamiento sufrido por Comuneros, muchas familias deciden trasladarse hacia los chircales de los cerros bogotanos, donde viven de la elaboración de cerámica para los grandes terratenientes. Las condiciones de vida de las personas que habitan en los chircales son precarias pues no poseen la propiedad de las tierras ni de la maquinaria, son empleados que aparte de recibir remuneraciones mínimas exponen su salud a distintos riesgos generados por las bajas temperaturas de los cerros y las partículas tóxicas propias de la producción ladrillera.

Por los daños ambientales que provoca esta actividad, muchos chircales han sido cerrados; sin embargo, personas como la abuela recuerdan todos los años que resistieron al hambre gracias a las chircas (Díaz, 2002).

Los recuerdos y la gratitud hacia el tiempo pasado son arrastrados mediante mecanismos de recuperación de la memoria como el uso del nombre de la reubicación para sus nuevas viviendas en la localidad de Suba. El nombre de Comuneros constituye una forma de autorreconocimiento de la comunidad, así como una carta de presentación ante los ajenos. Dado que la reubicación implica el desarraigo de una parte de su historia, de su suelo y su hábitat, mantener esta denominación puede ser un pequeño acto de resistencia para mantenerse en comunidad ante la pérdida del pasado.

Comuneros no busca que nadie venga a decirles que pobrecitos que viven muy mal, lo que nosotros buscamos es una dignificación de nuestro ser como comunidad trabajadora que somos. Aquí no vamos a decir que vivimos fumando la pipa de la paz, pero sí vivimos buscando una reivindicación de lo que somos, Comuneros es trabajo y son las ganas de salir adelante. (Nelcy)

Entre todos los cambios que sucedieron en Comuneros tras la reubicación, uno de los más significativos ha sido la pugna entre las visiones generacionales acerca de la comunidad. El hecho de adaptar el histórico nombre de Comuneros al nuevo barrio de reubicación no fue plenamente aceptado por todos los agentes de la comunidad. La población juvenil Comunera que recién llega a Suba debe buscar una nueva identidad para hacerse presente en la zona. El mecanismo construido por esta generación fue la creación de un nombre alterno al que dio la comunidad, esta denominación es *Casitas*, nombre con el que siempre conocí el barrio, pero que me encontré que no es aceptado por el grueso de la comunidad por la carga negativa que tiene el nombre.

“Casitas” es el símbolo del estigma, lamentablemente ese nombre se lo inventaron nuestros muchachos cuando llegaron al barrio y empezaron a hacer pandillas, para darse a conocer frente a los chicos de otros lados, empezaron a decir que esto era “Casitas” y así se quedó y así le empezó a llamar todo el mundo, pero eso no debería ser porque ese es el nombre que marca al barrio, es el nombre del estigma. (Nelcy)

Uno toma la mala costumbre de decirle al barrio “Casitas”, pero todos deberíamos aprender a dejarle de decir así porque ese fue el nombre que los ñeros que viven aquí le pusieron al barrio. No sé si me entiendas, pero “Casitas” es el nombre con el que se refieren aquí para decir que el barrio es severa olla, uno obra mal aceptando este nombre, porque aquí se llama es Comuneros. (Camila)

Cuando oía estos testimonios no pude evitar sonrojarme porque recordé que recién llegué al barrio hablaba de Casitas, preguntaba características del entorno acudiendo a ese nombre, sin saber que es una denominación no aceptada. Después por efectos de la costumbre aprendí a decirle al barrio Comuneros. Sin embargo, durante la construcción de este texto quise mantener el nombre de *Casitas* para diferenciar los momentos de aprendizaje durante el trabajo de campo: cuando pensaba en las casitas, cuando supe de los ranchos y cuando finalmente reconozco que en todo momento han sido sencillamente Comuneros.

Las transformaciones y las luchas por la permanencia

Las transformaciones que se dan en el espacio social de Comuneros se enmarcan en el estigma producido por los efectos del habla del crimen expandidos desde las protestas de 1994. Las rupturas en las prácticas históricas de la comunidad y la responsabilidad de crear nuevos acuerdos para reorganizarse y adaptarse a la reubicación recaen de distinta forma sobre cada generación Comunera, pues las experiencias han variado de acuerdo al tiempo vivido en la invasión.

Para las generaciones que nacieron, vivieron su juventud y formaron su familia en la invasión, los golpes del cambio en cuanto a la organización comunitaria, familiar y laboral serán más certeros que para los Comuneros que llegaron recién nacidos o siendo niños en edad escolar. Para ellos, el mayor reto será la convivencia en la escuela, el conocimiento de nuevos espacios de socialización y el enfrentamiento a otras opciones de futuro

que no necesariamente se encontrarán en el reciclaje. Esta diversidad de experiencias masivas y de transformaciones es matizada por una nueva generación de Comuneros; los niños y jóvenes que nacieron en el barrio de reubicación y solo saben de los ranchos de la Cuarenta por las fotografías, las narraciones de sus padres y demás familiares que recuerdan constantemente sus ranchos y su pasado.

Dadas las diferencias que se acentúan entre las generaciones de Comuneros, es necesario aprender a disponer de nuevas estrategias convivenciales, laborales, educativas y familiares para ajustarse a otros campos donde la distribución de familias en el espacio ya no es la misma, y por ende las relaciones vecinales tampoco; el reciclaje ya no puede ser la única y más rentable fuente de trabajo, la escuela ya no es compartida con otros niños provenientes de invasiones. Así como muchos Comuneros tuvieron que alejarse de su grupo para irse a la urbanización de Ciudad Bolívar, el capital cultural y espacial acumulado en la vía férrea también se disipó, abocando a las personas que quedan de la comunidad a configurar un nuevo sentido práctico para trabajar, para vivir en la casa y en el barrio y para estar en la escuela.

Guerra de carretas: estrategias para la búsqueda del sustento

Sí, me pongo a pensar sobre lo peor de la reubicación... pues... todo o casi todo. Es que nos alejaron de nuestras fuentes de trabajo y tras del hecho lo que hicieron fue ponernos más obligaciones: que paguen luz, que paguen agua, vainas por las que antes no nos preocupábamos. Ahora que no tenemos ni un peso sí llegan las facturas para acosar. (Alcides)

Uno de los aspectos trascendentales en el fallo de la Corte Constitucional fue el de propender por la integridad de la comunidad alrededor de sus actividades de subsistencia. Sin embargo, desde la primera fase de reubicación se predijo que no sería posible conseguir un lote cercano a la Zona Industrial, primero por la falta de gestión administrativa de los funcionarios de la Alcaldía, a quienes la premura por el cumplimiento en la construcción del Metrobús

y otros proyectos les costaba más que la reubicación digna en la comunidad. Por otro lado, los propietarios de los lotes cercanos a la Zona Industrial no estaban dispuestos a cederlos a una población de recicladores marcada con las etiquetas de las adicciones, la falta de higiene y la criminalidad.

Las opciones para la construcción de las casas Comuneras se limitaron, como suele suceder para los más pobres: ubicadas en la periferia. La geografía de la ciudad contemporánea traza líneas de exclusión en las que poblaciones como Comuneros no tienen cabida en zonas centrales de la ciudad ni con alto tránsito de flujos. Por el contrario, la ciudad para los pobres es la ciudad periférica, aquella donde las redes de acceso a espacio público son inexistentes, pues la calle y los parques cuando están construidos no se configuran como espacios de esparcimiento sino de inseguridad. Por otro lado, el acceso al transporte es una odisea diaria, pues el traslado de las periferias hacia los centros industriales es largo y la oferta de transporte hacia esas zonas no corresponde a la demanda del gran número de trabajadores que se mueven por la ciudad.

El lote de la Urbanización la Palma, no le permitía a ninguna familia comunera un acceso fácil a la Zona Industrial. El tiempo para transportarse hasta Puente Aranda era superior a una hora y el dinero diario para los pasajes les estaba restando inversión a otras necesidades básicas, como la alimentación. Aunque los ingresos del reciclaje se mantenían, este dinero no alcanzaba porque aparecieron nuevos gastos con los que la economía doméstica entraba en una grave crisis.

Al principio fue muy duro porque fue como acomodarnos los relojes, no pudimos ir a trabajar juiciosamente y la plata no estaba alcanzando igual porque se nos sumó la pagadera de bus para llegar hasta allá y ya no era la misma ganancia. (Alcides)

La falta de acceso a las fábricas y los centros de acopio empezaba a generar la desvinculación progresiva con la actividad del reciclaje. En cada hogar se estaban manifestando las dificultades que los jefes de hogar

experimentaban para lograr llevar sustento a sus hogares. Antaño, el camino de recolección de basuras aseguraba además de una modesta cuota de dinero, un plato de comida para los más pequeños sin que este tuviera precio alguno. En las fábricas de alimentos les proveían de raciones que al final de cada día o cada mes daban como resultado una cuota alimentaria de costos mínimos para la familia.

El orden urbano y cultural en Suba no les permitía a Comuneros despertar los sentimientos solidarios que eran posibles en otros espacios donde las personas estaban prestas a ofrecer una colaboración, pues las relaciones mediadas por el irrespeto hacia su labor de recicladores minó por largo tiempo su convivencia con los vecinos, que no solo rechazaban al Comunero reciclador sino que además —aunque no lo aceptaran— compartían con ellos las mismas condiciones de existencia con las que tampoco hubieran podido proveerles alguna ayuda material.

El reciclaje dejó de ser una opción económica y flexible para tener recursos, fue por eso que en la mayoría de familias estas prácticas laborales fueron sustituidas por servicios de conducción de transporte público, ventas en locales comerciales de la zona y en el sector de la construcción. Con la reformulación de prácticas variaron los horarios de estadía en casa, en algunos casos los ingresos económicos aumentaron pero ese excedente debió ser invertido en las nuevas obligaciones tributarias que exige la vida urbana en los linderos de la formalidad.

Ser reciclador ya no era tan rentable, porque para mantenerse en la zona industrial hay que pagar el estacionamiento de la carreta, que los pasajes, que tocaba salir más temprano o en su defecto llegar más tarde. Bueno, en Suba también hay qué reciclar, pero resulta que la localidad ya tiene sus propios recicladores y lo que pasó fue que se entró en una competencia por las basuras y por las zonas de recolección en las que Comuneros tenía todas las de perder. (Humberto)

También es cierto que unas pocas familias optaron por continuar con el reciclaje aun con las dificultades emergentes. En el caso de Lola, cuyo único sustento económico lo aporta ella, mantenerse en el mismo oficio constituía un riesgo, pero también una garantía al conocer previamente cuáles serían los ingresos posibles. También, en la familia de Pecosó, su esposa Aura decidió mantenerse en la tarea empleándose en una bodega cerca de su casa, donde se ha mantenido recibiendo el reciclaje, clasificándolo y organizándolo para la posterior venta en la Zona Industrial.

Aquí mucha gente llegó y ya le dio pena seguir reciclando, muchos se creen de mejor familia, yo no tengo necesidad de aparentar lo que no soy. El reciclaje me ha dado de comer toda la vida, ahora es más jodido pero uno aprende a hacerle la trampita. (Lola)

La reubicación coincidió con un cambio en los patrones de recolección y clasificación de los residuos. Los discursos sobre desarrollo sostenible del siglo XXI hacen que las iniciativas sobre el reciclaje pasen de ser una labor asumida desde la marginalidad como medio de subsistencia a otra fuente de ingresos rentables para las empresas que emiten los desechos. Muchas fábricas dejaron de contratar personal externo para la recolección de las basuras y optaron por recolectarlo y clasificarlo para venderlo directamente a los centros de acopio sin recicladores que sirvieran de intermediarios (Parra, 2007). De esta forma, los recicladores Comuneros perdieron un amplio margen de acción en la Zona Industrial; los espacios que quedaron disponibles para la labor fueron las calles de las zonas residenciales, donde el producto recogido es menor, así como el precio de venta en los centros de acopio también disminuye.

Mucha gente que dependía del reciclaje donde abundaba ahora estaban aquí donde no se consigue nada, entonces ya comenzaron a desplazarse de madrugada para poder trabajar en la Zona Industrial, pero ya se empezó a hablar de reciclaje entonces y no lo regalaban sino que lo mandaban directamente a fundaciones o lo vendían ellos directamente, pues definitivamente se les cerraron las puertas de trabajo a esta comunidad. Ya estamos hablando

del año 2000 ya se controlaba lo del reciclaje, la fábricas ya se encargan de reciclar sus propios desechos o los comercializa, hay empresas que ya se especializan en saber que hay demasiado reciclaje, lo pesan y lo compran o lo cambian por productos de aseo, definitivamente le cerraron los ingresos a la comunidad, ahí es cuando a la mayoría por obligación le toca cambiar de trabajo y de modo de vida. (Humberto R.)

Con la modificación en los precios de venta del reciclaje, el presupuesto al que ya venían acostumbradas las familias Comuneras tambaleó frente a las nuevas necesidades que acarreó vivir en una vivienda formal. Las finanzas básicas que manejaban en la Cuarenta empezaron a añorarse, así como las formas de vida en las que las prácticas de solidaridad y cooperación de las personas los mantuvieron al margen de los variables precios de la canasta familiar.

Que yo me acuerde, un kilo de papel por ejemplo valía 50 pesos y eso era ¡platiza! ¡100 pesos era platiza! ¡Dos pesos no era plata, era platiza! un peso alcanzaba pa' muchas cosas, pues alcanzaba para lo poquito que yo me acuerdo porque la verdad no es que me acuerde muy bien, pero sí tengo algo de conocimiento, con dos pesos que me da mi mamá, diez pesos, me servía para muchas cosas y hoy en día mil pesos ¿para qué alcanzan? Para nada. La diferencia es muy grande, eso cambió, cambió totalmente acá, más ahora que las fábricas como saben que eso tiene valor. (Lola)

Pero los cambios no solo se sintieron en las ganancias del reciclaje, sino en cambios hábitos para el ejercicio del recolección y clasificación, la forma de mantener el orden del espacio público ser competitivo ante otros recicladores afectó el desempeño de los Comuneros en su recorrido. El tiempo invertido en un servicio de aseo no remunerado se tradujo en un mayor período recorriendo las calles, tardándose más en recoger los desechos, perdiendo la oportunidad de pasar por otras calles y recibiendo dinero poco significativo para las obligaciones del diario vivir.

A uno se le aumenta el trabajo porque vea profe, si va digamos a un conjunto de apartamentos tiene que dejar limpio el *shut* y sacar su reciclaje y eso lo hace de gratis, solo por el derecho a sacar la basura. Ahora si usted va por la calle, por decencia por evitarse problemas usted tiene que dejar organizadas las bolsas que abrió para buscar la basura, hay colegas groseros que no lo hacen pero eso es también dañarse la imagen. Al final, imagínese que yo cojo diez kilos de cartón, cuánto valen diez kilos de cartón a 200 pesos, 2000 pesos... en cambio, un peso, anteriormente vendía usted un kilo de papel, eso era plata un peso, lo partía entre dos, de a 50 centavos, alcanzaba, era plata. Con 2000 pesos le digo que me alcanza para pan, no más, así pasa en los días bien malos. (Lola)

Para quienes ya no vivían del reciclaje la situación económica no varió mucho, pues aunque se tuvieran un sueldo fijo, en la gran mayoría de hogares las obligaciones económicas recayeron sobre una sola persona, bien sea el papá o la mamá. Con unos ingresos que no alcanzaban para la adquisición de los equipamientos básicos, las prácticas comunitarias entraron en un proceso de deterioro, en el cual la estrategia a seguir asumió un carácter individualista donde lo más importante fuera salvaguardar lo poco que se obtiene de puertas hacia dentro en cualquier hogar.

Aquí se acabó eso de que ay que si usted no tiene un plato de comida yo le colaboro ¡aquí suerte! La indiferencia es tenaz, usted ya no puede pedirle a alguien que le eche un ojito a lo suyo porque se lo van es quitando, llegue a descuidar sus cosas a ver qué pasa. La confianza se perdió porque las vainas se ponen duras y empieza a primar la ley de sálvese quien pueda. (Lola)

La salida de los ranchos significó la pérdida de prácticas cooperativas como aquellas acciones propias de los hábitos campesinos en donde prima una cercanía afectiva entre las personas pertenecientes a la comunidad. Salir de la carrilera es como salir nuevamente de la vereda y enfrentarse a la hostilidad de la sociedad que compite bajo las lógicas de la producción capitalista. Se podría decir que la vida informal en la avenida del ferrocarril los enajenó en cierta manera de las normas a partir de las cuales se teje la

vida social en la ciudad contemporánea, donde la acentuación de la competencia individual es proporcional al crecimiento de las diferencias entre las clases sociales.

Extraño la confianza que había entre nosotros cuando alguien necesitaba algo del otro, aquí no es posible, la gente vive como con el afán de conseguir la plata para vivir, aquí usted no puede dejar nada descuidado porque ya hay otro poniéndole el ojo y eso duele, duele porque nuestra gente no estaba acostumbrada a eso, si a usted le hacía falta algo, manos eran las que sobraban para ayudarle. (Vecina)

La segregación espacial y simbólica ejercida mediante la reubicación de las familias comuneras despoja a la comunidad de capital espacial, lo que termina por marcarlos como los agentes diferentes del vecindario, de quienes se debe mantener distancia, otorgándoles los bienes más escasos, condenándolos a verse y sentirse más miserables e indeseables ante el espacio social que los rodea. Las opciones de habitabilidad de Comuneros se hicieron exiguas: en la carrilera eran pobres, pero convenientemente invisibles, en el nuevo barrio son miserables, señalados por sus carencias y profundamente rechazados (Bourgois, 2010).

Los ingresos limitados desencadenaron otro de los grandes conflictos de Comuneros en la actualidad: el dinero recibido mes a mes no era suficiente para pagar las cuotas acordadas por la Caja de Vivienda Popular. ¿Cómo cumplir un acuerdo que la Administración distrital tampoco cumple? ¿Cómo pagar las cuotas de una vivienda que no reúne las condiciones mínimas de habitabilidad que ellos esperaban?

Pues lo que resultó fue que a muchos no se les conseguía trabajo porque al saber que vivimos aquí en mucho puesto lo rechazan por tanta cosa que se dice ¿sí? Entonces empezó a haber una crisis en la que los ingresos realmente no estaban alcanzando para pagar las cuotas que eran como de trece mil pesos. (Humberto R.)

Yo digo que no sé porque la gente, o sea, de pronto la gente esperaba cambiar para bien, pues para bien cambiaron unos, pero otros no, la verdad, para bien cambiaron unos, unos no. Pero siempre eso de que si el uno tiene más o el otro no tiene pues... hizo que muchos, sobre todo los pelaitos agarraron para donde no era, al no conseguir trabajo o al ver que las cosas estaban tan fregadas, pues empezamos como en picada. (Lola)

El capital espacial y simbólico perdido tras la reubicación ha sido una garantía difícil de recuperar. El deterioro en torno a la identidad del reciclador Comunero de la Cuarenta viene siendo sustituida por la identidad del reciclador reubicado que no posee trabajo estable, que es deudor moroso y agente propenso a caer en la vida criminal para poder sobrevivir.

Aunque solo he revisado un aspecto de la transformación tras la reubicación, es válido intentar percibir cómo las modificaciones en las prácticas de subsistencia deforman la esencia del gueto comunitario construido entre las décadas de los sesenta y los ochenta. La degeneración que estaba sufriendo Comuneros como efecto inmediato de la reubicación puede denominarse como un tránsito hacia lo que el mismo Loic Wacquant denomina *hipergueto*, una lastimosa evolución del gueto comunitario en donde se sustituyen los valores de solidaridad y sentido de pertenencia por la incertidumbre y la hostilidad causadas por el aumento del desempleo, la estigmatización y las dislocaciones sociales producto de dichos fenómenos (Wacquant, 2007).

En el gueto comunitario, la honradez del trabajo de reciclador agrupaba en sentimientos de orgullo a la población que en búsqueda de mejorar sus condiciones de existencia por medio de la autogestión ponía en práctica estrategias que aseguraron por largo tiempo su unión y dignificación del trabajo, experiencias que los blindaron del señalamiento hasta el inicio de la década de los noventa. Ahora en la reubicación, la presión del desempleo y el estereotipo criminal que los acompaña insertan a las personas en un nuevo campo en el que la vergüenza y el desprecio público los segregan de la ciudad en la que han crecido como comunidad.

Hijos solos, hijos delincuentes

Aunque hace un par de meses dejé de grabar las conversaciones que tenía con las personas de Comuneros, no dejé de llevar la grabadora entre mi mochila, pues sentía que aunque la investigación de campo ya se había terminado, el continuo contacto que he mantenido con ellos me podía dar nuevos elementos de los que antes posiblemente no disponía.

En mi posición estratégica de mantenerme siempre frente al Salón Comunal lograba aprender, escuchar y ver muchas cosas. Sin embargo sobre esa labor de observación que acompañaba mis interacciones con Comuneros, lo que más disfrutaba era la posibilidad de que algún niño o niña, muchacho o muchacha se sentaran conmigo a hablar del colegio, del que les cae mal con el que pronto se van a encontrar para pelear.

Sucedió la coincidencia de que hace un par de meses, cuando mi asistencia al barrio no tenía un interés específico como sí sucedía otras veces, mientras hablaba con Kike, Darío y Carolina, llegó alguien con más ganas de hablar que cualquier otro: era José Luis, un muchacho que muchas veces vi, pero con quien muy pocas veces hablé. Apareció sorpresivamente, apoyó su rodilla en mi espalda mientras yo estaba sentada en uno de los andenes frente a la casa de Lola, oprimió con fuerza y me dijo: “Pase ya mismo la mochila para tomar lo que me pertenece”.

No niego que por un segundo, antes de que me diera cuenta de quién se trataba sentí el miedo que nunca sentí estando en el barrio. Pensé en lo imposible que era que alguien atentara contra mí, sabiendo que llevo un tiempo medianamente considerable con ellos. Kike, el niño que me acompañaba ese día, lo saludó; en ese momento mi temor se disipó y lo invité a sentarse. Tomó mi mochila y vio la grabadora; me dijo que él también quería contar su parte de la historia.

Yo soy malo pa' las cuentas, tengo 27 años, eso quiere decir que llegué aquí cuando tenía... 10 años y desde que llegué siento que aquí hemos sido juzgados todos [abre los brazos para señalar todo el barrio], aquí vinieron y

cogieron a los del barrio, no digo nombres, solo digo barrios alrededores, [sic] vinieron y cogieron a los pelados y los azotaron. Entonces los chinos abrieron los ojos y dijeron [sic] no, eso es una mentira, a nosotros no nos van a azotar, nosotros también podemos y ese fue el problema del ser humano que si este tiene yo también puedo tener, entonces se armaron también y entraron las guerras. Estoy seguro que los ladrones que hay no salieron del barrio, fueron los del rededor que pudrió este barrio, porque en la Cuarenta los pelados eran relajados. (José Luis)

Lo que José Luis me estaba narrando no era más que una de las tantas expresiones del deterioro al que se vio sometida la comunidad, sobre todo los niños y los jóvenes, quienes prácticamente vivieron la primera parte de sus vidas aislados de las dinámicas juveniles en las que suelen involucrarse los jóvenes cuando habitan en barrios segregados con altas condiciones de vulnerabilidad.

Los jóvenes de la reubicación desarrollaron su cotidianidad en torno a las horas de escuela o a los extensos recorridos por la ciudad sobre una carreta acompañando a sus papás en los procesos de recolección y clasificación de los desechos. Aunque pasaban gran parte del día recorriendo las calles, no lo hacían solos, pues como bien se sabe, en la labor del reciclaje cada integrante de la familia tenía su obligación. Ahora que el trabajo no giraba en torno a esta labor ¿cómo se mantenía el control sobre los hijos?

¿Qué pasó con los jóvenes de la comunidad? Que las personas tuvieron que empezar a dejarlos solos en las casas. Como ya no era posible trabajar cerca de la casa, pensar en pagar cuatro transportes era un sacrificio muy grande, además que la gente ya no puede trasladarse sus chinitos para el trabajo. La situación económica es de tanta escasez que papá y mamá tienen que salir juntos a trabajar y mientras tanto no se puede hacer nada con los muchachos porque ellos no saben hacer nada, entonces se empezaron a quedar solos en la casa y ¿qué hacían? Corra para la calle, amontonados en las esquinas, viendo cómo se portaban los de aquí y tratando de igualarse a ellos. (Nelcy)

Uno de los argumentos más citados por los habitantes de Suba durante las protestas de 1996 era que con la llegada a Comuneros el consumo de drogas y la delincuencia organizada se apoderarían de la localidad. Sin embargo, puede comprenderse que los efectos del habla del crimen no solo servían para justificar la criminalización de los Comuneros, también servían para justificar la existencia de problemas como la delincuencia juvenil u otros conflictos complejos como el tráfico de drogas al que la juventud de Suba ya se veía abocada desde antes de la llegada de Comuneros. Una manera de prolongar el rechazo hacia los recicladores consistía en insistir que las pandillas y el consumo de droga entre niños y adolescentes se incrementaron casi de manera espontánea con la llegada de los reubicados.

Pese a las versiones sobre Comuneros como foco de inseguridad, tuve la oportunidad de compartir algunas observaciones con personas ajenas a la comunidad, como en el caso de algunas abuelas que asistían al barrio con frecuencia y lograban desarrollar otras versiones en torno a la ya malgastada imagen del reciclador.

La delincuencia que hay aquí no es culpa de Comuneros, vivo en Taberín desde 1970 y los ladrones ya existían hace rato porque por las primeras pandillas eran unos Cepeles y los Bambinos, esos eran como una mafia familiar, la abuela dicen que está en la cárcel y de ahí para abajo toíticos son los encargados de repartir el vicio en las ollas. Entonces los delincuentes no es cierto que llegaron con los Comuneros, ahí le estoy diciendo que estaban desde rato. (Ana)

Los niños y jóvenes salen a los barrios aledaños y encuentran nuevas disposiciones con las cuales pueden moverse por el espacio. Esta generación Comunera comprende que su espacio social se ha transformado y que la manera de apropiarse de este nuevo escenario consiste en asumir prácticas similares a las de sus vecinos, quienes después de todo compartían las mismas condiciones de existencia, por lo tanto, asumir sus disposiciones les permitiría producir prácticas de adaptación parecidas a las de los lugares circundantes del barrio.

Dicho encuentro entre realidades juveniles ahora similares no se da de forma pacífica; por el contrario, son los conflictos entre los dos bandos los que llevan a los jóvenes Comuneros a buscar una forma de “hacerse respetar” (Bourgois, 2010), de demostrar que también podían llegar a ser poseedores de los atributos de los demás jóvenes de la zona, tal y como lo relataba José Luis.

Lo que yo le digo no son mentiras, de un momento a otro usted empezaba a ver a los pelados enfierrados, que con billete, uno todavía ve cómo vienen severas camionetas aquí a la entrada del barrio, se charlan a uno de estos peladitos y uno que ya pasó por esas sabe para qué es. De repente no son solo las armas, también son las drogas porque cuando aprenden a repartirla también aprenden a consumirla. (José Luis)

Mientras José Luis hablaba, observé que en su relato trataba de poner distancia hablando de los otros, de los que asumieron las disposiciones de los expendedores de drogas de la zona, de los que empezaron a llevar armas bajo sus chaquetas y tomaron esta labor como su forma de vida, como su actividad de subsistencia. Por un momento pensaba que quizá José Luis no había entrado en ese círculo; su forma de hablar, de defender su trabajo, la ropa deportiva que tenía puesta daba cuenta de un hombre padre de familia en un día de descanso, con cuerpo robusto y altivez al hablar, aunque vivía en Comuneros decía tener acceso a lujos como el automóvil. Sin embargo, a medida que avanzaba su relato, el tono de su voz cambiaba y los temas que trataba tomaban una dirección desafortunada.

Aquí en Comuneros todos han probado la marihuana, yo la he probado, no voy a decir que no, porque aquí el que diga que no se ha metido nada es como si estuviera negando a la misma mamá. Yo no me dejé enredar por esas vainas porque yo tengo una autoestima alta, me gusta vivir bien y tener a mis tres hijos viviendo como se debe. Yo aprendí a trabajar desde los cinco años, no quise ir a la escuela porque conocí la plata muy biche. Aprendí a reciclar con mi madrecita y eso me dejaba buena plata, entonces

yo crecí siendo ambicioso por conseguir camello para poder comprar mis cosas, acostumbré a mi mujer a que no trabajara porque yo soy quien trae el sustento mientras ella está pendiente de mis pelados.

Pero aquí la gente se pudre, en el barrio hay mucho enemigo y todo lo que usted tiene siempre hay otro que se lo quiere quitar. Y a uno las malas amistades le enseñan eso, uno no quiere robar, yo no creo que al principio uno se lo proponga pero esta mierda lo arrastra a uno con todo y la mala gente que lo rodea [...] En estos momentos estoy en domiciliaria, por eso estoy al frente de mi casa sin poder salir del barrio. A mí me cogieron por porte ilegal de armas, pero yo no estaba haciendo nada malo, yo saqué el fierro de mi propia casa para feriarlo porque necesitaba plata, en esas me cogió la policía y aquí me tienen llevado del hijueputa.

Yo trabajo reciclando en más de veinte conjuntos de la Campiña, conozco celadores, aseadoras, administradores y propietarios de apartamentos que me conocen como una persona sana. Pero nada de eso le valió al perro juez porque lo único que a él le importa es pagar un puto abogado para que no haga nada por mí, solo robarle plata al Estado, plata que podría invertirse en la dignidad de los presos porque la vida en la cárcel es un puto infierno.

[...] Mi condena es de cuatro años, llevo dos, pero a lo bien yo no hice nada malo. Uno reciclando se encuentra hasta plata untada de mierda, yo en una ocasión me encontré una pistola y la guardé, me la traje, la escondí. Nunca la saqué, jamás la disparé y fui tan cagado que el día que la saqué para llevarla a una casa de empeño me requisaron los tiras. Los policías preguntan ¿Que dónde vive? Nada, que yo vivo en Casitas, los manes dicen: de una este es un malandro, para la UPJ. (José Luis)

Luego de sostener una conversación por más de tres horas con José Luis, quien tal vez en su condición de detenido domiciliario necesitaba un tiempo de distracción, utilizó mi grabadora para exponerse como un hombre inocente e inconforme frente a su condena y al sistema penal en general. Por momentos tomaba la grabadora con fuerza, alzaba la voz y señalaba con su índice izquierdo como si el juez estuviera ahí indefenso ante su discurso,

denunciaba la falta de acceso que tenía a la educación y a un trabajo para sostener a su familia, le gritaba a la grabadora la impotencia que siente al no poder llevar a sus hijos al parque: “Tengo un peladito de tres años que está todo el día conmigo, me pide que lo saque a pasear y me siento un inútil porque las cosas más básicas no las puedo hacer”.

El discurso de José Luis me hizo pensar el resto de la tarde y aún hoy cuáles fueron los *efectos del lugar* sobre la generación de Comuneros que llegó siendo infante y creció en Casitas (Bourdieu, 2010). De qué manera estos agentes deciden apropiarse del espacio físico por medio de estrategias validadas con el crimen, una serie de acciones que van más allá de la informalidad con la que se acostumbraron a convivir en la carrilera. En este caso, el dominio por el espacio que estaban asumiendo los jóvenes de Casitas consistía en emular las acciones de los agentes ya sentados en los alrededores del barrio. En el lugar dispuesto para la reubicación de los Comuneros, el poder sobre los otros se da, en gran parte, por medio de los actos delictivos, como si de alguna forma, la domesticación del espacio al que se enfrentaron estuviera definida por la aceptación voluntaria del estigma puesto sobre ellos.

Es muy vergonzoso aceptar que los pelados que llegaron sanos, se nos fueron dañando por el camino, ellos son los responsables de que a este barrio le reconozcan como “Casitas”, a nosotros no nos gusta ese nombre porque es el nombre del estigma, es el nombre que los pelados metidos en pandillas le pusieron a su barrio para marcarlo, para indicarle a la gente que aquí es donde vivían y que aquí no se podían meter. Nosotros hemos hecho un gran esfuerzo porque la gente se acostumbre a que este barrio sea Comuneros, no ningún Casitas, este es un barrio de personas honestas y trabajadoras, por pocos se nos marca como delincuentes, pero eso no es así. (Nelcy)

A Nelcy le pregunté sobre el caso de José Luis, hablamos sobre su condena tratando de comprender cuáles han sido las acciones que han determinado un presente fatídico para las generaciones más jóvenes de Comuneros.

Usted sabe que a cada historia siempre le falta un pedazo y esta no es la excepción. A José Luis lo conozco desde que era chiquito y ese era un chino trabajador y mujeriego como él solo, pero un pelado sano. Un día resultó con que estaba detenido, él mantiene su versión, pero aquí entre nos lo más posible es que se haya terminado yendo tras la tentación de quién sabe qué. (Nelcy)

Después de la reconocida labor de Blanca Rodríguez como líder de la invasión en la Cuarenta, en esta segunda parte de la historia de Comuneros, es Nelcy Ramos quien asume la representación de una comunidad transformada por los efectos de la reubicación. Esta líder ya no encabeza una comunidad articulada como la que se gestionaba en la Cuarenta, ahora es necesario intentar reconstruir lo comunitario con las personas que quedan, tratar de llamar la atención de los jóvenes que se avergüenzan de pertenecer al barrio y de los adultos que buscan la manera de irse huyendo de los señalamientos.

Es difícil trabajar por la cohesión de la comunidad cuando empiezan a faltar tantas piezas. Pese a ello, Nelcy toma la vocería de los que todavía no se conforman con sus viviendas, pero más importante aún, se encarga de ser un apoyo para cada padre de familia que ve a su hijo alejándose del sistema escolar, alejándose de la posibilidad de crear un presente beneficioso para Comuneros. Desde la llegada a la reubicación, Nelcy ha interiorizado una intensa preocupación por los jóvenes de la comunidad, todos los días ha estado atenta a la búsqueda de talleres para la ocupación del tiempo libre de los jóvenes, es quien se encarga de sus procesos de escolarización, de la asesoría de tareas, de actividades culturales que ofrece la Alcaldía local de Suba.

A veces, de manera equívoca busca darles consejos a los jóvenes que han manifestado tener dificultades, pero cuando ella se acerca, ellos se molestan, no quieren que “La vieja lámpara les esté dando lora”.² En una ocasión

2 Cuando hemos tenido la oportunidad de hablar con jóvenes como Camila o como Kike, reconocen la autoridad de Nelcy como conocedora de las dificultades por las que pasa la comunidad en relación con el incumplimiento de las autoridades en el proceso de reubicación. Sin embargo, hablan también de la molestia que les genera sus gestiones en torno a su futuro escolar, lo toman como una intromisión en su vida privada, a

vimos con Magaly que estaba Kike grande sentado en una de las escaleras de la manzana central, siempre que él nos veía le gustaba acompañarnos a donde estuviéramos y armaba un tema de conversación para el momento, pero esa tarde estaba distraído, pasamos por su lado y no se inmutó. Nelcy que venía atrás paró frente a él, le preguntó por el colegio, le habló de la importancia de volver a estudiar, de que no pasara tanto tiempo en la calle. Kike nunca respondió, nunca la miró a los ojos, era como una estatua, parecía que se burlara de ella.

Después de unos minutos Nelcy se cansó, reconoció que aunque sabe de los problemas de los muchachos, no tiene la idoneidad para acercarse a ellos. ¿Qué tendrá ese Kike que se hizo el loco, así como con todo? No dijimos nada, pero Magaly se acercó y me dijo en voz baja: “¿Cómo le va a hablar? Pobre pelado, todos estos días se la ha pasado en unas trabas”. De eso yo tampoco me había dado cuenta.

Aunque la lejanía generacional no le permite a Nelcy auscultar de una manera eficaz en los problemas más grandes de los jóvenes, no ignora la raíz de los conflictos sociales que los rodean. Estar al frente de cada solicitud que llega a su casa en busca de ayuda para algún familiar Comunero la ha hecho una plena conocedora sensible de la mayor pérdida que han tenido con la reubicación: la unidad familiar.

[Recostada sobre la mesa de su comedor, mientras finge trazar con el dedo índice los detalles del mantel] Lo más doloroso de esta reubicación ha sido presenciar cómo las familias se van desmoronando poco a poco. Haber dejado a nuestros muchachos y pensar que los trajimos pequeñitos y que hoy más de la mitad están muertos o están en la cárcel. Toda esa generación que hoy debería tener al menos treinta años quedó perdida, en la

veces han buscado ignorarla o engañarla diciendo que todo va bien, que han mejorado. Esta condición de rechazo la conoce Nelcy, de hecho, son este tipo de actitudes las que a veces le producen un desgaste emocional pues siente que la gestión que ha hecho la lleva a cabo sola: “Aquí no reconocen nada, he sido amenazada por pandillas, pero eso sí, todos los días están golpeando mi puerta”.

delincuencia porque llegaron a robar hasta a sus propios vecinos, hasta que la justicia los tomó por su cuenta y nos ha tocado ir a enterrarlos de a poquitos.

Yo no sé cuál era el afán de la reubicación, nos sacaron de allá que porque necesitaban el predio para un Metrobús. ¿A cambio de qué nos sacaron de allá? Eso fue pura mentira porque si vamos y nos paramos frente a ese mismo predio las cosas están idénticas, en las paredes todavía se ven las marcas de los ranchos. Cada alcaldía que pasa promete el tal metro, a ellos no les importa porque con promesas no pierden nada, en cambio nosotros sí, nosotros perdimos a nuestros hijos y ningún proyecto, ningún alcalde nos los va a devolver. Lo único que hicieron fue destruir la tranquilidad de las familias. (Nelcy)

Nelcy me prestó una vez un video que realizaron en conjunto con toda la comunidad tras llevar quizá siete años de reubicación, en el que muestran a unos jóvenes caminando por toda la carrilera de la Zona Industrial recordando cómo había sido su niñez allí. En otro fragmento los mismos jóvenes en Comuneros muestran las actividades que organizaban para reactivar las relaciones vecinales en la zona de reubicación. De todo lo que vi en el video —muy largo por demás— tengo presente el relato de la madre de un joven que perdió la vida mientras asaltaba una droguería con su banda. En su relato manifiesta al igual que Nelcy la desazón que siente al ver cómo el traslado de sus viviendas les significó la ruptura familiar magnificada por la pérdida de los hijos que quizá en la Cuarenta hubieran corrido otra suerte aun viviendo en la misma condición pobreza.

El hipergueto se materializa en las aspiraciones mal logradas de los jóvenes detenidos y fallecidos. Las ambiciones quiméricas de los jóvenes que asumieron como forma de vida la criminalidad no era más que la búsqueda incesante por sobrevivir en una aglomeración de barrios donde la manera inmediata de reconocimiento y dominio espacial y simbólico consistía en ganar reputación con la pertenencia a una pandilla. Las esperanzas de vida puestas en las actividades delictivas hacen que se acentúe un estigma

sobre todas las personas que viven en Casitas o Comuneros, un barrio segregado que ahora está buscando válvulas de escape a este proceso de hiperguetización.

De aquí han salido severos talentos para el fútbol, chinos que uno divinamente se los imagina en un club porque son muy buenos ¿pero qué pasa? Que el Estado no invierte en los pobres, al Estado le conviene ver a los jodidos más jodidos, estos chinos quisieran ser deportistas pero cuando se dan cuenta que no hay plata, que la alcaldía no los apoya, se van con los manes de las camionetas, luego se dañan hasta que aparecen muertos o jodidos como yo. (José Luis)

Criminalización en la escuela

En Comuneros he vuelto a ver muchos estudiantes del Herberth Spencer; algunos de ellos evitan verme, cambian la dirección del camino y agachan el rostro. Cuando no tienen otra opción más que encontrarse frente a mí me dan un tímido saludo, se sonrojan y siguen adelante. No recuerdo muy bien sus nombres, pero sí las forma como se comportaban en el salón de clase, a mí también me da un poco de pena volvérmelos a encontrar porque sé que ellos me consideraron una pésima docente, así mismo lo reconozco yo y pienso que ellos se estarán preguntando qué hago yo en su barrio, por qué lo frecuento, por qué la gente me habla.

Con el pasar del tiempo, mi presencia en el barrio la han normalizado, hay quienes me siguen ignorando, hay otros que asumen el cambio de los tiempos. Ya no soy su maestra ni ellos son mis estudiantes, ya somos otros y podemos sentarnos a hablar sin pensar en la verticalidad del colegio. Un ejemplo en este cambio de relaciones es Camila Sanabria, ella es hija de Miguel Sanabria, uno de aquellos jóvenes de la Cuarenta que preparaba juegos para los más pequeños y que luego se esmeró en dignificar la posición de comunidad de recicladores durante la reubicación.

Cuando conocí a Camila estaba en grado noveno, la típica niña que se convierte en el dolor de cabeza de cualquier profesor cuando se compromete a movilizar a sus compañeros de curso en función de la indisciplina. Aunque era una persona agresiva, no recuerdo que lo haya sido contra mí directamente, siempre estaba rodeada de sus amigas que a leguas querían imitarla y de sus amigos que querían conquistarla o “levantársela” hablando en términos de la jerga estudiantil. El día que me volví a encontrar a Camila en Comuneros venía entrando al barrio con una bolsa de pan; era mediodía y estaba en pijama, noté que se sintió avergonzada por su aspecto, cuando me vio solo dijo: “¡Oh, por Dios!” —tapándose la cara— “Bueno, ya qué”. Me saludó con el abrazo de trámite que correspondía para mitigar la posible vergüenza.

Ese mismo día que nos encontramos en la tarde, le pedí su número de celular y quedamos en salir a tomar unas onces cerca del barrio. Una semana después nos encontramos en Centro Suba para comernos un helado tan grande que al final ninguna de las dos terminó. Durante las onces le comenté el motivo de mi presencia en el barrio, que no tenía nada que ver con el colegio, que yo no los quería vigilar, solo por esa vez registrar su voz con mi grabadora que ya estaba lista sobre la mesa. Por fortuna a ella nada le da pena y echó a andar su testimonio. La confianza que me expresó Camila, me permitió reconocer en sus palabras otro espacio de exclusión latente al que ineluctablemente los niños y jóvenes de Comuneros estarían expuestos: la escuela.

Yo no sé uno porque era tan dañado en ese colegio, uno como que no es consciente pero uno tiene actitudes como muy inmaduras ¿sí? Yo me acuerdo que por estar jugando a mejor dicho pues ser la más... no aprendí nada y cuando cerraron en colegio y me pasé al Virginia Gutiérrez no sabía nada y me tiré décimo. Es que en el Herberth uno vivía concentrado en no dejársela montar de la gente porque personalmente yo sí sentía cómo cada vez que decía que era de Casitas como que me tenían mayor cuidado o me decían “ay ojo con

la ñera” o así. Aunque usted ve que somos resto de gente la que estudiaba allá si nos molestaban mucho, entonces para que no fastidiaran pues por ejemplo yo me ponía brava y agresiva y así nadie me la montaba. (Camila)

La etiqueta de la que son portadores los jóvenes de Comuneros en los espacios escolares los lleva a recibir una mayor atención por parte de sus compañeros, quienes les impiden a los etiquetados llevar una rutina escolar normal, en la que prevalece la necesidad de ganar el respeto de sus compañeros sobre la obligación de cumplir con sus deberes académicos. En general, muchos niños y jóvenes me comentan sobre sus dificultades escolares y sus conflictos disciplinarios, las constantes peleas en defensa de su condición como Comunero.

¿Te acuerdas de las peleas en la puerta del colegio? Eran por eso, porque uno no se la podía dejar montar y ustedes por ejemplo no sabían de las peleas que se programaban en la tarde contra otros colegios, contra el Gonzalo, contra el Virginia... Yo cuando pasé a ese colegio me dio resto de miedo porque hay hartas chinas contra las que yo me di.

Yo nunca he negado que vivo aquí porque eso sería como avergonzarme de mis papás y yo nunca he sentido eso. Pero sí he sentido el rechazo o la burla de mis compañeros. Por ejemplo, una vez me quedé hasta tarde en la casa de una amiga haciendo un trabajo y como ya estaba oscuro el papá me trajo en carro, cuando paramos en la esquina me preguntaron así re sorprendidos que si era aquí, y yo pues sí, ellos que “ay que si luego este no era un barrio de paracos” y no, yo les dije que no y les expliqué, la gente nunca se entera y dicen resto de cosas sobre el barrio.

Con mis novios también he tenido rollos parecidos, una vez tuve un novio que vivía más arriba de Comuneros... Imagínate, por allá que es bien caliente y la mamá nunca lo dejó venir a traerme a la casa que porque yo vivía en un lugar muy peligroso. Mis novios no han sido del barrio, porque ahí son muy ñeques, son de fuera y les da miedo entrar aquí. (Camila).

Después de las onces, he continuado hablando con Camila, sobre estas cuestiones escolares también he compartido relatos con otros jóvenes y sus padres. Ellos con un tono comprensivo admiten que la pertenencia al barrio ha hecho que proliferen la deserción escolar.

Aquí muchos chinitos por pena o para que no se las fueran a montar decían que eran de otro barrio, a la salida del colegio agarraban por otro camino y así. Pero ya luego la montadera era tanta que al final, por ejemplo mi hijo no quiso seguir estudiando y ahí está que solo hizo hasta sexto. (Eliza)

Los jóvenes de Comuneros han vivido en un espacio de marginalidad, lo que los convierte en agentes vulnerables social y económicamente, sobre todo cuando están fuera de su entorno. Esta debilidad induce al joven a que abandone el sistema escolar, una condición que magnifica progresivamente la exclusión y la privación de oportunidades en un posible escenario laboral o en un caso en el que se desee reiniciar el proceso educativo.

Con este mes llevo ya casi como medio año sin estudiar, estaba en séptimo pero me sacaron y mi mamá ya no me quiere poner a estudiar porque ya estoy muy grande y ella como que nunca le puso cuidado a eso. Yo voy atrasado porque entré grande no porque haya perdido años. Estoy buscando trabajo en el barrio pero piden diploma pa' severas bobadas, el man del Arroyave (un supermercado) de pronto me va a poner a hacer domicilios. (Kike)

Las consecuencias que deja la deserción escolar dada la fuerte estigmatización de los primeros años de reubicación marca una sólida tendencia en los menores que continúan siendo etiquetados por su lugar de residencia, pero que además de ello han interiorizado un habitus de violencia en el que las agresiones a compañeros y profesores como estrategia de defensa los marcan como figuras amenazantes que no deben permanecer en el sistema escolar. La vulnerabilidad a la que han permanecido expuestos durante diecisiete años los hace propensos a involucrarse con mayor frecuencia en conflictos con las autoridades académicas y con sus mismos pares. (Meneses, 2008).

Los archidrones de zinc que cubren los techos de las viviendas en Comu-neros albergan temperaturas insoportables en las horas del mediodía, en esos momentos se me hace insoportable el calor del Salón Comunal y debo salir a tomar aire. En uno de esos tiempos de sofocamiento hablé con Darío, uno de los hijos menores de Lola. Sus cejas pobladas y su ceño naturalmente fruncido le dan un aspecto agresivo, es de pocas palabras, cuando habla lo hace con voz baja y, aunque es limitado en sus expresiones, ese día me contó por qué hasta la fecha se encontraba desescolarizado.

Me pillaron fumando mariguana detrás de un salón, el *man* que me agarró me puso a firmar observador, pero esos son puras maricadas porque a mí ya me han puesto a firmar observador resto de veces y en un colegio distri-tal eso no sirve pa' nada, solo pa' gastar papel porque a uno no lo pueden dejar sin estudio.

El profe me dio el observador para que lo firmara, pero como yo jodo tanto ya no tenía hojas vacías (suelta una carcajada) y al profe le tocó darme un cuaderno y me dijo que escribiera: Me comprometo a no consumir drogas dentro de la institución. Pero yo lo que hice fue hacerle un autógrafo y le escribí: Con cariño para el profesor, para que no me olvide, Darío. Al man le dio piedra y se emberracó y me dijo "¡Ah, chino marica, escribe lo que yo le digo!". "¿Qué cómo, me lo repite?". Y yo cojo y ¡pum! [se levanta y recrea el puño que le propinó al profesor] le pego el totazo y lo siento de una vez y cuando es que el profesor se para y me tira y yo tenga que ¡boom! [simula tener la cabeza del profesor en las manos y mandarle un golpe con una de sus rodillas, se ríe con emoción, mientras narra] hasta que nos tuvieron que sacar y todos los chinos estaban mirando y me decían que le cascara, hasta que unas peladas del salón me agarraron, o si no... ese profesor...

Al otro día no me dejaron entrar, llamaron al rector Carlos Noguera y me dijo que no, que ya estaba echado, pues chao hijueputa... qué peste. Yo me quiero vengar, pero mi mamá no me deja, que ya deje así. Yo quiero coger a ese man, pero tiene carro para salir. (Darío)

Hasta el mes de junio de 2016 Nelcy estuvo buscando otro cupo para Darío, sin embargo, la búsqueda ha sido inútil porque él está en extraedad, quiere decir que a sus quince años ya no es apto para que acceda al grado séptimo en un colegio distrital. En agosto, Lola me comentó que logró ubicar un colegio privado, una fundación para población vulnerable donde una funcionaria se comprometió a cubrir los gastos educativos, pero Darío solo asistió un mes y ya no quiere continuar con su bachillerato. Lola me expresa su profunda preocupación: "Aquí he perdido un montón de familia porque cogen por malos caminos, yo no quiero que el chino se me pierda, pero aquí en la casa ¿qué lo pongo a hacer?"

El caso de Darío se proyecta hacia otros jóvenes que por razones muy similares han dejado el sistema escolar asumiendo la calle como su principal espacio de socialización (Sánchez, 2008). En los postes que se ubican en la esquina del barrio se posan por tardes enteras, permitiendo que esa etiqueta de criminalidad tome fuerza relacionando a estos jóvenes con el aumento de la inseguridad en el barrio (Meneses, 2008).

Aunque las actividades de subsistencia de Comuneros han estado asociadas a la informalidad, sus márgenes de acción en ellas en el pasado no traspasó el límite de la legalidad, una línea que está siendo atravesada por los jóvenes que al ser desvinculados del sistema educativo, y de paso laboral, se convierten en agentes disfuncionales ante la institucionalidad estatal. Estas limitaciones estructurales terminan por involucrarlos con redes de microtráfico de drogas y delincuencia organizada, actividades en las que ellos vuelven a ser las víctimas.

Gran parte de la responsabilidad de estas limitaciones esta puesta sobre la inoperancia de las políticas públicas para las poblaciones marginadas. Los proyectos de integración son paliativos de corta duración que no generan impactos significativos en las comunidades, por el contrario, tienen como objetivo mostrar resultados para la administración en curso. Los informes de gestión muestran avances temporales en atención a la primera infancia, en proyectos educativos para la adolescencia, pero la realidad de un barrio

como Comuneros es que la juventud se encuentra en una ciudad que desconoce sus condiciones históricas y materiales, las mismas que no les han permitido una óptima integración con la ciudadanía y sus instituciones.

Aquí vienen todas las instituciones de la Alcaldía, por ejemplo los de Integración Social vinieron un tiempo muy juiciosos, ofrecieron talleres de fotografía y eso es muy chévere porque estos pelados no conocen ese tipo de cámaras y pues ahí se alejan un rato de la calle. Pero luego, más tarde, en una semana, en unos años no hay continuidad con esos planes de gobierno, cambiaron al alcalde y vea, se acabó todo. Traen que talleres de hiphop para nada. Duran un mes y qué, otra vez nuestros chinos en la calle, esto se está poniendo otra vez terrible. (Nelcy)

El resquebrajamiento de los sentidos comunitarios parece ensañarse con las últimas generaciones de Comuneros; jóvenes que nacieron o llegaron siendo niños al barrio y que tuvieron que enfrentar la estigmatización por medio de prácticas que no correspondían a lo que durante décadas pasadas había identificado a su comunidad: la preocupación por el otro, la organización para la solución de problemas y el trabajo colectivo para la resistencia. Otras son las formas con que los jóvenes asumen la apropiación de su barrio, las amenazas y el señalamiento han hecho que el hipergueto tome fuerza, individualizando a los agentes y convenciéndolos cada vez más de ser en la realidad actual lo que en el pasado era una simple acusación.

La hiperguetización de Comuneros se valida, en parte, por medio de las lógicas ilícitas de las últimas generaciones de la comunidad. Estas nuevas formas de apropiación y domesticación de sus espacios profundizan la estigmatización de todos los habitantes, de la misma manera que la degradación simbólica a la que se ven expuestos levanta un muro de privaciones a los derechos esenciales para vivir. La desigualdad económica y el acceso selectivo a los derechos civiles parecen sentenciarlos a una marginalidad exponencial de la que pocos logran apartarse.

En el gueto comunitario, las prácticas colectivas promovían una movilidad económica y social equitativa por cuanto la persecución de objetivos era similar en los núcleos familiares. Lo que sucede a cambio en esta transición hacia el hipergueto es que la movilidad social existe de manera individual. Es decir que la llegada al barrio de reubicación implica nuevas miradas hacia la realidad circundante donde se manifiestan opciones de vida en la ilegalidad, pero también en la formación profesional, un camino al que tienen acceso unos pocos pero que sí significa para las generaciones mayores el progreso limitado de algunos jóvenes.

Si uno se pone a pensar en las cosas malas de la reubicación... caramba, pues uno dice que todo es malo. Pero bueno, quizá lo poco que nos pudo beneficiar fue que algunos pelados, muy, muy poquitos realmente, como que quisieron irse por algo mejor y ahora tenemos algo que no teníamos en la Cuarenta; chinos universitarios, profesionales que si Dios quiere, van a tener mejores oportunidades que los demás. (Alcides)

Una prueba de que Comuneros es una esperanza por salir adelante son los pelados que llegan a la universidad, yo me siento orgullosa de mi hijo porque él aprendió su inglés, luego estuvo en la Distrital, allá no le fue bien pero tuvo una segunda oportunidad y ahora estudia Ingeniería Agrónoma en la Nacional y él no es el único, aquí contamos con abogados, con contadores, chinos que también pueden dar buen ejemplo y podrán recuperar la dignidad de la comunidad. (Nelcy)

A mí lo que me parece más bacano es que si hubiéramos seguido en la Cuarenta pues de pronto no salimos de ser recicladores, pero yo ahora veo a mi hermano que trabaja en un banco, sale de corbata y estudia esas vainas de finanzas, esto mal que bien también trae otro tipo de futuro. (Jorge)

Cuando expongo los mayores problemas que actualmente aquejan al barrio de Comuneros temo hacer de sus experiencias un espectáculo de la pobreza en los barrios marginales. He intentado reflexionar en torno al problema estructural que subyace en sus modos de actuar con el fin de no llegar a esencializar la identidad de estos jóvenes sino, por el contrario,

revisar las responsabilidades que la institucionalidad local, la ciudadanía y la comunidad misma tienen en este fenómeno. No puedo hablar hoy de una desestructuración de la comunidad sino más bien de una reconfiguración de prácticas que constituyen un nuevo tiempo para Comuneros, un tiempo en el que todavía se busca recuperar formas comunitarias desde la apuesta por nuevas estrategias.

Otra generación, nuevas expectativas y oportunidades

Se ha identificado que uno de los problemas comunes en la construcción de memoria e identidades barriales en los asentamientos populares en Bogotá es el desconocimiento que los más jóvenes tienen acerca de las luchas que libraron sus padres y abuelos por el derecho a la vivienda y la ciudad. Las generaciones de migrantes suelen sentir que han perdido la batalla ante las nuevas generaciones, que poco o nada se interesan por el techo donde se resguardan y el suelo por donde caminan. Lo que sucede en Comuneros no es del todo distinto; evidentemente, algunos jóvenes desconocen las particularidades que mediaron la conformación del barrio actual y la información acerca de su pasado es poco recurrente en sus espacios familiares. Sin embargo, esta no es una condición amplia ni totalizante, pues es posible encontrar otro grupo de jóvenes cuyo acercamiento a su pasado ha sido inherente a su crianza.

Las experiencias vividas en la invasión de la Cuarenta mantienen una raíz tan profunda en el recuerdo de los Comuneros que nacieron y crecieron allí, que se han encargado de preservar sus relatos y transmitirlos a sus hijos. Dicho ejercicio de transmisión ha garantizado que para gran parte de los adolescentes de Comuneros, el recuerdo de la invasión sea necesariamente una parte de su presente. Primero, porque su identificación en espacios de socialización como la calle y el colegio parten de su pertenencia a lo que fue la comunidad de recicladores de la Zona Industrial; segundo,

porque sus padres se han encargado de archivar fotografías y hacer visitas a la carrilera, en algunas ocasiones buscando inventar rincones o rituales de la memoria a partir de los recorridos y las mismas narraciones.

El efecto del continuo ejercicio del recuerdo ha hecho efecto de dos maneras entre los adolescentes; el primero corresponde a una ambigüedad entre la admiración y el rechazo hacia sus padres al reconocer la forma como vivían en la avenida del ferrocarril, el segundo efecto corresponde a una resignificación sobre el sentido de pertenecer a Comuneros y la búsqueda por nuevas prácticas identitarias.

El relevo generacional y espacial que existe en Comuneros da como resultado una reinterpretación de los hechos acontecidos en la Cuarenta, cuyos significados en voz de esta última generación ya no mantienen la misma añoranza de la simplicidad con la que se vivía en el rancho, ahora se expresa la pregunta del cómo era posible vivir en medio de paredes de cartón.

Yo no soy creída ni nada, yo admiro mucho a mis papás porque son personas honestas y trabajadoras, pero yo no entiendo por qué duraron tanto tiempo viviendo en esos ranchos. Por ejemplo yo les digo que por qué tan pronto se casaron no buscaron otro lugar porque tú vieras esas fotos, mi hermanito está ahí todo chorriado vuelto nada, en vez de sillas tenían como baldes y todo lleno de basura, mejor dicho yo no dejo de agradecer que por fortuna viví aquí y no me tocó pasar por todo eso. (Camila)

Aunque dignifican y reconocen el esfuerzo de sus padres por mantener a su familia, la experiencia de ver la Cuarenta desde fuera los ha hecho asumir el discurso de quienes no comprendemos la representación de lo habitable si no es desde los parámetros de la construcción formal. Hay un cierto reproche en estas generaciones por soportar la convivencia en ranchos precariamente equipados; su vida en una casa construida de manera convencional los hace tomar distancia pero también reconocer y criticar algunas prácticas pasadas.

A ellos lo que los mantenía contentos era que todo se lo regalaban y aquí sí vea [(traza una línea en el cuello con su dedo índice simulando un degollamiento)]. Ni modo, aquí sí toca pagar que la luz, que el agua, ya no pasan regalando zapatos. Y otra cosa es que no nos digamos mentiras pero aquí hay casas donde son bien cochinitos, así eran allá, en los ranchos no se acostumbraba a la limpieza y aquí hay que mantenerse limpios, con la casa aseada. Si se fija a lo largo del colegio hay un montón de basura y es de la gente que no ha querido aprender que aquí toca ser limpios y que no es la carrilera para andar botando todo como si fuera el mismo basurero. (Juan Carlos)

A propósito de los hábitos de limpieza, este ha sido un conflicto promotor de la mala convivencia. Tal y como me lo expresaba Juan Carlos, para muchas personas que crecieron en la Cuarenta la interiorización de otros hábitos ha sido un proceso complejo, al menos en lo que a limpieza se refiere. Cuando hablamos de formas de mantener el pasado, no solo se alude a las narraciones, también a las prácticas que para este caso tan cotidiano y a la vez tan sensible pasan a ser permanencias en el tiempo difíciles de desaparecer.

Aún se mantiene la costumbre de dejar acumular la basura en los bordes de las viviendas o en los pliegues de los archidrones donde los desechos tienden a descomponerse mientras deterioran el metal de los tejados que se oxidan y en conjunto con la basura producen en el interior del barrio un olor particular al que le he encontrado varios comparativos pero que no he logrado definir con propiedad, y que en horas del mediodía se siente con mayor intensidad, pero que se vuelve imperceptible con el pasar de los meses. Aclaro que esto sucede en pocas viviendas, pero el olor se expande y afecta el grueso del vecindario que tras intentos fallidos en reuniones con la Junta de Acción Comunal se trata de solucionar el problema sin éxito.

La gente que era cochina en los ranchos, es cochina aquí también, la casa de las tres viejas. No saben lo que es llevar la basura al carro recolector, uno pasa por el lado de esas casas y se siente el olor ¿no le ha pasado? Y todo eso son hábitos, todo eso son cosas que toca corregir. A mí no me avergüenza

decir que a mí me han levantado con el reciclaje, yo reciclo y no le veo rollo por ayudarlo a mi mamá. En el colegio yo era el encargado de ese proyecto y asistí a las capacitaciones de basura cero y todo, porque no me da pena. No me da pena decir que soy Comunero. (Juan Carlos)

Los que no están en el grupo de los adolescentes que desconocen la historia del barrio han insistido en reconocer las luchas históricas de sus padres y abuelos. Aunque no comparten la añoranza por el regreso a la vía férrea saben que los mejores años de la vida de los mayores está en la carri- lera, así como para ellos este barrio estigmatizado, inseguro y con altas falencias en el equipamiento físico de las viviendas constituye el nicho de sus recuerdos agradables de infancia y temprana juventud.

Yo entiendo a mis papás; lo que para ellos significa la Cuarenta, para mí significa este barrio. Yo sé que no es un barrio bonito, pero mi casa les ha costado tanto trabajo a mis papás, es una de las más lindas del barrio. Yo quiero ser licenciada en inglés, pero créeme que si algún día soy profesional y tengo plata, yo no me voy de aquí o si lo hiciera estaría aquí muy seguido porque es la continuidad de nuestra historia ¿entiendes? Nosotros somos como la evolución de una familia. Porque esos son Comuneros viejitos, ellos son tan unidos, se conocen desde siempre y yo quiero que ellos man- tengan eso. (Camila)

Yo no le veo problema a lo que hace mi mamá, pero yo quiero otras cosas para ayudarlo, yo me gané una beca con la escuela de fútbol de Cota y si me logran ayudar para asistir a todos los campeonatos, a mí me puede ver algún duro de las ligas menores. Yo quiero ser futbolista y conseguir billete por el lado bueno, porque así Diosito ayuda y cuando tenga billete venir al barrio resencillo y ayudando a la gente que más lo necesita, a los parceritos que crecieron como uno. (Kike)

Aunque la criminalidad es una amenaza hondamente peligrosa y a la vez seductora para esta generación, la juventud tiene la facultad de crear nuevos espacios de posibilidad en los que algún agente de ese conjunto logra materializar sus expectativas; otros, por el contrario no lo lograrán

por las condiciones de deterioro que sufren en medio de sus condiciones de vida (Kessler, 2013). Sin embargo, se reconoce como rasgo común la expectativa de no continuar con la labor del reciclaje, lo que no significa tomar distancia de dicha actividad o negar su pertenencia a la comunidad que se ha dedicado a ello. Este reconocimiento es un gran aporte a las búsquedas por mantener la comunidad; la estrategia se mantiene por parte de los mayores en el recuerdo grato, en los menores en las nuevas expectativas para resignificar los sentidos de pertenencia al colectivo.

Diferentes búsquedas de comunidad: últimas noticias sobre Comuneros

Dados los problemas de diversa índole a los que se ha enfrentado la población del barrio, muchos han optado por irse de la zona y vender o arrendar su casa. Aun cuando los predios no cuentan con escritura, los propietarios prefieren venderlos sin recibir mayores ganancias. Así, prevalece la premura por salir del barrio y salvar la integridad de sus hogares, según justifican sus vecinos.

Mi plan es irme algún día de aquí, vender como sea este lote y poder comprar un apartamento aquí mismo o en Soacha que es donde hay otra parte de mi familia. Si nos quedamos aquí es arriesgarnos a que mis nietos cojan mañas que no queremos, aquí no se puede confiar en nadie, las cosas han cambiado y la gente se volvió jodida. (Eliza)

Para Nelcy, una líder que conoce cada hogar, cada vivienda, cada persona que se va o que llega, uno de los aspectos que más le preocupan es cómo recuperar el sentido comunitario de Comuneros, si los integrantes originarios del colectivo poco a poco se están yendo. Comuneros está cada vez más ocupado por arrendatarios que llegan a imponer nuevas normas basadas en las prácticas indeseables que tienen en vilo a la población juvenil. Los bajos costos en los arriendos de las casas atraen con facilidad a otros

jóvenes con escaso acceso a la estabilidad laboral y por lo mismo propensos a pertenecer a la delincuencia organizada. Los predios se hacen atractivos también para familias desplazadas por el conflicto armado, que son altamente vulnerables y desposeídas de cualquier garantía para promover su seguridad y su integridad en la ciudad.

Así las cosas, el barrio se convierte en un punto de convergencia para las personas de escasos recursos de la localidad, así como en los depositarios de los proyectos de integración social promovidos por la Alcaldía local que, como ya lo indiqué en otro punto, otorgan mínimas soluciones a una población que ya no solo es compuesta por trabajadores informales, también por desplazados y traficantes de drogas.

Este barrio ya no es cien por ciento de Comuneros, aquí llega gente de toda la calaña que usted se pueda imaginar. Están los morenos que pues vienen de lejos con sus costumbres y han tenido problemas con los de aquí porque ellos son como más ruidosos, se relacionan diferentes y eso trae conflictos. Esto como por épocas se llena... por ejemplo una vez llegó una familia de fleteros que la policía agarró aquí mismo en el barrio, tenían un taxi para robar gente. Llegaron otros muchachos que una vez se metieron al salón comunal y se robaron el lavamanos y la taza del baño, por fortuna la gente se dio cuenta y entre todos los alcanzamos a coger. (Nelcy)

Aquí vive gente que trae malas amistades y de paso vienen los problemas. Una vez hace poquito el hueco, el que queda detrás del salón se volvió un sopladero tremendo, cuando nos dimos cuenta fue que claro, ahora nos estaban convirtiendo el barrio en una olla de consumo y eso sí no lo podemos permitir. Le pedimos a doña Nelcy que convocara una reunión para pedirles de manera pacífica o que dejaran el vicio o que se fueran del barrio. (Eliza)

Aunque el barrio se ve habitado por nuevos núcleos familiares cuyas prácticas al margen de la ley refuerzan las acciones discriminatorias en contra de todos, Nelcy me señala algunos vecinos que se fueron por un par de meses, pero que al cabo de un tiempo regresan, pues el costo de vida es mucho más alto en otros barrios populares de la localidad. La permanencia

de los Comuneros se convierte entonces en un vaivén que depende de la capacidad adquisitiva de los agentes que intentan salir del barrio. Pero al final, el efecto de la pobreza y la desposesión de cualquier bien material valioso generan un encadenamiento al lugar, porque en ningún otro barrio la vida es económicamente llevadera como en Comuneros, entonces hay que esperar oportunidades económicas para intentar un nuevo despegue. La miseria y las oportunidades limitadas actúan en los barrios segregados como otro efecto de lugar.

Mire, este señor que viene bajando [señala las escaleras] él se fue hace como ocho meses y mire, la semana pasada estaba descargando su trasteo, es que si irse fuera tan fácil, créame Marisol que hace rato lo hubiéramos hecho, yo también me cuento ahí, porque el barrio abruma, cansan tantos problemas, pero uno está amarrado primero por ese lío de las escrituras y luego porque pagar un arriendo o comprar otro apartamento es muy verraco. (Nelcy)

Pero la búsqueda por la comunidad persiste, se manifiesta transformada en manos de generaciones más jóvenes y de los mayores también. Entre la añoranza por el pasado hay también una conciencia sobre los retos del presente, el asunto pendiente por obtener las escrituras de sus predios, retomar actividades de antaño como la organización de los grupos juveniles y el encuentro de una actividad permanente para que los más pequeños puedan ocupar su tiempo libre.

No es raro ver que en las tardes de domingo se reúnan los niños del barrio al frente del Salón Comunal esperando a que haya alguna actividad, esperando a que llegue alguien para preparar los juegos como se hacía antes, cuando recién llegaban a la reubicación. Cuando empiezan los juegos, los niños van llegando poco a poco, se asoman por la ventana con cara de aburrimiento, si ven algo interesante, se ponen los zapatos, piden permiso a sus papás y salen para participar. Mientras tanto, pasan los adultos, interrumpen su camino para quedarse divertidos observando, con ganas de participar. Se acercan y nos dicen “Qué bueno que esto volviera a hacerse todos los días, como en la Cuarenta”.

Aquí nadie va a venir a decirnos que ahora sí nos van a dar las casas que prometieron, así como van las cosas, lo que tenemos que hacer es apersonarnos de nuestro barrio y pues ya qué, toca quererlo porque aquí vive la familia, porque aquí crecen los pelados. Si el barrio no nos gusta tenemos que hacer algo para que se vea bonito. Vea actividades de esas para los más chinos y en el caso de nosotros los viejos pues buscar aseo para el barrio, que la entrada no se vea tan fea, llamar a los de aseo para que el pasto no se crezca y comprometernos todos a mantener bonito todo esto. (Vecino)

En la búsqueda de un mejor ambiente barrial y de la recuperación de prácticas colectivas, en las reuniones de vecinos convocadas por la Junta de Acción Comunal, encabezada por Nelcy, se discuten los problemas que afectan la estructura física del barrio, entre los que se encuentran la humedad proveniente de los techos y de la tubería subterránea, el aseo tanto de los espacios públicos como de los privados y, ante todo, la división de responsabilidades sobre la comunicación de estos problemas ante las instancias correspondientes. En realidad, al final de cada reunión Nelcy es la depositaria de dichas obligaciones.

La búsqueda por tener una vivienda con la totalidad de equipamientos físicos es una de las mayores expectativas para los propietarios de las viviendas. En esta ardua lucha histórica persiste sobre todo la meta de tener una vivienda digna; para conseguirlo, continúan con el proceso legal junto con su abogado representante. Las últimas noticias dan un parte alentador pues, al parecer, la hipoteca a la que la totalidad de los predios está sujeta podría condonarse en función de reparar el incumplimiento de la Alcaldía de Antanas Mockus que no realizó un programa de reubicación de acuerdo a lo dictaminado en el fallo constitucional de 1995.

A Nelcy la hemos visto constantemente apurada con carpetas llenas de oficios dirigidos a la Alcaldía de Suba, a la Caja de Vivienda Popular y al Departamento de Planeación. Ha estado feliz porque la llegada de las escrituras pronto será un hecho; por primera vez los Comuneros tendrán vivienda legalmente propia, el resultado de sus procesos organizativos

parece dar resultado en un momento que Nelcy define como un hecho que llegó a destiempo, cuando la comunidad se disipó y los que trabajaron en otros tiempos no soportaron continuar viviendo aquí. Es por eso que una de sus últimas decisiones es que tan pronto tenga la escritura de su casa empezará a buscar un nuevo lugar para vivir con su familia.

Ya no quiero estar más aquí, amo mi trabajo pero me aburrí de correr para aquí y para allá, me he perdido de mi familia, me he perdido de mi propia vida. Siento que hemos dado tanto que con la llegada de las escrituras no podemos hacer más. Me siento desgastada, me daré por bien servida cuando todos seamos propietarios legales y pues qué más da, que llegue otro y tome la batuta y así se pueda mejorar por fin el barrio. (Nelcy)

Comuneros se somete a nuevas transformaciones por efecto del paso del tiempo o por la llegada de nuevos integrantes que tienen la opción de apropiarse del discurso Comunero o activar nuevos métodos de cohesión y reconocimiento para un barrio que se distingue a lo lejos por sus rostros y voces, pero más que todo por la lucha histórica de sus fundadores.



Fotografía 17. A este lugar del barrio le denominan *el hueco* porque ahí se reúnen los muchachos a consumir droga. Desde la ventana trasera del Salón Comunal veo el mural, veo la gente que sube y baja, veo a los muchachos y a ellos no les gusta verme ahí.

Fuente: Archivo de la autora (2015).

Estas no son las “casitas” de Comuneros:
nuevas estrategias para construir identidad



Fotografía 18. El nombre innombrable.

Fuente: Archivo de la autora (2016).



Fotografía 19. Tiempo de testimonios. José Luis también quiere contar.

Fuente: Archivo de la autora (2016).



Fotografía 20. Pliegue de archidrón con basura acumulada. En algunas viviendas, la acumulación de basuras ha carcomido el metal, lo que provoca filtraciones de agua dentro de las casas que afectan la salud de los niños.

Fuente: Archivo de la autora (2016).



Fotografía 21. Frente al Salón Comunal.

A la izquierda está Isaías, el mejor jugador de fútbol del barrio; a la derecha, Kike pequeño, el segundo mejor jugador de fútbol del barrio.

Fuente: Archivo de la autora (2016).



Fotografía 22. Nueva ronda de juegos.

De izquierda a derecha: Nelcy, Darío y Kike grande.

Fuente: Archivo de la autora (2016).



Fotografía 23. Constantemente los vecinos del barrio deben enviar solicitudes a la empresa de aseo de Bogotá para podar el pasto, ya que cuando está demasiado largo, hay proliferación de plagas y enfermedades.

Fuente: Archivo de la autora (2016).



Fotografía 24. La humedad producida por la mala estructuración de las tuberías y el alcantarillado en el proceso de construcción de la urbanización es otro de los puntos centrales en las discusiones del barrio.

Fuente: Archivo de la autora (2016).



Fotografía 25. Así se ve Comuneros desde afuera.

Fuente: Archivo de la autora (2016).

Conclusiones

Y finalmente, ¿quién vive en esas casitas con techos de zinc?

Efectivamente, Comuneros no es como todas las comunidades

Antes de conocer propiamente a Comuneros, con quienes solo tuve un acercamiento tangencial y quizá accidental durante mi experiencia en el Herberth, concentré la primera parte de esta investigación en la revisión de una extensa bibliografía sobre la producción de la vivienda informal en Colombia y el mercado habitacional en América Latina. Fuentes con las que comprendí las condiciones históricas, políticas y urbanas que motivaron las migraciones del campo hacia las metrópolis latinoamericanas y, más relevante aún, logré contemplar el caso de la invasión de Comuneros como un fenómeno de ocupación informal del suelo urbano divergente respecto a otros procesos documentados en investigaciones realizadas por autores como Alfonso Torres (2013a), Peter Ward (2015), Alice Beuf (2012), entre otros. Dichos elementos que diferencian la invasión comunera fueron los, que al iniciar el trabajo de campo, me permitieron identificar los rasgos más sobresalientes de la construcción identitaria de esta comunidad.

El aspecto definitivo que marca el hecho de que en el asentamiento Comunero no se hubiera encontrado espacios de negociación con el Gobierno distrital para la legalización de su invasión, como sí sucedió con otros asentamientos de la ciudad, se evidencia en las garantías económicas y de organización política que posee la vida en el campo de lo informal.

Aunque la informalidad urbana constituye una serie de acciones al margen del orden normativo de la ciudad, no se relaciona directamente con lo ilegal (Davis, 2012). Desde esta perspectiva se podría decir que los invasores de la avenida del ferrocarril no estaban incurriendo en un delito; por el contrario, estaban buscando formas de amortiguar la presión social y económica que implica el hecho de vivir en la ciudad, a partir de la autoconstrucción de viviendas cimentadas con los desechos recogidos alrededor de la zona.

El primer rasgo identitario que se expresa en el proceso de asentamiento de Comuneros en la Zona Industrial es la informalidad como forma de producción del espacio habitable en la ciudad (Duhau, 2003). La informalidad implica la producción de bienes y servicios colectivos, así que la autoconstrucción y diseño de los ranchos no fue un proceso validado por el individualismo de cada núcleo familiar. Por el contrario, se evidenció en los testimonios de los integrantes de la comunidad que factores como la solidaridad y el reconocimiento de las necesidades del otro desempeñaron un papel fundamental en el crecimiento y la estabilidad de la invasión.

Debido a estas condiciones, la vivienda se convirtió en el eje articulador de cientos de familias que empezaron a configurar, alrededor de la construcción de su rancho, una serie de prácticas solidarias que al interiorizarlas se convirtieron en un habitus basado en la capacidad de autogestionar la vida en la ciudad a partir de la organización en la comunidad denominada y reconocida como Comuneros.

Pero la vivienda y los servicios públicos no son lo único que se adquiere por medio de la organización comunitaria. Más allá de estos bienes materiales se encuentran los bienes simbólicos, aquellos sentidos por medio de los cuales Comuneros puede significarse parte de un colectivo con el que comparten un origen campesino, una desposesión material y la carencia de los bienes básicos para subsistir. La búsqueda de estos los hace parte de una comunidad y también propietarios de un capital espacial que les permitió mostrarse ante los transeúntes como los agentes dominadores de la avenida férrea que, aunque era propiedad del Distrito, eran los Comuneros quienes le daban sentido y existencia.

Construyendo identidad desde el margen

Mientras Comuneros se desliga de los demás procesos de invasión desarrollados en la ciudad, la vía de la informalidad les presenta otros campos de acción para reafirmar su presencia en la carrilera y la progresión de sus prácticas organizativas como gueto comunitario. En un proceso de producción de vivienda que raya todo margen de orden urbano en Bogotá (Duhau, 2003), aspectos como el trabajo y la organización comunal sirven para matizar aún más las transformaciones identitarias de Comuneros.

Así como Comuneros queda excluido del mercado habitacional en un contexto donde la modernización industrial define el progreso del país, la oferta laboral también le cierra la puerta a la comunidad. En consecuencia, la informalidad siguió ordenando las estrategias de adaptabilidad urbana por medio de la presentación del reciclaje como una forma de ocupación urbana que les permitiría la supervivencia a todos aquellos trabajadores que no lograron insertarse en las empresas del sector formal (Davis, 2012).

El reciclaje constituye un segundo aspecto identitario, en la medida en que se convierte en la principal fuente de trabajo de Comuneros. El reciclaje era una actividad laboral con ciertas particularidades que, al igual de sus ranchos, son difíciles de percibir como soluciones efectivas para la

supervivencia en el medio urbano. Mediante la recolección, clasificación y reutilización de los residuos generados por la actividad económica del sector, Comuneros aprende a relacionarse con los trabajadores de las fábricas, ante quienes la comunidad de recicladores se presenta como un agente regulador de la contaminación y el mantenimiento de la Zona Industrial.

Gracias al reciclaje, Comuneros consolidan una forma de representación ante la población circundante de la Zona Industrial. Aunque su asentamiento fue durante tres décadas una invasión de un lote perteneciente a un agente estatal, su actividad no constituyó un entorpecimiento del orden urbano, como sí lo era su asentamiento. Por el contrario, el reciclaje era un servicio ambiental y social, que muchas familias Comuneras prestaban más allá de Puente Aranda, proyectando su labor hacia otros espacios susceptibles a sus formas de dominio urbano.

El reciclaje no era un trabajo con contratos ni fechas de vencimiento, por lo tanto era una fuente de ingresos estable que por su flexibilidad les permitía acceder a otras actividades para la recepción de ingresos extra traducidos en posibles ahorros. En los testimonios de las personas que tuvieron la oportunidad de ejercer el reciclaje durante los tiempos de invasión se recalca la idea de que en la Cuarenta el trabajo nunca faltó. Dicha seguridad laboral dignifica a los trabajadores, que a pesar de sus condiciones materiales mantenían la garantía de que su trabajo no expiraba.

Aspectos como el orgullo procedente de la actividad laboral, las prácticas de autogestión de recursos al margen del control distrital y estatal, y la idea de la solidaridad entre vecinos configuró un gueto comunitario, una forma de asociación colectiva basada en los lazos de fraternidad, independencia institucional y enaltecimiento de sus prácticas laborales originadas en el furor y la dedicación del incansable y recursivo campesino. El gueto comunitario podría ser la estructura política y social que conformaron los Comuneros para hacerles frente a los proyectos de desarrollo urbano de los que siempre quedaron excluidos.

Una vivienda no es solo de concreto

Aunque en una de las iniciativas del Plan Formar Ciudad se propuso la reubicación de las poblaciones ubicadas en zonas de invasión o de alto riesgo, este tipo de proyectos no logró ofrecer un plan integral de habitabilidad para comunidades como Comuneros, las cuales no solo necesitaban una casa construida bajo la normatividad urbana, sino además proyectos de movilidad, seguridad e integración con otros pobladores, con quienes se debió promover un ambiente de buena convivencia que propendiera por la unidad de los agentes populares en función del desarrollo de una vida digna.

Los proyectos de vivienda promovidos por el distrito son representados a través de promotores inmobiliarios privados que ofrecen bajos costos pero, en el precio final de la vivienda, no contemplan las necesidades materiales y simbólicas de las comunidades que como Comuneros requieren de acceso a una fácil movilidad para llegar a su trabajo y regresar rápido para el cuidado de sus hijos. Este tipo de solicitudes no son atendidas por los agentes inmobiliarios, pues los lotes ofrecidos siempre se enmarcan en las periferias de la ciudad u otras zonas de difícil acceso, lo que provoca la interrupción y la ruptura de la cotidianidad de las comunidades vulnerables.

Un proceso de reubicación y dignificación de vivienda para la población vulnerable debe estar acompañado de proyectos educativos en los que se forme a la ciudadanía bajo los principios de la tolerancia y el respeto por el otro. Cuando los proyectos urbanos no contemplan el ámbito relacional de la ciudadanía se suele caer en conflictos urbanos como los sucedidos en Suba y Bosa, donde prevalecieron la estigmatización, los estereotipos y la discriminación hacia una población con la cual se compartían procesos paralelos de ocupación del suelo.

La ausencia de procesos de formación de ciudadanía tolerante desencadenó violencia y bifurcación social en las zonas residenciales, en donde una parte de los agentes involucrados en el conflicto son quienes sufren el deterioro cada vez mayor de las condiciones de vida (Kessler, 2013). Es necesario

recordar que la habitabilidad no solo está dada por el resguardo en una estructura física; se cimenta más profundamente en las buenas relaciones vecinales, en las prácticas cooperativas y el reconocimiento e integridad de cada ser humano.

Qué pasó con los estudiantes del Herberth

En el año 2013 llegué como una docente incauta al colegio donde estudiaban gran parte de los jóvenes y niños que habitan en Comuneros. En ese cercano pasado me alarmaba la forma como se expresaban entre ellos, como se dirigían hacia mí, sus expectativas hacia el futuro y sus relatos sobre la cotidianidad de sus vidas. Ignorante de la complejidad histórica que llevan a costas, leía en ellos la simple rebeldía de los jóvenes a que no les interesa hacer algo por sus vidas. No me interesé en problematizar las situaciones que conocía cada día, como si mi paso por la Licenciatura en Ciencias Sociales no hubiera dejado en mí la capacidad y la sensibilidad de reconocer en esas acciones los problemas estructurales de la pobreza y la desigualdad.

Para mi fortuna personal y académica, un año después me reencontré con ellos. Unos estaban en el ejército, los que conocí más pequeños estaban terminando el bachillerato, los que ya se graduaron buscan de manera infructuosa un espacio laboral formal, unos ya son padres y madres de uno o dos hijos, otros esperan en la casa cualquier oportunidad para tener dinero y otros se han pasado los últimos meses en centros de rehabilitación por consumo de drogas.

A lo largo del trabajo de campo tuve la oportunidad de hacer seguimiento a la línea vital de quienes fueron mis estudiantes, ya no bajo la lectura de la docente que no soportaba estar con ellos, sino como la persona que hizo parte de su rutina al estar presente en el barrio, escuchando, viendo y comprendiendo las condiciones sociales que hacen de Comuneros una

comunidad que, ante el deterioro de su sentido identitario, busca iniciativas por mantener cohesionadas las pocas piezas que quedan tras casi medio siglo de disputas a favor de sus derechos y en contra del establecimiento.

La vivienda ha sido la lucha constante de Comuneros desde que migraron de sus respectivas fincas al desamparo de la ciudad. En su disputa por el derecho a la vivienda han logrado reivindicar la importancia de la acción comunitaria como una estrategia para constituir órdenes y sentidos alternos en la ciudad formal. Mientras los proyectos de renovación urbana promueven la ruptura de los vínculos emotivos y solidarios entre la ciudadanía, comunidades como Comuneros buscaron consolidar su propio orden sin acudir a instancias gubernamentales que desconocen la legitimidad de las organizaciones populares proporcionándoles zonas de la ciudad desde las cuales no es posible acceder a las oportunidades de movilidad social a las que los ciudadanos con mayores ingresos sí pueden acceder.

Tras la reubicación, un lamentable efecto marca la pauta de las transformaciones identitarias de Comuneros: el estigma, una etiqueta que empezó siendo una construcción esencialista del ser reciclador y pasó a ser una condición interiorizada en las últimas generaciones de Comuneros. Con la llegada a Suba, los niños y jóvenes que conocí tuvieron que rediseñar sus estrategias de domesticación del espacio y ajustar sus prácticas a las exigencias de un medio viciado por el microtráfico de drogas, la violencia intrafamiliar, el consumo de marihuana y la delincuencia organizada. Para los jóvenes que han tenido que nacer y crecer en Casitas ha sido necesario crear acciones de defensa en contra del estigma espacial, el cual encaran por medio del ejercicio de la violencia entre sus pares o la apropiación de las actividades delincuenciales, lo que ha dejado secuelas imborrables entre lo que queda de la comunidad.

El resultado de 17 años de señalamiento es un proceso de discriminación estructural que despoja a los jóvenes de una posibilidad de movilidad colectiva hacia oportunidades básicas como la culminación del bachillerato, el ingreso a la educación superior o el acceso a una fuente laboral legal

y formal. Muchas familias han tenido que irse del barrio, muchos jóvenes niegan la ubicación de su vivienda porque saben que el estigma territorial que llevan a costas les cierra puertas en distintos escenarios, perpetuando así las malas condiciones de vida en el barrio. Esta es la manifestación del hipergueto degradante de la comunidad, la prolongación de las condiciones de pobreza, la carencia de empleo de estudio y hasta de alimento está creando generaciones hostiles, en concordancia con el modelo de ciudad herramienta del neoliberalismo, individualista y deshumanizada del que vienen siendo víctimas.

En diciembre del 2015 los proyectos de la Secretaría de Integración Social promovidos durante la alcaldía de Gustavo Petro estaban llegando a su etapa final y los talleristas que asistieron de manera intermitente durante tres años estaban cerrando su ciclo definitivo en el barrio Comuneros de Suba. Los proyectos de fotografía que se dictaban los lunes y miércoles en la tarde se cancelaron, así como el taller de poesía de los sábados y el plan de asesoría de tareas entre semana. Los niños se encontraban en plenas vacaciones y no había nada que hacer, todos estaban en la calle divagando y golpeando en la casa de Nelcy para preguntarle cuándo se reanudarían los talleres.

Los dos años anteriores Nelcy estuvo tranquila porque la Alcaldía Local de Suba en alianza con la Secretaría de Integración Social envió regalos y muestras de *break dance* para la celebración de las novenas de aguinaldos. Pero este año no había llegado nada, la finalización del periodo de Gustavo Petro, al igual que el cierre de otros periodos de alcaldía, afectan gravemente el desarrollo de proyectos culturales y educativos de los barrios más pobres. Cada vez que un alcalde termina su periodo de gobierno, junto a él se marchan los proyectos sociales; muy pocos logran establecerse como política pública, como si se creyera inocentemente que en tres años se pueden erradicar los problemas de delincuencia, deserción escolar y consumo de drogas que afectan a la población infantil y juvenil.

La preocupación de Nelcy no es para menos. Cada vez que finaliza un periodo de alcalde, sobreviene una oleada de desocupación juvenil que termina en el aumento de la delincuencia dentro del barrio y en las zonas aledañas. Cada vez que hay un freno en los proyectos de desarrollo social, los jóvenes vuelven al hueco que queda atrás del Salón Comunal y a los postes de las esquinas. Con esta situación repetitiva es posible reconocer que el problema principal de Comuneros en la actualidad no son las drogas ni la delincuencia organizada, es un problema históricamente estructural que sobrepasa la debilidad de las políticas públicas para la atención de la pobreza (Bourgois, 2010).

La pobreza estructural que se manifestó con mayor fuerza una vez se consolidó la reubicación en Suba sumerge a las últimas generaciones en la implementación de prácticas autodestructivas contra la comunidad. La degeneración de las fuentes de empleo provenientes del reciclaje hicieron que la población comunera experimentara la carencia total de ingresos para subsistir, lo que dejó la peor de las puertas abiertas para salir adelante en el nuevo espacio social: la criminalidad.

La puesta en marcha de políticas públicas transitorias para la atención de una comunidad en proceso de hiperguetización no logra solucionar los problemas de raíz, porque las ayudas que ofrecen no son sensibles ante las necesidades de encontrar un empleo que les permita a las cabezas de familias obtener ingresos y cuidar de sus hijos al mismo tiempo. Los proyectos de auxilio escolar cumplen con el otorgamiento de cupos y alimentación pero no hacen un acompañamiento de las condiciones de vida domésticas de los niños o, si lo hacen, son proyectos de corta duración.

Las instituciones encargadas de estos remedios paliativos asumen la crisis desde una mirada esencialista y reduccionista con la que los problemas se abordan siguiendo el sentido común donde la idea principal es que las poblaciones vulnerables necesitan comida, vestido y jornadas de salud temporales (Bourgois, 2010). En ninguna de las iniciativas se busca reconocer los procesos de organización interna de las comunidades, no se

oyen las necesidades simbólicas y afectivas de las personas que más allá de buscar una ayuda material exigen la reconstrucción de sus familias y de su futuro, el regreso de una identidad digna donde ellos puedan volver a ser trabajadores honestos y comprometidos con la solidaridad hacia el vecino.

Comuneros necesita volver a habitar la ciudad desde la acción comunitaria sin violencia ni delincuencia. En un punto en el que muchos se han ido o han fallecido se hace imperativa la construcción de nuevos lazos de unidad que se validen a partir de las luchas del pasado y se refuercen desde las expectativas de los jóvenes del presente que por su contexto, requieren de la ayuda de instituciones y agentes comprometidos con la movilidad social de estos jóvenes, para que puedan ver otras opciones de vida que los alejen de la criminalidad. Se busca una identidad reconstruida desde las oportunidades y el acceso a los derechos ciudadanos (Borja, 2013).

Un aporte al análisis de la comunidad

La posibilidad de extrapolar el modelo de análisis de la marginalidad propuesto por Wacquant abre una posibilidad de doble entrada. Por un lado, permite reafirmar la importancia del concepto de comunidad no como categoría analítica sino como ejercicio de organización de las clases populares en función de las disputas por sus derechos. Por otro lado, permite proponer un análisis que parece exclusivo para las ciudades desarrolladas a las ciudades latinoamericanas donde la segregación, el racismo, la inequidad y la falta de oportunidades también golpean a las capas más bajas de la sociedad.

Pensar el gueto comunitario como categoría de análisis de los procesos organizativos de Comuneros brinda la posibilidad de identificar las acciones y elementos propios de la comunidad que trabaja de manera independiente y alternativa a las políticas restrictivas del Estado. Una definición de gueto comunitario elimina aquellos espacios que dan lugar a interpretaciones superfluas de la comunidad en donde cualquier grupo social, con cualquier

objetivo es llamado de esa forma. El gueto comunitario reivindica el trabajo colectivo de los desposeídos, de los agentes al margen de la sociedad de mercado.

Desde el otro extremo, la comprensión de la categoría Hipergueto problematiza las soluciones paliativas que ha dado el Estado a las comunidades que se encuentran en procesos de dislocación. El hipergueto se manifiesta con más fuerza en las periferias de nuestra ciudad, donde crea un efecto de lugar que hala a los más jóvenes, a los más vulnerables hacia abajo, a la negación de oportunidades. La pobreza es un fenómeno global que ataca y desintegra la vida del más débil en cualquier latitud.

Espacios vacíos para reconstruir

La complejidad de la identidad Comunera merece el diseño de proyectos de investigación que le den mayor relevancia a la situación ocupacional y escolar de los habitantes de Casitas. Muchas vetas analíticas van quedando pendientes en el camino, algunas porque se manifestaron en tiempos en los que esta investigación ya estaba escrita, en otros casos porque el alcance de los objetivos corría el riesgo de ser rebosado y en consecuencia mal logrado al término de la investigación.

Mi interés por la construcción identitaria de Comuneros y sus procesos comunitarios me limitó en la posibilidad de analizar con mayor detenimiento y capacidad de problematización la cuestión del reciclaje, una actividad históricamente subvalorada pero que en el mismo tenor del discurso de ciudad moderna y sostenible entra a hacer parte de las lógicas del mercado. Esto afecta enormemente la economía de la población recicladora de la ciudad, que ahora debe ajustarse a las exigencias de los agentes comerciales e industriales que monopolizaron el control de precios de los desechos recuperados y clasificados. Volver la atención al reciclaje desde una perspectiva económica y ambiental crítica podría ser un gran aporte a esta investigación a fin de comprender con mayor precisión la crisis social que mantiene en la incertidumbre laboral a quienes viven de esta labor.

Referencias

- Alcaldía Mayor de Bogotá. (2004). *Recorriendo Puente Aranda. Diagnóstico físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá, D. C.* <http://www.shd.gov.co/shd/sites/default/files/documentos/Recorriendo%20PUENTE%20ARANDA.pdf>
- Alcaldía Local de Puente Aranda. (2012). *Plan Ambiental local Puente Aranda.* file:///C:/Users/HOGAR/Downloads/PAL_Puente%20Aranda.pdf.
- Alcaldía Local de Puente Aranda. (1993). *Problemática ambiental Localidad 16 de Puente Aranda. Agendas locales ambientales* (pp. 15-25). <http://ambientebogota.gov.co/documents/10157/2883174/PAL+Puente+Aranda+2013-2016.pdf>
- Arango, C. (1981). *Crónicas de la lucha por la vivienda en Colombia.* Colombia Nueva.
- Beuf, A. (2012, 17 de octubre). De las luchas urbanas a las grandes inversiones. La nueva urbanidad periférica en Bogotá. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 43(3), 473-501.
- Borja, J. (2013). Espacio público y derecho a la ciudad. En J. Borja. *Revolución urbana y derechos ciudadanos* (pp. 101-175). Alianza.
- Bourdieu, P. (2009). Crítica de la razón teórica. En P. Bourdieu. *El sentido práctico* (pp. 41-117). Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2010). Los efectos de lugar. En P. Bourdieu (coord.). *La miseria del mundo* (pp. 119- 124). Fondo de Cultura Económica.
- Bourgois, P. (2010). *En busca del respeto: vendiendo crack en Harlem.* Siglo XXI.

- Bulmer-Thomas, V. (2010). Nuevas estrategias comerciales y crecimiento basado en la deuda. En *Historia económica de América Latina desde la independencia* (pp. 358-365). Fondo de Cultura Económica.
- Caldeira, T. (2007). El habla del crimen. En T. Caldeira, *Ciudad de muros* (pp. 33-71). BEG.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Historia cultural*. <https://ddd.uab.cat/pub/manuscris/02132397n11/02132397n11p283.pdf>.
- Clifford, J. (2001). Sobre la autoridad etnográfica. En J. Clifford, *Los dilemas de la cultura* (pp. 39-78). Gedisa.
- Coca, M. (1998). *La sublevación de los imaginarios* (tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Corte Constitucional. (13 de diciembre de 1995). Sentencia T- 617/95. [M.P. Dr. Alejandro Martínez Caballero].
- Davis, D. (2012). Fundamentos analíticos para el estudio de la informalidad: una breve introducción. F. de Alba y F. Lesamann (coords.). *Informalidad urbana e incertidumbre. ¿Cómo estudiar la informalidad en las metrópolis?* (pp. 11-37). PUEG-UNAM.
- Departamento Administrativo de Planeación Distrital (DAPD). (1995). *Formar Ciudad. Plan de desarrollo económico, social y de obras públicas para Santa Fe de Bogotá, D.C. 1995-1998*. (Decreto 295). Departamento Administrativo de Planeación Distrital.
- Díaz, H. (2002). *Coloreando el chirical*. Minercol, Cruz Roja Colombiana y Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Duhau, E. (2003). *La ciudad informal, el orden urbano y el derecho a la ciudad*. http://barcelonacomuns.pbworks.com/w/file/64058231/DUHAU_LA_CIUADAD_INFORMAL_el_orden_urbano_y_el_derecho_a_la_ciudad.pdf.
- El proyecto de Metrobús está agonizando. (1996, 26 de abril). *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-280790>.

- En Suba habría paro hoy por los Comuneros. (1996, 15 de febrero). *El Tiempo*.
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-360122>.
- García, M. (1996, 18 de febrero). A pesar del Caos, Suba quiere seguir la protesta.
El Tiempo. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-357576>.
- García, M. (1996, 22 de febrero). Incomprensible “clasismo”. *El Espectador*, p. 13A.
- García, M. (1996, 23 de febrero). Líder Comunera ante el Concejo. *El Espectador*,
p. 12E.
- Geertz, C. (1973a) . Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura.
En C. Geertz, *La interpretación de las culturas* (pp. 19-41). Gedisa.
- Geertz, C. (1973b). Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali. En C.
Geertz, *La interpretación de las culturas* (pp. 339-373). Gedisa.
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*.
Anthropos.
- Gilbert, A. (1997). La migración hacia la ciudad. En A. Gilbert. *La ciudad latinoamericana*
(pp. 56-76). Siglo XXI.
- Goffman, E. (2012). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Goossens, M. y Gómez, J. (2015, 1.º de agosto). Experimentaciones en vivienda
Estatad. La obra del Instituto de Crédito Territorial en Bogotá, 1964-1973.
INVI, 30(84), 121-148.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI.
- Guber, R. (2013). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social
en el trabajo de campo*. Paidós.
- Harvey, D. (2007). Valor de uso, valor de cambio y teoría de la utilización del suelo
urbano. En D. Harvey, *Urbanismo y desigualdad social* (pp. 159-205). Siglo
XXI.

- Instituto de Estudios Urbanos. (2008). *Manual de Funciones Caja de Vivienda Popular*. <http://institutedeestudiosurbanos.info/endatos/entidades/caja-deviviendapopular.pdf>.
- IRR. (2015). *Reciclaje inclusivo y recicladores de base en el Ecuador*. <http://reciclajeinclusivo.org/wp-content/uploads/2016/04/Reciclaje-Inlcusivoy-Recicladores-de-base-en-EC.pdf>.
- Jaramillo, S. (2012). Urbanización informal: diagnósticos y políticas. Una revisión al debate latinoamericano para pensar líneas de acción actuales. En C. Salazar (coord.), *Irregular. Suelo y mercado en América Latina* (pp. 33-85). Colegio de México.
- Kessler, G. y Dimarco, S. (2013, 2 de abril). Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto*, 22(2), 221-243.
- Meneses, M. (2008). Juventud, espacio urbano y exclusión social. En *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 153-168). Siglo XXI.
- Molina, L. (2010, enero-junio). Alfarería y urbanismo. Los chircales de Santa fé (hoy Bogotá) y su impronta en la arquitectura y el desarrollo urbano de la ciudad colonial. *Nodo*, 4(4), 31-58.
- Naranjo, M. (2014, julio-diciembre). Provienda: protagonista de la colonización popular en Colombia. *Historia y memoria*, 9, 89-118.
- Ortega, I. (2016). *Autoconstrucción de vivienda, espacio y vida familiar en la ciudad de México*. Flacso México/PUEC UNAM.
- Parra, F. (2007). Reciclaje popular y políticas públicas sobre manejo de residuos en Bogotá. En P. Schamber y F. Suarez, (coords.) *Recicloscopio: miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (pp. 63-81). Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Parra, F. (2015). *Reciclaje: ¡sí pero con recicladores! Gestión pública del aprovechamiento con inclusión de recicladores: un nuevo paradigma en el manejo de los residuos en Bogotá, Colombia*. Wiego.

- Peña, M. (2010). Acerca de la acción comunal como acción colectiva. En *El programa Cinva y la acción comunal. Construyendo a través de la participación comunitaria* (pp. 120-148). Universidad Nacional de Colombia.
- Plan estratégico pide no dejar morir el Metrobús. (1996, 9 de mayo). *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-292396>.
- Rivera, A. (1996, 15 de febrero). Disturbios en Bosa por traslado de recicladores. *El Espectador*, p. 12A.
- Rivera, A. (1996, 18 de febrero). Protesta por recicladores. *El Espectador*, p. 12A.
- Roca, J. (1996). Comuneros bajo alta tensión. *Magazín Dominical, El Espectador*, pp. 110-114.
- Sánchez, C. (2008). Desigualdad, exclusión y violencia. Experiencias de vida de las adolescentes pobres de la ciudad. En *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 273-291). Siglo XXI.
- Suárez, G. (2007). Movilidad urbana en la Bogotá del siglo XX. En M. Ardila (coord.), *Macroproyectos de movilidad urbana y la construcción de la ciudad* (pp. 24-38). Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Torres, A. (2013a). *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977*. Universidad Piloto de Colombia.
- Torres, A. (2013b). *El retorno a la comunidad*. Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano-Cinde.
- Torres, C. (2009). *Ciudad informal colombiana. Barrios construidos por la gente*. Universidad Nacional de Colombia.
- Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Siglo XXI.
- Ward, P. (2015). Los *Innerburbs* de Latinoamérica: en busca de una nueva generación de políticas habitacionales para asentamientos autoconstruidos y

consolidados de bajos ingresos. En P. Ward, E. D. Jiménez y M. Virgilio. *Políticas de vivienda en ciudades latinoamericanas. Una nueva generación de estrategias y enfoques para 2016 ONU-Hábitat III* (pp. 1-29). Universidad del Rosario.

Weber, M. (2012). Teoría de las categorías sociológicas. En M. Weber, *Economía y sociedad* (2.ª ed.), (pp. 5-43). Fondo de Cultura Económica.

Wilkis, A. (2004, 3 de noviembre). Apuntes sobre la noción de estrategia en Pierre Bourdieu. *Revista Argentina de Sociología*. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id.26920307>.

Ziccardi, A. (2008). Ciudades latinoamericanas: procesos de marginalidad y de exclusión social. En *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (pp. 73-92). Siglo XXI.

Sobre la autora

JENNY MARISOL ÁVILA MARTÍNEZ. Licenciada en Ciencias Sociales y magíster en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Se ha desempeñado como docente del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional y como coordinadora del Semillero de Investigación Problemas Urbanos Contemporáneos con el cual ha adelantado investigaciones en torno a la segregación y la violencia urbana, y de movimientos sociales con énfasis territorial.

¿A cambio de qué nos sacaron de allá?
Transformaciones identitarias en una comunidad de
recicladores de Bogotá,
editado por la Universidad Pedagógica Nacional,
fue compuesto en caracteres de la fuente y familia
tipográfica Minion Pro e impreso en Xpress
Estudio Gráfico y Digital S.A.S./Kimpres.
Bogotá, Colombia, 2021

En las páginas de esta obra los lectores encontrarán una investigación etnográfica de la comunidad Comuneros que actualmente habita en la localidad de Suba desde algo más de veinte años, pero que antes de ello invadieron la vía férrea de la localidad de Puente Aranda construyendo tanto estructuras físicas de vivienda como estructuras simbólicas comunitarias. En este tránsito, la autora da cuenta de cómo la urbanización y la constitución de la ciudad implica a nivel histórico, social, demográfico y geográfico una serie de experiencias y trayectorias de las distintas comunidades que la habitan y la han habitado. Por esta razón, resulta relevante resaltar cómo en ciudades como Bogotá, detrás de los diferentes proyectos de urbanización que responden al discurso de progreso de la modernidad, se han destacado escenarios como el del barrio Policarpa o Nuevo Chile como ejemplos de lucha, donde sus habitantes, que eran en su mayoría desplazados de la violencia de otros lugares del país, han hecho de la invasión un modo de resistencia por el derecho a la ciudad.

La investigación se separa intencionalmente de cualquier perspectiva científicista para adentrarse en la comunidad Comuneros, dando como resultado un relato que pretende expresar el sentir, el pensamiento y la cotidianidad de sus habitantes que, lamentablemente, han tenido que vivir en diferentes momentos de su historia las consecuencias de la exclusión que se ha hecho desde los mismos gobiernos que representan a la ciudadanía.

De esta forma, nuestra autora reflexiona sobre el origen de aquellos vínculos y valores que emergieron en la carrilera y que hoy, a pesar del tiempo y la marginación, aún viven y no desean extinguirse.

